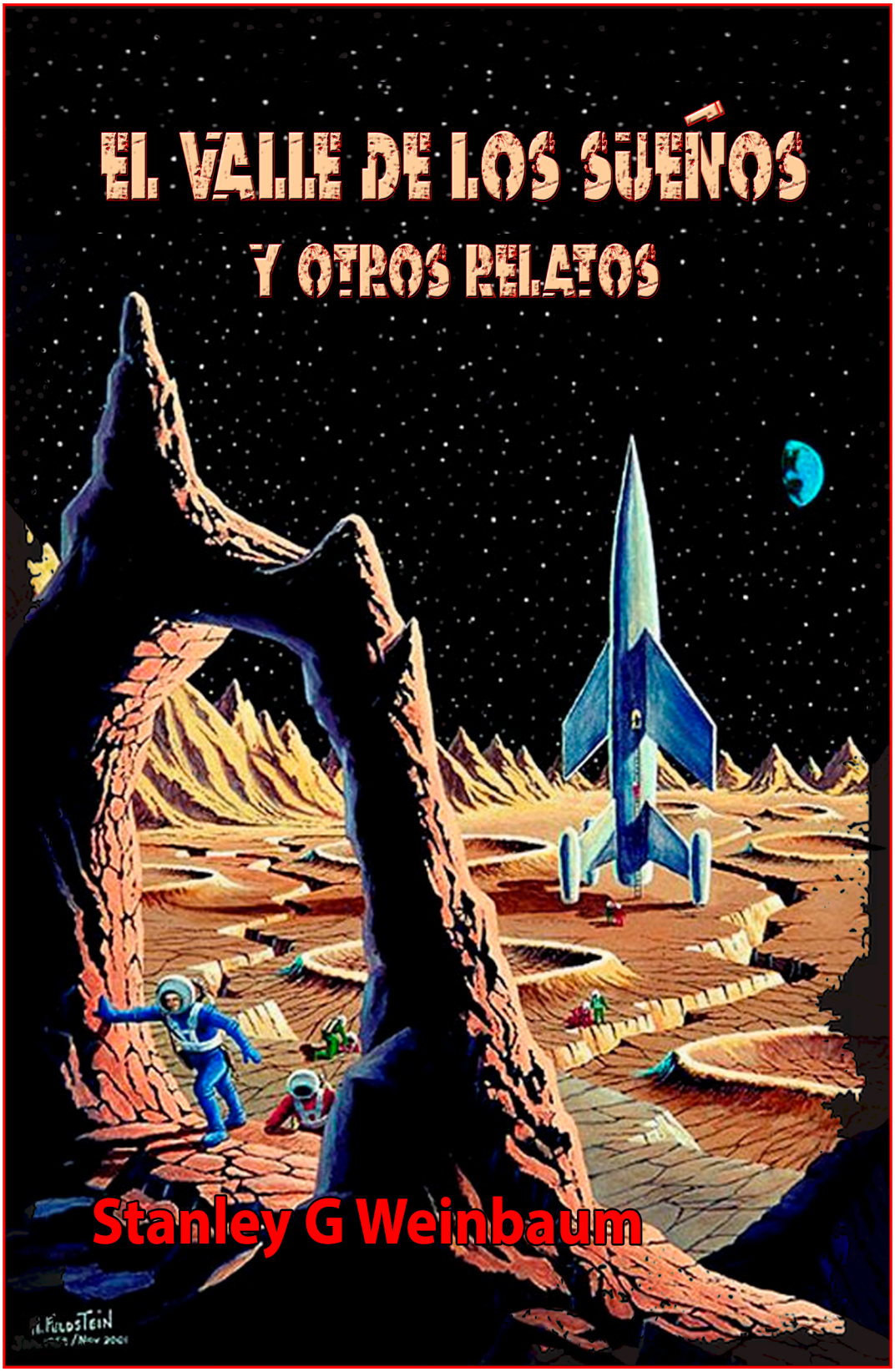
EL VALLE DE LOS SUEÑOS

Y OTROS RELATOS



Stanley G Weinbaum

ISAAC ASIMOV dice en el prólogo de este libro que «si viviera hoy, Weinbaum sería el primer autor de ciencia ficción de todos los tiempos».

En efecto, STANLEY G. WEINBAUM viene a ser en la ciencia ficción lo que Mozart en música o Evaristo Galois en matemáticas: después de él, las cosas no volvieron a ser como antes.

Nacido en 1900, empieza a escribir a los 31 años —en un campo donde abundan los autores adolescentes—; cuatro años después hace una fulgurante aparición su primer relato «Una odisea marciana», incluido en este volumen con su secuela «Valle de sueños».

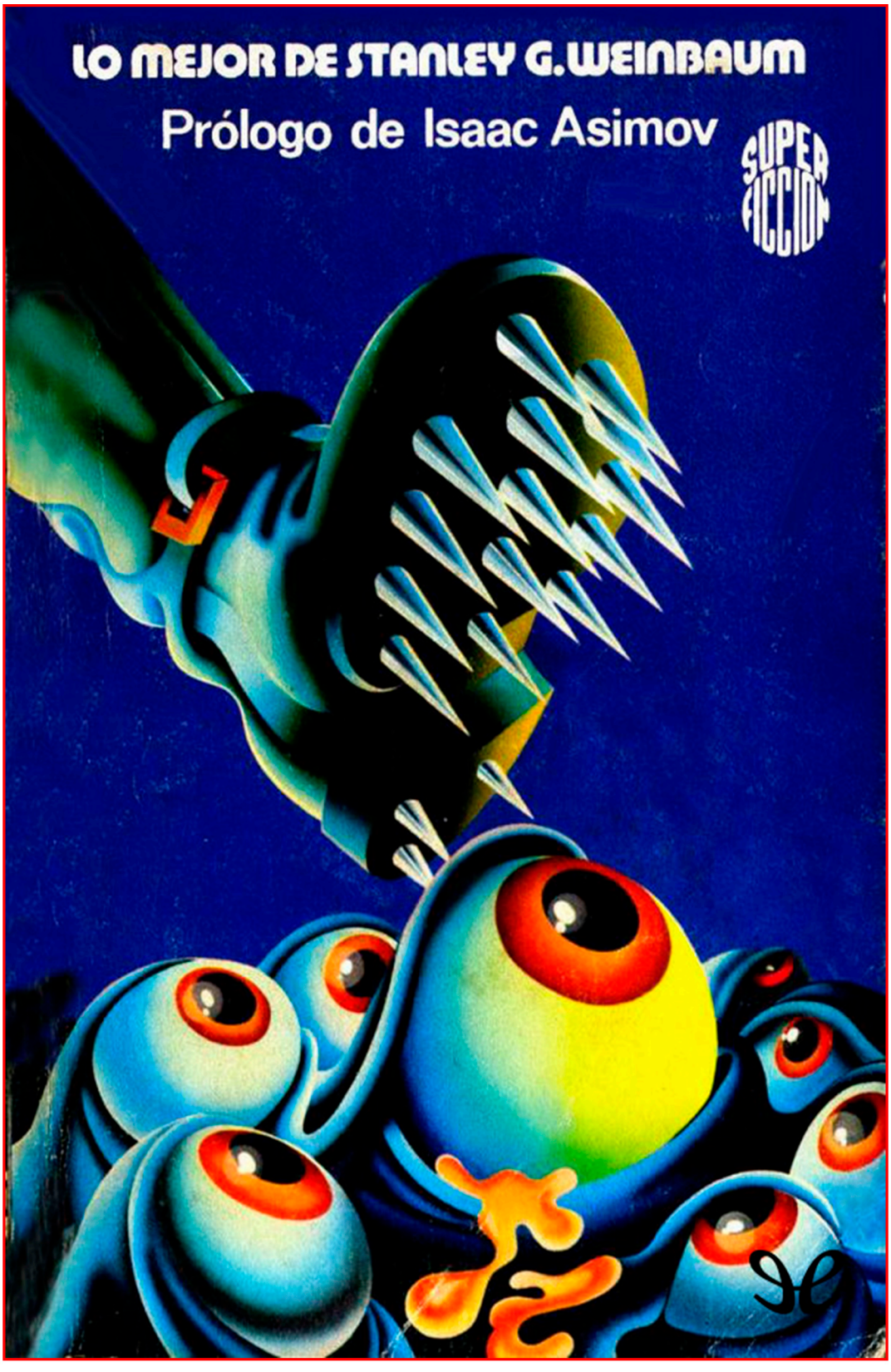
Esta obra causó en su tiempo una sensación indescriptible; con ella Weinbaum puso fin a la «ciencia ficción para el nene» e inauguró la era verdaderamente adulta del género.

Weinbaum publica en rápida sucesión, como si adivinase la enfermedad que lo segaría un año más tarde, a la edad de treinta y cinco. Fue sin duda un superdotado.

LO MEJOR DE STANLEY G. WEINBAUM

Prólogo de Isaac Asimov

SUPER FICCIÓN



Stanley G. Weinbaum

EL VALLE DE LOS SUEÑOS

Título original: *The Best of Stanley G. Weinbaum*

Martínez Roca, Super Ficción – 20, 1977

Stanley G. Weinbaum, 1934-1936

Traducción: Mariano Orta Manzano

Portada original: Salinas Blanch

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Prólogo: La segunda nova.
Isaac Asimov

Una odisea marciana

El valle de los sueños

Máxima adaptabilidad

Las gafas de Pigmalión

Mares cambiantes

Los mundos «Si»

La luna loca

Rescate de un secreto

El ideal

Lotófagos

La isla de Proteo

El límite de infinito

Stanley G. Weinbaum, un recuerdo personal.
Robert Bloch

Acerca del autor

Prólogo

LA SEGUNDA NOVA

Isaac Asimov

Tres veces, en medio siglo de historia de las revistas de ciencia ficción, un nuevo escritor ha estallado en este campo como una nova, cautivando al punto la fantasía de los lectores, modificando la naturaleza de la ciencia ficción y convirtiendo a la mitad de los que cultivan este género en imitadores suyos. (No es probable que haya una cuarta vez, porque desde 1939, cuando apareció la tercera nova, el campo de la ciencia ficción se ha hecho demasiado amplio y diverso para que la obra aislada de un escritor nuevo pueda modificar su rumbo).

Permítanme empezar hablándoles de la primera y tercera novas; así podrán ver las similitudes entre ellas y apreciar mejor la naturaleza realmente notable de la segunda y mayor de las tres.

En el número de agosto de 1928 de «Amazing Stories», cuando la revista de ciencia ficción tenía poco más de dos años de edad, apareció la primera entrega de La alondra del espacio, de Edward Elmer Smith y Lee Hawkins. Era el primer relato de ciencia ficción escrito por E. E. Smith que se daba a conocer al público.

Por primera vez en una revista de ciencia-ficción, el hombre era lanzado a las profundidades del espacio interestelar con todo el universo abierto ante él. Por primera vez, el lector pudo contemplar al hombre como a una criatura de poderes casi infinitos, casi como si fuera Dios.

A los lectores les gustó. Inmediatamente, La alondra del espacio se convirtió en un clásico y otros escritores intentaron imitarlo. El campo no volvió a ser nunca el mismo y E. E. Smith fue un semidiós de la ciencia ficción durante el resto de su vida.

E. E, Smith fue la primera nova.

En el número de agosto de 1939 de «Astounding Science Fiction», apareció el cuento Life-line, escrito por un nuevo autor, Robert A. Heinlein. Inmediatamente atrajo la atención

por su estilo sencillo, desprovisto de afectación, y por la total ausencia de actitudes caricaturescas o paródicas, comunes a la mayor parte de la ciencia ficción.

Quizás el cuento no cautivó de inmediato a los lectores ni revolucionó el género dándole una nueva forma, al quedar un tanto obscurecido por la aparición casi simultánea en el número de julio de 1939 de la «Astounding», de otro cuento, Black destroyer, más largo y espectacular, debido a la pluma de A. E. van Vogt, también escritor novel. Pero Heinlein continuó escribiendo cuentos en rápida sucesión y la «Astounding» siguió publicándolos. En el mismo año se hizo por completo evidente que Robert A. Heinlein era el mejor escritor vivo de ciencia ficción.

De nuevo los lectores pidieron más y de nuevo casi todos los escritores del género —incluyéndome a mí— empezamos, más o menos conscientemente, más o menos a fondo, a imitar a Heinlein.

Robert A. Heinlein fue la tercera nova.

Smith y Heinlein se parecían en muchos aspectos. Ambos, por ejemplo, publicaron sus primeras obras en las que, por aquel tiempo eran las revistas más destacadas del género: la «Amazing» publicó el cuento de Smith, la «Astounding» publicó el de Heinlein. (En la época de La alondra del espacio, la «Amazing» era, realmente, la única revista de ciencia ficción que se publicaba).

En ambos casos un importante director había creado una interesante revista en la cual las novas podían mostrar al máximo su fulgor: Hugo Gernsback, padre de la «Amazing», y John W. Campbell, Jr., de la «Astounding».

Ni Smith ni Heinlein eran escritores natos en el sentido de que hubieran jugado con pluma y papel nada más gatear, presentado trabajos desde los doce años y publicado a los dieciséis. Tanto uno como otro tenían formación de ingenieros y ninguno abrigaba el propósito de convertirse en escritor profesional hasta que, más por casualidad que por otra cosa, descubrieron lo «fácil» que era escribir. Ambos habían cumplido los treinta años cuando se publicaron sus primeros cuentos.

En ambos casos, la fama fue duradera. Continuaron escribiendo durante muchos años, de forma que siempre había nuevos cuentos que añadir a su cuenta personal y su reputación se cimentaba sólidamente en los corazones de nuevas generaciones de lectores.

La «Astounding», en su número de febrero de 1948, publicaba la cuarta y última entrega de Children of the lens, última obra importante de Smith. Veinte años después de La alondra del espacio, aún era leído ávidamente.

En cuanto a Heinlein, sigue escribiendo y publicando, treinta y cinco años después de la aparición de su primer cuento, sin haber perdido ni un ápice de su reputación. Una

reciente votación de aficionados le situó todavía en primer lugar como escritor de ciencia ficción favorito de todos los tiempos.

La segunda nova apareció en 1934, justamente seis años después de Smith y cinco años antes de Heinlein. En el número de julio de 1934 de «Wonder Stories» apareció un cuento titulado Una odisea marciana, primer título publicado de su autor, Stanley G. Weinbaum.

Fíjense ustedes en las diferencias. En la época en que apareció el relato, «Wonder Stories» no era la revista de ciencia ficción más destacada. En mi opinión, era la tercera en un campo de tres. Su editor era Hugo Gernsback, pero Gernsback no ocupaba ya la primera línea del talento creador en el género. El director era Charles D. Hornig, quien, en la historia de las ediciones de ciencia ficción, carece en absoluto de méritos especiales y cuya única aspiración a la fama puede ser, realmente, haber dado acogida al cuento de Weinbaum.

Oculta en esta obscura revista, Una odisea marciana tuvo en el género el efecto de una granada rompedora. Con este único cuento, Weinbaum fue reconocido de inmediato como el mejor escritor de ciencia ficción del mundo y, al punto, casi todos los escritores del género intentaron imitarle.

La segunda nova se diferenciaba en otro aspecto muy importante de la primera y de la tercera. Aunque E. E. Smith

era un maravilloso ser humano, apreciado por todos cuantos le conocían (incluyéndome a mí), la triste verdad es que era un escritor mediocre, que sólo moderadamente fue mejorando con los años. Heinlein era un escritor mucho mejor que Smith, pero su primer cuento, Life-line, es una obra menor y no figura en la lista de los grandes relatos de todos los tiempos.

Con Una odisea marciana pasa algo muy distinto. Este cuento reveló de improviso una fluida habilidad literaria, tan natural como la de Heinlein en sus mejores momentos. Una odisea marciana es una obra relevante de Weinbaum.

En 1970, los escritores de ciencia-ficción de Estados Unidos eligieron por votación los mejores cuentos de ciencia ficción de todas las épocas. Entre los favoritos, destacó como el más antiguo Una odisea marciana. Fue el primer cuento de ciencia ficción, publicado en una revista, capaz de resistir, una generación más tarde, el escrutinio crítico de los profesionales. Y aún más: acabó conquistando el segundo lugar.

Como Smith y Heinlein, Weinbaum no era un escritor nato, y al igual que ellos, tenía una sólida formación de técnico (era ingeniero químico, como Smith). Al igual que Smith y Heinlein, su primer cuento se publicó cuando Weinbaum tenía más de treinta años.

Aquí termina la semejanza, porque cuando Weinbaum se introdujo en el género y se convirtió de improviso en su conductor, era ya un hombre moribundo.

El 14 de diciembre de 1935, a la edad de 33 años, año y medio después de la publicación de su primera historia, Weinbaum murió de cáncer y todo terminó. Al morir, había publicado doce cuentos; once más aparecieron a título póstumo. Sin embargo, incluso sin la ventaja de decenios de trabajo y desarrollo, su presencia perdura en el recuerdo de los aficionados. Cualquier nueva colección de sus cuentos representa, debe representar, un acontecimiento de envergadura en la ciencia ficción.

Ahora bien, ¿qué era lo más característico de los cuentos de Weinbaum? ¿Qué era lo que más fascinaba a los lectores? La respuesta es fácil: sus criaturas extraterrestres.

Desde luego, en la ciencia ficción había habido criaturas extraterrestres mucho antes de aparecer Weinbaum. Incluso si nos limitamos a las revistas de ciencia ficción, eran un lugar común. Pero antes de la época de Weinbaum eran caricaturas, sombras, burlas de la vida.

Los extraterrestres anteriores a Weinbaum, humanoides o monstruos, servían sólo para dar relieve al héroe, para servir como una amenaza o un medio de rescate, para ser buenos o malos en términos estrictamente humanos, pero nunca

para ser algo por sí mismos, independientes del género humano.

Por lo que sé, Weinbaum fue el primero que creó extraterrestres que tenían sus propias razones para existir.

Hizo también algo más que eso; creó ecologías con sentido.

Weinbaum tenía una idea consistente del sistema solar (sus cuentos nunca pasaron más allá de Plutón), idea que era astronómicamente correcta en los límites del conocimiento de mediados los años treinta. Pero él no podía saber más que su época, por lo cual dio a Venus una cara nocturna y otra diurna, y atribuyó a Marte una atmósfera moderadamente enrarecida y canales. También corrió el riesgo (aunque la teoría ya estaba bastante desacreditada por aquellos tiempos) de hacer los planetas exteriores más bien calientes que fríos, con lo que los satélites de Júpiter y Saturno podían ser habitables.

En los cuentos de Weinbaum la intriga, densa y bien construida, se impone en la mente del lector por la oportunidad que ofrece de descubrir mundos extraños y formas de vida cada vez más fascinantes.

De todas sus formas de vida, las más cautivadoras quizá son Tweel, el pseudoavestruz en Una odisea marciana, y Oscar, la planta inteligente en Lotófagos. En ambos casos, Stanley G. Weinbaum responde al desafío de una exigencia

que John Campbell iba a hacer a sus escritores en años posteriores: «Escribidme un cuento sobre un organismo que piense tan bien como un hombre, pero no como un hombre». No creo que nadie lo haya logrado tan perfectamente como Weinbaum en todos los años transcurridos desde su muerte.

¿Y qué habría ocurrido si Weinbaum hubiese vivido? Triste es decir que lo probable es que hubiera abandonado las revistas de ciencia-ficción por campos más brillantes y más lucrativos.

Pero ¿y si no hubiera sido así?, ¿y si hubiese permanecido, a lo largo de los años, en las revistas de ciencia-ficción como lo han hecho otros grandes talentos como Arthur C. Clarke, Poul Anderson e incluso Robert A. Heinlein?

En ese caso, creo que nunca habría habido una Era de Campbell.

En 1938, cuando John Campbell asumió el control completo de la «Astounding», orientó el género hacia un realismo mayor y, al mismo tiempo, hacia un humanismo mayor: una doble dirección que él mismo había iniciado con su cuento Crepúsculo, aparecido en el número de noviembre de 1934 de la «Astounding». Con ello, promovió a una serie de autores, incluyendo a Heinlein, Van Vogt y a muchos otros, entre ellos yo mismo.

Pero Weinbaum era un autor Campbell antes de Campbell. Una odisea marciana apareció medio año antes que Crepúsculo, por lo que Weinbaum es claramente un autor que no debió nada a Campbell.

Si Weinbaum hubiese continuado escribiendo, no habría habido ninguna revolución Campbell. Campbell se habría limitado a reforzar lo que indudablemente habría terminado llamándose la «revolución Weinbaum».

Y a la sombra gigantesca de Weinbaum, todos los autores Campbell se habrían encontrado en pedestales menos notables. Si Weinbaum estuviese vivo ahora, con poco más de setenta años, seguramente ocuparía el primer lugar en la lista de los escritores de ciencia-ficción favoritos de todos los tiempos.

UNA ODISEA MARCIANA

En la edición de 1934 de Wonder Stories apareció un cuento titulado «Una odisea marciana», primer título publicado de su autor, Stanley G. Weinbaum.

Este cuento asombró a los lectores de ciencia-ficción cuando apareció por primera vez. Introdujo, en un campo que estaba demasiado plagado de prosa y de personajes melancólicos, esta historia deslumbrante del inolvidable marciano Tweel y de una serie de extraños seres. Weinbaum demostró que la ciencia-ficción podía ser divertida, y lo demostró tan bien que cuando los escritores de ciencia-ficción de Norteamérica en 1968 eligieron el mejor cuento corto del género de todos los tiempos, Una odisea marciana quedó en segundo lugar, detrás del clásico Nightfall, de Isaac Asimov.

Lamentablemente, Weinbaum tuvo muy pocas oportunidades de continuar su brillante carrera después de ésta, la primera de sus obras publicadas. Un año después fallecía, a los tempranos treinta y cinco años de edad.

Isaac Asimov

***

Jarvis se estiró tan cómodamente como pudo en el angosto espacio del cuartel general del Ares.

—¡Aire respirable! —dijo con alegría—. ¡Parece tan espeso como puré después del tenue airecillo de ahí fuera!

Señaló con la cabeza el paisaje marciano que se extendía, llano y desolado a la luz de la luna más próxima, más allá del cristal de la claraboya.

Sus tres compañeros le miraron con simpatía: Putz, el ingeniero, Leroy, el biólogo, y Harrison, el astrónomo y capitán de la expedición. Dick Jarvis era el químico del famoso equipo, la expedición Ares, los primeros seres humanos que pusieron el pie en el misterioso vecino de la Tierra, el planeta Marte. Esto ocurría, desde luego, en los viejos tiempos, menos de veinte años después de que el loco americano Doheny perfeccionara el combustible atómico a costa de su vida, y sólo un decenio después de que el

igualmente loco Cardoza llegase en un cohete atómico a la Luna. Eran auténticos pioneros, estos cuatro del Ares. Excepto media docena de expediciones selenitas y el desventurado vuelo de Lancey hasta la seductora órbita de Venus, eran los primeros hombres que experimentaban una gravedad distinta de la terrestre y por supuesto la primera tripulación que se apartó con éxito del sistema Tierra-Luna. Y merecían aquel éxito cuando uno considera las dificultades y molestias que hubieron de arrostrar: los meses pasados en cámaras de aclimatación en la Tierra, aprendiendo a respirar un aire tan tenue como el de Marte, la hazaña de hacer frente al vacío en el diminuto cohete impulsado por los caprichosos motores a reacción del siglo XXI y, sobre todo, el tener que enfrentarse con un mundo absolutamente desconocido.

Jarvis se estiró de nuevo y se llevó una mano a la punta despellejada de su nariz, mordida por la escarcha. Suspiró satisfecho.

—Bien —estalló Harrison bruscamente—, ¿vamos a enterarnos por fin de lo que ocurrió? Te llevas todo lo de a bordo en un cohete auxiliar, no tenemos noticias tuyas durante diez días y por fin Putz te recoge cerca de un hormiguero fantástico con un extravagante avestruz como compañero. ¡Desembucha, hombre!

—¿Desembucha? —inquirió Leroy perplejo—. ¿Desembuchar qué?

—Quiere decir hablar —explicó Putz gravemente—, echar fuera.

Jarvis, muy serio, tropezó con la mirada divertida de Harrison.

—Exactamente, Karl —dijo, asintiendo a la explicación de Putz—. Voy a echar fuera, a soltarlo todo.

Carraspeó satisfecho y empezó.

—De acuerdo con las órdenes, vi cómo Karl se dirigía hacia el norte y entonces entré en mi cubículo volador y me dirigí al sur. Recordarás, capitán, que teníamos órdenes de no posarnos en el suelo, sino simplemente de observar buscando lugares interesantes. Puse las dos cámaras en funcionamiento cuando volaba bastante alto, a unos seiscientos metros, por un par de razones: primero porque así las cámaras tenían más campo y segundo porque los propulsores funcionan con tanta rapidez en este semivacío que aquí llaman aire que sólo servirían para levantar polvo.

—Ya sabemos todo eso por Putzs —gruñó Harrison—. Pero me gustaría que hubieses salvado las películas, habrían pagado el coste del barquichuelo. ¿Recuerdas cómo el público se agolpaba para ver las primeras películas sobre la Luna?

—Las películas están a salvo —replicó Jarvis—. Bien —continuó—, como dije, avancé un buen trecho; tal como nos

figurábamos, a menos de doscientos kilómetros por hora, las alas no ofrecen mucha sustentación en este aire, y aun así tuve que hacer uso de los cohetes.

»De este modo, con la velocidad, la altitud y la confusión creada por los cohetes, la visión no era demasiado buena. Sin embargo podía distinguir lo bastante para apreciar que estaba volando sobre una extensión más de esta llanura gris que examinamos durante toda la primera semana de nuestro planetizaje: las mismas protuberancias bulbosas y la misma alfombra ilimitada de los pequeños animales-plantas restantes, o biópodos como los llama Leroy. Así pues, seguí navegando, comunicando mi posición cada hora aun sin saber si me oíais.

—¡Yo te oía! —espetó Harrison.

—Unos trescientos kilómetros al sur —continuó Jarvis, imperturbable—, la superficie cambiaba hasta convertirse en una especie de baja meseta, un desierto de arena color naranja. Imaginé que teníamos razón en nuestra suposición y que esta llanura gris sobre la cual nos posamos era realmente el Mare Cimmerium, y el desierto anaranjado la región llamada Xanthus. Si estaba en lo cierto, llegaría a otra llanura gris, el Mare Chronium, al cabo de unos trescientos kilómetros, y luego a otro desierto anaranjado, Thyle Uno o Dos. Y eso fue lo que hice.

—Putz comprobó nuestra posición hace semana y media —gruñó el capitán—. Vamos al grano.

—Ya voy —contestó Jarvis—. A unos treinta kilómetros al interior de Thyle, lo creáis o no, crucé un canal.

—Putz fotografió un centenar. A ver si oímos algo nuevo.

—¿Y vio también una ciudad?

—Más de una veintena, si llamas ciudades a esos montones de barro.

—Bien —prometió Jarvis—, de ahora en adelante voy a contar unas cuantas cosas que Putz no vio. —Se frotó la nariz y continuó—: Sabía que contaba con dieciséis horas de luz en esta estación, por lo que, a las ocho horas de haber salido decidí regresar. Estaba todavía volando sobre Thyle, no estoy seguro de si sobre Uno o Dos, cuando, de pronto, el motor preferido de Putz falló.

—¿Falló? ¿Cómo? —preguntó Putz solícito.

—El dispositivo atómico se debilitó. Empecé a perder altura y me di un trastazo en el centro mismo de Thyle. Además di con la nariz contra la ventanilla.

Se frotó compungidamente el apéndice dañado.

—¿No trataste de lavar la cámara de combustible con ácido sulfúrico? —preguntó Putz—. Algunas veces, el plomo suministra una radiación secundaria.

—Lo intenté nada menos que diez veces —dijo Jarvis malhumorado—. Además, el trastazo aplastó el tren de aterrizaje y desbarató los propulsores. Suponiendo que hubiera podido poner el cacharro en funcionamiento, ¿qué habría conseguido? Quince kilómetros así y el suelo se habría ido fundiendo a mi paso. —Se frotó de nuevo la nariz—. Suerte que aquí un kilo pesa menos de medio. De lo contrario, me habría hecho añicos.

—¡Yo podría haberlo arreglado! —exclamó el ingeniero—. Apuesto a que no era nada serio.

—Probablemente no —convino Jarvis en tono sarcástico—. Simplemente se negaba a volar. Nada grave, pero no me quedaba más elección que esperar a ser recogido o tratar de volver a pie: mil trescientos kilómetros cuando quizá quedaban veinte días para salir del planeta. ¡Sesenta y cinco kilómetros por día! Bueno —concluyó—, preferí andar. Tenía las mismas posibilidades de ser recogido y eso me mantenía ocupado.

—Te habríamos encontrado —dijo Harrison.

—No lo dudo. Pero el caso es que me preparé un arnés con algunas correas del asiento, me eché el tanque de agua a la

espalda, me equipé con un cinto de municiones, una pistola y algunas raciones de hierro, y me puse en marcha.

—¡El tanque de agua! —exclamó el bajito biólogo Leroy—. ¡Pero si pesa un cuarto de tonelada!

—No estaba lleno. Pesaba unos ciento diez kilos según el peso de la Tierra, lo que aquí representa unos cuarenta kilos. Además, mi propio peso personal de ochenta kilos es aquí en Marte de sólo treinta y dos kilos, por lo que, con tanque y todo, yo venía a pesar lo que en la Tierra. Pensé en todo eso cuando emprendí la marcha. ¡Ah, desde luego me equipé con saco de dormir para poder aguantar las ventosas noches de Marte!

»Y me puse en marcha, avanzando con bastante rapidez. Ocho horas de luz significan treinta kilómetros o más. Resultaba aburrido, desde luego, eso de ir pataleando sobre la blanda arena del desierto sin nada que ver, ni siquiera los biópodos reptantes de Leroy. Al cabo de una hora llegué a un canal: una enorme zanja tan recta como la vía de un ferrocarril. Estaba seco pero allí había habido agua alguna vez. La zanja estaba cubierta con lo que parecía ser un bonito césped verde. Con la diferencia de que cuando me acerqué, el césped se apartó para dejarme paso.

—¿Cómo dices? —exclamó Leroy.

—Sí, era un pariente de tus biópodos. Atrapé uno, una hojita que parecía de hierba, casi tan larga como uno de mis dedos, con dos delgadas patitas.

—¿La has traído? —preguntó Leroy ávidamente.

—La solté. Tenía que avanzar y seguí caminando entre aquella hierba que se abría ante mí y se cerraba detrás. Finalmente desemboqué de nuevo en el desierto anaranjado de Thyle.

»Avanzaba echando pestes de la arena que me hacía caminar con tanto cansancio y, de vez en cuando, maldiciendo el caprichoso motor tuyo, Karl. Exactamente antes del crepúsculo llegué al borde de Thyle y lancé una mirada sobre el gris Mare Chronium. Y comprendí que tendría que caminar por allí cientos de kilómetros, más luego el largo camino de aquel desierto de Xanthus y del Mate Cimmerium. ¿Os creéis que aquello me hacía gracia? Empecé a maldeciros por no venir a recogerme.

—¡Lo estábamos intentando, idiota! —dijo Harrison.

—Pues no servía de nada. Bueno, me imaginé que podría aprovechar lo que quedaba de luz diurna para bajar por el acantilado que marca el límite de Thyle. Encontré un sitio fácil para el descenso y me dejé ir. El Mare Chronium era el mismo tipo de lugar que éste: unas absurdas plantas sin hojas y un montón de reptantes. Les eché un vistazo y saqué

mi saco de dormir. Hasta entonces no había tropezado con nada digno de mención en este mundo semimuerto, nada peligroso quiero decir.

—Pero ¿lo encontraste? —inquirió Harrison.

—¡Qué si lo encontré…! Ya te enterarás cuando lo cuente. Bueno, estaba a punto de dormirme cuando de pronto oí la más espantosa algarabía.

—¿Qué es algarabía? —inquirió Putz.

—Quiere decir griterío confuso —explicó Leroy—. O sea, algo que no se entiende.

—Eso es —aprobó Jarvis—. No entendía qué estaba ocurriendo y me asomé para averiguarlo. Había allí un jaleo como el de una bandada de cuervos que quisiera devorar a un montón de canarios: silbidos, graznidos, trinos, gritos y no sé cuántas cosas más. Rodeé un grupo de troncos, y allí estaba Tweel.

—¿Tweel? —preguntó Harrison.

—¿Tuil? —dijeron Leroy y Putz.

—Aquel avestruz estrambótico —explicó el narrador—. Por lo menos Tweel es lo más parecido que puedo pronunciar sin farfullar. Algunas veces él decía algo que sonaba como «Trrrweerrlll».

—¿Qué estaba haciendo? —preguntó el capitán.

—Se lo estaban comiendo. Y por supuesto chillaba como cualquiera habría hecho en su caso.

—¿Comiendo? ¿Quién?

—Lo averigüé más tarde, todo lo que pude ver entonces fue un lío de negros brazos como cuerdas enrolladas en torno de lo que parecía ser, como Putz os lo ha descrito, un avestruz. Naturalmente yo no iba a intervenir; si ambas criaturas eran peligrosas, habría una menos de la que preocuparme.

»Pero aquella cosa parecida a un ave estaba librando una buena batalla. Sin dejar de gritar, asestaba certeros golpes con un pico de unos treinta centímetros. Vislumbré un par de veces qué había al final de aquellos brazos —dijo Jarvis, estremeciéndose—. Pero lo que me decidió a intervenir fue el observar una bolsita o caja negra que pendía del cuello de aquel ser semejante a un pájaro. ¡Era inteligente!, supuse, o estaba domesticado. En cualquier caso, la decisión estaba tomada, saqué mi automática y disparé contra lo que podía distinguir de su antagonista.

»Los tentáculos se aflojaron, una fétida oleada de negra corrupción chorreó, y aquella cosa, con un repugnante ruido de succión, se contrajo y desapareció por un agujero que había en el suelo. La otra criatura lanzó una serie de

graznidos, se tambaleó sobre unas patas tan gruesas como palos de golf y se volvió de pronto para hacerme frente. Mantuve mi arma lista y los dos nos observamos.

»El marciano no era un ave, realmente. No era ni siquiera parecido a un ave, excepto a primera vista. Cierto que tenía un pico y unos cuantos apéndices con plumas, pero el pico no era realmente un pico. Era algo flexible; pude ver cómo la punta se doblaba lentamente de un lado a otro; era casi como un cruce entre pico y trompa. Tenía pies de cuatro dedos y cosas —manos, podría decirse— de cuatro dedos. Su cuerpecillo redondeado se prolongaba en un largo cuello que terminaba en una diminuta cabeza, culminada por aquel pico. Era un par de centímetros más alto que yo y…, bueno, Putz lo vio.

El ingeniero asintió.

—Sí, lo vi.

Jarvis continuó:

—Así pues, nos quedamos mirándonos. Finalmente la criatura prorrumpió en una serie de tableteos y gorjeos y alargó sus manos vacías hacia mí. Supuse que aquello era un gesto de amistad.

—Quizás estaba mirando la nariz tan hermosa que tienes y pensó que eras hermano suyo —sugirió Harrison.

—No hace falta que te muestres tan chistoso. El caso es que me guardé la pistola y dije: «No se preocupe», o algo por el estilo. Aquella cosa se acercó y nos convertimos en camaradas.

»Por aquel entonces, el sol estaba ya bastante bajo y comprendí que lo mejor sería encender un fuego o meterme en mi saco. Me decidí por el fuego. Elegí un lugar al pie del acantilado de Thyle, donde la roca podría reflejar un poco de calor sobre mi espalda, y empecé a romper ramitas de la desecada vegetación de Marte. Mi compañero captó la idea y trajo un brazado. Fui a sacar una cerilla, pero el marciano rebuscó en su bolsa y extrajo algo que tenía el aspecto de un carbón al rojo; lo acercó al montón de leña y el fuego prendió, al instante. Ya sabéis el trabajo que nos cuesta a nosotros encender fuego en esta atmósfera.

»Pero lo principal es esa bolsa suya —continuó el narrador—. Era un artículo manufacturado, amigos míos; se presionaba en un extremo y se abría de par en par; se apretaba por el centro y se cerraba tan perfectamente que no podía verse la línea de unión. Mucho mejor que las cremalleras.

»Bueno, permanecimos un rato mirando el fuego hasta que decidí intentar alguna especie de comunicación con el marciano. Me señalé a mí mismo y dije “Dick”; él captó la alusión inmediatamente, extendió hacia mí una huesuda garra y repitió “Dick”. Luego lo apunté a él, y la criatura

exhaló ese silbido que he llamado Tweel; no puedo imitar su acento. Las cosas se sucedían bien; para remachar los nombres, repetí “Dick” y luego, apuntando a él, “Tweel”.

»Ya habíamos establecido el contacto. Él produjo algunos castañeteos que sonaban a negación y dijo algo así como “P-p-p-proot”, y otras, diez o doce sonidos distintos.

»Pero no podíamos conectar. Ensayé con “roca” y con “estrella”, con “árbol” y con “fuego”, y no sé con cuántas cosas más; por más que probé, no pude conseguir una sola palabra. Pasados un par de minutos todos los nombres cambiaban y si eso es un lenguaje, yo soy el Preste Juan. Finalmente renuncié y lo llamé Tweel. Aquello pareció bastar.

»Pero Tweel había captado algunas de mis palabras. Recordaba dos o tres, lo que supongo es una gran proeza si uno está acostumbrado a un lenguaje que hay que ir haciendo a medida que se aprende. Pero yo no podía comprender el objetivo de su charla; o me fallaba algún punto sutil o simplemente, y más bien me inclino por esto último, no pensábamos del mismo modo.

»Tengo otras razones para creerlo. Al cabo de un rato renuncié a la cuestión del lenguaje y probé con las matemáticas. Arañé en el suelo dos más dos igual a cuatro y lo demostré con guijarros. De nuevo Tweel captó la idea y

me informó de que tres más tres sumaban seis. Una vez más parecíamos ir yendo a alguna parte.

»Así pues, sabiendo que Tweel tenía por lo menos una educación de escuela primaria, dibujé un círculo para el Sol, señalándolo previamente. Después bosquejé Mercurio, Venus, la Tierra y Marte. Hecho esto, señalando a Marte, extendí mis manos en una especie de abrazo para indicar que Marte era lo que nos rodeaba. Me esforcé en poner en claro la idea de que mi hogar estaba en la Tierra.

»Tweel comprendió mi diagrama perfectamente. Acercó el pico a mi dibujo y, con gran profusión de trinos y chillidos, añadió Deimos y Fobos a Marte y luego incluyó la Luna en la órbita de la Tierra. ¿Os dais cuenta lo que significa esto? ¡Significa que la raza de Tweel utiliza el telescopio, que son seres civilizados!

—¡No prueba nada de eso! —atajó Harrison—. La Luna es visible desde aquí como una estrella de quinta magnitud. Pueden percibir sus fases a simple vista.

—Por lo que se refiere a la Luna, sí —dijo Jarvis—. Pero no has captado del todo mi argumento. ¡Mercurio no es visible! Y Tweel estaba enterado de la existencia de Mercurio, puesto que colocó la Luna en el tercer planeta, no en el segundo. Si no supiese nada de Mercurio, habría puesto la Tierra como segundo y Marte como tercero, en lugar de cuarto. ¿Comprendéis?

—¡Hum! —dijo Harrison.

—El caso es que proseguí con mi lección —continuó Jarvis—. Las cosas iban bastante bien y parecía como si pudiera meterle la idea en la cabeza. Señalé el círculo que en mi diagrama representaba la Tierra, luego me señalé a mí mismo y por último me señalé a mí mismo y luego a la Tierra, que resplandecía con un vende brillante casi en el cenit.

»Tweel soltó un tableteo tan excitado que estuve seguro de que había comprendido, se puso a dar saltos y de pronto se señaló a sí mismo y luego al cielo, y después a sí mismo y al cielo de nuevo. Apuntó al centro de su cuerpo y luego a Arcturus, apuntó a su cabeza y luego a Spica, apuntó a sus pies y luego a media docena de estrellas, mientras yo me limitaba a mirarlo boquiabierto. Luego, repentinamente, dio un salto tremendo. ¡Muchachos, qué brinco! Salió disparado lo menos a treinta metros. Vi como daba la vuelta y bajaba directamente hacia mi cabeza hasta clavarse en el suelo sobre el pico igual que una jabalina, Y allí estaba él, clavado en el centro de mi círculo que representaba al Sol.

—Cosa de locos —comentó el capitán—. Simplemente cosa de locos.

—Eso es lo que pensé yo también. Me quedé mirándolo boquiabierto mientras él sacaba la cabeza de la arena y se ponía en pie. Imaginando que no había comprendido mi

explicación se la repetí. Terminó de la misma manera, con la nariz de Tweel metida en el centro de mi croquis.

—Quizá se trate de un rito religioso —sugirió Harrison.

—Puede ser —dijo Jarvis dubitativamente—. Bueno, así estábamos. Podíamos cambiar ideas hasta cierto punto y para de contar. Entre nosotros había algo diferente, inconexo; no dudo de que Tweel me juzgaba tan chiflado como yo a él. Lo que ocurría es que nuestras mentes consideraban el mundo desde distintos puntos de vista y quizás el punto de vista de él era tan justo como el nuestro. Pero no podíamos ir de acuerdo, eso es todo. Sin embargo, a pesar de todas las dificultades, Tweel me era simpático y tengo una extraña seguridad de que yo le era simpático a él.

—¡Locuras! —repitió el capitán—. No son más que fantasías.

—¿Sí? Pues espera a que te cuente. Algunas veces he pensado que quizá nosotros… —Hizo una pausa y luego continuó su narración—: Lo cierto es que por fin me di por vencido y me metí en mi saco para dormir. El fuego no me había dado mucho calor, pero en aquel maldito saco me asfixiaba. Al cabo de cinco minutos no podía resistir. Lo abrí un poco y me fastidié. Los cuarenta grados bajo cero me golpearon uno tras otro en la nariz para completar el porrazo que había sufrido en la caída del cohete.

»Volví a cubrirme y seguí durmiendo. Cuando desperté por la mañana y salí del saco comprobé que Tweel había desaparecido. Sin embargo, casi inmediatamente, oí una especie de gorjeo y le vi llegar lanzado, deslizándose por aquel acantilado de tres pisos de Thyle hasta clavarse con el pico junto a mí. Me señalé a mí mismo y luego hacia el norte y él se señaló a sí mismo y hacia el sur, pero cuando recogí mi impedimenta y me puse en marcha, se vino conmigo.

»¡Muchachos, qué manera de viajar la de aquella criatura! Cada treinta metros, un salto; surcaba el aire como una lanza y se quedaba clavado en el suelo con el pico. Parecía sorprenderse de mi pesada andadura, pero al cabo de algunos momentos se adaptó lo mejor que pudo, salvo que cada pocos minutos daba uno de sus saltos y clavaba su nariz en la arena a pocos metros de mí y se reunía de nuevo conmigo. Al principio me sentía nervioso al ver aquel pico apuntándome como una lanza, pero lo cierto es que siempre terminaba clavándose a mi lado en la arena.

»De este modo recorrimos el Mare Chronium. Es un sitio muy parecido a éste: las mismas plantas estrambóticas y los mismos pequeños biópodos verdes creciendo en la arena o apartándose para dejarle paso a uno. Charlábamos; no porque nos comprendiéramos, pero ya sabéis lo que quiero decir, sólo por lograr la sensación de tener compañía. Canté canciones y sospecho que Tweel las cantó también; por lo menos, algunos de sus trinos y gorjeos sugerían algún ritmo.

»De vez en cuando, para variar, Tweel desplegaba su muestrario de palabras inglesas. Apuntaba a cualquier protuberancia y decía “roca”, y apuntaba luego a un guijarro y decía lo mismo; o bien me tocaba un brazo y decía “Dick” y luego lo repetía. Parecía divertirse enormemente con el hecho de que la misma palabra significase la misma cosa aunque se dijera dos veces seguidas, o que la misma palabra pudiera aplicarse a dos objetos diferentes. Me pregunté si su lenguaje no sería como el idioma primitivo de algunos pueblos de la Tierra, como el de los negritos, ya sabéis, que no tienen palabras genéricas: ninguna palabra para comida o agua u hombre; sólo palabras para comida buena y comida mala, o agua de lluvia y agua de mar, u hombre fuerte y hombre débil. Son demasiado primitivos para comprender que el agua de lluvia y el agua de mar son simplemente aspectos distintos de la misma cosa. Pero no era ése el caso con Tweel. Más bien era como si fuésemos misteriosamente distintos de un modo u otro: nuestras mentes eran extrañas entre sí. Y sin embargo nos teníamos simpatía.

—Eso es por la soledad —comentó Harrison—. Por eso os teníais tanta simpatía.

—Bueno, yo te tengo simpatía —replicó Jarvis malignamente—. El caso es —continuó— que no quiero que os forméis la idea de que Tweel era algún chiflado. En realidad, no estoy tan seguro de que no pudiera enseñar uno o dos trucos a nuestra tan alabada inteligencia humana. ¡Oh!, sé muy bien que no era un superhombre intelectual,

pero no olvidéis que consiguió entender algo de mi funcionamiento mental y en cambio yo no tuve el menor vislumbre del suyo.

—Porque él no tenía tal funcionamiento —sugirió el capitán mientras Putz y Leroy parpadeaban atentamente.

—Podréis juzgarlo cuando termine mi relato —dijo Jarvis—. Bueno, seguimos andando todo el día por el Mare Chronium y también el día siguiente. ¡Mare Chronium, Mar del Tiempo! Al acabar aquella marcha, estaba a punto de darle la razón a Schiaparelli cuando lo bautizó con este nombre, era tan monótono, sólo aquella llanura gris e interminable de plantas extravagantes y sin otro signo de una vida distinta, que casi me alegré al ver el desierto de Xanthus hacia el anochecer del segundo día.

»Estaba bastante agotado, pero Tweel, al que, por cierto, jamás vi comer ni beber, parecía estar tan campante como siempre. Creo que él podría haber cruzado el Mare Chronium en un par de horas con aquellos terribles saltos suyos, pero permanecía pegado a mí. Una o dos veces le ofrecí agua; aceptó mi taza y sorbió el líquido con su pico para luego, cuidadosamente, volver a lanzarlo a la taza y devolvérmela con toda gravedad.

»Juntamente cuando avistamos Xanthus empezó a soplar una de esas desagradables tormentas de arena. No era quizá tan fuerte como la que tuvimos aquí, pero ahora debía

caminar contra ella. Me protegí la cara con la visera transparente de mi saco y me defendí bastante bien. Tweel utilizaba algunos apéndices plumosos que le crecen como un bigote en la base del pico para taparse los orificios nasales, y otro escudo similar para protegerse los ojos.

—¡Es una criatura del desierto! —exclamó el biólogo Leroy.

—¿Eh? ¿Cómo?

—No bebe agua, se adapta a las tormentas de arena…

—Eso no prueba nada. No se puede desperdiciar ni una sola gota de agua en esta píldora desecada llamada Marte, en la Tierra lo habríamos calificado todo de desierto. —Hizo una pausa—. Cuando cesó la tormenta de arena, un viento suave nos dio en la cara. De improviso, como llevadas por esa tenue brisa, unas pequeñas esferas, transparentes y muy livianas, empezaron a deslizarse desde los acantilados de Xanthus. Intrigado, partí unas cuantas y comprobé que estaban vacías, sólo que al romperlas desprendían un olor nauseabundo. Pregunté a Tweel y por su respuesta, un «no, no, no» rotundo, supuse que compartía mi misma ignorancia sobre las esferas. Siguieron flotando como vilanos o como pompas de jabón, y nosotros proseguimos nuestro camino hacia Xanthus. En una ocasión Tweel apuntó a una de las bolas de cristal y dijo «roca», pero yo estaba demasiado cansado para discutir con él. Posteriormente descubrí lo que había querido decir.

»Al anochecer llegamos al pie de los acantilados de Xanthus. Decidí dormir en la meseta pues pensé que tan peligrosa podría ser la arena de Xanthus como la vegetación del Mare Chronium. De hecho no había descubierto una sola señal de amenaza, excepto aquella cosa negra y tentacular que atrapara a Tweel y que por lo visto no se movía en absoluto, sino que atraía a las víctimas que estaban a su alcance. No podía atraerme a mí mientras estuviera durmiendo, más teniendo en cuenta que Tweel permanecía en vela, limitándose a estar sentado pacientemente toda la noche. Me hubiera gustado saber cómo aquella extraña criatura de brazos negros pudo atrapar a Tweel, pero no había modo de preguntárselo a este último. Lo averigüé más tardé; es algo diabólico.

»Recorrimos el acantilado buscando un sitio fácil por donde trepar. Por lo menos lo buscaba yo. Tweel podría haber saltado el obstáculo fácilmente, porque los acantilados eran más bajos que los de Thyle, quizás unos veinte metros. Al fin dimos con un lugar adecuado y empecé a trepar, maldiciendo el voluminoso tanque de agua amarrado a mi espalda y lo mucho que dificultaba mi escalada. De pronto oí un sonido que creí reconocer.

»Ya sabéis cuán engañosos resultan los sonidos en este aire tan tenue. Un disparo suena como el descorche de una botella. Pero esta vez no había dudas: era el zumbar de un cohete. En efecto, a unos quince kilómetros hacia el oeste,

entre yo y la puerta de sol, estaba nuestra segunda nave auxiliar.

—Era yo —dijo Putz—. Te estaba buscando.

—Sí, lo comprendí. Pero ¿de qué me servía? Me aferré al acantilado y grité mientras hacía señas con una mano. Tweel vio también la navecilla y se puso a trinar y a graznar saltando hasta lo alto de la barrera y elevándose luego en el aire. Y mientras yo miraba, el aparato desapareció zumbando entre las sombras del sur.

»Trepé hasta lo alto del acantilado. Tweel aún seguía apuntando y graznando excitadamente, elevándose hasta el cielo y cayendo luego en barrena para hundir su pico en el suelo. Apunté hacia el sur y hacia mí mismo y dije “sí, sí, sí”, pero en cierto modo conjeturé que él pensaba que aquella cosa volante era un allegado mío, probablemente un pariente. Quizá cometí una injusticia contra su intelecto; ahora sé que fue así.

»Me sentía amargamente decepcionado por mi fracaso en llamar la atención. Dispuse mi saco de dormir y me metí dentro, porque arreciaba el frío de la noche. Tweel hundió el pico en la arena, alzó las patas y los brazos y se quedó como uno de los arbustos sin hojas que hay por aquí. Creo que permaneció de este modo toda la noche.

—¡Mimetismo protector! —exclamó Leroy—. ¿Lo ves? ¡Es una criatura del desierto!

—Por la mañana —continuó Jarvis—, nos pusimos de nuevo en marcha. No habíamos avanzado más de cien metros por Xanthus cuando vi una cosa rara, una cosa que estoy seguro de que Putz no ha fotografiado.

»Una línea de diminutas pirámides de no más de quince centímetros de altura se extendía por toda la superficie de Xanthus que yo podía abarcar con la vista. Pequeños edificios hechos de pequeñísimos ladrillos, edificios huecos y truncados, o por lo menos rotos en la cúspide y vacíos. Se los señalé a Tweel y pregunté "¿Qué?", pero él lanzó algunos graznidos negativos para indicar, supongo, que no lo sabía. Así pues, continuamos, siguiendo la fila de pirámides.

»¡Muchachos, seguimos aquella línea durante horas! Al cabo de un rato, noté una cosa rara: las pirámides se iban haciendo mayores. El mismo número de ladrillos en cada una, pero los ladrillos eran mayores.

»Al mediodía me llegaban ya al hombro. Miré algunas: todas iguales, rotas en la cúspide y vacías. Examiné también un ladrillo o dos; eran sílice, y tan viejos como la creación misma.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Leroy.

—Estaban gastados, con las aristas redondeadas. La sílice no se estropea fácilmente ni siquiera en la Tierra, y con este clima…

—¿Qué edad les calculas?

—Cincuenta mil… cien mil años. ¿Cómo podría decirlo? Las pirámides pequeñas que vimos por la mañana eran más antiguas, quizá diez veces más. Se desmoronaban. ¿Qué edad podrían tener? ¿Medio millón de años? ¿Quién sabe? —Jarvis hizo una pausa—. Bueno —continuó—, seguimos la línea. Tweel apuntaba a las pirámides y dijo «roca» una o dos veces, pero esa era una palabra que había repetido con mucha frecuencia. Además, en cierto modo, tenía más o menos razón.

»Traté de sonsacarlo. Señalé a una pirámide y le pregunté "¿Gente?", indicándonos a nosotros dos, repuso con una especie de cloqueo negativo y dijo: "No, no, no. No uno uno dos. No dos dos cuatro", mientras se frotaba el estómago. Lo miré fijamente y él continuó con la musiquilla: "No uno uno dos. No dos dos cuatro".

—¡Esa es la prueba irrefutable! —exclamó Harrison—. ¡Locuras!

—Eso crees, ¿eh? —inquirió Jarvis sarcásticamente—. Pues bien, yo me figuré algo muy distinto. «No uno uno dos». Por supuesto no lo captas todavía, ¿verdad?

—En absoluto. Ni creo que lo captes tú.

—Yo creo que sí. Tweel estaba utilizando las pocas palabras inglesas que conocía para enunciar una idea muy compleja. Permíteme que te pregunte, ¿en qué te hacen pensar las matemáticas?

—Pues… en astronomía. O… o en lógica.

—Eso es «No uno uno dos». Tweel estaba diciéndome que los constructores de las pirámides no eran gente, o que no eran inteligentes, que no eran criaturas dotadas de razón. ¿Me comprendes?

—¡Uf, que me aspen!

—Probablemente te asparán.

—¿Por qué —intervino Leroy— se frotaba el estómago?

—Está claro, mi querido biólogo. Porque allí es donde tiene el cerebro. No en su diminuta cabeza, sino en el centro de su cuerpo.

—¡Es imposible!

—No, en Marte no lo es. Esta flora y esta fauna no son terráqueas tus biópodos lo demuestran. —Jarvis sonrió burlonamente y prosiguió su narración—: Como quiera que

sea, seguimos caminando por Xanthus y ya mediada la tarde sucedió otra cosa rara. Las pirámides se acabaron.

—¿Se acabaron?

—Sí, y el misterio radicaba en la última, ya casi de tres metros. ¿No comprendéis? Quienquiera que fuese, el que la construyó estaba todavía dentro. Lo habíamos seguido desde sus orígenes de medio millón de años antes hasta la actualidad.

»Tweel y yo nos dimos cuenta casi al mismo tiempo. Monté mi pistola, en la que tenía un cargador de balas explosivas y Tweel, rápido como un prestidigitador, sacó de su bolsa un curioso y pequeño revólver de cristal. Se parecía mucho a nuestras armas, con la diferencia de que la culata era mayor para acomodarse a su mano. Empuñamos nuestras armas mientras nos acercábamos a la última pirámide.

»Tweel fue el primero en ver el movimiento. Las hileras superiores de ladrillos estaban siendo desplazadas y, de pronto, se deslizaron a un lado con un ligero crujido. Y entonces… algo… algo empezó a salir.

»Apareció un largo brazo de un gris plateado y detrás un cuerpo blindado. Blindado, quiero decir, recubierto de escamas de un gris plateado y mate. El brazo sacó al cuerpo de aquel hueco; la criatura quedó tendida en la arena.

»Era una criatura indescriptible: cuerpo como con un solo orificio que recordaba vagamente a una boca y dotado en ambos extremos de dos brazos: flexible uno, rígido y aguzado el otro. Nada de más miembros, nada de ojos, oídos, nariz, en fin, lo que se dice nada. Aquella cosa se arrastró unos cuantos metros, metió su puntiaguda cola en la arena, se enderezó y se quedó sentada.

»Tweel y yo permanecimos a la expectativa. Al cabo de unos diez minutos, nos llegó un leve crujido, un crepitar como el de un papel que se arruga, y su brazo se movió hasta el agujero de la boca de donde extrajo… ¡un ladrillo! El brazo colocó cuidadosamente el ladrillo en el suelo y la cosa quedó de nuevo inmóvil.

»Otros diez minutos… otro ladrillo. Se trataba simplemente de uno de los ladrilleros de la naturaleza. Yo estaba a punto de apartarme y seguir caminando cuando Tweel apuntó a la cosa y dijo: “Roca”. Contesté con un “hum” y él lo repitió de nuevo. Luego, con acompañamiento de algunos de sus trinos, dijo “No… no”, y lanzó dos o tres aspiraciones sibilantes.

»Lo curioso es que comprendí lo que quería decir. Pregunté: “¿No respira?”, y expliqué con gestos la palabra. Tweel quedó entusiasmado; dijo: “¡Sí, sí, sí! ¡No, no, no respira!”. Luego dio un salto y terminó clavando la nariz a un paso del monstruo.

»Ya podéis imaginaros lo turbado que me quedé. El brazo se alzaba en busca de un ladrillo y temí ver a Tweel atrapado y prensado, pero no ocurrió nada de eso, Tweel se colocó junto a la criatura y el brazo agarró el ladrillo y lo colocó pulcramente junto al primero. Tweel le rozó el cuerpo y dijo: "Roca" y yo tuve bastantes agallas para acercarme y mirar.

»De nuevo Tweel tenía razón. La criatura era roca y no respiraba.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Leroy, encendidos de interés sus negros ojos.

—Porque soy químico. ¡La bestia estaba hecha de sílice! Debía de haber silicio puro en la arena y ella vivía a sus expensas. ¿Lo comprendéis? Nosotros, Tweel y esas plantas de ahí fuera, incluso los biópodos, son vida de carbono; en cambio, aquella cosa vivía por un conjunto diferente de reacciones químicas. ¡Era vida de silicio!

—¡Vida silícea! —gritó Leroy—. Lo había sospechado y ahora tenemos la prueba. Tengo que ir a verlo. Tengo que…

—¡Está bien, está bien! —dijo Jarvis—. Puedes ir a verlo. El caso es que la cosa estaba allí, viva y sin embargo no viviente, moviéndose cada diez minutos sólo para sacar un ladrillo. Esos ladrillos eran sólo su material de desecho. ¿Comprendes, franchute? Nosotros somos carbono y nuestro material de desecho es dióxido de carbono; esta

cosa es silicio y su desecho es dióxido de silicio, es decir, sílice. Pero la sílice es un sólido, de aquí los ladrillos. La bestia los construye y cuando los ha colocado, se traslada a un nuevo emplazamiento para comenzar otra vez. No es de extrañar que produjese aquellos crujidos. ¡Una criatura viva de medio millón de años!

—¿Cómo sabes la edad? —preguntó Leroy frenéticamente.

—Seguimos el rastro de las pirámides desde el principio, ¿no es así? Si no fuese éste el constructor original de las pirámides, la serie habría terminado en algún sitio antes de que lo encontrásemos a él, ¿no os parece? Habría terminado y empezado de nuevo con las pirámides pequeñas. Me parece que es bastante simple.

»Pero él se reproduce, o trata de hacerlo, Antes de extraer el tercer ladrillo proyectó con un nuevo crujido un enjambre de aquellas bolitas de cristal. Son sus esporas, o huevos, o semillas, o como queramos llamarlas. Fueron flotando sobre Xarithus como habían flotado sobre nosotros en el Mare Chronium. También tengo el presentimiento de cómo funcionan; esto lo digo para que tomes nota, Leroy. Creo que la cáscara de cristal de sílice no es más que una cubierta protectora, como la cáscara de un huevo, y que el principio activo es el olor que hay dentro. Es una especie de gas que ataca al silicio y, si la cáscara se rompe cerca de un depósito

de este elemento, se inicia una reacción que desemboca en una bestia como la que os he descrito.

—¡Habrá que probarlo! —exclamó el bajito francés—. Debemos romper una para ver.

—¿Sí? Bueno, pues yo lo hice. Rompí unas cuantas contra la arena. ¿Queréis volver dentro de unos diez mil años para ver si planté algunos monstruos constructores de pirámides? Será muy probable que para esa fecha podáis ya comprobarlo. —Jarvis se detuvo e hizo una inspiración profunda—. ¡Cielos! ¡Qué criatura tan absurda! ¿Os la imagináis? Ciega, sorda, sin nervios, sin cerebro; simplemente un mecanismo y, sin embargo… inmortal. Limitada a hacer ladrillos, a construir pirámides mientras existan el silicio y el oxígeno. E incluso después se limitará a pararse, no morirá. Y si los accidentes que se produzcan dentro de un millón de años le aportan de nuevo su comida, allí estará dispuesta a caminar de nuevo, en tanto que los cerebros y civilizaciones formarán parte del pasado. Una extraña bestia, pero encontré otra más rara aún.

—Si la encontraste, debió de ser en sueños —gruñó Harrison.

—Tienes razón —dijo Jarvis lacónicamente—. En cierto modo tienes razón. ¡La bestia de los sueños! Es el mejor nombre para ella, y es la más hostil, y terrorífica creación que

uno pueda imaginar. Más peligrosa que un león, más insidiosa que una serpiente.

—¡Cuéntame! —rogó Leroy—. ¡Tengo que ir a verla!

—No, a ese diablo no. —Hizo de nuevo una pausa—. Bien —continuó—, Tweel y yo abandonamos a la criatura de las pirámides y seguimos caminando por Xanthus. Yo estaba cansado y bastante triste por el hecho de que Putz no me hubiese recogido y los cloqueos de Tweel me atacaban los nervios, así como sus picados en barrena. Así pues, me limitaba a caminar sin decir palabra, hora tras hora, por aquel monótono desierto.

»Hacia media tarde avistamos una línea oscura en el horizonte. Yo sabía lo que era. Era un canal; lo había sobrevolado en el cohete y eso significaba que sólo habíamos recorrido un tercio de la extensión de Xanthus. Bonita idea, ¿no? Y sin embargo, aún disponía de tiempo para llegar en la fecha marcada.

»Nos acercamos al canal lentamente; yo recordaba que este canal estaba bordeado por una amplia franja de vegetación y que la Ciudad de Cieno estaba en la orilla.

»Ya he dicho que estaba cansado. No hacía más que pensar en una buena comida caliente, y de allí mis reflexiones se fueron encadenando: pensé en lo bonito y hogareño que me parecería incluso Borneo después de este loco planeta, en el

pequeño y viejo Nueva York y, finalmente, en una muchacha a la que conozco allí: Fancy Long. ¿La conocéis?

—Una animadora —dijo Harrison—. He cantado el estribillo de muchas de sus canciones. Bonita rubia; baila y canta en la hora de la Hierba Mate.

—Esa es —aprobó Jarvis—. La conozco bastante bien, sólo como amigos, entendéis, ¿eh?, aunque acudió a vernos despegar en el Ares. Iba pensando en ella mientras nos acercábamos a aquella línea de plantas elásticas.

»Y entonces exclamé: "¡Qué diablos…!", y me quedé mirando fijamente. Allí estaba Fancy Long, de pie bajo uno de aquellos árboles retorcidos, tan clara como el día, sonriendo y saludándome con el brazo tal como yo recordaba que había hecho cuando despegamos.

—Definitivamente se ve que estás loco —comentó el capitán.

—Muchacho, en aquellos momentos casi te habría dado la razón. Parpadeé, me pellizqué, cerré los ojos, luego volví a mirar, y allí seguía estando Fancy Long sonriendo y saludando con el brazo. Tweel también veía algo; graznaba y cloqueaba, pero yo apenas lo oía. Permanecía inmóvil mirando a la muchacha, demasiado estupefacto para hacerme preguntas.

»No estaba a seis metros de ella cuando Tweel me alcanzó con uno de sus saltos. Me agarró por un brazo, gritando: "¡No, no, no!", con su voz más aguda. Traté de sacudírmelo, era tan liviano como si estuviese hecho de bambú, pero él clavó sus garras y chilló. Finalmente recobré algo de cordura y me detuve a menos de tres metros de la muchacha. Allí estaba ella, con un aspecto tan sólido como la cabeza de Putz.

—¿Cómo dices? —preguntó el ingeniero.

—Sonreía y movía el brazo, movía el brazo y sonreía, y yo estaba allí tan callado como Leroy, mientras Tweel cloqueaba y parloteaba.

»Comprendía que aquello no podía ser real, y sin embargo allí estaba ella.

»Finalmente dije: "¡Fancy! ¡Fancy Long!". Ella seguía sonriendo y ondeando el brazo, pero con un aspecto tan real como si yo no la hubiese dejado a una distancia de ochenta millones de kilómetros.

»Tweel había sacado su pistola de cristal y estaba apuntando contra la muchacha. Lo agarré por el brazo, pero intentó apartarme. La señaló y dijo: "¡No respira! ¡No respira!", y comprendí que quería decir que aquella Fancy Long no estaba viva. ¡Muchachos, la cabeza me daba vueltas!

»Sin embargo, se me ponía la carne de gallina al ver cómo Tweel apuntaba su arma contra la muchacha. No sé cómo permanecí allí quieto viéndolo afinar la puntería, pero lo hice. Apretó el gatillo, se produjo un pequeño escape de vapor y Fancy Long desapareció. En su lugar pude ver uno de esos retorcidos horrores negros en forma de brazos. Era la misma bestia que antes había atrapado a Tweel.

»¡La bestia de los sueños! Permanecí allí mareado, viéndola morir mientras Tweel trinaba y silbaba. Por fin, él me tocó el brazo, señaló a aquella cosa que se retorcía y dijo: "Tú uno uno dos, él uno uno dos". Después que lo hubo repetido ocho o diez veces, capté el significado. ¿Lo capta alguno de vosotros?

—¡Sí! —chilló Leroy—. ¡Yo lo entiendo! Quiere decir que tú piensas en algo, la bestia lo adivina y tú ves aquello en que estás pensando. Un perro hambriento vería un gran hueso con carne. O lo olería, ¿no es así?

—Exactamente —dijo Jarvis—. La bestia de los sueños utiliza los anhelos y deseos de su víctima para atrapar a la presa. El pájaro, en la estación de celo, querría ver a su pareja; el zorro, que busca su presa, querría ver un indefenso conejo.

—¿Cómo consigue eso la bestia? —inquirió Leroy.

—¿Y cómo voy a saberlo? ¿Cómo se las arregla en la Tierra una serpiente para hipnotizar a un pájaro y atraerlo hasta sus mandíbulas? ¿Y no son capaces los peces de las profundidades de atraer a sus víctimas hasta la propia boca? ¡Cielos! —exclamó Jarvis con un estremecimiento—. ¿No veis lo insidioso que es el monstruo? Ahora estamos advertidos, pero en adelante no podemos confiar ni siquiera en nuestros propios ojos. Podríais estar viéndome, o yo podría ver a uno de vosotros, y otra vez pudiera darse el caso de que aquello no fuese sino otro de esos negros horrores.

—¿Cómo se dio cuenta tu amigo? —preguntó el capitán bruscamente.

—¿Tweel? Es lo que me pregunto yo también. Quizás él estaba pensando en algo que no era posible que me interesara y cuando empecé a acercarme comprendió que yo veía algo distinto y cayó en la cuenta. O tal vez la bestia de los sueños sólo puede proyectar una visión única, y Tweel vio lo que yo vi… o nada. No pude preguntárselo. Pero eso es otra prueba de que la inteligencia de Tweel es igual que la nuestra, si no superior.

—¡Te digo que estás chiflado! —exclamó Harrison—. ¿Qué te hace pensar que su intelecto pueda compararse con el humano?

—Muchas cosas. Primero la cuestión de la bestia de las pirámides. Él nunca había visto ninguna; por lo menos eso es

lo que dijo sin embargo, la reconoció como un autómata de silicio.

—Puede haber oído hablar de él —objetó Harrison—. Ya sabes que él vive por aquí cerca.

—¿Y qué me dices respecto al lenguaje? Yo no pude formarme ni la menor idea del suyo y él, en cambio, aprendió seis o siete palabras del mío. ¿Y os dais cuenta de las ideas tan complejas que supo enunciar sirviéndose simplemente de seis o siete de esas palabras? El monstruo de las pirámides, la bestia de los sueños… En una sola frase me dijo que uno era un autómata inofensivo y el otro un poderosísimo hipnotizador. ¿Qué opináis de eso?

—¡Hum! —dijo el capitán.

—Todo lo «hum» que quieras, pero ¿podrías haber hecho eso sabiendo sólo seis palabras de inglés? ¿Podrías haber conseguido incluso más, como lo consiguió Tweel, y decirme que otra criatura era de una especie de inteligencia tan diferente de la nuestra, que la comprensión resultaba imposible, mucho más imposible que entre Tweel y yo?

—¿A qué clase de criaturas te refieres?

—Eso vendrá más tarde. Lo que quiero recalcar es que Tweel y su raza son merecedores de nuestra amistad. En algún sitio de Marte, ya veréis como tengo razón, hay una civilización y una cultura semejantes a la nuestra, y la

comunicación es posible entre ellos y nosotros; Tweel lo demuestra. Puede que eso exija años de pacientes ensayos, porque sus mentes nos resultan extrañas, pero menos extrañas que las mentes con que topé más tarde… si son mentes.

—¿A qué te refieres?

—A la gente que hay en las ciudades de barro a lo largo de los canales. —Jarvis frunció el ceño y continuó luego su narración—: Yo creía que la bestia de los sueños y el monstruo de silicio eran los seres más extraordinarios concebibles, pero estaba equivocado. Las criaturas a las que voy a referirme son todavía menos comprensibles que cualquiera de las otras dos, y desde luego mucho menos comprensibles que Tweel, con quien cabe la posibilidad de trabar amistad e incluso, a fuerza de paciencia y concentración, llegar a un intercambio de ideas.

»El caso es —prosiguió— que abandonamos a la moribunda bestia de los sueños, dejándola retirarse a su cubil, y avanzamos hacia el canal. El suelo estaba recubierto por una alfombra de aquellas raras hierbas andadoras que se apartaban a nuestro paso. Cuando llegamos a la orilla, vimos que por el canal fluía un débil hilo de agua amarilla. La ciudad de barro que había divisado desde el cohete estaba aproximadamente a unos dos kilómetros a la derecha y sentía curiosidad por echarle un vistazo.

»Ofrecía el aspecto de estar deshabitado, pero, por si había criaturas emboscadas con propósitos hostiles, Tweel y yo empuñábamos nuestras armas. Dicho sea de paso, la de Tweel era un artilugio interesante. La examiné después del episodio de la bestia de los sueños: disparaba una pequeña esquirla de cristal, envenenada supongo, y calculo que en un cargador había por lo menos cien proyectiles. La propulsión era a vapor, vapor puro y simple.

—¿Vapor? —exclamó Putz—. ¿Qué clase de vapor?

—De agua, por supuesto. El cristal de la empuñadura transparentaba dos cámaras, una llena de agua y la otra de un líquido espeso y amarillento. Cuando Tweel apretaba la empuñadura, porque en realidad no había ningún gatillo o disparador, una gota de agua y una gota de aquella materia amarillenta penetraban en la cámara de combustión, y el agua se convertía en vapor. No es tan difícil; creo que podríamos utilizar el mismo principio. El ácido sulfúrico concentrado calentaría el agua casi hasta el punto de ebullición, y lo mismo lo harían la cal viva, el potasio o el sodio…

»Naturalmente, su arma no tenía el alcance de la mía, pero no resultaba tan mala en este aire enrarecido. Además, contenía tantos proyectiles como una pistola de vaquero en una película del oeste y era eficaz, por lo menos contra la vida marciana. Yo la probé, disparando contra una de aquellas plantas extravagantes, y que me aspen si la planta

no se marchitó y se desplomó. Por eso creo que las esquirlas de cristal estaban envenenadas.

»El caso es que seguimos andando hacia la ciudad de barro. Empezaba a preguntarme si los constructores de la ciudad serían los que habían excavado los canales. Señalé a la ciudad y luego al canal, pero Tweel dijo "No, no, no" y con un ademán señaló hacia el sur. Interpreté que con aquel gesto quería decir que era otra raza la que había creado el sistema de canales, quizá la gente de Tweel. No lo sé; tal vez haya otra raza inteligente en el planeta, o una docena. Marte es un raro pequeño mundo.

»A unos cien metros de la ciudad cruzamos una especie de carretera, una simple senda de barro apisonado y, sorpresa, vimos avanzar por ella a uno de los constructores de montecillos.

»¡Muchachos!, cuesta trabajo hablar de seres tan fantásticos, parecía un barril trotando sobre cuatro patas. No tenía cabeza: el extremo superior del cuerpo era un diafragma tan tenso como la piel de un tambor. Amén de las patas el cuerpo, rodeado por completo de una hilera de ojos, proyectaba otros cuatro tentáculos. Y eso era todo. El extraño ser pasó como un rayo junto a nosotros empujando una carretilla. Ni siquiera advirtió nuestra presencia, aunque me pareció observar que sus ojos se modificaban un poco al pasar a nuestra altura.

»Un momento más tarde se acercó otro, empujando una carretilla vacía. Y luego un tercero, que también nos ignoró. Bueno, yo no iba a consentir que un montón de barriles jugando al tren me tratase con tal menosprecio, así que, cuando se acercó el cuarto, me planté en medio del camino, dispuesto a apartarme de un salto si aquella cosa no se paraba.

»Pero se detuvo y lanzó una especie de redoble. Yo extendí las manos y dije: “Somos amigos”. ¿Y qué suponéis que hizo la cosa aquella?

—Imagino que responder: «Encantado de conocerlo» —sugirió Harrison.

—No me habría sorprendido más de haber hecho esto. Redobló sobre su diafragma y atronó de pronto: «Somos amigos». Y, sin más, empujó malignamente su carretilla contra mí. Me aparté de un salto y me quedé mirando como un estúpido a aquella cosa que se alejaba.

»Un minuto más tarde otro de aquellos barriles pasó a la carrera. No se detuvo, sino que simplemente redobló: “Somos amigos” y siguió corriendo. ¿Cómo había aprendido la frase? ¿Estaban todas aquellas criaturas comunicadas entre sí? ¿Eran todas ellas partes de algún organismo central? Lo ignoro, aunque creo que Tweel sí lo sabe.

»Como quiera que sea, las criaturas continuaban pasando junto a nosotros, cada una de ellas saludándonos con la misma frase. Llegó a ser cómico; nunca pensé encontrar tantísimos amigos en esta bola dejada de la mano de Dios. Finalmente miré a Tweel con un gesto de perplejidad; imagino que me comprendió, porque dijo: “Uno uno dos sí, dos dos cuatro, no”. ¿Lo entendéis?

—Claro —dijo Harrison—. Debe tratarse de una rima infantil marciana.

—Nada de eso.

Estaba ya acostumbrándome al simbolismo de Tweel e interpreté su declaración de esta manera: «Uno uno dos, sí»: las criaturas eran inteligentes; «dos dos cuatro, no»: su inteligencia no era de nuestro tipo, sino algo distinto, más allá de la lógica del dos y dos son cuatro. Tal vez me equivoqué, tal vez había querido dar a entender que sus mentes eran de grado inferior, capaces de concebir las cosas simples, «uno uno dos, sí», pero no cosas más difíciles, «dos dos cuatro, no». Pero creo, por lo que vimos más tarde, que mi interpretación había sido correcta.

»Al cabo de pocos momentos, las criaturas volvieron corriendo. Traían ahora las carretillas llenas de piedras, arena, trozos de plantas gelatinosas y desperdicios por el estilo. Zumbaban sus amistosos saludos, que realmente no lo parecían tanto y seguían corriendo. Supuse que el cuarto

era mi primer conocido y decidí tener otra charla con él. Me planté en su camino y aguardé.

»Se acercó lanzando su "somos amigos" y se detuvo. Me quedé mirándolo; cuatro o cinco de sus ojos se fijaron en mí. Probó otra vez su contraseña y dio un empujón a su carretilla, pero permanecí firme. Y entonces la repugnante criatura alargó uno de sus brazos y dos dedos que parecían pinzas me apretaron la nariz.

Harrison estalló en una salvaje risotada.

—Quizás esas cosas poseen un afinado sentido de la belleza —proclamó entusiasmado.

—Ríe todo cuanto quieras —gruñó Jarvis—. Yo había recibido ya un golpe en la nariz y la tenía escocida por la escarcha. No pude por menos que gritar un «¡ay!», de dolor y hacerme a un lado. La criatura siguió su camino, pero a partir de entonces el saludo de todas ellas fue «Somos amigos. Ay». ¡Extravagantes bestias!

»Tweel y yo seguimos la carretera. Esta se hundía simplemente en una abertura y bajaba como una vieja contramina. De un lado a otro pasaba a toda prisa la gente-barril, saludándonos con su eterna frase.

»Miré hacia el interior. En algún sitio, allá abajo, se divisaba un poco de luz y sentí curiosidad por verla. No parecía una antorcha, ya me comprendéis, sino que tenía el aspecto de

una luz más civilizada y pensé que aquello podría proporcionarme una pista en cuanto al índice de desarrollo de aquellos seres. Así pues, entré y Tweel me siguió pisándome los talones, no sin antes proferir unos cuantos cloqueos y graznidos.

»La luz era curiosa. Chisporroteaba y resplandecía como un viejo arco voltaico, pero procedía de una sola varilla negra empotrara en la pared del corredor. Era eléctrica, sin duda alguna. Por lo visto, las criaturas estaban bastante civilizadas.

»Luego vi otra luz que lucía sobre algo resplandeciente y me acerqué a mirar, pero se trataba sólo de un montón de arena brillante. Me volví hacia la entrada para marcharme y creí que me la había tapado el diablo.

»Supuse que el corredor era curvo o que me había metido por un pasillo lateral. Desandé el camino en la dirección que intuí correcta y todo lo que encontré fueron más corredores sumidos en la penumbra. ¡Aquello era un laberinto! No había más que retorcidos pasillos que corrían en todas direcciones, alumbrados por alguna que otra luz. De vez en cuando pasaba una criatura corriendo, a veces con una carretilla, a veces sin ella.

»Al principio no me preocupé mucho, Tweel y yo sólo habíamos avanzado unos cuantos metros desde la entrada. Pero cada paso que dábamos parecía internarnos más y más en las profundidades. Finalmente decidí seguir a una de las

criaturas que llevaba una carretilla vacía, pensando que ella tendría que salir en busca de sus materiales, pero la verdad era que corría sin rumbo de un pasillo a otro. Cuando empezó a dar vueltas alrededor de una de las pilastras como un danzarín japonés, me di por vencido, deposité mi tanque de agua en el suelo y me senté.

»Tweel estaba tan desconcertado como yo. Apunté hacia arriba y él dijo “No, no, no” en una especie de desvalido trino. Y no podíamos conseguir ninguna ayuda de los nativos; no nos prestaban atención en absoluto, excepto para asegurarnos que éramos amigos, ay.

»¡Cielos! No sé cuántas horas o cuántos días vagamos por allí. Me quedé dormido dos veces de puro agotamiento. En cuanto a Tweel, nunca parecía sentir esta necesidad. Tratamos de avanzar únicamente por los corredores que ascendían, pero la verdad es que tan pronto subían como se hundían en las profundidades. La temperatura en aquel maldito hormiguero era constante; no se podía distinguir el día de la noche y después de mi primer sueño no supe si había dormido una hora o trece, por lo cual no podía decir por mi reloj si era medianoche o mediodía.

»Vimos muchísimas cosas extrañas. Había máquinas que funcionaban en algunos de los corredores, pero no parecía que estuviesen haciendo nada, simplemente ruedas que giraban. Y en varias ocasiones vi a dos bestias-barriles con un pequeño creciendo entre ambas.

—¡Partenogénesis! —se entusiasmó Leroy—. Partenogénesis por injertos como los tulipanes.

—Así será, si tú lo dices, franchute —convino Jarvis—. Aquellas cosas no nos prestaban la más mínima atención, excepto, como ya he dicho, para saludarnos. Parecían no tener ninguna clase de vida hogareña, sino que se limitaban a correr con sus carretillas y a traer desechos. Por fin descubrí lo que hacían con éstos.

»Acertamos a dar con un corredor que avanzaba hacia arriba largo trecho. Tenía el presentimiento de que debíamos de estar cerca de la superficie cuando, de pronto, el pasillo desemboca en una cámara abovedada, la única que habíamos visto. La verdad es que tuve ganas de ponerme a bailar cuando vi algo que se asemejaba a la luz del día a través de una rendija del techo.

»En aquella habitación había una especie de máquina, simplemente una enorme rueda que giraba con lentitud. Una de las criaturas estaba en aquel momento arrojando sus desechos bajo la rueda. Ésta los aplastó con un crujido —arena, piedras, plantas— convirtiéndolo todo en un polvo que voló hacia alguna parte. Mientras mirábamos, otros descargaban sus carretillas, repitiendo el proceso. Eso parecía ser todo. Aparentemente no había razón alguna para todo aquello, pero eso es característico de este chiflado planeta. Y aún presenciamos otro hecho si cabe más increíble.

»Una de las criaturas, después de haber arrojado su carga, apartó su carretilla a un lado y tranquilamente se arrojó ella misma bajo la rueda. Vi cómo era aplastada y me quedé tan estupefacto, que no pude exhalar el menor sonido. Pero un momento después otra la seguía. Hacían aquello de un modo perfectamente metódico; una de las criaturas sin carretilla se hizo cargo de la carretilla abandonada.

»Tweel no parecía sentirse sorprendido; le señalé al suicida siguiente, y se limitó a hacer el encogimiento de hombros más humano que pueda imaginarse, como si estuviera diciendo: "¿Qué puedo hacer respecto a eso?".

»Luego vi otra cosa más. En algún sitio más allá de la rueda había algo brillante sobre una especie de pedestal bajo. Me acerqué; era un cristal del tamaño aproximado de un huevo que resplandecía como el más fabuloso brillante. La luz que irradiaba me dio en las manos y en la cara casi como una descarga estática y entonces noté algo curiosísimo. ¿Recordáis aquella verruga que tenía en el pulgar izquierdo? ¡Mirad! —Jarvis extendió la mano—. Se secó y se desprendió, así, con esa sencillez. Y en cuanto a mi zarandeada nariz, el dolor desapareció como por ensalmo. Aquella cosa tenía la propiedad de fuertes rayos X o radiaciones gamma, sólo que en mayor proporción; destruía los tejidos enfermos y dejaba indemnes los sanos.

»Estaba pensando el regalo que sería llevar aquello a la madre Tierra cuando me interrumpió un gran alboroto.

Retrocedimos al otro lado de la rueda con tiempo para ver cómo volcaba una de las carretillas. Por lo visto, algún suicida se había descuidado.

»De pronto las criaturas empezaron a zumbar y a redoblar alrededor de nosotros y su ruido era claramente amenazador. Un grupo avanzó hacia donde estábamos; retrocedimos por lo que creí que era el pasillo por donde habíamos entrado, y entonces se lanzaron detrás de nosotros, unos con sus carretillas, otros sin ellas. ¡Extravagantes brutos! Había todo un coro de "somos amigos, ay". No me gustaba el "ay"; era demasiado sugestivo.

»Tweel había sacado su pistola de cristal; yo me desprendí de mi tanque de agua para tener más libertad de movimientos y saqué la mía. Retrocedimos corredor arriba con unas veinte bestias-barriles persiguiéndonos. Cosa rara: las que entraban con carretillas cargadas se movían a pocos centímetros de nosotros sin concedernos una mirada.

»Tweel debió de haberse fijado en eso. De pronto sacó aquel encendedor suyo de carbón al rojo y tocó una carretilla cargada de pedazos de plantas. ¡Bum! Toda la carga empezó a arder y la estúpida bestia siguió empujándola sin aflojar el paso. Pero de cualquier modo causó alguna perturbación entre nuestros "somos amigos", y luego noté que el humo subía y bajaba en remolinos junto a nosotros. Así descubrimos la entrada.

»Agarré a Tweel y nos precipitamos afuera, perseguidos por unas veinte bestias. La luz del día me pareció el paraíso, aunque noté en seguida que el Sol estaba a punto de ponerse. Mal síntoma, porque no podría sobrevivir sin mi saco térmico en una noche marciana. Las cosas iban empeorando rápidamente. Nos acorralaron en un ángulo entre dos montículos, y allí nos detuvimos. Ni yo ni Tweel habíamos disparado; no tenía objeto irritar a los brutos. Se detuvieron a corta distancia y empezaron sus zumbidos acerca de la amistad y de los ayes.

»Luego las cosas empeoraron aún más. Un barril acudió con una carretilla y todos la rodearon y se fueron apartando con puñados de dardos de cobre de unos tres centímetros de longitud y de aspecto bastante aguzado. Y de pronto uno de los dardos me pasó rozando la oreja. Había que disparar o morir.

»Durante algún tiempo lo hicimos bastante bien. Liquidamos a los que estaban más cerca de la carretilla y conseguimos reducir los dardos a un mínimo, pero de pronto hubo un tormentoso estruendo de “amigos” y “ayes” y todo un ejército salió de su cueva.

»Muchachos, estábamos atrapados y yo lo sabía. Luego caí en la cuenta de que Tweel no lo estaba. Podría haber dado un salto sobre el montículo que teníamos detrás como quien no quiere la cosa. ¡Se quedaba por mí!

»Me habría echado a llorar si hubiese tenido tiempo. Tweel me había sido simpático desde el principio, pero aún suponiendo que tuviese que estarme agradecido por haberlo salvado de la bestia de los sueños, ya había hecho bastante por mí, ¿no? Lo agarré por el brazo y dije “Tweel” y señalé arriba, y él comprendió. Dijo “No, no, Dick” y avanzó con su pistola de cristal.

»¿Qué podía hacer yo? De cualquier modo me quedaría convertido en un témpano cuando se pusiera el sol, pero aquello no podría explicárselo. Dije: “Gracias, Tweel. Eres todo un hombre”. Y sentí que no le estaba haciendo ninguna clase de cumplido. ¡Un hombre! Hay pocos hombres con suficientes agallas para hacer lo que él estaba haciendo.

»Así pues, empezamos a disparar con nuestras respectivas pistolas y los barriles no dejaban de lanzar dardos y acercarse a nosotros proclamando que éramos amigos. Yo había renunciado a toda esperanza. Pero de pronto un ángel descendió del cielo en forma de Putz y con sus cohetes inferiores hizo añicos a los barriles.

»Lancé un grito y me precipité hacia el cohete; Putz abrió la puerta y entré, riendo, llorando y gritando. Sólo al cabo de un momento me acordé de Tweel; miré en torno con el tiempo suficiente para verlo alzarse en uno de sus vuelos en picado por encima del montículo y alejarse.

»Tuve una larga discusión con Putz para que lo siguiera. Pero cuando el cohete se elevó, la oscuridad ya había descendido; ya sabéis como llega aquí: como cuando se apaga una luz. Volamos sobre el desierto y descendimos a ras de suelo un par de veces. No logramos encontrarlo; él podía viajar como el viento y todo lo que conseguí o que me imaginé conseguir a las llamadas que lancé fue un débil trino, un gorjeo que llegaba del sur. Tweel se había ido y ¡que me aspen, me gustaría que no lo hubiese hecho!

Los cuatro hombres del Ares se quedaron silenciosos, incluso el sarcástico Harrison. Por último, el bajito Leroy rompió el silencio:

—Me gustaría ver todo eso —murmuró.

—Sí —dijo Harrison—. Y el curaverrugas. Una lástima que lo perdieras; podría tratarse de la cura del cáncer que la humanidad lleva esperando desde hace siglo y medio.

—¡Oh, en cuanto a eso…! —Masculló Jarvis sombríamente—. Fue por lo que empezó la pelea. —Se sacó de un bolsillo un objeto resplandeciente—: Aquí está.

EL VALLE DE LOS SUEÑOS

El capitán Harrison de la expedición Ares se apartó del pequeño telescopio colocado en la proa del cohete.

—Dos semanas como máximo —comentó—. Marte sólo retrograda setenta días con relación a la Tierra. Si no aprovecharnos este período para volver a casa, habremos de esperar año y medio a que la vieja madre Tierra dé la vuelta alrededor del Sol y nos atrape de nuevo. ¿Qué te parecería pasar un invierno aquí?

Dick Jarvis, químico del equipo, se estremeció al alzar la mirada de su libro de notas.

—Preferiría pasarlo en un tanque de aire líquido —respondió—. Estas noches veraniegas a treinta y cinco grados bajo cero son demasiado para mí.

—De todas maneras —rezongó el capitán—, la primera expedición con éxito a Marte debe estar de vuelta a casa muchísimo antes.

—Será con éxito, si llegamos a casa —corrigió Jarvis—. No confío nada en estos caprichosos cohetes, no confío en ellos desde que la semana pasada la nave auxiliar me dejó plantado en el mismo centro de Thyle. Empiezo a tomarle gusto a eso de salir a trompicones de una nave.

—Eso me recuerda —interrumpió Harrison— que debemos recobrar tus películas. Son importantes, si queremos sacar provecho a este viaje. ¿Recuerdas cómo el público se agolpaba para ver las primeras películas sobre la Luna? Las nuestras abarrotarán todos los locales. Y hay que contar también con los derechos que pagará la radio. Será una buena ayuda para la Academia.

—Lo que me interesa —replicó Jarvis— es mi provecho personal. Por ejemplo, un libro; los libros de exploración siempre se hacen populares. ¿Qué te parecería el título de Cita en Marte?

—¡Una estupidez! —gruñó el capitán—. Suena casi como «te espero el martes». Mejor sería Los amores de un marciano o algo por el estilo.

—De cualquier modo —repuso Jarvis, con una sonrisa—, si alguna vez volvemos a casa, voy a sacar todo el provecho que

pueda y nunca, nunca, me alejaré de la Tierra a mayor distancia de la que me lleve un buen avión estratosférico. He aprendido a apreciar nuestro planeta después de zancajear por esta píldora seca donde nos encontramos.

—Apostaría algo a que dentro de un par de años estarás aquí de nuevo —repuso burlonamente el capitán—. Querrás hacerle una visita a tu camarada, a ese fantástico avestruz.

—¿Tweel? —Jarvis adoptó un tono más serio—. La verdad es que me gustaría no haberlo perdido. Era un buen ojeador. A no ser por él nunca habría sobrevivido a la bestia de los sueños. Y en la batalla con aquellos monstruos de las carretillas, ni siquiera habría tenido la oportunidad de darle las gracias.

—¡Buen par de chiflados! —comentó Harrison. Miró por la claraboya el fulgor gris del Mare Cimmeriun—. Ya sale el sol. —Hizo una pausa—. Escucha Dick, tú y Leroy vais a salir con la otra nave auxiliar para recuperar las películas.

Jarvis se quedó mirando, asombrado.

—¿Yo y Leroy? —preguntó sin mucha urbanidad—. ¿Por qué no Putz y yo? A un ingeniero le sería más fácil llegar hasta allí y saber regresar si el cohete empieza a fallar.

El capitán señaló con la cabeza hacia la popa de donde salía en aquel momento una mezcolanza de golpes y exclamaciones guturales.

—Putz está revisando las entrañas de Ares —anunció—. Estará ocupado hasta que nos marchemos, porque quiero que revise hasta la más pequeña de las tuercas. Una vez hayamos despegado no habrá reparación que valga.

—¿Y si Leroy y yo nos estrellamos? Se trata de nuestra última nave auxiliar.

—Pues te buscas otro avestruz y vuelves a pie —sugirió Harrison enfurruñado. Luego sonrió—. Si tenéis problemas, os rescataremos en el Ares —concluyó—. Esas películas son importantes. —Dio media vuelta—. ¡Leroy!

El atildado y bajito biólogo apareció con rostro interrogativo.

—Tú y Jarvis vais a pilotar la nave auxiliar —dijo el capitán—. Todo está a punto y será mejor que partáis inmediatamente. Llamad a intervalos de media hora; estaré a la escucha.

Los ojos de Leroy relucieron.

—Quizá debiéramos posarnos para recoger ejemplares, ¿no? —preguntó.

—Hacedlo si queréis. Esta pelota de golf parece bastante segura.

—Excepto en lo que se refiere a la bestia de los sueños —masculló Jarvis con un débil estremecimiento. De pronto frunció el ceño—: Oye, puesto que vamos en esa dirección, ¿qué te parece si echamos un vistazo en busca del hogar de Tweel? Debe de vivir por allí y es lo más importante que hayamos visto en Marte.

Harrison vaciló.

—Si estuviese seguro de que no os vais a meter en un lío… —masculló—. Está bien —decidió—, echad un vistazo. Hay comida y agua a bordo de la nave auxiliar; podéis tomaros un par de días. Pero manteneos en contacto conmigo.

A través de la cámara de descompresión, Jarvis y Leroy salieron a la gris llanura. El tenue aire, todavía escasamente caldeado por el Sol, que ascendía en el firmamento, mordía la carne y los pulmones como agujas. Los dos hombres jadeaban con una sensación de asfixia. Se sentaron, aguardando a que sus cuerpos, entrenados por meses de aclimatación allá en la Tierra, se acomodaran a aquel aire tan sutil. La cara de Leroy, como siempre, tomó un tinte azulado de sofocación y Jarvis se oía a sí mismo respirar de un modo sibilante y confuso. Al cabo de cinco minutos, la molestia pasó; se levantaron y penetraron en el pequeño cohete auxiliar que descansaba junto al negro casco del Ares.

Las turbinas posteriores rugieron su fiera descarga atómica; suciedad y fragmentos de biópodos despedazados

salieron despedidos en una nube cuando el cohete cobró altura. Harrison vio cómo el proyectil trazaba su camino llameante hacia el sur. Luego volvió a su trabajo.

Transcurrieron cuatro días antes de que volviesen a ver el cohete. Justo al atardecer, cuando el Sol se hundía tras el horizonte con la prontitud de una vela que cae en el mar, la nave auxiliar surgió desde los cielos sureños y se posó suavemente entre las llamaradas de los cohetes de frenado. Jarvis y Leroy emergieron, pasaron entre la polvareda y comparecieron ante él. Examinó a los dos. Jarvis estaba arañado y con la ropa hecha jirones, pero aparentemente en mejores condiciones que Leroy, cuya pulcritud había desaparecido por completo. El bajito biólogo estaba tan pálido como la luna más próxima que relucía fuera; llevaba un brazo en cabestrillo y sus ropas colgaban hechas pedazos. Pero fueron sus ojos los que impresionaron más vivamente a Harrison. Alguien que, como él, había compartido aquellos días trabajosos con el bajito francés, reconocía algo muy raro en sus ojos. Reflejaban un profundo temor, cosa extraña, puesto que Leroy no era cobarde o de lo contrario no habría sido uno de los cuatro seleccionados por la Academia para la primera expedición marciana. Pero aún había algo más sutil en su mirada: la extraña fijeza de alguien que está en trance, tal vez en éxtasis. «Como un hombre que ha visto el cielo y el infierno juntos», se dijo Harrison. Pero todavía le quedaba por descubrir hasta qué punto tenía razón.

Asumió una actitud de aspereza cuando la cansada pareja tomó asiento.

—¡Vaya par de elementos! —gruñó—. No debí arriesgarme a dejaros salir solos. —Hizo una pausa—. ¿Tienes el brazo bien, Leroy? ¿Necesitas alguna atención?

Jarvis contestó por él:

—Está bien…, simplemente acuchillado. Creo que no hay peligro de infección; Leroy dice que no hay microbios en Marte.

—¡Bueno —estalló el capitán—, hablad de una vez! Vuestros informes por radio eran absurdos. «¡Escapados del paraíso!». ¡Vaya una tontería!

—No quería dar detalles por radio —dijo Jarvis lacónicamente—. Hubieras pensado que habíamos enloquecido.

—Y lo sigo pensando.

—Yo también —masculló Leroy—, yo también.

—¿Debo empezar desde el principio? —preguntó el químico—. Nuestros primeros informes eran bastante completos.

Se quedó mirando a Putz, que había entrado silenciosamente con la cara y las manos manchadas de grasa y que se había sentado junto a Harrison.

—Desde el principio —decidió el capitán.

—Bien —empezó Jarvis—, despegamos sin novedad y volamos hacia el sur a lo largo del meridiano del Ares, con el mismo rumbo que seguí la semana pasada. El angosto horizonte ya me era familiar y no me sentía encerrado en una gran ponchera, pero uno sigue cometiendo el error de sobreestimar las distancias. Acostumbrado a la curvatura terrestre diez kilómetros parecen veinte y eso hace que veas el tamaño cuatro veces mayor. Una insignificante colina parece una montaña hasta que la tienes debajo.

—Ya lo sé —gruñó Harrison.

—Sí, pero Leroy lo ignoraba y empleé el primer par de horas tratando de explicárselo. Cuando lo comprendió, si es que por fin lo ha comprendido, habíamos sobrevolado Cimmerium y parte del desierto de Xanthus. Cruzamos luego el canal con la ciudad y alcanzamos el punto donde Tweel había disparado contra la bestia de los sueños. Pierre sugirió que nos posáramos para que él pudiese practicar su biología sobre los restos. Y es lo que hicimos.

»La cosa seguía allí sin ningún signo de descomposición. Claro que no podía haberla sin formas bacteriales de vida, y

Leroy dice que Marte es tan aséptico como una mesa de operaciones.

—Como el corazón de una solterona —corrigió el bajito biólogo, que estaba empezando a recuperar rasgos de su acostumbrada energía.

—Sin embargo —prosiguió Jarvis—, casi un centenar de los pequeños biópodos verdigrises se habían apresurado a lanzarse sobre la cosa y estaban creciendo y echando ramas. Leroy encontró un palo y los espantó. El conjunto se disgregó y los biópodos salieron arrastrándose en todas direcciones. De esta forma Leroy pudo curiosear alrededor de la criatura mientras yo me mantenía apartado; incluso muerto, aquel diablo de brazos como cuerdas me ponía la carne de gallina. Y entonces sobrevino la sorpresa: ¡aquella cosa era en parte planta!

—¡Es verdad! —confirmó el biólogo.

—Era un primo grande de los biópodos —continuó Jarvis—. Leroy estaba muy excitado; tiene la idea de que toda la vida marciana es de ese tipo: medio planta, medio animal. Mantiene que la vida nunca se diferenció, que todo tiene en sí ambas naturalezas, incluso las criaturas barril, incluso Tweel. Creo que lleva razón, especialmente cuando recuerdo cómo descansaba Tweel, metiendo el pico en el suelo y permaneciendo así toda la noche. Jamás le vi comer o beber;

quizá su pico era una especie de raíz y él se alimentaba de ese modo.

—Me parece un disparate —comentó Harrison.

—Bien —continuó Jarvis—, Leroy siguió estudiando el comportamiento de la hierba ambulante y recogió algunas muestras. Regresamos a la nave y estábamos dispuestos a despegar cuando un desfile de las criaturas barril apareció en dirección nuestra con sus carretillas. No me habían olvidado; todos atronaban «Somos amigos, ay» lo mismo que habían hecho antes. Leroy quería capturar uno para diseccionarlo, pero le recordé la batalla que Tweel y yo habíamos tenido que reñir contra ellos, y me opuse. Aun así Leroy dio con una posible explicación de lo que hacían con los desechos que recogen.

—Me imagino que tartas de barro —gruñó el capitán.

—Poco más o menos —convino Jarvis—. Leroy piensa que los utilizan como comida. Mira, si son en parte vegetales, eso es lo que necesitan: tierra con restos orgánicos que la hagan fértil. Por eso recogen arena y biópodos y otras plantas, todo junto. ¿Comprendes?

—Un poco —contestó Harrison—. ¿Y qué me dices de los suicidios?

—También sobre eso tiene Leroy su conjetura. Los suicidas saltan a la trituradora cuando la mezcla tiene demasiada arena y gravilla; se arrojan para equilibrar las proporciones.

—¡Asquerosos! —dijo Harrison con repugnancia—. ¿No podrían traer algunas ramas más de fuera?

—El suicidio es más fácil. No es posible juzgar a estas criaturas por las normas de la Tierra. Probablemente no sienten dolor y no tienen lo que nosotros llamamos individualidad. Cualquiera que sea la inteligencia que posean, es propiedad de toda la comunidad, como en un hormiguero. ¡Eso es! Las hormigas están deseando morir por su hormiguero; también estas criaturas.

—Y algunos hombres —comentó el capitán—, si venimos a eso.

—Sí, pero los hombres no se muestran precisamente ansiosos. Necesitan estar motivados por alguna emoción, como el patriotismo, para ofrecer su vida; estos seres lo hacen con toda naturalidad en la vida ordinaria.

Marcó una pausa, reflexionando. Continuó:

—Bien, tomamos algunas fotos de la bestia de los sueños y de las criaturas barril, y luego despegamos. Sobrevolamos Xanthus, manteniéndonos tan cerca del meridiano de Ares como nos era posible, y muy pronto cruzamos el rastro del constructor de pirámides. Rastreamos hasta dar con él y nos

posamos. Aquel extraño ser había completado dos hileras de ladrillos desde que Tweel y yo lo dejamos. Seguía aspirando silicio y exhalando ladrillos como si tuviese toda la eternidad para hacerlo, como era en efecto. Leroy quiso diseccionarlo con una bala explosiva, pero yo pensé que algo que llevaba viviendo diez millones de años tenía derecho a ser respetado y le disuadí. Curioseó el interior de la construcción trepando al muro que iba creciendo y casi queda fuera de combate al rozarle el brazo que enarbolaba un ladrillo. Aprovechó para arrancar unos pedacitos de aquel brazo, lo que no molestó a la criatura en lo más mínimo. Halló el sitio donde yo había arañado a mi vez, y trató de ver si había alguna señal de curación. Decidió que sólo podría decirlo con seguridad dentro de dos mil o tres mil años. Así pues, hicimos unas cuantas fotos y emprendimos el vuelo.

»A media tarde localizamos los restos de mi anterior cohete. Todo seguía en su sitio. Recogimos las películas y traté de pensar en lo que convendría hacer a continuación. Yo quería encontrar a Tweel si era posible. Me figuraba, por el hecho de haber apuntado hacia el sur, que vivía en algún sitio cerca de Thyle. Comprobamos nuestro derrotero y juzgué que el desierto en que nos hallábamos era Thyle Dos; Thyle Uno debía de estar al este de nosotros. Así, por una corazonada, decidimos echar un vistazo a Thyle Uno.

—¿Y los motores? —preguntó Putz, interrumpiendo su largo, silencio.

—Por milagro, no tuvimos el menor fallo, Karl. Tu obra: funcionó perfectamente. Así pues, nos elevamos lo bastante alto para obtener una visión más amplia, yo diría que a unos quince mil metros. Thyle Dos se extendía como una alfombra anaranjada y al cabo de un rato llegamos a la rama gris del Mare Chronium que lo limita. Era un paso estrecho; la cruzamos en media hora y allí estaba Thyle Uno: un desierto del mismo matiz naranja que su compañero. Pusimos proa al sur, hacia el Mare Australe, y seguimos el borde del desierto. Se acercaba la puesta del sol cuando estalló la sorpresa.

—¿Estalló? —repitió Putz—. ¿Qué es lo que estalló?

—El desierto, el desierto que estallaba de edificios. Nada de las sucias ciudades de los canales, aunque un canal pasaba por allí. Por el mapa nos figuramos que el este era una continuación del que Schiaparelli llamó Ascanius.

»Volábamos demasiado alto para ser visibles a los habitantes de la ciudad y por lo mismo no podíamos echarle un buen vistazo, ni siquiera con los anteojos. Sin embargo, se acercaba la puesta de sol y decidimos no posarnos allí. Describimos un círculo sobre el lugar; el canal desembocaba en el Mare Australe y allí, reluciendo al sur, estaba el casquete polar derritiéndose. El canal le servía de drenaje; podíamos distinguir el cabrilleo del agua. En dirección sudeste, justamente al borde del Mare Australe, había un valle, la primera irregularidad que he visto en Marte excepto los acantilados que bordean Xanthus y Thyle Dos.

Sobrevolamos el valle… —De pronto Jarvis hizo una pausa y se estremeció; Leroy, que había empezado a recobrar el color, pareció palidecer. El químico continuó—: Bueno, el valle tenía un buen aspecto… entonces. Simplemente una extensión gris probablemente llena de seres reptantes como los demás.

»Describimos otro círculo sobre la ciudad. Bien, he de deciros que aquello era simplemente gigantesco, colosal. Al principio creí que el tamaño se debía a la ilusión de la que os hablé antes, ya sabéis, la cercanía del horizonte, pero no era eso. La sobrevolamos y puedo aseguraros que nunca habéis visto nada igual.

»Pero el sol se ponía justamente en aquel momento. Comprendí que estábamos bastante al sur, latitud sesenta, pero no sabía lo que nos quedaba de noche.

Harrison miró un mapa de Schiaparelli.

—Conque sesenta, ¿eh? —dijo—. Poco más o menos lo que corresponde al círculo antártico, En esta estación tendríais aproximadamente cuatro horas de noche. Dentro de tres meses no tendríais noche en absoluto.

—¡Tres meses! —repitió Jarvis, sorprendido. Luego sonrió—. Claro, olvido que aquí las estaciones duran dos veces más que las nuestras. Bien, nos internamos unos cuarenta kilómetros en el desierto, lo que dejaba a la ciudad

bajo el horizonte en caso de que nos despistásemos, y allí pasamos la noche.

»Tienes razón sobre el tiempo que dura. Tuvimos cuatro horas de obscuridad, lo que nos permitió descansar bastante bien. Tomamos el desayuno, te comunicamos nuestra posición y nos dispusimos a visitar la ciudad.

»Nos dirigimos a ella partiendo del este y vimos que se alzaba frente a nosotros como una barrera de montañas. ¡Cielos, qué ciudad! Quizá Nueva York tenga edificios más altos, quizá Chicago cubra mayor extensión, pero aquellas estructuras eran insuperables. ¡Algo gigantesco!

»Aquel lugar tenía un aspecto extraño. Vosotros sabéis cómo una ciudad terráquea se va extendiendo: una aureola de suburbios, un anillo de barrios residenciales, zonas con fábricas, parques, autopistas. Allí no había nada de aquello: la ciudad emergía del desierto de una manera tan brusca y repentina como un acantilado. Sólo unos montoncillos de arena marcaban la división y luego los muros de aquellas gigantescas estructuras.

»También la arquitectura era extraña. Había infinidad de construcciones que son imposibles en nuestro planeta, tales como edificios al revés, es decir, mayores en la cúspide que en la base. Éste sería un truco interesante en Nueva York, donde el valor del suelo es casi incalculable, pero para

ponerlo en práctica, habría que trasladar allí la gravitación marciana.

»Bien, como no es muy fácil posar un cohete en la calle de una ciudad, descendimos hasta la parte del canal que lindaba con la misma. Allí nos posamos, sacamos nuestras cámaras y pistolas y empezamos a buscar un paso en el muro de albañilería. No nos habíamos alejado ni tres metros del cohete cuando descubrimos la explicación de muchas de aquellas rarezas.

»¡La ciudad estaba en ruinas! Abandonada, desierta, muerta como Babilonia. O, por lo menos, así nos pareció entonces. Sus calles vacías, pavimentadas en otro tiempo, estaban recubiertas de una capa de arena.

—Una ruina, ¿eh? —comentó Harrison—. ¿De qué edad?

—¿Cómo podríamos decirlo? —replicó Jarvis—. La próxima expedición a esta pelota de golf deberá traer un arqueólogo… y un filólogo también, como descubrimos más adelante. Es un problema endemoniado calcular la edad de alguna cosa; todo se estropea tan lentamente que la mayoría de los edificios podrían haber sido inaugurados ayer. Nada de lluvia, nada de terremotos, ninguna vegetación que abra grietas con sus raíces, en fin, lo que se dice nada. Aquí los únicos factores de envejecimiento son la erosión causada por el viento, mínimo en esta atmósfera, y las grietas producidas por los cambios de temperatura. Y hay otro

agente, los meteoritos. De vez en cuando deben de haber caído sobre la ciudad, casi sin defensa por lo tenue de la atmósfera. Recordad que hemos visto caer cuatro muy cerca del Ares.

—Siete —corrigió el capitán—. Tres más cayeron mientras estabais fuera.

—En cualquier caso, los daños causados por los meteoritos debieron de ser pequeños. Los meteoritos grandes deben de ser aquí tan raros como en la Tierra, porque, al fin y al cabo, siempre hay una atmósfera, y en cuanto a los pequeños, aquellos edificios podían resistir un auténtico chaparrón. A mi modo de ver, y puede que me equivoque en un gran porcentaje, esta ciudad tendría quince mil años. Aun así, sería miles de años más vieja que cualquier civilización humana. Hace quince mil años, nos encontrábamos en pleno paleolítico.

»Leroy y yo nos deslizábamos entre aquellos tremendos edificios sintiéndonos como pigmeos, llenos de un terror respetuoso y hablando en susurros. Resultaba espectral caminar por aquellas calles desiertas y sin vida; cada vez que atravesábamos una sombra nos estremecíamos y no precisamente porque las sombras son frías en Marte. Nos sentíamos como intrusos, como si nuestra presencia, aun transcurridos ciento cincuenta siglos, pudiera ofender a la gran raza que edificara la ciudad. El lugar estaba tan silencioso como una tumba, pero nosotros no dejábamos de

imaginar cosas y de atisbar en las obscuras callejuelas y de mirar por encima del hombro. La mayor parte de las estructuras carecía de ventanas, pero cuando veíamos una abertura en aquellas enormes paredes no podíamos apartar la mirada, temerosos de que algo horroroso saliera de allí.

»Finalmente llegamos a un edificio con una gran puerta cuyos batientes había forzado la arena. Cuando hubimos hecho acopio de valor suficiente para echar un vistazo al interior, descubrimos que habíamos olvidado traer nuestras linternas. A pesar de ello avanzamos unos metros en la obscuridad y el pasaje desembocó en un colosal vestíbulo. Muy por encima de nosotros, una pequeña hendidura dejaba penetrar una pálida claridad que no bastaba para iluminar el lugar. Aun así comprendimos que la sala era enorme. Le dije algo a Leroy y un millón de delgados ecos nos volvió rebotando desde la obscuridad. Después de eso empezamos a oír otros sonidos: roces y susurros que sugerían la presencia de algo que se arrastrara muy cerca de nosotros. Una respiración contenida se destacó con mayor nitidez y algo negro y silencioso pasó entre nosotros y la rendija de luz.

»Entonces vimos tres pequeños puntos fosforescentes que refulgían a nuestra izquierda. Nos quedamos mirándolos y de pronto se apagaron los tres. Leroy gritó:

»¡Son ojos! ¡Y lo eran! ¡Eran ojos!

»Nos quedamos petrificados unos momentos, mientras el grito de Leroy rebotaba entre las distantes paredes y los ecos repetían las palabras en extrañas voces opacas. Había murmullos, susurros, cuchicheos y sonidos como de una extraña risa contenida. Cuando los extraños ojos brillaron de nuevo en la oscuridad retrocedimos apresuradamente hacia la puerta.

»Nos sentimos mejor a la luz del sol. Leroy y yo cruzamos una mirada avergonzada, pero ninguno de los dos propuso echar otro vistazo al interior del edificio. Nos limitamos a empuñar nuestras pistolas y a seguir andando por aquella calle espectral.

»La calle se torcía, se bifurcaba y se subdividía. Yo iba registrando cuidadosamente nuestro rumbo, puesto que no podíamos correr el riesgo de perdernos en aquel laberinto gigantesco. Sin nuestros sacos térmicos, la noche acabaría con nosotros, aunque no lo hiciera aquello que estaba acechando en las ruinas. Poco a poco, noté que nos dirigíamos de vuelta hacia el canal; los edificios acababan y sólo había unas cuantas docenas de cabañas de mampostería. Parecían haber sido construidas con despojos de la gran ciudad. Empezaba a sentirme un poco desalentado, temiendo no encontrar ningún rastro de la gente de Tweel, cuando he aquí que, al doblar una esquina, le vi.

»Grité su nombre, pero él se limitó a mirarme. Comprendí que no era Tweel, sino otro marciano de su especie. Tweel era más alto y sus apéndices plumosos tenían un matiz más anaranjado. Leroy no cabía en sí de excitación; sin embargo, el marciano mantenía su cruel pico dirigido contra nosotros, por lo cual me adelanté como pacificador. Probé de nuevo: "¿Tweel?", pero no alcancé ningún resultado. Insistí una docena de veces, hasta que tuve que darme por vencido; no podíamos conectar.

»Leroy y yo nos dirigimos hacia las cabañas. El marciano nos seguía. Un par más se sumaron al cortejo y aun cuando les grité el nombre de mi amigo Tweel se limitaron a seguirnos mirando. Entonces se me ocurrió de pronto que tal vez mi acento marciano fuera muy defectuoso. Me detuve y procuré trinar como la hacía Tweel:

»T-r-r-rweee-r-r-l». Algo así.

»Y aquello dio resultado. Uno de ellos sacudió la cabeza y chilló:

»T-r-r-rweee-r-r-l». Un momento más tarde, como una flecha disparada por un arco, Tweel vino lanzado desde las cabañas más próximas hasta clavarse sobre el pico delante de mí.

»Muchachos, ¡cómo nos alegramos de vernos! Tweel se puso a trinar y a gorjear como una granja en verano y

empezó a dar saltos y a descender en picado. Yo le habría estrechado la mano, pero no se mantenía quieto el tiempo suficiente.

»Los demás marcianos y Leroy se limitaban a mirar. Al cabo de un rato, Tweel dejó de saltar y nos quedamos sin saber qué hacer. No podíamos decirnos gran cosa. Yo repetí su nombre unas cuantas veces y él me correspondió pronunciando el mío. Sin embargo, sólo estábamos a media mañana y parecía importante recoger toda la información posible sobre Tweel y la ciudad, por lo que sugerí que nos guiase por aquel sitio si no estaba muy ocupado. Le di a entender la idea señalando los edificios y apuntando luego a él ya nosotros.

»Por lo visto no estaba demasiado ocupado, porque cuando emprendió la marcha guiándonos con uno de sus saltos característicos, saltos que dejaban boquiabierto a Leroy, comprendimos que accedía a nuestra petición. Cuando llegamos a su altura, dijo algo así como “uno, uno, dos-dos, cuatro-no, no-sí, sí-roca-no respirar”. Eso no parecía significar nada; quizás estaba procurando poner de manifiesto ante Leroy que sabía hablar inglés, o quizás estaba meramente repasando su vocabulario para refrescarse la memoria.

»Como quiera que fuese, el caso es que nos guiaba. En su negra bolsa tenía una especie de linterna, bastante buena para habitaciones pequeñas, pero inútil en algunas de las

colosales cavernas que atravesamos. De diez edificios, nueve de ellos no significaban nada para nosotros, porque no eran más que cámaras vacías llenas de sombras, roces y ecos. No podía imaginarme su utilidad; no me parecían adecuadas para viviendas o para propósitos comerciales. Muy bien podían haber sido centrales eléctricas, pero ¿para qué tantas?, ¿y dónde estaban los restos de la maquinaria?

»El lugar era un misterio. Algunas veces Tweel se empeñaba en hacernos pasar por un vestíbulo donde muy bien habría podido caber un trasatlántico. Él parecía reventar de orgullo y nosotros nos quedábamos tan frescos. Como despliegue de potencia arquitectónica, la ciudad era colosal; como cualquier otra cosa, era pura locura.

»Pero vimos algo que nos impresionó. Tweel nos llevó al edificio en el que Leroy y yo habíamos penetrado en nuestra primera exploración, aquel de los tres ojos. Nos resistíamos un poco a entrar de nuevo, pero Tweel piaba y graznaba repitiendo "¡Sí, sí, sí!". Acabó por convencernos y franqueamos la entrada observando nerviosamente si estaba aquella cosa que nos había vigilado. El vestíbulo era idéntico a los demás, lleno de murmullos, roces y sombras que se refugiaban en los rincones. Si la criatura de los tres ojos estaba todavía allí, debía de haberse escondido con las demás.

»Tweel proyectó la luz de su linterna contra la pared de modo que pudimos distinguir una serie de pequeñas

hornacinas. Nos acercamos a la primera y Tweel enfocó la luz al interior. Al principio sólo acertamos a distinguir un espacio vacío, pero luego, acurrucado en el suelo descubrimos un ser desconcertante, una criatura repelente, pequeña, del tamaño de una rata. Tenía la carita más extraña y más diabólica que se pueda imaginar: orejas o cuernos puntiagudos y unos ojos satánicos que parecían chispear con una especie de inteligencia homicida.

»Tweel la vio también y lanzó un grito de cólera. La criatura se irguió sobre dos patas delgadas como alambres y escapó con un chillido medio aterrado, medio desafiante. Pasó como una bala junto a nosotros, hacia la obscuridad; al compás de su carrera, algo parecido a una capa ondeaba sobre su cuerpo. Tweel le chilló airadamente y profirió una aguda algarabía que sonaba como genuina rabia.

»Pero la cosa se había ido y fue entonces cuando mis ojos se posaron sobre el más espeluznante detalle que se pudiese imaginar: el sitio donde había estado acurrucada la rata era… ¡un libro! ¡Había estado acurrucada sobre un libro!

»Di un paso adelante. Y sí, había algún tipo de inscripción en las páginas: ondulantes líneas blancas, como el registro de un sismógrafo, sobre hojas negras que parecían hechas del mismo material que la bolsa de Tweel. Éste echaba chispas y silbaba encolerizado. Agarró el volumen y lo colocó en su sitio en una estantería llena de otros libros. Leroy y yo nos miramos estupefactos.

»¿Qué habría estado haciendo aquella pequeña criatura de rostro hostil? ¿Leía acaso o simplemente se dedicaba a roer las páginas? ¿O tal vez su presencia en la hornacina era meramente casual?

»Si se trataba de algún ser que, como nuestras ratas, destruía los libros, la cólera de Tweel se comprendía, pero ¿por qué habría de impedir a un ser Inteligente, aunque fuese de una raza extraña, que leyese…, si es que estaba leyendo? No lo sé; comprobé que el libro no había sufrido daño alguno y tampoco vi ningún libro dañado entre los que hojeamos. Pero tuve la extraña corazonada de que, si conociésemos el secreto de la pequeña criatura de la capa, comprenderíamos el misterio de la enorme ciudad abandonada y de la decadencia de la cultura marciana.

»Tweel se calmó al cabo de un rato y siguió llevándonos por aquella tremenda sala. Había sido una biblioteca, creo; por lo menos había miles y miles de aquellos extraños volúmenes de páginas negras impresas con ondulantes líneas blancas. En algunos había también ilustraciones que representaban a gente de la raza de Tweel. Desde luego aquello era un detalle importante: indicaba que su raza construyó la ciudad e imprimió los libros. No creo que el mejor filólogo de la Tierra pueda traducir nunca una sola línea de esas inscripciones; fueron hechas por mentes demasiado distintas de las nuestras.

»Tweel podía leerlos, naturalmente. Gorjeó unas cuantas líneas, y entonces yo, con su permiso, escogí algunos libros. A unos él decía: “¡No, no!”; a otros: “¡Sí, sí!”. Quizá retenía los libros que su pueblo necesitaba, o tal vez me dejaba tomar los que él creía más asequibles para nosotros. No lo sé; los libros están ahí fuera, en el cohete.

»Después iluminó con su linterna la parte alta de las paredes, y vimos que estaban pintadas. ¡Cielos, qué pinturas! Se extendían hacia lo alto, misteriosas y gigantescas, hasta perderse en la negrura del techo. No pude comprender mucho el simbolismo de las pinturas de la primera pared; parecía ser un retrato de una gran asamblea de la gente de Tweel. Quizás estaba destinado a simbolizar la Sociedad o el Gobierno. Las de la pared siguiente eran más claras; mostraban criaturas trabajando en una máquina colosal y supuse que representaría la Industria o la Ciencia. La pared trasera, por lo que pude ver, estaba corroída en parte. Sospeché que la escena quería retratar el Arte, pero fue en la cuarta pared donde sufrimos una impresión que nos dejó casi deslumbrados.

»Creo que simbolizaba la Exploración o el Descubrimiento. Esa pared resultaba más visible, porque la luz que se filtraba por la rendija iluminaba la parte superior y la linterna de Tweel la parte inferior. Distinguimos una gigantesca figura sentada, uno de los marcianos con pico como Tweel, pero con todos los miembros sugiriendo pesadez, cansancio. Los brazos caían inertes sobre el sillón, el delgado cuello estaba

encorvado y el pico descansaba sobre el cuerpo como si la criatura apenas pudiese soportar su propio peso. Delante de aquel ser había una extraña figura arrodillada. Al verla, Leroy y yo nos tambaleamos. A primera vista aquello era… ¡un hombre!

—¡Un hombre! —bramó Harrison—. ¿Has dicho un hombre?

—Dije a primera vista —replicó Jarvis—. El pintor había exagerado la nariz casi hasta darle la longitud del pico de Tweel, pero la figura tenía cabellos negros que le caían sobre los hombros y, en lugar de los cuatro dedos marcianos, tenía cinco en cada una de sus manos extendidas. Esa figura estaba arrodillada como adorando al marciano y sobre el suelo había algo que parecía un cesto lleno de alguna clase de comida en plan de ofrenda. Bien, el caso es que Leroy y yo creímos que nos habíamos vuelto locos.

—¡También Putz y yo creemos lo mismo! —rugió el capitán.

—Quizás estábamos locos todos —replicó Jarvis, dirigiendo una débil sonrisa al pálido rostro del bajito francés, que se la devolvió en silencio—. Lo cierto —continuó— es que Tweel estaba graznando y apuntando a aquella figura arrodillada diciendo «¡Dick! ¡Dick!», por lo que era evidente que se daba cuenta de la semejanza… Y nada de chistes sobre mi nariz —advirtió al capitán—. Leroy hizo

entonces un comentario importantísimo. Miró al marciano representado en la pintura y dijo: «¡Thoth! ¡El dios Thoth!».

—Exacto —confirmó el biólogo—. Como en Egipto.

—Sí —prosiguió Jarvis—, el dios egipcio de la cabeza de ibis, del largo pico. Tan pronto como Tweel oyó el nombre de Thoth, organizó una algarabía de trinos y graznidos. Se apuntaba a sí mismo y decía: «¡Thoth! ¡Thoth!», y luego ondeaba un brazo alrededor suyo y repetía lo mismo. Cierto que en otras ocasiones había hecho cosas muy raras, pero esta vez los dos creímos comprender lo que quería decir. Estaba tratando de explicarnos que los de su raza se llamaban a sí mismos Thoth. ¿Veis adónde quiero ir a parar?

—Lo veo, lo veo perfectamente —dijo Harrison—. Tú crees que los marcianos hicieron una visita a la Tierra y que los egipcios conservaron este recuerdo en su mitología. Pues bien, estás equivocado: hace quince mil años no había civilización alguna en Egipto.

—¡Error! —protestó Jarvis—. Es una pena que no tengamos un arqueólogo con nosotros, pero Leroy me dice que hubo en Egipto una cultura de la edad de piedra, la civilización predinástica.

—Bueno, y aun así, ¿qué?

—Mucho. Todo en ese cuadro demuestra mi teoría. La actitud del marciano, pesado y cansado: es el esfuerzo que

tiene que realizar al sufrir la gravitación terrestre. El nombre de Thoth. Leroy me dice que Thoth era el dios egipcio de la filosofía y el inventor de la escritura. ¿Os dais cuenta? Debió de ocurrírseles la idea al ver cómo los marcianos tomaban notas. Es demasiada coincidencia que Thoth tuviera pico y cabeza de ibis y que los picudos marcianos se llamen a sí mismos Thoth.

—Bueno, que me aspen. Pero ¿qué me dices de la nariz de los egipcios? ¿Pretenderás afirmar que los egipcios de la edad de piedra tenían narices más largas que los hombres ordinarios?

—¡De ninguna manera! Simplemente que los marcianos, como es muy natural, hacían sus pinturas en forma marcianizada. ¿No tienden los seres humanos a relacionarlo todo con ellos mismos? Por eso los dugongos y los manatíes, ambos mamíferos sirénidos, dieron pie a los mitos de las sirenas: los marinos creían distinguir rasgos humanos en esos animales. Del mismo modo, el artista marciano, al pintar valiéndose de descripciones o de fotografías imperfectas, exageró con naturalidad el tamaño de la nariz humana hasta un grado que a él le parecía normal. Por lo menos esa es mi teoría.

—Una teoría como otra cualquiera —gruñó Harrison—. Lo que quiero saber es por qué volvisteis aquí con el aspecto de dos gallinas mojadas.

Jarvis se estremeció de nuevo y miró a Leroy. El bajito biólogo estaba recobrando algo de su acostumbrado aplomo, pero devolvió la mirada al químico con un estremecimiento.

—Ya llegaremos a eso —continuó este último—. Por el momento nos unimos a Tweel y a su gente. Pasamos con ellos casi tres días. No puedo enumerar con detalle todo cuanto observamos, pero resumiré los hechos más importantes y expondré nuestras conclusiones, que puede que no valgan gran cosa. Es difícil juzgar este mundo reseco con normas terrestres.

»Sacamos fotos de todo lo posible; incluso traté de fotografiar aquel gigantesco mural de la biblioteca, pero a menos que la linterna de Tweel fuese extraordinariamente rica en rayos actínicos, no creo que pueda revelarse. Y es una lástima, puesto que indudablemente es el objeto más interesante que encontramos en Marte, al menos desde un punto de vista humano.

»Tweel era un anfitrión muy cortés. Nos llevó a todos los sitios de interés, incluso a las nuevas distribuidoras de agua.

Los ojos de Putz se iluminaron al escuchar aquella expresión.

—¿Distribuidoras de agua? —preguntó—. ¿Para qué?

—Para el canal, naturalmente. Tienen que construir una toma de agua para traerla; eso es lógico. —Miró al capitán—. Tú mismo me dijiste que traer agua desde los casquetes polares de Marte al ecuador era equivalente a subirla por una colina de cuarenta kilómetros, porque Marte está achatado en los polos y ensanchado por el ecuador exactamente igual que la Tierra.

—Eso es verdad —convino Harrison.

—Bien —prosiguió Jarvis—, aquella ciudad era una de las estaciones relé para empujar el flujo. Su planta de energía era el único de los gigantescos edificios que parecía servir para un propósito útil, y valía la pena visitarla. Me gustaría que la hubieses visto, Karl; alguna idea te podrás formar por nuestras fotos. Se trata de una planta de energía solar.

Harrison y Putz se quedaron mirando con fijeza.

—¡Energía solar! —gruñó el capitán—. ¡Eso es primitivo!

Y el ingeniero añadió un enfático «sí» de asentimiento.

—No, no tan primitivo —corrigió Jarvis—. La luz del Sol se concentraba en un extraño cilindro situado en el centro de un gran espejo cóncavo de donde extraen una corriente eléctrica. La electricidad hace trabajar a las bombas.

—¡Un par térmico! —exclamó Putz.

—Eso parece razonable; podrás juzgar por las fotos. Pero la planta de energía tenía otras cosas extrañas. La más extraña era que la maquinaria no estaba atendida por la gente de Tweel, sino por algunas criaturas en forma de barril como las que vimos en Xanthus.

Miró las caras de sus oyentes. No hubo ningún comentario.

—¿Comprendéis? —continuó. Ante el silencio de la pareja, explicó—: Veo que no. Leroy se figuró que sí, pero no sé si justa o erróneamente. Él cree que los barriles y la raza de Tweel tienen un arreglo mutuo como…, bueno, como las abejas y las flores en la Tierra. Las flores dan néctar para las abejas; las abejas transportan el polen entre las flores. ¿Os dais cuenta? Los barriles atienden los trabajos y la gente de Tweel construye el sistema de canales. La ciudad de Xanthus debió de haber sido una estación de bombeo; eso explica las misteriosas máquinas que vi allí. Y Leroy cree además que no se trata de un convenio inteligente, al menos no por parte de los barriles, sino que es algo que se ha hecho durante tantos miles de generaciones, que se ha convertido en una cosa instintiva, en un tropismo, lo mismo que las acciones de las hormigas y las abejas. Esas criaturas se han habituado a ello.

—Tonterías —protestó Harrison—. ¿Cómo explicas entonces el motivo de que esté vacía esa gran ciudad?

—Desde luego. La civilización de Tweel está en decadencia; ese es el motivo. Es una raza que se extingue y, de los

muchos millones que en otros tiempos debieron de haber vivido aquí, no quedan más que un par de centenares. Son una avanzadilla, destinada a cuidar de que siga fluyendo la fuente de agua del casquete polar; probablemente todavía existen unas cuantas respetables ciudades situadas a lo largo del sistema de canales, lo más seguro es que cerca de los trópicos. Es el último estertor de una raza, de una raza que alcanzó una cúspide cultural más alta que la del hombre.

—¿Cómo es eso? —dijo Harrison—. Entonces, ¿por qué se está muriendo? ¿Por falta de agua?

—No lo creo —respondió el químico—. Si mi conjetura en cuanto a la edad de esa urbe es acertada, quince mil años no significarían diferencia bastante en el suministro de agua…, ni cien mil años tampoco. Es otra cosa, aunque el agua sea indudablemente un factor.

—El agua —intervino Putz—. ¿Qué tiene eso que ver?

—Incluso un químico debería saberlo —se burló Jarvis—. Por lo menos en la Tierra. Aquí no estoy tan seguro, pero en la Tierra cada vez que descarga un rayo, electroliza cierta cantidad de vapor de agua convirtiéndolo en oxígeno y en hidrógeno que escapa al espacio porque la gravitación terrestre no puede retenerlo permanentemente. Y cada vez que hay un terremoto, cierta cantidad de agua se pierde hacia el interior. Es un proceso lento, pero fastidiosamente

seguro. —Se volvió hacia Harrison—. ¿Tengo razón, o no, capitán?

—La tienes —concedió el capitán—. Pero aquí, desde luego, no hay terremotos, no hay tormentas; la pérdida debe de ser muy pequeña. Entonces, ¿por qué está extinguiéndose la raza?

—La planta de energía solar es la respuesta —replicó Jarvis—. ¡Falta de combustible! ¡Falta de energía! No queda petróleo, no queda carbón, si es que Marte tuvo alguna vez una edad carbonífera, y no queda energía hidráulica, sólo las gotas de energía que pueden extraer del Sol. Por eso se están muriendo.

—¿Con la ilimitada energía del átomo? —estalló Harrison—. Entonces es que no saben nada sobre la energía atómica. Probablemente nunca lo supieron. Debieron de utilizar algún otro principio en sus viajes espaciales. Y si es así, ¿qué te hace suponer que su inteligencia está por encima de la humana? Al fin y al cabo, nosotros terminamos por lograr la fisión del átomo.

—Cierto. Pero teníamos una pista, ¿no? El radio y el uranio. ¿Creéis que habríamos aprendido alguna vez cómo proceder sin esos elementos? Ni siquiera habríamos sospechado que existía la energía atómica.

—Bueno, pero ¿es que ellos no tienen…?

—No, no tienen. Tú mismo me dijiste que Marte sólo tiene el setenta y tres por ciento de la densidad de la Tierra. Incluso un químico puede comprender que eso significa una carencia de materiales pesados: nada de osmio, nada de uranio, nada de radio. No han tenido nunca la pista.

—Aun así, eso no prueba que estén más avanzados que nosotros. Si estuviesen más avanzados, habrían descubierto esa técnica de un modo u otro.

—Es posible —concedió Jarvis—. No estoy afirmando que no los sobrepasemos en algunos puntos. Pero en otros están muy por delante de nosotros.

—¿En cuáles, por ejemplo?

—Por lo pronto, socialmente.

—¿Eh, qué quieres decir?

Jarvis miró detenidamente a cada uno de sus compañeros. Vaciló.

—Me pregunto cómo os sentará lo que voy a decir —masculló—. Naturalmente, a cada cual le gusta más su propio sistema. —Frunció el ceño—. Mirad, en la Tierra tenemos tres tipos de sociedad, ¿no es así?, y aquí hay un miembro de cada uno de esos tipos: Putz vive bajo una dictadura; Leroy es un ciudadano de la Sexta Comuna de Francia; Harrison y yo somos americanos, miembros de una

democracia. Ahí tenéis: dictadura, democracia, comunismo, los tres tipos de sociedades terrestres. La gente de Tweel tiene un sistema distinto de cualquiera de los nuestros.

—¿Distinto? ¿Cuál es?

—El único que no ha probado ninguna nación terrestre: la anarquía.

—¡La anarquía! —estallaron a la vez el capitán y Putz.

—Exactamente.

—Pero… —Harrison chisporroteaba—. ¿Qué quieres decir con eso de que están por delante de nosotros? ¡Anarquía! ¡Qué estupidez!

—Una estupidez, sí —respondió Jarvis—. No digo que diera resultado con nosotros, con ninguna raza humana. Pero da resultado con ellos.

—Pero… ¡anarquía! —El capitán estaba indignado.

—Si lo piensas con calma —arguyó Jarvis a la defensiva—, si llega a funcionar la anarquía es la forma ideal de gobierno. Emerson decía que el mejor gobierno es el que gobierna menos, y lo mismo opinaban Wendell Phillips y creo que George Washington. Y nunca podréis encontrar ninguna forma de gobierno que gobierne menos que la anarquía, que no es ningún gobierno en absoluto.

El capitán farfulló, irritado:

—¡Pero esto es… antinatural! ¡Incluso las tribus salvajes tienen sus jefes! ¡Incluso una manada de lobos tiene su guía!

—En todo caso —replicó Jarvis desafiante—, eso sólo demuestra que el gobierno es un artefacto primitivo. Con una raza perfecta no lo necesitaríais en absoluto; el gobierno es una confesión de debilidad, ¿no es así? Es una confesión de que parte, del pueblo no quiere cooperar con el resto y que se necesitan leyes para meter en vereda a los individuos que un psicólogo llama antisociales. Si no hubiera ninguna persona antisocial, criminales y gente de la misma calaña, ni leyes ni policía serían necesarias.

—¡Pero sí gobierno! ¡Se necesita gobierno! ¿Qué me dices de las obras públicas, de las guerras, de los impuestos?

—No ha habido ninguna guerra en Marte, a pesar de que le hayamos dado el nombre del dios de la guerra. Aquí las guerras no tienen objeto: la población es demasiado exigua y está demasiado dispersa. Además cada una de las comunidades debe cooperar para mantener el funcionamiento de los canales. Nada de impuestos, porque, al parecer, todos los individuos cooperan en la construcción de obras públicas. Nada de competencia que cause perturbación, porque cada cual puede bastarse a sí mismo en todo. Como he dicho, con una raza perfecta, el gobierno es totalmente innecesario.

—¿Y tú crees que los marcianos son una raza perfecta? —preguntó el capitán ceñudamente.

—Nada de eso. Pero llevan existiendo tantísimo tiempo más que los humanos, que han evolucionado, socialmente al menos, hasta el punto de no necesitar gobierno. Trabajan juntos, eso es todo. —Jarvis hizo una pausa—. Es extraño, ¿verdad? Es como si la naturaleza estuviera llevando a cabo dos experimentos, uno en nuestro planeta y otro en Marte. En la Tierra se pone a prueba una raza emocional y altamente competitiva en un mundo de abundancia; aquí se pone a prueba una raza pacífica y amistosa en un mundo desierto, improductivo e inhóspito. Todo aquí exige cooperación. Vamos, ni siquiera existe el factor que tantos trastornos causa en la Tierra: el sexo.

—¿Eh?

—Sí: la gente de Tweel se reproduce lo mismo que los barriles en las ciudades de fango; dos individuos hacen crecer un tercero entre ellos. Otra prueba de la teoría de Leroy de que la vida marciana no es ni animal ni vegetal. Además, Tweel fue un anfitrión lo bastante amable para dejarse examinar y el examen convenció a Leroy.

—Sí —confirmó el biólogo—. Es verdad.

—Pero, la anarquía —gruñó Harrison con repugnancia—. Nos convertiría en una píldora loca y medio muerta como este Marte.

—Habrían de transcurrir muchísimos siglos antes de que tuvieses que preocuparte por ello —sonrió burlonamente Jarvis. Prosiguió su narración—: Caminamos por aquella ciudad sepulcral, sacando fotos de todo. Y entonces —Jarvis hizo una pausa y se estremeció—, entonces se me ocurrió echar una mirada a aquel valle que habíamos divisado desde el cohete. No sé por qué. Cuando tratamos de empujar a Tweel en aquella dirección, organizó tal algarabía que creí que se había vuelto loco.

—Muy posible —rezongó Harrison.

—Así pues, nos dirigimos hacia allí sin él; se quedó gimiendo y gritando «¡No, no, no, Dick!», pero eso no hacía más que aumentar nuestra curiosidad. Saltaba sobre nuestras cabezas y se clavaba frente a nosotros para impedirnos avanzar. Aun así continuamos nuestro camino entre las ruinas hasta que se dio por vencido y nos acompañó desconsoladamente.

»El valle no estaba a más de dos kilómetros al sudeste de la ciudad. Tweel podría haber cubierto la distancia en veinte saltos, pero remoloneaba e iba despacio y seguía apuntando hacia la ciudad y gimiendo “¡No, no, no!”. Por supuesto, yo le había visto hacer antes un montón de cosas disparatadas;

estaba acostumbrado a ellas, pero era claro como la luz del día que estaba empeñado en que no viésemos aquel valle.

—¿Por qué? —inquirió Harrison.

—Preguntaste antes por qué hemos regresado como andrajosos cazadores furtivos —dijo Jarvis con un débil estremecimiento—. Ahora vas a saberlo. Rodeamos una pequeña colina rocosa que cortaba nuestro paso y cuando llegamos al otro lado Tweel dijo: «¡No respiran, Dick! ¡No respiran!». Aquellas eran las mismas palabras que utilizara para describir al monstruo de silicio; eran también las palabras que había utilizado para decirme que la imagen de Fancy Long, con la que casi había conseguido atraerme la bestia de los sueños, no era real. Recordaba aquello, pero entonces no tenía importancia para mí.

»Inmediatamente después, Tweel dijo: “Vosotros uno uno dos, él uno uno dos”. Y entonces empecé a comprender. Con aquella frase me había hecho comprender que la bestia de los sueños me proponía lo que yo estaba pensando, esto es, que atraía a sus víctimas valiéndose de los propios deseos de éstas. Por consiguiente puse en guardia a Leroy; me pareció que ni siquiera la bestia de los sueños podría ser peligrosa si estábamos advertidos y al acecho. Pues bien, me equivoqué.

»Cuando llegamos al borde del valle, Tweel giró la cabeza completamente, de forma que sus pies estaban hacia adelante, pero los ojos vueltos hacia atrás. Le horrorizaba

mirar el valle. Leroy y yo miramos: simplemente una extensión gris y yerma como la que nos rodea, con el resplandor del casquete polar austral mucho más allá de su borde meridional. Aquella visión duró solamente un segundo. Inmediatamente después… ¡el paraíso!

—¿Cómo? —exclamó el capitán.

Jarvis se volvió hacia Leroy.

—¿Puedes describirlo? —preguntó.

El biólogo agitó las manos en un ademán de impotencia.

—Es imposible —susurró—. No tengo palabras.

—También a mí me deja mudo —masculló Jarvis—. No sé cómo decirlo; soy químico, no un poeta. El paraíso es la primera palabra que se me puede ocurrir, sin que quiera decir que sea la más acertada. Porque se trataba a la vez del paraíso y del infierno.

—¿Querrás hablar con sensatez?

—¡Como si algo de aquello tuviese sentido! En menos de un segundo el desolado yermo que se ofrecía a nuestros ojos se trocó en… ¡Dios mío! ¡No podéis imaginar lo que presenciamos! ¿Qué os parecería ver que todos vuestros sueños se hacen reales, que se realizan todos los deseos que

habéis acariciado, que todo lo que habéis querido está allí a vuestro alcance?

—Me parecería muy bien —dijo el capitán.

—Pues todo eso tendrías. Pero no sólo tus deseos nobles, recuérdalo bien. Todo buen impulso, sí, pero también cualquier capricho maligno, todo pensamiento vicioso, todo lo que hayas deseado alguna vez, bueno o malo, Las bestias de los sueños son comerciantes maravillosos, pero carecen de sentido moral.

—¿Las bestias de los sueños?

—Sí. Todo un valle lleno de ellas. Centenares, supongo, millares quizá. Por lo menos las suficientes para desplegar un cuadro completo de tus deseos, incluso de todos los deseos olvidados que deben haberse relegado a tu subconsciente. Un paraíso en todos los sentidos. Vi a una docena de Fancy Long, con todos los vestidos con que la había admirado alguna vez y algunos otros que yo debía de haber imaginado. Vi a todas las mujeres hermosas que he conocido en algún tiempo y todas ellas procuraban captar mi atención. Vi todos los lugares deliciosos donde he deseado estar alguna vez, todos ellos metidos extrañamente en aquel vallecito. Y vi… otras cosas. —Sacudió la cabeza secamente—. No todo puede decirse que fuera bonito. ¡Cielos! ¡Cuánto permanece de bestia en nosotros! Supongo que si todos los hombres pudieran lanzar una mirada a ese valle siniestro y ver,

aunque sólo fuera una vez, toda la suciedad que hay escondida en ellos, el mundo saldría ganando. Después di gracias a Dios por el hecho de que Leroy, e Incluso Tweel, viesen sólo sus propias imágenes y no las mías.

De nuevo Jarvis hizo una pausa y luego continuó:

—Me quedé mareado en una especie de éxtasis. Cerré los ojos y con los ojos cerrados, aún seguía viendo todo aquello. Aquel panorama hermosísimo, maligno, diabólico, estaba en mi mente, no en mis ojos. Así es como trabajan esos enemigos, por medio de la mente. Yo comprendía que se trataba de las bestias de los sueños; no necesitaba que Tweel se quejase diciendo «¡No respiran! ¡No respiran!», pero yo no podía retirarme. Sabía que era desafiar la muerte, pero valía la pena aunque sólo fuese por disfrutar un momento de la visión.

—¿Qué visión? —preguntó Harrison secamente.

Jarvis se sonrojó.

—No tiene importancia —dijo—. A mi lado oí a Leroy gritando «¡Yvonne! ¡Yvonne!», y comprendí que estaba tan atrapado como yo. Luchaba por recobrar mi cordura; no dejaba de decirme que debía detenerme y, sin embargo, estaba corriendo en derechura hacia la serpiente.

»Entonces algo distrajo mi atención: Tweel. Dio un enorme salto y lo vi lanzarse recto por encima de mí hacia… hacia

aquello que me atraía. Su terrible pico apuntaba directamente al corazón de ella.

—¡Oh! —exclamó el capitán—. ¡El corazón de ella!

—No te preocupes ahora de eso. Cuando me repuse, la imagen había desaparecido y Tweel estaba enrollado en una maraña de negros brazos. No había conseguido alcanzar un punto vital en la anatomía de la bestia, pero estaba defendiéndose desesperadamente con su pico.

»Como quiera que fuese, el encantamiento se había suspendido o por lo menos se había suspendido en parte. Yo no estaba ni a metro y medio de Tweel. Aquella era una lucha terrorífica, pero conseguí levantar mi pistola y disparar un proyectil Boland contra la bestia. Un chorro de horrible corrupción negra nos manchó a Tweel y a mí y creo que su repugnante hedor ayudó a destruir la ilusión de aquel valle de belleza. Conseguimos apartar a Leroy del dominio que lo embaucaba y los tres retrocedimos tambaleándonos. Tuve la suficiente presencia de ánimo para empuñar mi cámara y tomar una instantánea del valle, pero apuesto lo que queráis a que no mostrará más que una yerma extensión gris y horrores retorcidos.

Jarvis hizo una pausa y se estremeció.

—Nos arrastramos hasta la nave auxiliar, te llamamos e hicimos todo lo posible por recuperarnos. Leroy tomó un

buen trago de coñac; no nos atrevimos a probar los remedios que nos ofrecía Tweel porque su metabolismo es tan diferente del nuestro, que lo que para él era curación, para nosotros podía ser la muerte. Pero el coñac pareció causar efecto y por eso, después que hube cumplido con otra cosa que necesitaba hacer, regresamos. Eso es todo.

—¿Eso es todo? —inquirió Harrison—. Así pues, habéis resuelto todos los misterios de Marte, ¿no?

—¡Ni muchísimo menos! —replicó Jarvis—. Quedan numerosísimas preguntas por contestar.

—Sí —intervino Putz—. La evaporación… ¿cómo consiguen detenerla?

—¿En los canales? Me hice la misma pregunta al considerar su enorme extensión y la baja presión del aire. Lo lógico sería pensar que pierden muchísima agua, Pero la respuesta es simple: recubren el agua con una capa de petróleo.

Putz asintió con la cabeza, pero Harrison intervino:

—Eso es absurdo. Disponiendo solamente de carbón y de petróleo, esto es, de energía por combustión o eléctrica, ¿de dónde sacaron la energía necesaria para construir todo un sistema planetario de canales, de miles y miles de kilómetros? Recordad la tarea que representó para nosotros

equilibrar los niveles entre los océanos en el canal de Panamá…

—La respuesta es fácil —sonrió Jarvis—. Consiste en la gravedad marciana y en el aire marciano. Piénsalo: Primeramente, la suciedad que extraían aquí sólo pesaba la tercera parte de lo que habría pesado en la Tierra. En segundo lugar, una máquina de vapor aquí lucha contra muchísima menor presión del aire que en la Tierra. En tercer lugar, aquí podían construir máquinas tres veces mayores sin el peso que habrían representado entre nosotros. Y, por último, todo el planeta está casi al mismo nivel. ¿Qué te parece mi razonamiento, Putz?

El ingeniero asintió.

—Sí, la máquina de vapor es aquí veintisiete veces más eficaz que en la Tierra.

—Entonces, ¿en qué consiste el último misterio? En eso precisamente, ¿no? —sugirió Harrison.

—¿Estás seguro? —inquirió Jarvis sarcásticamente—. Pero ¿cuál era la naturaleza de aquella enorme ciudad vacía? ¿Para qué necesitan los marcianos canales, si nunca los hemos visto comer o beber? ¿Visitaron realmente la Tierra antes del alborear de la Historia y qué energía impulsaba sus naves, si no era la energía atómica? Puesto que la raza de Tweel parece necesitar poca o ninguna agua, ¿están

meramente trabajando en los canales a favor de criaturas superiores? ¿Hay otras inteligencias en Marte? Si no las hay, ¿qué era aquella rata con cara de demonio que vimos sobre el libro? He ahí unos cuantos misterios por descifrar.

—Y algún otro que se me ocurre —gruñó Harrison, disparando de pronto una mirada llameante contra el bajito Leroy—. ¡Tú y tus visiones! «¡Yvonne!», ¿eh? El nombre de tu mujer es Marie, ¿no es cierto?

El bajito biólogo se arreboló.

—Sí —reconoció lastimeramente. Dirigió al capitán unos ojos implorantes—. En París todo el mundo podría pensar otra cosa. No le dirás nada a Marie, ¿verdad?

Harrison soltó una pequeña carcajada.

—No es asunto mío —dijo—. Otra pregunta más, Jarvis: ¿Qué era, esa otra cosa que tenías que hacer antes de volver aquí?

La expresión de Jarvis sé tornó recelosa.

—Ah…, eso. —Vaciló—. Bueno, me pareció que le debíamos mucho a Tweel, por lo que, con un poco de trabajo, lo metimos en el cohete y lo llevamos a los restos del anterior. Y allí —acabó como disculpándose— le enseñé el motor atómico, lo puse en funcionamiento y se lo di.

—¿Que se lo diste? —rugió el capitán—. ¿Que le diste algo tan poderoso a una raza extraña, a una raza que algún día puede ser una raza enemiga?

—Sí, se lo di —dijo Jarvis—. Mira —arguyó defensivamente—. Esta miserable y reseca píldora desértica llamada Marte nunca podría servir de mucho a la más pequeña población humana. El desierto del Sahara es un campo mucho más apropiado para cualquier disputa imperialista, y está más cerca de casa. Por eso nunca tendremos como enemigos a los de la raza de Tweel. El único valor que encontraremos aquí es el trato comercial con los marcianos. Entonces, ¿por qué no había de ofrecerle a Tweel una oportunidad de supervivencia? Disponiendo de energía atómica, podrán explotar su sistema de canales a un ciento por ciento, en lugar de sólo a un uno por cinco, como han demostrado los comentarios de Putz Podrán repoblar esas ciudades fantasmales; podrán reanudar el cultivo de sus artes y sus industrias; podrán comerciar con las naciones de la Tierra y, estoy seguro, podrán enseñarnos unas cuantas cosas, si… —hizo una pausa—, si saben manejar el motor atómico. Apostaría cualquier cosa a que sabrán. No tienen nada de tontos Tweel y sus marcianos de cara de avestruz.

MÁXIMA ADAPTABILIDAD

El doctor Daniel Scott, con sus obscuros y brillantes ojos encendidos por el fuego del entusiasmo, hizo una pausa. Desde donde se hallaba, el despacho del doctor Herman Bach, director del Hospital de la Misericordia, dominaba gran parte de la ciudad. Se entretuvo contemplando sus calles, mientras, en el silencio, su mente seguía discurriendo. El anciano director sonrió con gesto indulgente no exento de una cierta melancolía mientras observaba la expresión concentrada del joven bioquímico.

—Continúa, Dan —sugirió—. Estabas diciendo que llegaste a la conclusión de que curarse de una enfermedad o de una herida es simplemente un problema de adaptación. ¿Y bien?

—Partiendo de esta hipótesis —prosiguió Dan—, emprendí el estudio de los organismos vivos más adaptables. ¿Cuáles

son? ¡Los insectos, por supuesto! Se les corta un ala y generan otra; se corta una cabeza, se une al cuerpo decapitado de otro insecto de la misma especie, y el organismo sigue viviendo. ¿En qué consiste el secreto de su gran adaptabilidad?

El doctor Bach se encogió de hombros.

—¿En qué? —preguntó.

Al punto, el semblante de Scott adoptó una expresión sombría.

—No estoy seguro —masculló—. Es algo glandular, desde luego, una cuestión de hormonas. —Su rostro resplandeció de nuevo—: Pero estoy sobre la pista. Así pues, busqué el insecto más adaptable. ¿Cuál es?

—¿Las hormigas? —sugirió el doctor Bach—. ¿Las abejas? ¿Los termes?

—En absoluto. Esos son los insectos más altamente evolucionados, no los más adaptables. No; hay un insecto capaz de producir un porcentaje más alto de mutantes que cualquier otro, más rarezas, más desviaciones biológicas. Es el que Morgan utilizó en sus experimentos sobre los efectos de los rayos equis en la herencia, la mosca del vinagre, la drosophila melanogaster. ¿Recuerda usted? Tienen ojos rojizos, pero bajo los rayos equis produjeron descendientes de ojos blancos. Fue una verdadera mutación, porque la

rama de ojos blancos se mantuvo fiel al cambio. Los caracteres adquiridos no son hereditarios, pero en aquel caso se transmitieron. Por tanto…

—Ya sé —interrumpió el doctor Bach. Scott contuvo el aliento.

—Así pues, utilicé moscas del vinagre —continuó—. Dejé pudrir sus cuerpos, inyecté el cultivo a una vaca y por fin obtuve un suero después de semanas de estar clarificando con albúmina, evaporando en el vacío, rectificando con… Pero veo que no está usted interesado por la técnica seguida. El caso es que obtuve un suero. Lo ensayé sobre conejillos de Indias tuberculosos y… —hizo una pausa dramática— se curaron. Se adaptaron al bacilo de la tuberculosis. Lo ensayé en un perro rabioso. Se adaptó. Lo ensayé en un gato con la columna vertebral rota. Se le unió. Y ahora le estoy pidiendo a usted la oportunidad de probarlo en un ser humano.

El doctor Bach frunció el ceño.

—No basta con eso —gruñó—. No te bastará en dos años. Pruébalo en un antropoide. Luego pruébalo en ti mismo. No puedo arriesgar una vida humana en un experimento como éste.

—Sí, pero es que yo no tengo nada que necesite curarse y en cuanto a lo de un antropoide tendría que conseguir usted del consejo de administración los fondos necesarios para

comprar un mono. Yo los he solicitado, pero no he conseguido nada.

—Pídeselos a la Fundación Stoneman.

—¿Y que pierda esa oportunidad el Hospital de la Misericordia? Mire usted, doctor Bach, sólo le pido una oportunidad, un caso desesperado, algo.

—Los casos desesperados son también seres humanos. —El viejo doctor frunció el ceño—. Mira Dan, no debería ofrecerte ni siquiera esto, porque va en contra de toda la ética de nuestra profesión, pero si encuentro un caso desesperado, absolutamente desesperado, ya me entiendes, y el paciente mismo da su consentimiento, lo haré. Y no hablemos más del asunto.

Scott gruñó:

—¿Dónde va a encontrar un caso así? Si el paciente está lúcido usted cree que todavía hay esperanza y, si está inconsciente, ¿cómo va a consentir? Es un callejón sin salida.

Pero no lo era. Menos de una semana más tarde Scott levantó de pronto la mirada al oír el altavoz de su pequeño laboratorio:

—Doctor Scott, doctor Scott —gangueó el aparato—, doctor Scott. Al despacho del doctor Bach.

Acabó su análisis, anotó las cifras y salió a la carrera. El anciano estaba caminando nerviosamente por su despacho cuando Scott entró.

—Tengo un caso para ti, Dan —masculló—. Va en contra de todas las normas éticas, pero que me aspen si veo algún perjuicio en lo que quieres intentar. Será mejor que te des prisa. Vamos, a la sala de aislamiento.

Se apresuraron. En la diminuta habitación cúbica, Scott se quedó mirando impresionado.

—¡Una muchacha! —murmuró.

Era una chica vulgar y corriente, pero al yacer allí con la palidez de la muerte ya en sus mejillas, tenía un cierto aspecto de sombría dulzura. Pero ese era todo el encanto que podía haber poseído nunca; sus obscuros y enmarañados cabellos revelaban descuido y dejadez, sus rasgos carecían de belleza y de distinción. Respiraba con un jadeo casi imperceptible y tenía los ojos cerrados.

—¿Considera usted que puede servir de prueba? —preguntó Scott—. Está ya medio muerta.

El doctor Bach asintió con la cabeza.

—Tuberculosis, fase final —dijo—. Hemorragia pulmonar; cuestión de horas.

La muchacha tosió; manchas de sangre aparecieron en sus pálidos labios. Abrió unos azules ojos acuosos y apagados.

—Conque está consciente, ¿eh? —observó Bach—. Éste es el doctor Scott. Mira, Dan, esta es… —lanzó un vistazo a la cartulina colocada al pie de la cama— la señorita Kyra Zelas. El doctor Scott tiene una inyección especial, señorita Zelas. Como le dije antes, probablemente no servirá de nada, pero pienso que tampoco podrá causar ningún daño. ¿Consiente usted en que se la ponga?

Ella habló con sonidos débiles y gorgoteantes:

—Desde luego. Acepto cualquier cosa.

—Está bien. ¿Traes la jeringa, Dan? —Bach recogió el tubo de suero—. ¿Algún sitio especial donde haya que inyectar? ¿No? Prepárame entonces la cubital.

Introdujo la aguja en el brazo de la muchacha. Dan no llegó a percibir la menor contracción muscular. Kyra permaneció estoica y pasiva mientras treinta centímetros cúbicos de líquido penetraban en sus venas. Tosió de nuevo y luego cerró los ojos.

—Vete de aquí —ordenó Bach ceñudamente al joven médico mientras caminaban por el vestíbulo—. Bien sabe Dios que no me gusta nada esto. Me siento como un perro sarnoso.

Sin embargo, al día siguiente parecía sentirse menos canino.

—Kyra Zelas está aún con vida —informó a Scott—. Si me atreviese a confiar en lo que veo, diría incluso que ha mejorado un poco.

—Poquísimo. Seguiré pensando que es un caso sin esperanzas.

Pero al día siguiente, cuando Scott entró en el despacho de su jefe, vio a éste sentado con una expresión de perplejidad en sus viejos ojos grises.

—La Zelas está mejor —masculló—. No se puede negar. Pero no pierdas la cabeza, Dan. Milagros así han sucedido antes y sin necesidad de sueros. Has de esperar hasta que la tengamos sometida a una observación más prolongada.

A finales de semana se puso de manifiesto que la observación no iba a ser muy larga. Kyra Zelas florecía bajo su mosquitero de gasa como una planta tropical que se abriese rápidamente. Lo extraño era que no perdía nada de su palidez, pero la carne suavizaba los angulosos rasgos y un asomo de luz crecía en sus ojos.

—Las manchas en sus pulmones están desapareciendo —masculló Bach—. Ha dejado de toser y en su cultivo no hay signo ninguno de bacilos. Pero la cosa más extraña, Dan, y conste que no puedo explicármelo, es el modo como

reacciona a las abrasiones y pinchazos en la piel. Ayer tomé una muestra de sangre para un Wasserman y, aunque decir esto parezca una locura, lo cierto es que el pinchazo se cerró casi antes de haber extraído un centímetro cúbico. ¡Se cerró y se curó!

Transcurrió otra semana. El anciano doctor volvió a hablar con su joven colega:

—Dan, no veo ninguna razón para mantener a Kyra aquí. Ella está bien, pero quiero retenerla para poder seguir observándola. Hay un curioso misterio en ese suero tuyo. Y además me desagrada devolverla a la clase de vida que la trajo aquí.

—¿Qué hacía?

—Era costurera. Había trabajado como destajista en algunos talleres de confección. Una muchacha desaliñada, fea, sin educación, pero hay en ella algo emocionante. Se adapta rápidamente.

Scott le lanzó una extraña mirada.

—Sí —dijo—, se adapta rápidamente.

—Así pues —continuó Bach—, se me ha ocurrido que podría tenerla en mi casa. Allí será fácil seguir observándola y podría ayudar al ama de llaves. Estoy interesado, muy interesado. Creo que debo ofrecerle esa oportunidad.

Scott estaba presente cuando el doctor Bach hizo su sugerencia. Kyra sonrió.

—Desde luego —dijo. Su pálido e insignificante rostro se iluminó—. Gracias.

Bach le dio la dirección.

—La señora Getz la recibirá. No haga nada esta tarde. En realidad le convendría dar un largo paseo por el parque.

Scott vio cómo la muchacha cruzaba el vestíbulo. Había engordado un poco, pero estaba aún muy flaca y parecía flotar dentro de su gastado vestido negro. Cuando desapareció, él se reintegró pensativamente a sus quehaceres y un cuarto de hora más tarde bajó a su laboratorio.

En el primer piso reinaba un gran alboroto. Dos agentes sostenían el cuerpo de un anciano cuya cabeza era una sangrienta ruina. Del exterior llegaba una algarabía de voces excitadas y, asomándose a la ventana, Scott observó un numeroso grupo que se agolpaba a la puerta del hospital.

—¿Qué ha pasado? —gritó—. ¿Accidente?

—¡Nada de eso! —espetó uno de los agentes—. Asesinato. Una mujer se acerca a este pobre viejo, agarra una gran piedra de la valla del parque, lo golpea y le quita la cartera. ¡Ni más ni menos!

Scott miró de nuevo por la ventana. Un coche celular se aproximaba al hospital. Tres figuras se desgajaron del excitado grupo que vociferaba frente a la entrada principal: dos policías flanqueando a una delgada figura vestida de negro. A empujones la conducían hacia el vehículo policial.

Scott reprimió una exclamación. ¡Era Kyra Zelas!

Había transcurrido una semana. El doctor Bach y Scott estaban reunidos en casa del primero.

—No es asunto nuestro —repetía el anciano doctor, mirando fijamente la apagada chimenea de su sala de estar.

—¡Cielos! —estalló Scott—. ¿Cómo no va a ser asunto nuestro? ¿Cómo sabemos que no somos responsables? ¿Cómo sabemos que nuestra inyección no le trastornó la mente? Las glándulas pueden hacer eso; piense usted en los idiotas y cretinos mongoloides. Nuestro preparado era glandular. ¡Quizá la volvimos loca!

—Está bien —dijo Bach—. Escucha, iremos al juicio mañana y, si las cosas se ponen mal para ella, hablaremos con su abogado para pedirle que nos haga figurar como testigos. Declararemos que estaba recién dada de alta después de una larga y peligrosa enfermedad y que quizá no fuera del todo responsable. Eso es enteramente cierto.

A media mañana del día siguiente, estaban sentados llenos de tensión en la abarrotada sala de la Audiencia. El fiscal

había empezado a actuar; tres testigos declararon sobre lo ocurrido.

—Ese viejecito compra cada día alpiste para las palomas. Sí, yo se lo vendo todos los días… o se lo vendía. Pues bien, aquella mañana no tenía suelto y sacó su cartera. Estaba abarrotada de billetes. Un minuto más tarde vi cómo la señora levantaba el pedrusco, le golpeaba y se apoderaba de la cartera.

—Haga el favor de describir a esa señora.

—Muy huesuda y vestida de negro. Desde luego, ninguna belleza. Cabellos castaños, ojos obscuros, no sé si azul obscuro o castaño obscuro.

—Puede interrogar el defensor —dijo el fiscal. Un individuo joven y nervioso, nombrado de oficio por la Audiencia, se puso en pie.

—¿Dice usted —increpó con voz chillona— que la agresora tenía cabellos castaños y ojos oscuros?

—Sí.

—¿Quiere la acusada hacer el favor de levantarse?

Aunque estaba de espaldas a Scott y Bach, cuando Kyra Zelas se puso en pie, Scott se quedó helado. Había algo

extrañamente distinto en el aspecto de la muchacha. Desde luego ya no flotaba en su gastado vestido negro.

—Quítese el sombrero, señorita Zelas —solicitó el defensor. Scott jadeó. La espesa cabellera que quedó al descubierto centelleaba como el aluminio.

—Me permito indicarle, Señoría, que la acusada no tiene cabellos castaños ni, si se examinan bien, ojos obscuros. Supongo que es concebible que hubiera podido, no sé cómo, desteñirse el cabello mientras estaba en prisión preventiva, y por eso —blandió unas tijeras— propongo que un químico designado por el tribunal examine un rizo. Por mi parte, opino que la pigmentación es completamente natural. En cuanto a sus ojos, ¿sugiere tal vez el honorable señor fiscal que han sido rebajados de color?

Se volvió hacia el aturrullado testigo. Le preguntó:

—¿Es esta la señora a la que dice usted haber visto cometiendo el crimen?

El hombre tartamudeó:

—No sé… no sé qué decir.

—¿Sí o no?

—Pues… pues… no.

El abogado sonrió.

—Eso es todo. ¿Quiere usted pasar al estrado, señorita Zelas?

La muchacha se movía como una pantera. Lentamente, dio la vuelta y se quedó mirando al público de la sala, Scott se sintió mareado y clavó sus dedos en el brazo de Bach. Con ojos claros como el hielo, el cabello de color platino y pálida como el alabastro, la muchacha que se hallaba en el estrado era sin duda la mujer más bella que jamás hubiese visto.

El defensor habló de nuevo:

—Refiera usted misma al tribunal lo que ocurrió, señorita Zelas.

Como quien no quiere la cosa, la muchacha cruzó las piernas y empezó a hablar. Tenía una voz grave, resonante y aterciopelada. Scott había de hacer un esfuerzo para concentrar su atención en el sentido de aquellas palabras más que en el sonido de aquella voz.

—Acababan de darme de alta en el Hospital de la Misericordia —dijo ella—, donde estuve enferma durante algunos meses. Iba paseando por el parque cuando, de pronto, una mujer vestida de negro tropezó conmigo, me puso en las manos una cartera vacía y desapareció. Un momento después me vi rodeada por una multitud que gritaba, y…, bien, eso es todo.

—¿Dice usted una cartera vacía? —preguntó el defensor—. ¿Cómo me explica el dinero que se le encontró en su propio bolso y que el señor fiscal opina que fue robado?

—Me pertenecía —dijo la muchacha—, unos setecientos dólares.

Bach bisbiseó:

—¡Eso es mentira! Tenía dos dólares y treinta y tres centavos cuando ingresó en el Hospital.

—¿Acaso opina usted que es la misma Kyra Zelas que tuvimos en el Hospital? —preguntó ansiosamente Scott.

—No lo sé, no sé nada. Pero líbreme Dios de manejar alguna vez ese terrible suero que has inventado. ¡Mira, mira, Dan!

Sus últimas palabras no fueron sino un tenso susurro.

—¿Qué?

—¡Su cabello! ¡Cuando le da el sol!

Scott miró con mayor atención. Un vagabundo rayo de sol se filtraba a través de una alta ventana y de vez en cuando el parpadeo de una persiana lo derramaba sobre el metálico resplandor de los cabellos de la muchacha. Scott observó fijamente y llegó a ver lo que ocurría: tenue, pero

inconfundiblemente, dondequiera que la luz lamía aquella radiante aureola, el cabello adquiría un inconfundible tinte rubio dorado.

La mente del joven doctor trabajaba con ansia febril. En alguna parte existía una pista, pero lo difícil era encontrarla. Tenía todas las piezas del rompecabezas pero no acertaba a encajarlas. La muchacha del hospital y su reacción a las incisiones; esta muchacha y su reacción a la luz.

—Tengo que verla —susurró—. Hay algo que tengo que descubrir. Escuchemos.

El defensor estaba hablando:

—Y pedimos, Señoría, el sobreseimiento del caso, basándonos en que el señor fiscal ni siquiera ha logrado la identificación de la acusada.

El juez golpeó con su mazo. Por un momento sus envejecidos ojos se posaron en la muchacha de ojos plateados y cabello increíble.

—¡Caso sobreseído! —declaró—. Jurado disuelto.

Hubo un tumulto de voces. Los fogonazos de los fotógrafos relampaguearon en la sala, La muchacha que estaba en el estrado de los testigos se levantó con perfecto aplomo, sonrió con deliciosos labios inocentes y empezó a alejarse. Scott aguardó hasta que pasó junto a él.

—¡Señorita Zelas! —llamó.

Ella se detuvo. Sus extraños ojos plateados se iluminaron al reconocerlos.

—¡Doctor Scott! —exclamó con voz de timbre argentino—. ¡Y el doctor Bach!

Era ella, entonces. Era la misma muchacha. La lastimosa moribunda de la sala de aislamiento se había convertido en esta hermosísima criatura de exótico colorido. Scott podía distinguir la identidad de los rasgos, pero cambiados como por milagro.

Se abrió paso entre el montón de fotógrafos, periodistas y curiosos.

—¿Tiene usted un sitio donde alojarse? —preguntó él—. La oferta del doctor Bach todavía sigue en pie.

Ella sonrió.

—La acepto agradecida —murmuró, y luego dijo a los periodistas—: El doctor es un viejo amigo mío.

Estaba totalmente tranquila, llena de dignidad y de aplomo.

En aquel momento los ojos de Scott se posaron en un periódico donde aparecía una foto de la muchacha sin

sombrero. Se sobresaltó; allí el cabello se mostraba negro como ala de cuervo. Al pie de la foto leyó el siguiente comentario: «su sorprendente cabello aparece mucho más obscuro en las fotos que visto al natural».

Dan frunció el ceño.

—Por aquí —le dijo a la muchacha.

Una vez más quedó petrificado por la sorpresa. A la cruda luz del mediodía el cutis de Kyra no tenía ya la blancura del alabastro; era de un bronceado cremoso, propio de alguien que ha estado mucho tiempo tomando baños de sol; sus ojos eran de un violeta profundo y su cabello, aquel diminuto rizo que se escapaba de su sombrero, era tan negro como las columnas de basalto del infierno.

Kyra había insistido en comprar algo de ropa y había terminado adquiriendo un atuendo completo. Ahora estaba sentada con las piernas recogidas en el mullido diván colocado ante la chimenea de la biblioteca del doctor Bach. Aparecía envuelta en seda negra desde la blanca garganta hasta los diminutos pies calzados de rojo. Tenía un aspecto casi extraterreno con su extraña belleza, su cabello plateado, sus ojos diáfanos y su piel de una palidez marmórea que contrastaba con el negro azabache de su blusa.

Miró inocentemente a Scott.

—Pero ¿por qué no había de comprarme tantas cosas? —preguntó—. El tribunal me devolvió mi dinero; puedo comprar con él lo que se me antoje.

—¿Su dinero? —protestó él—. Tenía usted menos de tres dólares cuando salió del hospital.

—Pero este dinero es mío ahora.

—Kyra —dijo él bruscamente, tuteándola por primera vez—, ¿de dónde sacaste ese dinero?

Con su cara de santita, era la viva imagen de la pureza.

—Del viejo.

—¡Tú… tú le mataste!

—Claro que sí.

—¡Dios mío! —jadeó él, atragantándose—. ¿No te das cuenta de que tendremos que denunciarte?

Ella sacudió la cabeza, sonriendo suavemente a ambos doctores.

—No, Dan. No lo diréis, porque no serviría de nada. No pueden juzgar dos veces por el mismo delito. Al menos aquí en América.

—Pero… ¿por qué, Kyra? ¿Por qué lo hiciste?

—¿Querías que reanudase la vida que me llevó a vuestras manos? Necesitaba dinero; aquel viejo tenía y lo tomé.

—¡Pero… asesinar!

—Era el modo más directo de conseguirlo.

—Te podían haber condenado —replicó él ceñudamente.

—Pero no lo hicieron —le recordó ella con suavidad.

—Kyra —inquirió él, cambiando rápidamente de tema—, ¿por qué tus ojos, tu piel y tus cabellos se obscurecen al recibir la luz del sol o el fogonazo de un flash?

Ella sonrió.

—¿Es verdad eso? —preguntó—. No lo había notado. —Bostezó y se desperezó—. Creo que voy a acostarme —anunció.

Paseó sobre ellos sus ojos magníficos, se puso en pie y se encaminó a la habitación que el doctor Bach le había cedido, la que hasta entonces había ocupado él.

Scott, alterados sus rasgos por la emoción, se quedó mirando al anciano.

—¿Está usted viendo? —preguntó con voz temblorosa—. ¡Dios mío! ¿Está usted viendo?

—¿Y tú, Dan?

—Una parte. Sólo una parte.

—También yo sólo veo una parte.

—Bueno —dijo Scott—, he aquí cómo entiendo el asunto. Ese suero, ese maldito suero mío, ha elevado como quiera que sea la adaptabilidad de esta muchacha hasta un grado imposible. ¿Qué es lo que diferencia a la vida de la materia inerte? Dos cosas: la irritación y la adaptación. La vida se adapta a su entorno, y cuanto mayor es la adaptabilidad, más éxito tiene el organismo.

»Ahora bien —prosiguió—, todos los seres humanos muestran una adaptabilidad muy considerable. Cuando nos exponemos a la luz del sol, nuestra piel se pigmenta: nos bronceamos, es decir, nos adaptamos a un ambiente que contiene luz del sol. Cuando un hombre pierde su mano derecha, aprende a utilizar su izquierda. Esa es otra adaptación. Cuando la piel de una persona sufre un pinchazo, el tejido se regenera y ese es otro capítulo del mismo proceso. Las regiones soleadas producen gentes de piel y de cabellos obscuros; los países nórdicos producen hombres rubios y de tez clara. Eso también es adaptación.

»Así pues, lo que le ocurre a Kyra Zelas, por alguna endiablada complicación que no entiendo, es que sus poderes de adaptación se han incrementado hasta el

máximo. Se adapta inmediatamente a su entorno. Cuando le da el sol, se broncea de improviso, y a la sombra palidece enseguida. A la luz del sol sus cabellos y sus ojos son los de una raza tropical; a la sombra, los de una nórdica. Y… ¡buen Dios, ahora lo comprendo!, cuando se vio enfrentada con el peligro allí, en la sala de la Audiencia, enfrentada con un jurado y un juez que eran hombres, se adaptó a eso. Afrontó ese peligro no sólo mediante el cambio de apariencia, sino con una belleza tan grande que nadie habría sido capaz de declararla culpable. —Hizo una pausa—. Pero ¿cómo? ¿Cómo?

—Quizá la medicina pueda decir cómo —respondió Bach—. Indudablemente el hombre es la criatura de sus glándulas. Las diferencias entre las razas son, evidentemente, glandulares. Y quizá los agentes más eficaces de adaptación sean el cerebro humano y el sistema nervioso que están parcialmente controlados por una pequeña masa grasosa que se halla en la base del tercer ventrículo del cerebro, delante del cerebelo, y que los antiguos suponían que era la sede del alma.

»Me refiero, ni que decir tiene, a la glándula pineal. Sospecho que lo que tu suero contiene es la hormona tanto tiempo buscada, la pinealina, que ha causado la hipertrofia en la glándula pineal de Kyra. ¿Y te das cuenta, Dan, de que si la adaptabilidad de la muchacha es perfecta, ella es no solamente invencible, sino invulnerable?

—¡Es verdad! —jadeó Scott—. No podría ser electrocutada, porque se adaptaría de inmediato a un ambiente que contuviera energía eléctrica. No la podrían matar a balazos, porque se adaptaría a eso tan rápidamente como a las punzadas de las inyecciones que usted le ponía, Y en cuanto al veneno… ¡Pero tiene que haber un límite en alguna parte!

—Indudablemente lo hay —comentó Bach—. Me cuesta trabajo creer que pudiera soportar ser atropellada por una locomotora de cincuenta toneladas. Y sin embargo hay un punto importante que no hemos considerado. La adaptación en sí es de dos clases.

—¿Dos clases?

—Sí. Una biológica, la otra humana. Naturalmente un bioquímico como tú sólo se ocuparía de la primera y, con la misma naturalidad, un neurocirujano como yo tiene que considerar la segunda. La adaptación biológica es lo que posee toda vida, ya sea vegetal o animal. Consiste meramente en conformarse al propio entorno. Un camaleón, por ejemplo, muestra en mucho la misma capacidad que Kyra, y también, en menor grado, el zorro ártico, blanco en invierno, castaño en verano; o el conejo de las nieves o la comadreja. Toda vida se conforma a su entorno en un amplio margen, porque, si no lo hace, muere. Pero la vida humana va más lejos.

—¿Más?

—Muchísimo más. La adaptación humana no consiste sólo en conformarse con el entorno, sino en transformar a éste para adecuarlo a las necesidades humanas. El primer hombre que abandonó su caverna para construirse una choza de ramas cambió su entorno y así, exactamente en el mismo sentido, lo hicieron Steinmetz, Edison y, si me apuran mucho, Julio César y Napoleón. En realidad, Dan, toda invención humana, el genio y la jefatura militar se reducen a un solo hecho: cambiar el entorno en lugar de conformarse a él.

Hizo una pausa. Luego continuó:

—Ahora sabemos que Kyra posee la adaptabilidad biológica. Lo prueban sus cabellos y sus ojos. Pero ¿qué pasa si posee la otra en el mismo grado? Si así fuera, sólo Dios sabe cuáles podrían ser los resultados. Únicamente podemos estar a la expectativa de la dirección que ella tome, vigilar y aguardar.

—Pero no comprendo cómo todo puede tener un origen glandular —masculló Scott.

—En un mutante, y Kyra es tan mutante como tu amiga la mosca del vinagre, todo es posible. —El doctor Bach frunció el ceño reflexivamente—. Si me atreviera a improvisar una interpretación filosófica, diría que quizá Kyra representa una

fase en la evolución humana. Una mutación. Si aceptamos este hecho, de Vries y Weissman quedan justificados.

—¿Se refiere usted a la teoría de la evolución por mutación?

—Exactamente. Mira, Dan, si bien es muy evidente, por los restos fósiles, que la evolución es un hecho, es muy fácil probar que no hubo posibilidad de que ocurriera.

—¿Cómo es eso?

—Bien, por muchas razones no pudo darse lentamente, como Darwin creía. Toma el ojo, por ejemplo, según Darwin, muy gradualmente, durante miles de generaciones, alguna criatura del mar desarrolló en su piel un lunar que era sensible a la luz y esto le dio una ventaja sobre sus competidores ciegos. Por eso su especie supervivió y las demás perecieron. Pero fíjate ahora. Pero si este ojo se desarrolló tan lentamente, ¿cómo es que los primeros, los que todavía no podían ver, tenían ventaja sobre los demás? Y considera un ala. ¿De qué te sirve un ala si no sabes volar? Que un lagarto desarrolle una membrana entre el tronco y las patas no significa necesariamente que pueda sobrevivir donde otros murieron. ¿Qué llevó al ala a desarrollarse hasta un punto en que realmente podía tener valor?

—¿Qué fue?

—De Vries y Weissman dicen que nada. Responden que la evolución se hizo a saltos: cuando el ojo apareció, era ya lo bastante eficiente para tener valor de supervivencia, y del mismo modo el ala. Llamaron mutaciones a esos saltos. Y en ese sentido, Dan, también Kyra es una mutación, un salto de lo humano a… alguna otra cosa. Quizás a lo sobrehumano.

Scott meneó la cabeza, lleno de perplejidad. Estaba profundamente confundido, totalmente desconcertado y lleno de irritación. Al cabo de pocos momentos dio las buenas noches a Bach y se marchó a casa. Se acostó, pero permaneció insomne horas enteras.

Al día siguiente, Bach solicitó y obtuvo para ambos un permiso del Hospital de la Misericordia. Scott se trasladó a casa de su anciano colega. En parte lo hacía por lo mucho que le fascinaba el caso de Kyra Zelas, pero en parte también lo hacía por un motivo altruista. Ella había reconocido que asesinó a un hombre y Scott pensó que con la misma facilidad podría asesinar al doctor.

Bach quería estar vigilando para impedirlo.

Llevaba en compañía de la muchacha sólo unas pocas horas cuando las palabras de Bach sobre la evolución y las mutaciones tomaron un nuevo significado. No se trataba sólo del colorido camaleónico de Kyra, ni de sus rasgos tan extrañamente puros y seráficos, ni siquiera de su increíble belleza. Había algo más. Por el momento no podía

identificarlo, pero decididamente Kyra no era del todo humana.

El acontecimiento que le produjo esta impresión se produjo a últimas horas de la tarde. Bach se había ausentado por asuntos personales y Scott había estado interrogando a la muchacha para conocer sus impresiones sobre la experiencia.

—Pero ¿no te das cuenta de que has cambiado? —preguntó él—. ¿No puedes ver la diferencia en ti misma?

—Yo no he cambiado. Es el mundo que ha cambiado.

—Pero tu cabello era negro y ahora es tan claro como el platino.

—¿Era? —preguntó ella—. ¿Es?

Scott gruñó, exasperado.

—Kyra —dijo—, tienes que saber algo de ti misma.

Los ojos exquisitos de la muchacha se posaron sobre él.

—Lo sé —respondió—. Sé que todo cuanto deseo se hace mío, y —sus puros labios sonrieron—, creo que te deseo a ti, Dan.

A éste le pareció que en aquel momento Kyra había cambiado. Su belleza resultaba más frenéticamente

embriagadora que antes. Comprendió lo que aquello significaba: el entorno de la muchacha contenía ahora a un hombre al que ella amaba o al que creía amar, y se estaba adaptando a esta nueva circunstancia. Se estaba haciendo, pensó él con un ligero estremecimiento, sencillamente irresistible.

En los próximos días Bach debió de darse cuenta de la situación, pero no dijo nada. Para Scott, aquella era la más refinada tortura. Se daba cuenta demasiado bien de que la muchacha a la que amaba era una especie de monstruo, una desviación biológica, y algo peor aún, una asesina a sangre fría. Sin embargo, las cosas transcurrieron con placidez, Kyra se adaptó con facilidad a aquella vida rutinaria; se prestaba con la mayor docilidad a las investigaciones que estaban haciendo sobre su caso.

A Scott se le ocurrió una idea. Tomó uno de los conejillos de Indias a los que había inyectado el suero y comprobaron que presentaba la misma reacción a los cortes que Kyra. Mataron al animal y procedieron a su disección para examinarle el cerebro.

—Exacto —dijo el doctor Bach al fin—, hipertrofia de la glándula pineal. —Clavó en Scott una mirada significativa—. Suponte que pudiéramos llegar a la glándula pineal de Kyra y corregir la hipertrofia. ¿Crees que eso podría volverla a la normalidad?

Scott reprimió una exclamación de miedo.

—Pero ¿por qué? No puede hacer ningún daño mientras la tengamos vigilada aquí. ¿Por qué hemos de jugar con su vida de esa manera?

Bach se echó a reír brevemente.

—Por primera vez en mi vida me alegro de ser un anciano —dijo—. ¿No comprendes que tenemos que hacer algo? Kyra es una amenaza, Es peligrosa. Sólo Dios sabe hasta qué punto es peligrosa. Deberíamos probar.

Scott gruñó y dio su asentimiento. Una hora más tarde, con el pretexto de hacer un ensayo, vio cómo el anciano inyectaba cinco gramos de morfina en el brazo de la muchacha. Kyra frunció el ceño, parpadeó y… se adaptó. La droga era ineficaz.

Por la noche Bach tuvo otra idea.

—¡Cloruro de etilo! —susurró—. El anestésico instantáneo. Quizá no pueda adaptarse a la falta de oxígeno. Lo probaremos.

Kyra estaba dormida. Silenciosa y cuidadosamente, los dos penetraron en su habitación y Scott se quedó mirando fascinado la extraña belleza de aquellos rasgos, más pálidos que nunca a la débil luz de la luna. Con las máximas precauciones. Bach mantuvo la mascarilla sobre el rostro de

la durmiente y dejó caer gota a gota el volátil líquido de olor dulzón. Transcurrieron unos minutos.

—Esto bastaría para anestesiar a un elefante —susurró por fin, y encajó de lleno la mascarilla sobre el rostro de la muchacha.

Ella despertó. Dedos como tenazas de acero apresaron la muñeca del anciano obligándolo a retirarse. Scott intentó ajustar la mascarilla, pero la mano de Kyra aferró también la muñeca del joven médico con la fuerza de un torniquete.

—Estúpidos —dijo ella tranquilamente, incorporándose—. Eso es completamente inútil, ¡mirad!

Tomó una afilada plegadera que tenía en la mesilla de noche, expuso su pálida garganta a la luz de la luna y luego, de improviso, se clavó el estilete en el pecho.

Scott jadeó de horror cuando ella retiró el instrumento. Una sola gota de sangre se mostraba en la carne; ella la engujó y dejó al descubierto su piel pálida, incólume, bellísima.

—Idos —dijo ella blandamente, y los dos hombres se marcharon.

Al día siguiente, la muchacha no hizo ninguna referencia a lo ocurrido. Scott y Bach pasaron una sombría mañana en el laboratorio sin trabajar en nada, simplemente hablando. Fue

un error, porque cuando regresaron a la biblioteca, ella se había ido, sin más precauciones que abrir la puerta y marcharse, según dijo la señora Getz. Una apresurada y frenética búsqueda por las manzanas adyacentes no aportó señal alguna de la muchacha.

Al anochecer estaba de vuelta. Se detuvo en la puerta y así Scott, que estaba allí solo, pudo presenciar el milagroso cambio del cabello desde el caoba hasta el platino.

—Hola —dijo ella, sonriendo—. He matado a un niño.

—¿Qué estás diciendo? ¡Dios mío, Kyra!

—Ha sido un accidente. No irán a creer que deban castigarme por un simple accidente, ¿verdad, Dan?

Él la estaba mirando con profundo horror.

—¿Cómo…?

—Simplemente decidí pasear un poco. Después de recorrer una o dos manzanas, pensé que me gustaría dar un paseo en coche. Encontré uno con las llaves puestas cuyo conductor estaba hablando con alguien en la acera. Entré, puse el motor en marcha y salí lanzada. Naturalmente conducía a toda prisa puesto que el conductor no hacía más que gritar, y en la segunda esquina atropellé a un niñito.

—¿Y… no te paraste?

—Claro que no. Di la vuelta a la esquina, recorrí otras dos o tres manzanas, aparqué el coche y regresé a pie. El niño había desaparecido, pero la multitud aún seguía allí. Nadie se fijó en mí. —Sonrió con su aire de santita—. Estamos completamente seguros. No pueden seguir mi rastro.

Scott se llevó las manos a la cabeza y gimió:

—¡No sé qué hacer! Kyra, tienes que informar de esto a la Policía.

—Pero si fue un accidente —dijo ella con suavidad, clavando sus luminosos ojos plateados en Scott con expresión compasiva.

—No importa. Tienes que hacerlo.

Ella colocó su blanca mano sobre la cabeza del joven médico.

—Quizá mañana —dijo—. Dan, he aprendido algo. Lo que una persona necesita en este mundo es poder. Mientras haya gente con más poder que yo, estoy en desventaja. Tratarán de castigarme con sus leyes. ¿Y por qué? Sus leyes no están hechas para mí. No pueden castigarme.

Scott no contestó.

—Por eso mañana voy a marcharme en busca de poder. Estaré por encima de cualquier ley.

Eso le impulsó a actuar.

—¡Kyra! —gritó—. No vas a tratar de salir de aquí. —La agarró por los hombros—. ¡Prométemelo! ¡Júrame que no vas a dar un paso más allá de esta puerta sin que yo te acompañe!

—Bueno, si quieres… —dijo ella calmosamente.

—Pero júralo. ¡Júralo por lo más sagrado!

Los plateados ojos de la muchacha se clavaron en los de Scott El rostro de Kyra tenía la pureza de un ángel de alabastro.

—Lo juro —murmuró ella—. Por lo que tú digas, Dan, lo juro.

Por la mañana se había marchado, llevándose todo el dinero que había en las carteras de Scott y de Bach. Y, como descubrieron más tarde, todo el dinero que tenía la señora Getz en su bolso.

—Pero me gustaría que usted la hubiese visto —masculló Scott—. Me miró a los ojos y me hizo su promesa; su rostro era tan puro como el de una virgen. No puedo creer que estuviese mintiendo.

—La mentira como mecanismo de adaptación —dijo Bach— merece un estudio más profundo del que ha

recibido. Probablemente los mentirosos originarios son esas plantas y animales que utilizan el mimetismo protector: serpientes inofensivas que imitan a serpientes venenosas, moscas que parecen abejas. Esas son mentiras vivientes.

—Pero ella no podía…

—Sin embargo, ha podido. Lo que me has contado de su deseo de poder es prueba suficiente. Ha entrado en la segunda fase de adaptabilidad: la que consiste en conformar su entorno a ella en lugar de adaptarse ella a su entorno. ¿Hasta dónde la llevará su locura… o su genio? Hay muy poca diferencia entre una cosa y otra, Dan. ¿Y qué nos queda a nosotros por hacer, sino vigilar?

—¿Vigilar? ¿Cómo? ¿Dónde está?

—O mucho me equivoco o poco nos costará vigilarla en cuanto ella empiece a actuar. Creo que pronto sabremos dónde se encuentra.

Pero las semanas transcurrían sin que se recibiese ninguna señal de Kyra Zelas. Scott y Bach reanudaron sus obligaciones en el Hospital de la Misericordia y en su laboratorio el bioquímico se deshizo ceñudamente de los restos de tres conejillos de Indias, un gato y un perro, para matar a los cuales, tuvo que trabajar de un modo repulsivo y agotador. En el horno crematorio se deshizo también de un frasco de su infortunado suero.

Finalmente, un día, Bach lo llamó a su despacho donde estaba inclinado sobre un ejemplar del «Post Record».

—Mira aquí —dijo, indicando una columna de rumores políticos llamada «Remolinos de Washington».

Scott leyó: «Y la sorpresa de la noche fue el noviazgo del recalcitrante soltero del gabinete, el influyente John Callan, que se ha comprometido con la deliciosa Kyra Zelas, la joven que se pone una peluca obscura de día y una de platino por la noche. Algunos de nosotros la recuerdan como sobreseída en un juicio por asesinato».

Scott alzó la mirada.

—Conque Callan, ¿eh? ¡Nada menos que el Secretario del Tesoro! Por lo visto, cuando habló de poder, lo hizo muy en serio.

—Pero ¿se detendrá ahí? —rezongó Bach sobriamente—. Tengo el presentimiento de que no está haciendo más que empezar.

—En realidad, ¿hasta dónde puede llegar una mujer?

El anciano se quedó mirándolo.

—¿Una mujer? Pero esta es Kyra Zelas, Dan. No creas que ha llegado al límite. Volveremos a oír hablar de ella.

Bach tuvo razón. El nombre de la joven empezó a aparecer con creciente frecuencia, primero en acontecimientos sociales, luego con veladas referencias a intrigas e influjos secretos.

Así: «¿A quién llaman los chicos de la prensa el décimo miembro del gabinete?». O, posteriormente: «¿Por qué no secretaria de relaciones personales? Ella tiene los poderes; dadle el nombre». Y más tarde aún: «Hay que remontarse a Egipto para encontrar otro ejemplo de un país cuya hacienda estuviese gobernada por una mujer. Y Cleopatra arruinó ese país».

Scott sonrió amargamente para sí cuando vio que las alusiones se hacían cada vez más indirectas, como si la misma prensa empezara a volverse cautelosa. Eso era una señal del poder creciente de Kyra, porque en ninguna parte hay personas tan sensibles a tales tendencias como entre los corresponsales de Washington. La aparición de Kyra en la prensa se redujo cada vez más a asuntos puramente sociales y por lo general en relación con John Callan, el solterón Secretario del Tesoro.

Dormido o despierto, Scott nunca llegaba a olvidar del todo a la muchacha, porque había en ella algo místico, lo mismo si era una loca que una mujer de genio, un ser monstruoso o una supermujer. Lo que sí había olvidado era la delgada muchacha de borrosos rasgos y grasiento cabello negro que

conoció tendida en una estrecha cama de la salita de aislamiento y escupiendo sangre.

Ni Scott ni Bach se sorprendieron cuando al entrar un día en casa de este último para charlar un rato se encontraron a Kyra Zelas. Exteriormente había cambiado poquísimo. Scott la miró fascinado una vez más por su increíble cabellera y sus grandes e inocentes ojos de plata. Kyra sonrió cálidamente a Scott.

—Nos haces un gran honor —dijo éste fríamente—. ¿Cuál es el motivo de tu visita? ¿Andas corta de dinero?

—¿Dinero? Claro que no. ¿Cómo iba a faltarme dinero?

—Sí, no podía ser de otra manera mientras repusieras tus fondos de la manera que lo hiciste al marcharte.

—¡Ah, es eso! —dijo ella despectivamente. Abrió su bolso y sacó un verde mazo de billetes—. Te lo devolveré, Dan. ¿Cuánto era?

—¡Al cuerno el dinero! —estalló él—. Lo que me duele es la forma que tuviste de mentir. ¡Mirándome a los ojos tan inocente como una niña y mintiendo todo el tiempo!

—¿De verdad? —preguntó ella—. No te mentiré de nuevo, Dan. Lo prometo.

—No te creo —dijo él amargamente—. Da igual, dinos, explícanos a qué has venido.

—Quería veros. No he olvidado lo que te dije, Dan.

Al pronunciar estas palabras parecía más bella que nunca, extrañamente seductora.

—¿Y has renunciado —preguntó Bach de pronto— a tu idea del poder?

—¿Para qué necesitaría el poder? —replicó ella con aire de inocencia, clavando sus magníficos ojos en el anciano doctor.

—Pero dijiste… —empezó Scott con impaciencia.

—¿Lo dije? —Hubo una sombra de sonrisa en sus labios perfectos—. No quiero mentirte, Dan —prosiguió riéndose un poquito—. Si quiero poder, lo tengo al alcance de la mano… más poder del que pudieras imaginar.

—¿Por medio de John Callan? —preguntó él con voz ronca.

—Él me ofrece un camino simple —respondió Kyra impasiblemente—. Supón, por ejemplo, que dentro de unos días John se pronuncia públicamente y con toda dureza sobre las deudas de guerra. La administración no podría permitirse el lujo de reprenderle abiertamente y, si sus palabras fuesen lo bastante insultantes, cosa que os garantizo, crecería en Europa un fuerte sentimiento de

animosidad contra nosotros. Y si además ningún gobierno nacional pudiese pasar por alto tal declaración, a riesgo de perder su dignidad a los ojos del pueblo, provocaría respuestas airadas. Y vosotros sabéis tan bien como yo que al menos tres naciones no esperan otra cosa. ¿Comprendéis? —Frunció el ceño y a continuación murmuró—: ¡Qué estúpidos sois los dos! —Y luego, estirando su gloriosa figura y bostezando, añadió—: Me pregunto qué tal emperatriz seré. Perfecta, no lo dudo.

Scott estaba aterrado.

—Kyra, ¿quieres decir que vas a inducir a Callan a que dé un paso tan peligroso?

—¡Inducir! —repitió ella despectivamente—. Le obligaré.

—¿Quiere eso decir que lo vas a hacer?

—No he dicho tanto —repuso ella con una sonrisa. Bostezó de nuevo y tiró el cigarrillo que estaba fumando en la apagada chimenea—. Me quedaré aquí un día o dos —añadió alegremente—. Buenas noches.

Scott se quedó mirando al doctor Bach cuando ella desapareció.

—¡Maldita sea! —masculló, con los labios blancos—. Si yo creyese que está hablando en serio…

—Sería mejor que lo creyeras —dijo Bach.

—Conque emperatriz, ¿eh? ¿Emperatriz de qué?

—Del mundo, quizá. No puedes poner límites a la locura o al genio.

—¡Tenemos que detenerla!

—¿Cómo? No podemos mantenerla encerrada aquí. Si no le bastase con la fuerza para salir, tendría bastante con gritar desde una ventana pidiendo socorro.

—¡Podemos hacer que la declaren loca! —estalló Scott—. Podemos hacer que la encierren en un sitio del que no pueda salir y desde el cual no pueda pedir ayuda.

—Sí, podríamos hacerlo. Podríamos si lográsemos que la examinara la Comisión de Sanidad. Y una vez que estuviese ante ellos, ¿qué esperanzas podríamos tener?

—Está bien —dijo Scott ceñudamente—, está visto que hemos de encontrar su debilidad. Su adaptabilidad no puede ser infinita. Es inmune a las drogas e inmune a las heridas, pero no puede estar por encima de las leyes fundamentales de la biología. Lo que hemos de hacer es encontrar la ley que necesitamos.

—Pues ya puedes ir buscándola —dijo Bach sobriamente.

—Pero tenemos que hacer algo. Al menos podemos poner en guardia a la gente…

Se interrumpió, dándose cuenta de lo absurdo de la idea.

—¡Poner en guardia a la gente! —se burló Bach—. ¿Contra qué? Acabaríamos nosotros ante la Comisión de Sanidad. Callan nos despreciaría olímpicamente y Kyra soltaría su linda risita desdeñosa. Eso sería todo.

Scott se encogió de hombros en una actitud de impotencia.

—Me quedaré aquí esta noche —dijo—. Por lo menos podremos hablarle de nuevo mañana.

—Si todavía está aquí —replicó Bach irónicamente.

Pero estaba. Salió cuando Scott estaba leyendo los periódicos de la mañana en la biblioteca y se sentó silenciosamente frente a él, vestida con un negro pijama de seda que hacía resaltar su piel de alabastro y su increíble cabello. Él observó cómo la piel y el cabello se iban tornando ligeramente dorados a medida que el sol matinal iluminaba la habitación. En cierto modo lo llenaba de cólera el hecho de que pudiese ser tan bella y al mismo tiempo tan mortíferamente inhumana.

Scott fue el primero en hablar:

—Espero que no habrás cometido un nuevo crimen desde nuestro último encuentro —dijo con desprecio y crueldad. Ella permaneció del todo indiferente.

—¿Para qué habría de cometerlo? No ha sido necesario.

—Sabes muy bien, Kyra —dijo él con tono resuelto—, que habría que matarte.

—Pero no tú, Dan. Tú me quieres.

Él no dijo nada. El hecho era demasiado evidente para intentar negarlo.

—Dan —prosiguió Kyra— con sólo que tuvieses mi valor, no habría ninguna altura a la que no pudiésemos llegar juntos. Ninguna altura..., si tuvieses valor para intentarlo. Por eso he venido aquí, pero... —Se encogió de hombros—. Mañana vuelvo a Washington.

Más avanzado el día, Scott habló a solas con Bach.

—¡Se va mañana! —dijo tensamente—. Tenemos que actuar esta noche.

El anciano hizo un ademán de impotencia.

—¿Qué podemos hacer? ¿Se te ocurre alguna ley que limite la adaptabilidad?

—No, pero… —Se detuvo repentinamente—. ¡Cielos! —exclamó—. ¡Sí se me ocurre! ¡Ya la tengo!

—¿Qué?

—¡La ley! ¡Una ley biológica fundamental que debe ser la debilidad de Kyra!

—¿Cuál?

—Ésta: ningún organismo puede vivir en sus propios productos de desecho. Estos productos son veneno para cualquier ser vivo.

—Pero…

—Escuche, el anhídrido carbónico es un producto de desecho humano. Kyra no puede adaptarse a una atmósfera de anhídrido carbónico.

Bach se quedó mirándolo.

—¡Cielos! —exclamó—. Pero, aunque tengas razón, ¿cómo…?

—Espere un momento. Usted puede obtener un par de cilindros de anhídrido carbónico del hospital. ¿Se le ocurre algún procedimiento para introducir el gas en su alcoba?

—Bueno…, esta es una casa vieja. Hay un agujero desde su habitación a la habitación que estoy utilizando por donde

pasa la conexión del radiador. No es estrecho; podríamos meter un tubo de goma.

—¡Espléndido!

—Pero las ventanas… Ella tendrá las ventanas abiertas.

—No se preocupe por eso —dijo Scott—. Cuide tan sólo de que estén bien engrasadas para que puedan cerrarse fácilmente.

—Pero, aun suponiendo que dé resultado, ¿qué objeto tendría esto, Dan? Porque no te propondrás matarla, ¿verdad?

—No podría —susurró—. Pero una vez esté indefensa, que haya perdido las fuerzas, si las pierde, usted realizará esa operación en la glándula pineal que sugirió en otros tiempos. ¡Y que Dios me perdone!

Aquel anochecer, Scott sufrió las torturas de los condenados. Kyra estuvo, por decirlo así, más deliciosa que nunca, y por primera vez pareció esforzarse en resultar encantadora. Su conversación fue literalmente brillante, chispeaba, y Scott se encontraba tan fascinado que el pensamiento de la traición que estaba planeando le dolía de un modo desgarrador. Parecía casi una blasfemia ejercer violencia contra una persona cuyo aspecto exterior era tan puro, tan inocente, tan seráfico.

«Pero ella no es completamente humana», se decía a sí mismo. «No es un ángel, sino una diablesa, un… ¿cómo lo llamaban?… ¡un súcubo!».

A pesar suyo, cuando por fin Kyra bostezó sin disimulo y se dispuso a retirarse, él le rogó que se quedase unos momentos más.

—Es temprano —dijo el joven—, y mañana te vas.

—Volveré, Dan. Esto no significa el final para nosotros.

—Espero que no —masculló él lastimeramente, viendo cómo se cerraba la puerta de la habitación de la muchacha.

Se quedó mirando a Bach. El anciano, después de unos momentos de silencio, murmuró:

—Lo más probable es que se quede dormida casi inmediatamente. También eso es una cuestión de adaptabilidad.

En tenso silencio, vigilaban la delgada línea de luz que se filtraba por debajo de la puerta. Scott se sobresaltó violentamente cuando, después de un breve intervalo, la sombra de la muchacha cruzó aquella luz y ésta desapareció con un débil chasquido.

—Ahora —dijo ceñudamente—. Acabemos de una vez.

Siguió a Bach a la habitación contigua, Allí, fríos y metálicos, se alzaban los grises cilindros de gas. Vio cómo el anciano añadía un alargador, lo llevaba hasta el agujero de la cañería del vapor, y empezaba a taponar el espacio restante con algodón humedecido.

Scott volvió a la tarea que le incumbía. Sin hacer ruido, entró en la biblioteca. Con las mayores precauciones probó la puerta de la habitación de Kyra; como él había supuesto, no estaba cerrada con llave ni cerrojo, puesto que la muchacha confiaba hasta el máximo en su propia invulnerabilidad.

Durante algunos momentos estuvo mirando la masa de radiantes cabellos plateados extendidos sobre la almohada; luego, con mucho cuidado, colocó una velita en la silla que había junto a la ventana, de forma que estuviese aproximadamente al nivel de la cama, le prendió fuego con su encendedor, retiró la llave de la puerta y se marchó.

Cerró la puerta por fuera y calafateó la rendija de abajo con algodón. No es que el recinto quedara herméticamente cerrado, pero eso importaba poco, pensó, porque tenía que haber un sitio que permitiese el escape de la atmósfera reemplazada.

Volvió a la habitación de Bach.

—Espere que yo trabaje durante unos minutos —susurró—. Luego deje salir el gas.

Trepó a una de las ventanas. Por fuera había una cornisa de piedra de unos seis centímetros, y se sostuvo sobre aquel precario apoyo. Podrían verlo desde la calle, aunque no era fácil, porque estaba en un pasaje entre la casa de Bach y la de su vecino. Oró fervientemente pidiendo no llamar la atención.

Se deslizó a lo largo de la cornisa. Las dos ventanas de la habitación de Kyra eran anchas, pero Bach había realizado bien su trabajo. Se cerraron sin el menor chirrido y él se apoyó sobre el cristal para observar.

Dentro de la habitación brillaba la llama débil y firme de la velita. Muy cerca de él, a la distancia de un brazo, estaba tendida Kyra, completamente visible en aquella penumbra. Estaba acostada de espaldas, con un brazo caído sobre sus increíbles cabellos y sólo tenía echada sobre el cuerpo una sábana. Podía verla respirar, tranquila, apacible y serena.

Pareció que transcurría mucho tiempo. Se imaginó finalmente que podía oír el suave siseo del gas procedente de la habitación de Bach, pero comprendió que aquello debía de ser una fantasía. Veía cómo en la alcoba que estaba vigilando no se mostraba ninguna señal insólita; la gloriosa Kyra dormía con la desenvoltura con que hacía todo lo demás: fácil, tranquila y confiada.

Luego hubo una señal. La llama de la velita, que había ardido con firmeza en aquel aire sin corrientes, parpadeó de pronto. Él comprobó que el color de la llama estaba cambiando. Otra vez parpadeó, centelleó un momento y al fin se extinguió. Una chispa roja resplandeció en el pábilo un brevísimo instante y luego desapareció.

La llama de la vela se había extinguido. Eso significaba una concentración de ocho o diez por ciento de anhídrido carbónico, un porcentaje demasiado alto para que lo soporte la vida ordinaria. Pero Kyra estaba viviendo. Excepto que su tranquila respiración parecía haberse profundizado, no manifestaba la menor señal de molestia. Se había adaptado a la cantidad cada vez más reducida de oxígeno.

Pero tenía que haber límites para sus poderes. Él entornó los ojos para atisbar mejor en la penumbra. Sí, era seguro que la respiración de la muchacha se estaba acelerando. Ya era indudable; el pecho se alzaba y hundía en jadeos convulsivos, y en la turbada mente del científico algo le hizo recordar el fenómeno. —Respiración Cheyne-Stokes— masculló.

En cuestión de pocos momentos, la violencia de aquel esfuerzo la despertaría.

Efectivamente así fue. De pronto los plateados ojos empezaron a abrirse. Se llevó una mano a la boca y otra a la garganta. Dándose cuenta enseguida de la presencia de un

peligro, se levantó y sus desnudas piernas relumbraron al arrojarse fuera del lecho. Pero debía de estar ofuscada, porque lo primero que hizo fue dirigirse a la puerta. Él vio el titubeo que había en los movimientos de la muchacha. Giró el picaporte, lo movió frenéticamente y luego se dirigió a la ventana. Dan pudo ver cómo se tambaleaba al andar en aquel aire viciado, pero ella llegó. Su cara estaba cerca de la de él, pero Dan no creía que lo viese, porque tenía los ojos desorbitados y asustados, y su boca y su garganta se esforzaban violentamente para poder respirar. La muchacha alzó una mano para romper el cristal; llegó a asestar el golpe, pero débilmente, y la ventana resistió.

Lo intentó de nuevo. Por un momento se mantuvo erguida, tambaleándose lentamente, luego sus magníficos ojos se enturbiaron y se cerraron, cayó de rodillas y por último se derrumbó fláccida sobre el suelo.

Scott aguardó un momento largo y torturador, luego empujó la ventana. La bocanada de aire inerte le produjo un mareo en su peligroso apoyo, y se aferró al quicio. Luego una lenta brisa se movió entre las casas y la cabeza se le aclaró.

Entró audazmente en la habitación. Aquello era asfixiante, pero cerca de la ventana abierta podía respirar. Dio tres patadas contra la Pared de la habitación de Bach.

El siseo del gas cesó. Levantó el cuerpo de Kyra entre sus brazos, oyó girar la llave y se precipitó a la biblioteca.

Bach miró fascinado los puros rasgos de la muchacha.

—Una diosa vencida —dijo—. Hay algo pecaminoso en lo que hemos hecho.

—¡Dese prisa! —gritó Scott—. Está inconsciente, pero no anestesiada. Dios sabe la rapidez con que podrá reajustarse.

Pero todavía no se había recobrado cuando Scott la depositó sobre la mesa de operaciones en el consultorio de Bach y ató las correas sobre los brazos, el cuerpo y las esbeltas piernas desnudas. Miró aquel rostro tranquilo y pálido, aquel cabello brillante, y sintió que el corazón se le inundaba de pena al verlos obscurecerse débil y hermosamente bajo la brillantez de los focos, rica en rayos actínicos.

—Tenías razón —le susurró a la muchacha, incapaz de oír—. Si yo hubiese tenido tu valor, no hay nada que no hubiéramos podido lograr juntos.

Bach habló bruscamente:

—¿Vía nasal? —preguntó—. ¿O debo trepanar?

—Nasal.

—Pero me gustaría aprovechar la oportunidad de observar la glándula pineal. Este caso es único, y…

—¡Nasal! —barboteó Scott—. ¡No quiero que tenga cicatrices!

Bach suspiró y empezó, Scott, a pesar de su mucha experiencia en el hospital, se sentía incapaz de presenciar la operación; le pasaba al anciano los instrumentos que iba necesitando, pero mantenía desviados los ojos para no ver el rostro de la muchacha.

—Bueno —dijo Bach por fin—, ya está.

Por primera vez se concedió un momento de descanso para admirar los rasgos de Kyra.

Hubo de retroceder violentamente. Había desaparecido el exquisito cabello color platino y había sido reemplazado por los rizos obscuros, hirsutos y grasientos de la muchacha que habían tenido en el hospital. Le abrió los ojos: ya no eran plateados, sino de un desvaído azul. ¿Qué quedaba de toda su belleza? Un rastro quizás; un rastro en la pureza seráfica de su pálido rostro y en el moldeado de sus rasgos. Pero una llama había muerto; ya no era una diosa, sino una mujer mortal, un ser humano. La supermujer se había convertido en una simple muchacha que sufría.

Casi estuvo a punto de lanzar una exclamación cuando la voz de Scott lo detuvo.

—¡Qué bella es! —susurró el joven.

Bach se quedó mirándolo. Se dio cuenta de pronto de que Scott no la estaba viendo tal como era, sino como ella había sido. A sus ojos, influidos por el amor, ella seguía siendo Kyra la magnífica.

LAS GAFAS DE PIGMALIÓN

—¿Qué es la realidad? —preguntó el hombre con aspecto de gnomo con el que compartía el banco. Hizo un ademán hacia los altos bloques de edificios que rodeaban el Central Park, con sus incontables ventanas que relucían como las fogatas de un poblado prehistórico—. Todo es sueño, todo es ilusión; yo soy la visión de usted como usted es la visión mía.

Dan Burke, luchando por aclarar sus ideas entre los vapores de licor, miraba sin comprender la diminuta figura de su compañero. Empezó a lamentar el impulso que le había inducido a abandonar la reunión para buscar aire puro en el parque y que le había llevado a tropezar por casualidad con aquel viejo loco. Sin embargo, no pudo evitarlo; había demasiada gente en la reunión y ni siquiera la presencia de Claire con su esbelta figura pudo retenerlo. Sentía un

ardiente deseo de volver a casa, no a su hotel, sino a su casa en Chicago y a la relativa paz de la Cámara de Comercio. De cualquier modo se marchaba al día siguiente.

—Usted bebe —prosiguió el barbado elfo— para hacer real un sueño, ¿no es así? O, tal vez, para soñar que ya es suyo aquello que perseguía, o para creer que ha destruido todo cuanto aborrecía. Bebe para escapar de la realidad, y lo irónico del caso es que la misma realidad es un sueño.

«¡Chiflado!», pensó de nuevo Dan.

—O, por lo menos —concluyó el otro—, eso asegura el filósofo Berkeley.

—¿Berkeley? —repitió Dan. La cabeza se le iba aclarando y acudían a su mente recuerdos de un curso de filosofía elemental que había seguido en la universidad—. El obispo Berkeley, ¿no?

—¿Lo conoce usted? El filósofo del idealismo, claro. El que arguye que nosotros no vemos, palpamos, oímos y gustamos el objeto, sino que sólo tenemos la sensación de ver, palpar, oír, gustar.

—Creo… creo recordar algo de eso.

—Perfectamente. Pero las sensaciones son fenómenos mentales. Existen en nuestras mentes. ¿Cómo sabemos, pues, que los objetos en sí no existen sólo en nuestras

mentes? —De nuevo apuntó hacia los edificios iluminados—. Usted no ve ese muro de albañilería; usted percibe solamente una sensación, un sentimiento de estar viendo. Lo demás lo interpreta usted.

—Usted ve lo mismo —objetó Dan.

—¿Cómo puede afirmarlo? Y aún más, se lo concedo; pero ¿cómo sabe que yo soy algo más que un sueño suyo?

Dan se echó a reír.

—Desde luego nadie sabe nada. Todo cuanto conocemos penetra en nosotros a través de los cinco sentidos. Uno hace después sus conjeturas y si se equivoca, paga su error. —Ahora su mente estaba clara, excepto un ligero dolor de cabeza—. Escuche —dijo de pronto—, usted puede argüir que una realidad es una ilusión; eso es fácil. Pero si su amigo Berkeley tiene razón, ¿por qué no puede usted hacer real un sueño? Si funciona en un sentido, también debe funcionar en el otro.

La barba se meneó rápidamente; los brillantes ojos de elfo lo miraron de un modo extraño.

—Todos los artistas lo hacen —dijo el viejecito con voz suave. Dan sintió que había algo más que era muy difícil de expresar.

—Eso es una evasiva —gruñó—. Todo el mundo puede apreciar la diferencia entre un cuadro y la realidad, o entre una película y la vida.

—Pero —susurró el otro— lo más real será lo mejor, ¿no? Y si alguien pudiera hacer una… una película… muy, muy real, ¿qué diría usted entonces?

—Nadie puede hacer eso.

Los ojos del viejo resplandecieron de nuevo extrañamente.

—¡Yo puedo! —susurró—. ¡Yo lo hice!

—¿Hizo qué?

—Hice real un sueño. —La voz se tornó irritada—. ¡Estúpidos! Lo traje para ofrecérselo a Westman, la gente del cine, y, ¿qué dijeron? «No es negocio. Se necesitan aparatos individuales. No es rentable». ¡Hatajo de estúpidos!

—¿Eh?

—Escuche, soy Albert Ludwig, el profesor Ludwig. —Como Dan permaneciera silencioso, prosiguió—: Mi nombre no le dice nada, ¿verdad? Pero escuche: ¿Qué nos proporciona ahora el cine? Visión plana y sonido, ¿no es así? Suponga que yo añado gusto, olor, incluso tacto. Suponga que lo hago de forma que el espectador interviene en el relato, habla a las sombras y las sombras le responden, y que el relato, en lugar

de desarrollarse en una pantalla, se refiere por completo a quien participa en él. ¿No sería eso hacer real un sueño?

—¿Cómo diablos podría usted conseguirlo?

—¿Cómo? Pues muy simplemente. Primero mi líquido positivo, luego mis gafas mágicas. Fotografío el relato en un líquido con elementos cromáticos sensibles a la luz. Elaboro una solución compleja, ¿comprende usted? Añado el gusto químicamente y el sonido electrónicamente. Y cuando el relato está registrado vierto la solución en las gafas: mi proyector cinematográfico. Electrolizo la solución, el relato, la vista, el sonido, el olor, el gusto, todo.

—¿Y el tacto?

—Si es eso lo que le interesa, su propia mente se encargará de proporcionárselo. —Su voz estaba cargada de ansiedad—. ¿Quiere hacer una prueba, señor…?

—Burke —dijo Dan. «Un estafador», pensó. Luego una chispa de temeridad prendió en los evanescentes vapores del alcohol—. ¿Por qué no? —gruñó.

Se puso en pie; Ludwig, que había hecho lo mismo, le llegaba escasamente a los hombros. «Un curioso viejecillo con aspecto de gnomo», pensó Dan mientras lo seguía por el parque.

Entraron en uno de los numerosos edificios de apartamentos que había en la vecindad. Una vez en su habitación, Ludwig rebuscó en una maleta y sacó un artilugio que recordaba vagamente una máscara antigás. Iba provisto de oculares y la embocadura, de caucho, estaba regulada por una válvula. Dan lo examinó con curiosidad mientras el bajito y barbudo profesor blandía una botella de líquido incoloro.

—¡Aquí está! —exclamó jubiloso—. Mi líquido positivo, el argumento. Una fotografía dura, infernalmente dura, por tanto el argumento más simple. Una utopía: sólo dos personajes y usted, el público. Ahora póngase las gafas. Póngaselas y dígame si los Westman no son unos estúpidos. —Derramó algo del líquido en la máscara y unió un retorcido alambre a un aparato que descansaba sobre la mesa—. Un rectificador —explicó—. Para la electrólisis.

—¿Hay que usar todo el líquido? —preguntó Dan—. Si utiliza usted sólo una parte, ¿veré únicamente una parte del relato? ¿Cuál?

—Cada gota lo contiene todo, pero hay que colmar las gafas. —Luego, mientras Dan se colocaba ávidamente el dispositivo, añadió—: ¡Eso es! ¿Qué ve usted ahora?

—Nada especial. Sólo las ventanas y las luces del otro lado de la calle.

—Naturalmente. Pero ahora voy a hacer funcionar la electrólisis. ¡Ya está!

Hubo un momento de caos. El líquido adquirió un tinte blanquecino y los oídos de Dan se llenaron de zumbidos informes. Aturdido y algo inquieto, Dan intentó zafarse de aquel artilugio que le oprimía la cabeza, pero unas siluetas que emergían de la niebla captaron su interés.

La escena se precipitó. De un modo increíble, aferrado a los brazos de una imaginaria butaca, estaba contemplando un bosque. Pero ¡que bosque! ¡Increíble, extraterrestre, hermosísimo! Pulidos troncos ascendían hacia un cielo brillante, extraños árboles que sugerían eras perdidas en la noche de los tiempos. A una altura que se antojaba infinita, ondeaban frondosas copas de un verdor moteado de castaño. Singulares y encantadores gorjeos, tenues silbidos que parecían arrancados de un cuento de hadas, vibraban en el aire; pájaros, sin duda, aunque ninguna criatura era visible.

Dan permanecía inmóvil, sumido en un trance inefable. Se dejaba acariciar por la dulce melodía que crecía en una sucesión de tañidos cristalinos y suaves acordes de una música soñada. Por unos instantes, olvidó la sórdida habitación, al viejo Ludwig, su dolorida cabeza. «¡El edén!», murmuró para sí, y le repuso la música poderosa entonada por gargantas invisibles.

Al cabo, recobró cierto grado de razón. «Ilusión», se dijo a sí mismo. «Inteligentes dispositivos ópticos, no realidad». Tanteó en busca del brazo de la butaca, lo encontró y se aferró a él. Frotó los pies y encontró una nueva contradicción. A sus ojos, el suelo era un verdor musgoso; a su tacto, se trataba meramente de una gruesa alfombra de hotel.

La delicada música cautivó de nuevo su atención. Un ligero perfume, de una exquisita finura, soplaba hacia él. Alzó la mirada y contempló cómo en el árbol más próximo se abría una gran diadema carmesí y cómo un diminuto sol rojizo aparecía en el retazo de cielo que alcanzaba a ver. La encantadora orquesta parecía incrementar la luz y las notas le comunicaban un estremecimiento de alegría. ¿Ilusión? Si era así, la realidad resultaría casi insoportable. Necesitaba creer que en algún lugar, en algún punto más acá de los sueños, existía realmente esta región de la delicia. ¿Una avanzadilla del paraíso? Tal vez.

Y luego, mucho más allá de la tenue bruma, percibió un centelleo de plata, un movimiento que no era el temblor del follaje. Algo se acercaba. Vio cómo la figura se movía, ora visible, ora oculta por los árboles. Muy pronto distinguió que era una figura humana y ya estaba casi encima de él cuando comprendió que se trataba de una muchacha.

Vestía un traje plateado, casi transparente, luminoso como rayos de estrellas. Una delgada cinta de plata ceñía sus

negros cabellos. Sus blancos piececitos andaban descalzos sobre el musgoso suelo del bosque. Apenas un paso les separaba y ella estaba allí, mirándolo con obscuros ojos. La tenue música vibró de nuevo; la muchacha sonrió.

Dan trató de ordenar sus alocados pensamientos. ¿También este ser no era más que ilusión? ¿No tenía más realidad que la belleza del bosque? Abrió los labios para hablar cuando una voz urgente y excitada sonó en sus oídos:

—¿Quién es usted?

¿Era él quién había hablado? La voz llegaba como si viniese de otro, como el sonido de las palabras que uno pronuncia en el delirio de la fiebre.

La muchacha sonrió de nuevo.

—Inglés —dijo con un tono suave—. Sé hablar un poco de inglés. —Pronunciaba lenta, cuidadosamente—. Lo aprendí del… —vaciló— del padre de mi madre, a quien llaman el Tejedor Gris.

Una vez más resonó una voz extraña en los oídos de Dan.

—¿Quién es usted?

—Me llaman Galatea —dijo ella—. He venido a buscarte.

—¿A buscarme? —repitió la voz que Dan apenas reconocía como suya.

—Leucon, a quien llaman el Tejedor Gris, me anunció tu llegada —explicó ella, sonriendo—. Dijo que permanecerás con nosotros hasta el segundo mediodía a partir de éste. —Lanzó una rápida mirada de soslayo al pálido sol que ahora caía a plomo sobre el claro, luego la muchacha se acercó más—. ¿Cómo te llaman?

—Dan —masculló él.

—¡Qué nombre tan raro! —dijo la muchacha—. Ven —sonrió, tendiéndole una mano.

Dan la tomó entre las suyas y sintió, sin ninguna sorpresa, el vivo calor de aquellos dedos femeninos. Había olvidado las paradojas de la ilusión; se sentía inmerso en la pura y simple realidad. Empezó a seguir a la muchacha por el sombreado césped. Bajó la mirada y notó que él mismo llevaba puesto un vestido de plata y que tenía los pies desnudos. Sintió una alada brisa en su cuerpo y la humedad de la hierba bajo sus pies.

—Galatea —dijo su voz—. Galatea, ¿qué sitio es éste? ¿Qué idioma hablas?

Ella le devolvió la mirada echándose a reír.

—Bueno, esto es Paracosma, naturalmente, y este es nuestro idioma.

—Paracosma —murmuró Dan—. ¡Paracosma!

Un lejano recuerdo del griego que había estudiado años antes acudió a su mente. ¡Paracosma! ¡El país más allá del mundo! Galatea le lanzó una risueña mirada. Inquirió:

—¿Te parece extraño este mundo real después de aquel país tuyo de sombras?

—¿País de sombras? —repitió Dan, desconcertado—. ¡Aquí es donde hay sombras, no en mi mundo!

La sonrisa de la muchacha se hizo burlona.

—¡Uf! —replicó con un mohín descarado y delicioso—. Supongo, entonces, que soy yo el fantasma en lugar de serlo tú, ¿no? —Se echó a reír—. ¿Tengo acaso aspecto de fantasma?

Dan no contestó; estaba quebrándose la cabeza con preguntas insolubles mientras caminaba detrás de la esbelta figura de su guía. El sendero se iba ensanchando y el bosque clareaba. Llevaban quizá recorridos un par de kilómetros, cuando un sonido de agua cantarina apagó la otra música. Desembocaron a la orilla de un riachuelo, rápido y cristalino, que nacía en una centelleante laguna. Galatea se arrodilló,

juntó las manos y se llevó unos buches de agua a los labios. Dan siguió su ejemplo; el agua estaba muy fría.

—¿Cómo vamos a cruzar? —preguntó él.

—Puedes vadear por allí —le respondió la dríada que lo guiaba, señalándole un paso poco profundo—, pero yo siempre cruzo por aquí.

Se zambulló en la corriente como una flecha de plata. Dan la siguió. Un par de brazadas le bastaron para alcanzar la orilla opuesta donde Galatea había emergido ya con un resplandor de morenos miembros desnudos. El vestido mojado se adhería a su cuerpo con la fuerza de una envoltura metálica; Dan sintió que se le cortaba la respiración al verla. Y luego, milagrosamente, el plateado vestido secó y la pareja siguió moviéndose vivamente.

El increíble bosque había acabado con el río. Caminaban por un prado cubierto de muchas florecillas de distintos matices y en forma de estrellas cuyas frondas resultaban bajo los pies tan blandas como un césped bien cuidado. Sin embargo aún los seguían los débiles piulidos ora ruidosos, ora dulces, en una tenue red melódica.

—¿Galatea —preguntó Dan de pronto—, de dónde viene esta música?

Ella volvió la cabeza, asombrada.

—¡Qué tonto eres! —se rió—. De las flores, naturalmente. ¡Mira!

Arrancó una estrellita púrpura y la acercó al oído de su compañero. Era verdad: una melodía débil y quejumbrosa brotaba de la flor. La muchacha le golpeó con ella la sorprendida cara y echó a correr.

Frente a ellos se perfiló un bosquecillo. Rebosaba de plantas cargadas de flores y frutos de colores iridiscentes. Lo atravesaba un diminuto arroyuelo. Allí estaba la meta de su viaje: un edificio de piedra blanca como el mármol, de un solo piso, cubierto de enredaderas y con anchas ventanas sin cristales. Caminaron por una senda de brillantes guijarros hasta la entrada en arco y allí, en un complicado banco de piedra, hallaron sentado a un hombre de patriarcal barba blanca. Galatea se dirigió a él en un extraño lenguaje que le recordó a Dan la melodía de las flores; luego se volvió a Dan.

—Este es Leucon —señaló.

El anciano se levantó de su asiento y habló en inglés:

—Galatea y yo nos sentimos felices de darle la bienvenida. Los visitantes son aquí un extraño placer y los procedentes de su país de las sombras son los más raros.

Dan profirió turbadas palabras de agradecimiento. El anciano le respondió con una leve inclinación de cabeza y volvió a sentarse en el banco, Galatea desapareció en el

interior de la casa y Dan, tras un momento de indecisión, se sentó junto al anciano. Una vez más sus pensamientos se arremolinaban en una turbulenta perplejidad. ¿Se trataba de verdad de una ilusión? ¿Seguía sentado en la prosaica habitación del hotel, mirando a través de unas gafas mágicas que pintaban en torno de él este mundo o, por algún milagro, había sido transportado y estaba realmente sentado en aquel reino de hermosura? Palpó el banco y sus dedos comprobaron la dureza y frialdad de la piedra.

—Leucon —preguntó—, ¿cómo sabía que yo iba a venir?

—Me lo dijeron —respondió.

—¿Quién se lo dijo?

—Nadie.

—¡Pero alguien tiene que habérselo dicho!

El Tejedor Gris sacudió su solemne cabeza.

—Simplemente me lo dijeron.

Dan dejó de preguntar, contentándose por el momento con admirar la belleza que reinaba a su alrededor. Poco después Galatea volvió; venía con un cuenco de cristal rebosante de extrañas frutas: rojas, púrpuras, anaranjadas y amarillas, en forma de peras, en forma de huevos, en forma de arracimados esferoides, fantásticas, extraterrestres. Dan

eligió un ovoide pálido y transparente, lo mordió y, para diversión de la muchacha, quedó inundado por un diluvio de dulce líquido. Ella se echó a reír y eligió una fruta parecida; tras morder una diminuta protuberancia que tenía en uno de los extremos, sorbió el contenido. Dan eligió otra fruta diferente, purpúrea y agria como uvas del Rin, y luego otra, llena de semillas comestibles parecidas a almendras. Galatea reía divertida al ver su sorpresa, e incluso Leucon bosquejó una gris sonrisa. Finalmente Dan arrojó la última cáscara en el arroyuelo que tenía al lado, donde bailoteó alegremente hacia el río.

—Galatea —dijo—, ¿has ido alguna vez a una ciudad? ¿Qué ciudades hay en Paracosma?

—¿Ciudades? ¿Qué son ciudades?

—Sitios donde mucha gente vive reunida.

—Oh —dijo la muchacha, frunciendo el ceño—, no. No hay ciudades aquí.

—Entonces, ¿dónde está la gente de Paracosma? Debéis de tener vecinos.

La muchacha le miró perpleja.

—Un hombre y una mujer viven hacia allá —dijo, señalando con un vago ademán a una distante cadena de

colinas en el horizonte—. Muy lejos de aquí. Fui allí una vez, pero Leucon y yo preferimos el valle.

—¡Pero, Galatea! —protestó Dan—. ¿Quieres decir que Leucon y tú estáis solos en este valle? ¿Dónde…, qué les ocurrió a vuestros padres…, a tu padre y a tu madre?

—Se fueron. Por esa dirección, hacia la salida del sol. Volverán algún día.

—¿Y si no vuelven?

—¡Qué tontería! ¿Qué podría impedírselo?

—Animales feroces —repuso Dan—. Insectos venenosos, enfermedades, inundaciones, forajidos, muerte.

—Nunca he oído tales palabras —dijo Galatea—. Aquí no hay nada de eso. —Resopló desdeñosamente—. ¡Forajidos!

—¿Que no hay… que no hay muerte?

—¿Qué es muerte?

—Es… —Dan se detuvo sin saber qué decir—. Es como quedarse dormido y no despertar nunca. Es lo que le pasa a todo el mundo al final de su vida.

—Es la primera vez que oigo hablar de una cosa así —dijo la muchacha resueltamente—. ¡Eso no existe!

—¿Qué pasa entonces —inquirió Dan desesperadamente— cuando uno se hace viejo?

—¡No pasa nada, tonto! Nadie se hace viejo a menos que lo desee, como Leucon. Una persona crece hasta la edad que más le gusta y luego se detiene. Es una ley.

Dan procuró concentrar sus desordenados pensamientos. Se quedó mirando los obscuros y lindos ojos de Galatea.

—¿Te has parado tú ya?

La muchacha bajó la vista; él se asombró al ver un profundo rubor de embarazo extenderse por sus mejillas. Galatea miró a Leucon, quien asintió pensativamente con la cabeza, luego volvió a mirar a Dan.

—Todavía no —dijo.

—¿Y cuándo te detendrás, Galatea?

—Cuando tenga el único hijo que me está permitido. Mira… —bajó la mirada hasta los deditos de sus pies—, una no puede… tener hijos… después.

—¿Permitido? ¿Permitido por quién?

—Por una ley.

—¡Ley, ley! ¿Es que aquí todo está gobernado por leyes? ¿No existen el azar, los accidentes?

—¿Qué es el azar? ¿Qué son los accidentes?

—Cosas inesperadas… cosas imprevistas.

—No hay nada imprevisto —dijo Galatea, todavía extrañada. Repitió lentamente—: No hay nada imprevisto.

Dan pareció advertir un tono melancólico en la voz de la muchacha.

Leucon alzó la mirada.

—Basta ya de esto —interrumpió bruscamente. Se volvió hacia Dan—. Conozco esas palabras vuestras: azar, enfermedad, muerte. No son para Paracosma. Resérvalas para tu país irreal.

—¿Dónde las oyó usted, entonces?

—Se las oí a la madre de Galatea —contestó el Tejedor Gris—, quien las conservaba de tu predecesor, un fantasma que nos visitó antes de nacer Galatea.

Dan tuvo una visión del rostro de Ludwig.

—¿Qué aspecto tenía?

—Muy parecido al tuyo.

—Pero ¿cómo se llamaba?

El rostro del anciano se ensombreció de pronto.

—No hablemos de él —dijo, y se puso en pie y entró en la morada envuelto en un frío silencio.

—Se va a tejer —explicó Galatea al cabo de un momento. Su linda y expresiva cara aún aparecía turbada.

—¿Qué es lo que teje?

—Esto. —Ella tocó la plateada tela de su propia túnica—. Lo teje con hilos de metal en una máquina muy curiosa. No sé el método.

—Pero ¿quién hizo la máquina?

—Estaba aquí.

—¡Pero…, Galatea! ¿Quién construyó la casa? ¿Quién plantó estos árboles frutales?

—Estaban aquí. La casa y los árboles estuvieron siempre aquí. —Alzó la mirada—. Ya te dije que todo había sido previsto desde el comienzo hasta la eternidad, todo. La casa, los árboles y la máquina estaban dispuestos para Leucon, para mis padres y para mí. Aquí hay un sitio para mi hijo, que será una niña, y un sitio para el hijo de ella, y así sucesivamente.

Dan se quedó pensando un momento.

—¿Naciste aquí?

—No lo sé.

Él notó, con repentina preocupación, que las lágrimas pugnaban por salir de los ojos de Galatea.

—¡Galatea, querida! ¿Por qué te sientes desgraciada? ¿Qué ocurre?

—¿Cómo? ¡Nada! —Sacudió sus negros rizos y le sonrió de pronto—. ¿Qué podría ocurrir? ¿Quién podría ser desgraciado en Paracosma? —Se irguió y le tomó de la mano—. ¡Ven! Recojamos frutas para mañana.

Se alejó en un torbellino de centelleante plata y Dan la siguió hasta dar la vuelta a un ala del edificio. Grácil como una bailarina, Galatea se alzó hasta alcanzar una rama que tenía sobre la cabeza, la asió risueñamente y le arrojó a él un gran globo dorado. Le cargó los brazos con las brillantes frutas y le envió de nuevo al banco; cuando él regresó, la muchacha siguió recogiendo tanta fruta, que un diluvio de abigarradas esferas se amontonaba alrededor del hombre. Galatea se echó a reír de nuevo y, con delicados puntapiés, enviaba las frutas al arroyuelo, mientras Dan la miraba con dolorosa melancolía. Luego, súbitamente, ella se quedó mirándolo; durante un largo y tenso instante permanecieron inmóviles, los ojos clavados en los ojos, hasta que ella se alejó, caminando lentamente hacia el portal de la casa. Dan

la siguió con su carga de fruta, sumida una vez más su mente en un torbellino de duda y perplejidad.

El pequeño sol se ocultaba tras los árboles de aquel bosque colosal que había a poniente y un frescor se insinuaba entre largas sombras. El arroyuelo tomaba una tonalidad purpúrea en el ocaso, pero sus alegres notas seguían mezclándose con la música de las flores. Cuando por fin el sol se apagó y los dedos de sombra obscurecieron el prado las flores se quedaron calladas y el arroyuelo borboteó solitario en un mundo de silencio. En silencio también, Dan cruzó la puerta.

Entró en una estancia espaciosa, recubierta de grandes losas blancas y negras; exquisitos bancos de mármol esculpido se repartían aquí y allá. El viejo Leucon, en un apartado rincón, se inclinaba sobre un intrincado y reluciente mecanismo. Cuando Dan entró, daba por terminada una brillante pieza de tela plateada; la dobló y la colocó cuidadosamente a un lado. Dan no pudo por menos que advertir un curioso fenómeno: a pesar de que las ventanas estaban abiertas a las tinieblas, ningún insecto nocturno rondaba los globos que alumbraban a intervalos desde hornacinas excavadas en las paredes.

Galatea permanecía en pie junto a una puerta que él tenía a su izquierda. La muchacha se apoyaba cansinamente en el marco. Él colocó el frutero sobre un banco que había a la entrada y caminó hacia la joven.

—Esta es tu habitación —dijo ella, indicando el cuarto que había más al fondo.

Dan miró una agradable habitacioncita; un ventanal enmarcaba un cuadrado lleno de estrellas y un delgado, rápido y casi silencioso chorro de agua brotaba de la boca de una cabeza humana esculpida en la pared de la izquierda que se curvaba hasta formar una piscina de unos dos metros de profundidad hundida en el suelo. Otro de aquellos graciosos bancos cubierto de tela plateada completaba el mobiliario; una única esfera brillante, colgada del techo por una cadena, iluminaba la habitación. Dan se volvió hacia la muchacha, en cuyos ojos advirtió aún una profunda gravedad.

—Esto es ideal —comentó Dan—, pero, Galatea, ¿cómo voy a apagar la luz?

—¿Apagarla? —dijo ella—. Tienes que taparla: ¡así!

Una débil sonrisa flotó de nuevo en sus labios cuando dejó caer una pantalla de metal sobre la brillante esfera. Permanecieron tensos en la obscuridad; Dan percibía dolorosamente la proximidad de la muchacha, y luego la luz brilló una vez más. La muchacha se movió hacia la puerta, allí se detuvo y le alargó una mano.

—Querida sombra —dijo suavemente—, espero que tus sueños sean música.

Se había ido.

Dan permaneció indeciso en su habitación; lanzó una mirada a la gran sala donde Leucon seguía inclinado sobre su trabajo; el Tejedor Gris levantó una mano en solemne saludo, pero no dijo nada. Dan no sintió ningún deseo de la silenciosa compañía del anciano y se metió en su habitación para disponerse a dormir.

Casi instantáneamente, al parecer, había amanecido y el extraño y rojizo sol enviaba sus rayos al interior de la habitación. Suaves gorjeos vibraban en el aire. Se levantó tan penetrado de la realidad de su entorno como si no hubiese dormido en absoluto. La piscina lo tentó y se bañó en un agua fresquísima. Luego salió a la sala central, notando con curiosidad que los globos aún seguían brillando en pálida rivalidad con la luz del día. Tocó casualmente uno de ellos; a sus dedos estaba tan frío como el metal. Lo descolgó en seguida de su varilla. Por un momento pudo tener entre las manos aquella cosa fría y resplandeciente. Volvió a colocarlo en la varilla y salió al alba.

Galatea estaba danzando en el sendero, comiendo una fruta extraña tan rosada como sus labios. Estaba contenta de nuevo, una vez más era la ninfa feliz que le había dado la bienvenida y que ahora le dirigía una brillante sonrisa mientras él estaba eligiendo una dulce esfera verde para su desayuno.

—¡Ven! —gritó ella—. ¡Al río!

Se alejó hacia el increíble bosque; Dan la seguía, maravillándose de que la ágil velocidad de la muchacha compitiera tan fácilmente con sus músculos de corredor. Poco después estaban riéndose en el río y jugueteando hasta que Galatea se dirigió a la orilla, radiante. La siguió y se tendió junto a ella. Dan constató, sorprendido, que no estaba ni cansado ni jadeante, ni tenía el menor síntoma de agotamiento. Se le ocurrió una pregunta, hasta ahora sin contestación:

—Galatea, ¿a quién tomarás como compañero?

Los ojos de la muchacha se pusieron serios.

—No lo sé —dijo ella—. Llegará a su debido tiempo. Es la ley.

—¿Y serás feliz?

—Por supuesto. —Parecía turbada—. ¿No lo es todo el mundo?

—Donde yo vivo no, Galatea.

—Entonces, debe de ser un sitio extraño ese fantasmal mundo tuyo. Un sitio terrible.

—Lo es, lo es con frecuencia —reconoció Dan—. Me gustaría…

Hizo una pausa. ¿Qué le gustaría? ¿No le estaba hablando a una ilusión, a un sueño, a una aparición? Miró a la muchacha, sus resplandecientes cabellos negros, sus ojos, su dulce piel blanca, y luego, en un momento trágico, se esforzó en sentir bajo sus manos los brazos de aquella gastada butaca de hotel…, y fracasó. Sonrió; adelantó los dedos para tocar el brazo desnudo de la joven y por un instante ella lo miró con ojos sorprendidos y se puso en pie de un salto.

—¡Vamos! ¡Quiero enseñarte mi país!

Empezó a andar, arroyo abajo, y Dan, desganadamente, se puso en pie para seguirla.

¡Qué día aquél! Siguieron el riachuelo desde la serena laguna hasta las cantarinas cataratas. Por doquier sonaban los extraños piulidos y gorjeos que eran las voces de las flores. A cada recodo se ofrecía una nueva visión de belleza; cada momento aportaba una nueva sensación de delicia. Hablaban o estaban callados; cuando tenían sed, el fresco río estaba a mano; cuando tenían hambre, las frutas se ofrecían por doquier; cuando estaban cansados, siempre había una laguna profunda y una orilla musgosa; y cuando habían descansado, una nueva belleza hacía su aparición. Frente a ellos, los increíbles árboles alzaban sus increíbles formas fantásticas, pero en la margen donde se hallaban los dos jóvenes seguía el prado lleno de flores en forma de estrellas. Galatea entrelazó con ellas una brillante guirnalda para la cabeza de su compañero, y él siguió adelante tarareando una

dulce canción. Poco a poco, el rojo sol se inclinó hacia el bosque. Dan lo hizo notar y, de mala gana, volvieron a casa.

Mientras regresaban, Galatea cantaba una extraña canción, quejumbrosa y dulce como la mezcla de la música, del río y de las flores. Una vez más sus ojos estaban tristes.

—¿Qué canción es ésa? —preguntó él.

—Una canción que cantó otra Galatea —contestó ella—, mi madre. —Posó su mano en el brazo del hombre—. Te la cantaré en inglés para que la entiendas:

El río corre entre flores y helechos,

entre flores y helechos suspira una canción.

Una canción que habla de ti, de tu regreso,

tu regreso algún día, algún año, mi amor.

Los años van llevando sus lánguidos murmullos

como exigiendo réplicas que nadie puede dar,

las flores se entristecen y acongojadas dicen:

El río miente, miente; no hace más que soñar.

Su voz vaciló en las notas finales; reinó el silencio sólo quebrado por el tintineo del agua y el zumbido de las flores. Dan no pudo contenerse:

—Galatea… Esa es una canción triste, Galatea. ¿Por qué estaba triste tu madre? Me dijiste que todo el mundo era feliz en Paracosma.

—Quebrantó una ley —replicó la muchacha con voz neutra—. Es el camino que lleva inevitablemente a la pena. Se enamoró de un fantasma. Uno que vino de vuestro reino de sombras y tuvo que regresar. Así, cuando el novio que le habían designado llegó, era demasiado tarde; ¿comprendes? Pero ella cedió finalmente a la ley y es por siempre infeliz. Va vagando de un sitio en otro por todo el mundo. —Hizo una pausa—. Yo nunca quebrantaré una ley —dijo desafiante.

Dan le tomó una mano.

—No quiero verte desgraciada, Galatea. Quiero que siempre seas feliz.

Ella sacudió la cabeza.

—Soy feliz —dijo, y le sonrió con una sonrisa tierna y melancólica.

Permanecieron en silencio un largo rato mientras caminaban de vuelta a casa. Las sombras de los gigantescos árboles sobrepasaban el río al deslizarse el sol detrás de

ellos. Durante un trecho la pareja anduvo con las manos unidas, pero cuando llegaron al sendero de brillantes guijarros cerca de la casa, Galatea se apartó y echó a correr velozmente. Dan la siguió todo lo aprisa que pudo; cuando llegó, Leucon estaba sentado en su banco junto al pórtico y Galatea se había detenido en el umbral. En sus ojos, Dan creyó adivinar el brillo de las lágrimas.

—Estoy muy cansada —dijo, y se escabulló adentro. Dan se movió para seguirla, pero el anciano levantó una mano y lo detuvo.

—Amigo de las sombras, ¿quieres escucharme un momento?

Dan accedió y se dejó caer en el banco. Tuvo un presentimiento: nada agradable lo aguardaba.

—Hay algo que debes saber —continuó Leucon—, y te lo diré sin ánimo de apenarte, si es que los fantasmas sienten pena. Galatea te ama, aunque creo que hasta ahora ella misma no se ha dado cuenta.

—También la amo yo —dijo Dan. El Tejedor Gris le miró fijamente:

—Es algo que no comprendo. Cierto que la substancia puede amar a la sombra, pero ¿cómo la sombra puede amar a la substancia?

—La quiero —insistió Dan.

—Si es así, ¡aflicción para vosotros dos! Porque tal cosa es imposible en Paracosma; es un conflicto con las leyes. El compañero de Galatea está designado, quizás incluso se acerca en estos momentos.

—¡Leyes! ¡Leyes! —masculló Dan—. ¿De quién son esas leyes? ¡Ni de Galatea, ni de mí!

—Pero existen —dijo el Tejedor Gris—. No es competencia tuya ni mía criticarlas, aunque todavía me pregunto qué poder consiguió anularlas para permitir tu presencia aquí.

—Yo no tuve voz en vuestras leyes.

El anciano lo miró escrutadoramente en la penumbra.

—¿Es que alguien ha tenido en algún sitio voz en las leyes? —inquirió.

—En mi país la tenemos —replicó Dan.

—¡Locura! —gruñó Leucon—. ¡Leyes hechas por el hombre! ¿De qué utilidad son las leyes hechas por el hombre con sanciones hechas por el hombre o con ninguna pena en absoluto? Si vuestras sombras hacen una ley en el sentido de que el viento sólo debe soplar desde el este, ¿la obedece el viento del oeste?

—Promulgamos leyes de ese tipo —reconoció Dan amargamente—. Puede que sean estúpidas, pero no más injustas que las vuestras.

—Las nuestras —dijo el Tejedor Gris— son las leyes inalterables del mundo, las leyes de la naturaleza. Su quebrantamiento acarrea siempre la infelicidad. Lo he visto; lo he experimentado en otra persona, en la madre de Galatea, aunque Galatea es más fuerte que ella. —Hizo una pausa—. Ahora —continuó—, sólo pido un poco de piedad; tu estancia aquí es corta y te suplico que no hagas más daño que el que se ha hecho ya. Sé misericordioso; no apenes más a la muchacha.

Se levantó y cruzó la puerta; cuando Dan lo siguió un momento más tarde, el anciano ya estaba retirando una pieza de tejido de plata de la máquina que tenía en el rincón. Dan se volvió silencioso a su propia habitación, donde el chorro de agua tintineaba débilmente como una distante campanilla. Se sentía profundamente desgraciado.

Una vez más se levantó con el resplandor del alba y una vez más Galatea le salió al encuentro con su cuenco de frutas. Depositó su carga dirigiéndole una tenue sonrisa de saludo y se quedó mirándolo como a la espera.

—Ven conmigo, Galatea —dijo él.

—¿Adónde?

—A la orilla del río. A hablar.

Caminaron en silencio hasta el borde de la laguna. Dan notaba una sutil diferencia en el mundo que lo rodeaba; los contornos eran vagos; los tenues piídos de las flores, menos audibles, y el paisaje mismo era extrañamente inestable, cambiante. Cuando no lo miraba directamente, parecía nebuloso. Y también era muy extraño que aunque hubiese traído aquí a la muchacha para hablar con ella, ahora no tenía nada que decir. Se sentó en doloroso silencio con los ojos clavados en la belleza de aquella carita.

Galatea señaló el rojo sol, que ascendía.

—¡Tan poco tiempo! —suspiró—. ¡Tan poco tiempo antes de que vuelvas a tu mundo de fantasmas! Lo sentiré mucho, muchísimo. —Le tocó la mejilla con los dedos—. ¡Querida sombra!

—Suponte —dijo Dan roncamente— que no me voy. ¿Qué pasaría? —Su voz se hizo más enérgica—. ¡No me iré! ¡Voy a quedarme!

La resignada tristeza del rostro de la muchacha lo conmovió; comprendió la ironía de luchar contra el desenlace inevitable de un sueño. Ella habló:

—Si fuera yo quien hiciese las leyes, te quedarías. Pero no puedes, querido. No puedes.

Dan había olvidado las palabras del Tejedor Gris.

—Te quiero, Galatea —dijo.

—Y yo a ti —susurró ella—. Mira, queridísima sombra, cómo quebranto la misma ley que mi madre quebrantó y cómo me alegro de afrontar la pena que eso va a acarrearme. —Colocó tiernamente una mano sobre la de Dan—. Leucon es muy sabio y estoy obligada a obedecerlo, pero lo que sentimos está más allá de su sabiduría, porque él mismo se dejó envejecer. —Hizo una pausa—. Él mismo se dejó envejecer —repitió lentamente.

Una extraña luz relumbró en sus obscuros ojos cuando se volvió de pronto hacia Dan.

—¡Queridísimo! —dijo tensamente—. Esa cosa que les ocurre a los viejos… esa muerte vuestra… ¿qué es lo que la sigue?

—¿Qué es lo que sigue a la muerte? —repitió él—. ¿Y quién lo sabe?

—Pero… —La voz de la muchacha era como un gemido—. Pero uno no puede simplemente… desaparecer. Tiene que haber un despertar.

—¿Y quién lo sabe? —dijo Dan de nuevo—. Hay gente que cree que despertaremos en un mundo más feliz, pero…

Sacudió la cabeza desesperadamente.

—¡Tiene que ser verdad! ¡Oh, tiene que serlo! —gritó Galatea—. ¡Tiene que existir para vosotros más de lo que hay en ese mundo loco del que me has hablado! —Se estrechó contra él—. Suponte, querido, que cuando llegue el esposo que me ha sido designado, lo rechazo. Suponte que no engendro ningún hijo, que me dejo envejecer, más que Leucon, envejecer hasta la muerte. ¿Me uniría contigo en ese vuestro mundo más feliz?

—¡Galatea! —exclamó él, acongojado—. ¡Qué pensamiento tan terrible!

—Más terrible de lo que te imaginas —susurró ella—. Es más que violación de una ley; es rebelión. Todo está planeado, todo estaba previsto, excepto esto; y, si no engendro ningún hijo, su puesto quedará sin cubrir, y los puestos de sus hijos y de los hijos de sus hijos, y así hasta que algún día todo el gran plan de Paracosma fracase. —Su murmullo se hizo muy débil y temeroso—. Es destrucción, pero te amo más a ti de lo que temo… a la muerte.

Dan la rodeó con sus brazos.

—¡No, Galatea! ¡No! ¡Prométemelo!

Ella susurró:

—Puedo prometer y luego romper mi promesa. —Se inclinó; los labios de ambos se rozaron y Dan sintió en aquel beso toda la fragancia y el dulce sabor a miel—. Por fin —suspiró ella—, puedo darte un nombre por el que amarte. ¡Filometros! ¡Medida de mi amor!

—¿Un nombre? —masculló Dan.

Una idea fantástica pasó por su mente, una manera de probarse a sí mismo que todo esto era realidad y no simplemente una página que pudiese leer cualquiera que usase las gafas mágicas del viejo Ludwig. ¡Si Galatea quisiese pronunciar su nombre! Quizá, pensó él temerariamente, quizás entonces podría quedarse. Apartó a la muchacha.

—¡Galatea! —gritó—. ¿Recuerdas mi nombre? Ella asintió silenciosamente, sus desgraciados ojos fijos en los de él.

—¡Entonces, dilo! ¡Dilo, querida!

Ella se quedó mirándolo callada y lastimeramente, pero no exhaló ningún sonido.

—¡Dilo, Galatea! —suplicaba él con desesperación—. ¡Di mi nombre, querida, simplemente mi nombre!

La boca de la muchacha se movió; palideció por el esfuerzo y Dan habría jurado que su nombre aleteó en aquellos labios temblorosos.

Por último, la joven habló.

—¡No puedo, queridísimo! ¡Oh, no puedo! Una ley lo prohíbe. —Se irguió de pronto, pálida como una estatuilla de marfil—. Leucon me llama —dijo, y se precipitó afuera.

Dan la siguió por la senda de guijarros, pero la velocidad de la muchacha superaba en mucho a la suya. En el pórtico encontró únicamente al Tejedor Gris, frío y severo. Levantó una mano cuando Dan apareció.

—Te queda poco tiempo —dijo—. Vete, pensando en el daño que has hecho.

—¿Dónde está Galatea? —jadeó Dan.

—La he enviado lejos.

El anciano bloqueaba la entrada; por un momento Dan pensó apartarlo violentamente, pero algo lo contuvo. Miró con ansia hacia el prado, ¡allí! Un relámpago de plata al otro lado del río, al borde del bosque. Dio media vuelta y corrió en aquella dirección mientras, inmóvil y frío, el Tejedor Gris lo veía alejarse.

—¡Galatea! —gritaba—. ¡Galatea!

Estaba ya junto al río, en la orilla del bosque, corriendo entre columnas de árboles que se arremolinaban en torno de él como niebla. El mundo era neblinoso; finos copos

danzaban como nieve ante sus ojos; Paracosma estaba disolviéndose en torno de él. A través del caos imaginó atisbar una vislumbre de la muchacha, pero al acercarse no pudo sino seguir repitiendo su desesperado grito de «¡Galatea!».

Después de un tiempo que le pareció interminable, se detuvo; algo conocido en el lugar lo impresionó y, justamente cuando el rojo sol aparecía sobre él, reconoció el sitio, el punto mismo por donde había entrado en Paracosma. Una sensación de futilidad le oprimió por un momento mientras miraba una aparición increíble: una obscura ventana suspendida ante él y a través de la cual irradiaban hileras de luces eléctricas. ¡La ventana de Ludwig!

Aquella visión desapareció. Pero los árboles se retorcían y el cielo se iba obscureciendo mientras él vacilaba como un borracho en aquel torbellino. Se dio cuenta de pronto de que ya no estaba de pie, sino sentado en medio del claro de un bosque, y que sus manos aferraban algo liso y duro: los brazos de aquella miserable butaca de hotel. Entonces, por último, muy cerca de él, la vio, vio a Galatea, con los rasgos contraídos por la pena y los ojos llenos de lágrimas. Hizo un esfuerzo terrible para levantarse, para mantenerse erguido, y cayó agitando los brazos en medio de una hoguera de luces y destellos.

Luchó por ponerse de rodillas; lo sujetaban paredes, las de la habitación de Ludwig; debía de haberse resbalado desde

la butaca. Las gafas mágicas yacían ante él. Uno de los cristales se había roto y derramaba un líquido que no era ya claro como el agua, sino blanco como la leche.

—¡Dios mío! —masculló.

Se sentía sacudido, enfermo, exhausto, con una amarga sensación de haber sido despojado, y la cabeza le dolía atrozmente. La habitación era sucia, repugnante; necesitaba salir de allí. Miró maquinalmente su reloj: las cuatro; debía de haber estado sentado allí cerca de cinco horas. Por primera vez notó la ausencia de Ludwig; y se alegró de ello. Cruzó sobriamente la puerta y se dirigió al ascensor. No hubo respuesta a su llamada; alguien estaba utilizando el cacharro. Bajó a pie tres tramos hasta llegar al vestíbulo y salió a la calle precipitadamente.

¡Enamorado de una visión! Peor aún: enamorado de una muchacha que nunca había vivido en una Utopía fantástica que literalmente no estaba en ninguna parte. Se arrojó sobre la cama de su habitación con un gemido que tenía mucho de sollozo.

Comprendió por fin lo que implicaba el nombre de Galatea. Galatea, la estatua de Pigmalión, a la que dio vida Venus en el antiguo mito griego. Pero esta otra Galatea, la Galatea de él, cálida, deliciosa y vital, tendría que permanecer para siempre sin el don de la vida, puesto que él no era ni Pigmalión ni dios.

Despertó entrada la mañana y miró a su alrededor buscando, aturdido, la fuente y la piscina de Paracosma. Poco a poco fue recapacitando. ¿Hasta qué punto había sido real la experiencia de la noche pasada? ¿Hasta qué punto había sido producto del alcohol? ¿O es que el viejecillo Ludwig tenía razón y no existía diferencia alguna entre la realidad y el sueño?

Se cambió de ropa y bajó desalentadamente a la calle. Encontró por fin el hotel de Ludwig donde averiguó que el bajito profesor se había ido definitivamente sin dejar más señas.

¿Qué importaba? Ni siquiera Ludwig podría darle lo que él buscaba, una Galatea viviente. Dan se alegraba de que el individuo hubiese desaparecido; odiaba al pequeño profesor. ¿Profesor? Los hipnotizadores se llaman a sí mismos «profesores». Pasó un día agotador y tras una noche sin dormir llegó en tren a Chicago.

Era a mediados de invierno cuando vio en una avenida a una diminuta figura que caminaba delante de él. ¡Ludwig! Pero ¿de qué serviría llamarlo? Sin embargo, su grito fue automático:

—¡Profesor Ludwig!

La diminuta figura se volvió, le reconoció y sonrió. Se refugiaron en los soportales de un edificio.

—Siento lo de su máquina, profesor. Estoy dispuesto a indemnizarle el daño.

—Ah, no fue nada, un cristal roto. Pero ¿ha estado usted enfermo? Tiene mucho peor aspecto que antes.

—No es nada —dijo Dan—. Su espectáculo fue maravilloso, profesor, realmente maravilloso. Se lo habría dicho así, pero usted se había ido cuando acabó.

Ludwig se encogió de hombros.

—Salí al vestíbulo para buscar cigarrillos. Llevaba ya cinco horas con un maniquí de cera, comprenda.

—Fue maravilloso —repitió Dan.

—¿Tan real? —sonrió el otro—. Sólo porque usted cooperó. Es un caso de autohipnosis.

—Fue real, completamente real —reconoció Dan lúgubremente—. No lo comprendo..., ese extraño y bello país.

—Los árboles eran palos de golf aumentados por una lente —dijo Ludwig—. Todo era cuestión de trucos fotográficos, pero estereoscópicos, como le dije a usted, tridimensionales. Las frutas eran de caucho; la casa, un edificio de verano en nuestro campus, en la universidad del norte. Y la voz era la mía; usted no habló en absoluto, excepto cuando dijo su

nombre al principio, y para eso dejé un espacio en blanco. Mire, yo interpreté su papel; yo iba de un lado a otro con el aparato fotográfico amarrado a la cabeza para mantener siempre el punto de vista del observador. ¿Comprende? —Sonrió—. Por fortuna soy más bien bajo. De lo contrario, usted habría parecido un gigante.

—¡Espere un momento! —dijo Dan, dándole vueltas la cabeza—. Dice usted que interpretó mi papel. Entonces Galatea, ¿también es real?

—Completamente real —respondió el profesor—. Es sobrina mía, estudia en la universidad y le gusta el arte dramático. Me ayudó a montar la fábula. ¿Por qué? ¿Quiere conocerla?

Dan contestó vagamente, sintiéndose muy feliz. Un dolor había desaparecido, una pena se había curado. ¡Paracosma era accesible al fin!

MARES CAMBIANTES

Como pudo comprobarse más tarde, Ted Welling resultó ser uno de los poquísimos testigos presenciales que sobrevivió a la catástrofe. Del millón y medio de personas que la sufrieron, sólo media docena salió con vida. Y, sin embargo, en el momento de producirse, aún pareciéndole muy importante, no supo apreciar la magnitud del desastre.

Estaba en un autogiro «Colquist», justamente al norte del punto donde el lago Nicaragua vierte sus parduscas aguas sobrantes en el de San Juan. Se dirigía a Managua, ciento veinte kilómetros al noroeste del gran mar interior. Debajo de él, claramente audible por encima del amortiguado zumbido de su motor, sonaba el chasquido intermitente de su cámara tripanorámica, ajustada con delicadeza a la velocidad del aparato para que sus fotos pudieran reunirse en un hermoso mapa en relieve del terreno que

sobrevolaba. Éste era en efecto el único propósito de su vuelo. Había salido de San Juan del Norte aquella mañana temprano para recorrer la ruta del proyectado canal de Nicaragua; volaba por encargo de la sección topográfica de la Inspección Geológica USA. Los Estados Unidos, por supuesto, se habían reservado los derechos sobre aquella ruta desde principios del siglo; una salvaguardia contra cualesquiera aspiraciones de otros países a construir un competidor del canal de Panamá.

Ahora el canal de Nicaragua estaba siendo seriamente considerado. La sobrecargada zanja que cruzaba el istmo se resentía por el enorme incremento del tráfico y se planteaba la cuestión de ensanchar la vasta trinchera otros treinta metros o abrir un pasaje alternativo. La ruta de Nicaragua ofrecía bastantes posibilidades; el río San Juan unía el gran lago del Atlántico y, del otro lado, sólo unos veinte kilómetros separaban el lago Managua del Pacífico. Se trataba sólo de una solución a elegir y Ted Welling estaba contribuyendo en lo que podía a resolver la elección.

Ocurrió justamente a las 10:40. Ted estaba mirando perezosamente a través de una débil niebla matinal el Ometepec, su cima cónica emplumada por un humo negruzco. A ciento ochenta kilómetros de distancia, más allá del lago Nicaragua y del Managua, la feroz montaña era fácilmente visible desde la altura en que él se encontraba. Ted sabía que toda la semana el monte había estado

retumbando y echando humo, pero ahora, mientras lo miraba, estalló como un tremendo cohete.

Un tremendo fogonazo blanco tan brillante como el Sol fue seguido por un chorro de humo que envolvía un núcleo escarlata y se derramaba luego como las aguas de un surtidor. Tras un momento de profundo silencio durante el cual se oyó el chasquido metódico de la cámara se produjo un horrísono estallido como si el techo mismo del cielo hubiese saltado hecho pedazos y dejase oír el griterío de los malditos.

Ted estaba estupefacto: el sonido había llegado con demasiada prontitud; desde aquella distancia, el estampido de la erupción debería de haber tardado varios minutos. Pero sus pensamientos tuvieron que cambiar forzosamente de rumbo cuando el «Colquist» se tambaleó como una hoja arrastrada por el huracán. Atónito, entrevió el lago Nicaragua encrespado y bullendo, como si se tratase de las aguas que se arremolinan en el estrecho de Magallanes. En la orilla este rompía una ola colosal y, de una cabaña de bananeros, figuras asustadas emprendían la huida. Finalmente, como por arte de magia, una blanca niebla se condensó en torno de él, arrebatándole toda visión del mundo inferior.

Ceñudamente, se esforzó en ganar altura. Había estado a mil metros, pero ahora, hundido en aquel salvaje océano de nieblas, de corrientes encontradas, de bolsas y baches, no tenía la menor idea de su posición. La aguja del altímetro

saltaba al compás de los cambios de presión, la brújula bailaba locamente. Por eso luchó lo mejor que pudo, escuchando ansiosamente el cambiante gemido de sus aspas cuando el esfuerzo apretaba o decrecía. Y abajo, profundos como la tormenta, se producían intermitentes retumbos, acompañados, a menos que fuese imaginación suya, por los fogonazos de fuegos repentinos.

De pronto estuvo fuera de aquel maremágnum. Irrumpió bruscamente en aire limpio y durante un horrible instante creyó que estaba volando invertido: debajo de él veía un blanco mar de niebla y por encima lo que parecía ser el suelo obscuro. Una observación más atenta le reveló que se trataba de un dosel, tan grande como el mundo, de humo o de polvo, a través del cual el Sol brillaba con una fantástica luz azul. Recordó haber oído hablar de soles azules; era uno de los raros fenómenos de las erupciones volcánicas.

Su altímetro indicaba tres mil metros. La vasta llanura de niebla se alzaba en gigantescas jorobas ondeantes. Ted se esforzaba en seguir subiendo y alejarse más. A los seis mil metros, el aire estaba más firme, pero todavía muy por arriba pesaba el sombrío techo de humo. Niveló el aparato, tomó rumbo nordeste y se relajó.

—¡Uf! —jadeó—. ¿Qué habrá ocurrido?

Desde luego no podía aterrizar en aquella niebla impenetrable. Volaba hacia el nordeste, en la confianza de que el aeropuerto de Bluefields estuviese despejado.

Pero no era así. Le quedaba aún medio depósito de combustible y, con ademán sombrío, eligió rumbo norte. Muy lejos divisaba una columna de fuego y más allá, a la derecha, otra y aún una tercera. La primera, por supuesto, era el Ometepec, pero ¿cuáles eran las otras? ¿Fuego y Tajumulco? Parecía imposible.

Tres horas más tarde la niebla estaba todavía debajo de él y el sombrío techo de humo iba bajando como si quisiera aplastarle. Tendría que aterrizar pronto; debía de haber rebasado Nicaragua y estar sobrevolando Honduras. Con una calma desesperada, descendió hacia la niebla y se metió en ella. Esperaba estrellarse; lo curioso es que la única cosa que realmente lamentaba era morir sin poder despedirse de Kay Lovell, que estaba en Washington con su padre, el anciano Sir Joshua Lovell, embajador de Gran Bretaña.

Cuando la aguja indicó sesenta metros, niveló el aparato y luego, como un tren que sale de un túnel, llegó a aire limpio. Pero bajo él había un salvaje y rabioso océano cuyas olas casi parecían alcanzar al autogiro. Avanzó a un nivel más bajo, preguntándose desesperadamente cómo era posible que hubiese derivado hasta el mar. Supuso que debía de tratarse del golfo de Honduras.

Torció hacia el oeste. Al cabo de cinco minutos llegaba a una costa batida por la tormenta y allí, ¡prodigioso milagro!, una ciudad. Y un campo de aterrizaje. Lo sobrevoló y descendió tan verticalmente como pudo en medio del remolino de vientos racheados.

Era Belice, ciudad de Honduras Británica. Reconoció el puerto aun antes de que llegaran los servidores.

—¡Un yanqui! —gritó el primero—. ¡Vaya un yanqui con suerte!

Ted sonrió burlonamente.

—Falta me hacía. ¿Qué ha ocurrido?

—El techo de esta parte del infierno ha hecho explosión. Eso es todo.

—Sí, ya lo he visto. Estaba justo encima.

—Entonces sabe más usted que ninguno de nosotros. La radio ha enmudecido y el telégrafo no funciona.

De pronto, empezó a caer una lluvia feroz y espesa con goterones grandes como puños. Los hombres corrieron a refugiarse en un hangar, donde la información de Ted, exigua como era, fue ávidamente recogida, ya que las noticias sensacionales son raras por debajo del trópico de Cáncer.

Pero ninguno de ellos comprendía hasta qué punto aquélla era sensacional.

Transcurrieron tres días antes de que Ted, y con él el resto del mundo, empezara a comprender en parte lo que había ocurrido.

Tras largas horas de esfuerzos, Belice consiguió por fin enlazar con La Habana. Así Ted pudo informar al viejo Asa Gaunt, su jefe en Washington. Se sintió agradablemente sorprendido por la prontitud con que le respondieron y le ordenaron que se trasladase de inmediato a la capital. Aquello representaba una perspectiva de la vida agradable que Washington reserva a los jóvenes funcionarios y, sobre todo, significaba poder ver a Kay Lovell después de dos meses de estarle escribiendo cartas. Así pues voló alegremente en el «Colquist» sobre el canal de Yucatán, lo dejó en La Habana y estaba ahora cómodamente sentado en un enorme avión del Caribe que se dirigía a Washington avanzando con firmeza hacia el norte en una mañana extrañamente neblinosa de mediados de octubre.

Por el momento, sus pensamientos no eran para Kay. Estaba leyendo un sombrío relato de la catástrofe y se preguntaba qué remota fortuna le había librado de la misma. Aquel desastre minimizaba perturbaciones tales como la inundación del río Amarillo en China, la erupción del Krakatoa, el holocausto del Mont Pelee, el gran terremoto

japonés de 1923 o cualquier terrible flagelo que azotara alguna vez a la especie humana.

El Anillo de Fuego, ese inmenso círculo volcánico que rodea al océano Pacífico, quizá la última cicatriz del nacimiento de la Luna, había estallado en llamas. El Aniakchak en Alaska se había quitado su caperuza, el Fujiyama había vomitado lava y, por la parte del Atlántico, La Soufriére y el terrible Pelee habían despertado de nuevo.

Pero éstos eran acontecimientos menores. Donde las montañas de fuego habían mostrado realmente sus poderes había sido en los dos focos volcánicos de Java y América Central. Lo sucedido en Java era todavía un misterio, pero lo del Istmo estaba ya demasiado en claro. Desde la bahía de Mosquito hasta el río Coco no había más que océano. Medio Panamá y siete octavas partes de Nicaragua habían desaparecido. En cuanto a Costa Rica, ese país era como si nunca hubiese existido. El canal de Panamá había desaparecido y Ted sonrió amargamente al pensar que ahora era tan innecesario como una pirámide. Norteamérica y Sudamérica habían quedado limpiamente cortadas una de otra, y el Istmo, la tierra que en tiempos había conocido la Atlántida, había ido a unirse con ésta.

En Washington, Ted informó inmediatamente a Asa Gaunt. Aquel viejo tejano lo interrogó en profundidad respecto a su experiencia, gruñó con disgusto ante la parquedad de la información, y luego le ordenó terminantemente que

asistiera a una reunión que se celebraría en su despacho al anochecer. Le quedaba toda una tarde para dedicar a Kay y Ted no perdió ni un instante.

No pudo verla a solas. Washington, como el resto del mundo, bullía de excitación a causa del terremoto, pero en esta capital, más que en ninguna otra parte, los comentarios apuntaban menos sobre el millón y medio de muertos que sobre las otras consecuencias. Después de todo, la mayoría de las muertes afectaban a otras naciones y ello las hacía remotas, como la aniquilación de otros tantos chinos. Sólo aquellos que tenían amigos o familiares en la región devastada se sentían directamente afectados, y éstos eran escasos.

En casa de Kay, Ted encontró un grupo excitado que discutía sobre las consecuencias de la catástrofe. Indudablemente, la desaparición del canal de Panamá reforzaba en gran medida la potencia naval de los Estados Unidos. Ahora no había necesidad ninguna de vigilar intensamente el vulnerable canal. Toda la flota podría navegar a sus anchas en la hendidura de setecientos kilómetros abierta por la catástrofe. Desde luego el país perdería los ingresos por el portazgo, pero eso estaría equilibrado por el cese de los gastos de fortificación y vigilancia.

Ted echaba humo hasta que pudo conseguir unos momentos para hablar con Kay a solas. Una vez que la

entrevista concluyó a satisfacción suya, se incorporó a la discusión tan apasionadamente como los demás. Pero ninguno atinó a considerar el único factor que podía cambiar por completo la historia del mundo.

En la reunión del anochecer, Ted miró a su alrededor, sorprendido. Reconoció a todos los asistentes, pero las razones de la presencia de alguno de ellos era obscura. Por supuesto, estaba Asa Gaunt, jefe de la Inspección Geológica, y por supuesto estaba Golsborough, secretario del Interior, porque la Inspección era uno de sus departamentos. Pero ¿qué pintaba allí Maxwell, subsecretario de Guerra y de Marina? ¿Y por qué estaba presente el silencioso John Parísh, secretario de Estado, con el ceño fruncido y la mirada clavada en sus zapatos?

Asa Gaunt carraspeó y empezó:

—¿Alguno de ustedes es aficionado a las lampreas? —preguntó lacónicamente.

Hubo un murmullo.

—A mí me gustan —respondió Golsborough, que había sido en tiempos cónsul en Venecia—. ¿Por qué?

—Será mejor que se dé prisa en comprar algunas. Cómaselas mañana mismo. No habrá más lampreas.

—¿Que no habrá más lampreas?

—No habrá más lampreas. Mire usted, las lampreas se crían en el mar de los Sargazos y ya no hay mar de los Sargazos.

—¿Qué significa eso? —gruñó Maxwell—. Tengo muchas cosas que hacer. Conque no hay mar de los Sargazos, ¿eh?

—Es probable que pronto tenga usted mucho más que hacer —dijo Asa Gaunt secamente. Frunció el ceño—. Permítanme que les haga otra pregunta. ¿Sabe alguno de ustedes cuál es el lugar del continente americano situado frente a Londres?

Golsborough se agitó impacientemente.

—No veo adónde quieres ir a parar, Asa —refunfuñó—, pero pienso que Nueva York y Londres tienen aproximadamente la misma latitud. O quizá Nueva York está un poco más al norte, porque sé que su clima es algo más frío.

—¡Ajajá! —dijo Asa Gaunt—. ¿Hay alguien que no esté de acuerdo?

Nadie respondió.

—Bien —continuó el jefe de la Inspección—, entonces todos ustedes están equivocados. Londres se encuentra aproximadamente a mil ochocientos kilómetros al norte de Nueva York. Está en la latitud de Labrador meridional.

—¡Labrador! ¡Eso es prácticamente el Ártico!

Asa Gaunt desplegó un gran planisferio en la pared que tenía a sus espaldas.

—Miren ustedes —señaló—. Nueva York está en la latitud de Roma. Washington está frente a Nápoles. Norfolk se halla al mismo nivel que Túnez, y Jacksonville al mismo que el desierto de Sahara. Caballeros, estos hechos nos permiten concluir que el próximo verano va a registrar la guerra más salvaje que se haya desarrollado nunca en la historia del mundo.

Incluso Ted, que conocía a su superior lo bastante bien para poner las manos en el fuego por su cordura, no pudo resistir el impulso de lanzar una mirada a los rostros de los presentes, y percibió en sus ojos la misma sospecha que había apuntado en él.

Maxwell carraspeó:

—Desde luego, desde luego —dijo secamente—. Así pues, habrá una guerra y no más lampreas. Está todo muy claro, pero me temo que tendrán que excusarme, caballeros, porque en realidad las lampreas no me interesan.

—Sólo un momento —interrumpió Asa Gaunt. Empezó a hablar y, poco a poco, una sombría comprensión alboreó sobre las cuatro personas frente a las cuales estaba sentado.

Ted se quedó después que el consternado y silencioso grupo se hubo marchado. Se sentía demasiado confuso para otras ocupaciones y era ya muy tarde para reunirse con Kay, aun en el caso que se hubiese atrevido a hacerlo con las oprimentes revelaciones que pesaban sobre él.

—¿Está usted seguro? —preguntó nerviosamente—. ¿Está usted completamente seguro?

—Bien, vamos a estudiarlo de nuevo —gruñó Asa Gaunt, volviéndose hacia el mapa. Recorrió con su mano las blancas líneas dibujadas en el océano Pacífico—. Mira aquí. Esta es la Contracorriente Ecuatorial que avanza hacia el Este para bañar a las costas de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá.

—Ya lo sé. He sobrevolado palmo a palmo esta costa.

—Está bien. —El anciano se volvió para señalar el Atlántico—. Y aquí —continuó— está la Corriente Ecuatorial del norte que viene del Atlántico oeste para dar la vuelta alrededor de Cuba, entrar en el golfo de México y emerger como el Gulf Stream. Fluye a una velocidad media de tres nudos, tiene una anchura de mil kilómetros, una profundidad de cien brazas, y posee, al principio, una temperatura media de cincuenta grados. Y aquí se encuentra con la Corriente del Labrador y tuerce hacia el este para llevar calor a toda la Europa occidental. Por eso Inglaterra es habitable; por eso el sur de Francia es semitropical; por eso

los hombres pueden vivir incluso en Noruega y Suecia. Mira Escandinavia, Ted; está en la latitud de la Groenlandia central, al mismo nivel que la Bahía de Baffin. Incluso los esquimales encuentran dificultades para conseguir medios de vida en la isla de Baffin.

—Lo sé —dijo Ted con una voz que era como un gemido—. Pero ¿está usted seguro de lo demás?

—Míralo tú mismo —gruñó Asa Gaunt—. La barrera se ha bajado ahora. La Contracorriente Ecuatorial, moviéndose a dos nudos, golpeará en lo que era Centroamérica y chocará con la Corriente Ecuatorial del norte justo al sur de Cuba. ¿Comprendes qué sucederá, qué está sucediendo al Gulf Stream? En lugar de dirigirse al nordeste a lo largo de la costa del Atlántico, fluirá ahora casi al este, al otro lado de lo que era el mar de los Sargazos. En lugar de bañar las costas de la Europa septentrional, golpeará en la Península Ibérica, lo mismo que ahora hace la corriente llamada del Viento Occidental, y en lugar de torcer hacia el norte, se irá hacia el sur, a lo largo de la costa de África. A la velocidad de tres nudos, el Gulf Stream llevará a Europa su último litro de agua caliente en menos de tres meses. Así llegamos hasta enero, pero, después de enero, ¿qué va a pasar?

Ted no dijo nada. Asa Gaunt continuó ceñudamente:

—Ahora bien, los países europeos que se benefician del Gulf Stream son Noruega, Suecia, Dinamarca, Alemania, las

Islas Británicas, Holanda, Bélgica, Francia y, en menos extensión, varios otros. Antes de que hayan transcurrido seis meses, Ted, vas a ver un nuevo alineamiento de Europa. Los países del Gulf Stream se agruparán; Alemania y Francia van a convertirse de improviso en entrañables amigos, y Francia y Rusia, a pesar de la amistad que tienen hoy, se transformarán en enemigos mortales. ¿Comprendes por qué?

—No.

—Porque los países que he citado engloban ahora a más de doscientos millones de habitantes. ¡Doscientos millones, Ted! Y sin el Gulf Stream, cuando Inglaterra y Alemania tengan el clima de Labrador, y Francia el de Terranova, y Escandinavia el del País de Baffin, ¿cuántas personas podrán contener esas regiones? Tres o cuatro millones, quizás, y eso con dificultad. ¿Adónde irán las demás?

—¿Adónde?

—Puedo decirte adónde intentarán ir. Inglaterra tratará de descargar su población sobrante en sus colonias. Desgraciadamente, la India está superpoblada, pero Sudáfrica, Canadá, Australia y Nueva Zelanda pueden absorber algunos millones. Unos veinticinco de sus cincuenta, calcularía yo, porque Canadá es un país nórdico y Australia es en gran parte un desierto. Francia tiene el norte

de África, aunque está ya al límite de su población. En cuanto a los demás…, bueno, ya te imaginas, Ted.

—Sí, me lo imagino, Siberia, Sudamérica y… los Estados Unidos.

—Una buena conjetura. Por eso Rusia y Francia no seguirán siendo los mejores amigos. Sudamérica es un continente esquelético, una cáscara. El interior no sirve para los hombres blancos y por tanto queda Siberia y Norteamérica. ¡Qué guerra en perspectiva!

—¡Es casi increíble! —masculló Ted—. Justamente cuando el mundo parecía estar apaciguándose.

—Oh, ya ha sucedido antes —comentó Asa Gaunt—. Este no es el único cambio climático que haya desencadenado una guerra. La falta de lluvias en el Asia central fue la que envió a los hunos como azote de Europa, y probablemente también a los godos y a los vándalos. Pero nunca ha sucedido una cosa así a dos millones de personas civilizadas. —Hizo una pausa—. Todos los periódicos están poniendo el grito en el cielo por el millón y medio de muertes que ha habido en Centroamérica. Dentro de un año, ni siquiera comprenderán que un millón y medio de muertos haya merecido un modesto titular.

—Pero, Dios mío —estalló Ted—, ¿es que no se puede hacer nada?

—Desde luego, desde luego —respondió Asa Gaunt—. Mira a ver si encuentras un bonito terremoto domesticado que devuelva los ochenta mil kilómetros cuadrados que hundió el anterior. Eso es todo lo que tienes que hacer y, si no puedes lograrlo, la sugerencia de Maxwell es la mejor: construir submarinos y más submarinos. Nadie puede invadir un país si no puede llegar a él.

Asa Gaunt fue sin duda el primero en comprender el alcance del desastre centroamericano, pero no se adelantó mucho al brillante Sir Phineas Grey de la Royal Society. Afortunadamente —o desgraciadamente, depende de la costa del Atlántico que uno llame patria—. Sir Phineas tenía fama de sensacionalista en el mundo del periodismo y su advertencia fue tratada por los periódicos ingleses y continentales como una de aquellas rutinarias predicciones del fin del mundo. El Parlamento tomó en cuenta la noticia solamente una vez, cuando Lord Rathmere se levantó en la Cámara Alta para quejarse del tiempo cálido tan impropio de la estación y para sugerir secamente que el Gulf Stream fuese desviado este año un mes antes. Pero de vez en cuando algún oceanógrafo escribía a los periódicos dándole la razón a Sir Phineas.

De este modo las Navidades se acercaban muy calmosamente y Ted, feliz por encontrarse estacionado en Washington, ocupaba sus días en rutinarios trabajos topográficos en el despacho. Los anocheceres, tantos como ella le permitía —y esto ocurría cada vez con mayor

frecuencia—, con Kay Lowell. Poco tardaron en hallarse al borde del compromiso. Únicamente esperaban el momento propicio para informar a Sir Joshua, cuya aprobación Kay, con verdadero conservadurismo inglés, consideraba necesaria.

Ted se preocupaba bastante a menudo por el sombrío cuadro que Asa Gaunt había trazado, pero el juramento de guardar el secreto le impedía hacer ninguna alusión ante Kay del asunto. En una ocasión, cuando ella, por casualidad, había sacado a relucir el tema de Sir Phineas Grey y su advertencia, Ted había balbuceado algunas trivialidades y desviado rápidamente la conversación. Pero a finales de año y principios de enero, las cosas empezaron a cambiar.

El día catorce, la primera dentellada de frío se abatió sobre Europa. Londres estuvo tiritando durante veinticuatro horas a la insólita temperatura de diez bajo cero, y París tronaba y gesticulaba sobre sus grands froids. Luego la zona de alta presión se movió hacia el este y las temperaturas normales volvieron.

Pero no por mucho tiempo. El día veintiuno, los vientos de poniente trajeron de nuevo las bajas temperaturas y los periódicos ingleses y continentales, cuidadosamente recogidos en la biblioteca del Congreso estadounidense, empezaron a mostrar una nota de pánico. Ted leía ávidamente los comentarios editoriales: desde luego Sir Phineas Grey estaba loco; desde luego lo estaba…

pero ¿y si tuviese razón? ¿No era inconcebible que la seguridad y soberanía de Alemania (o de Francia, o de Inglaterra, o Bélgica, según la capital particular de donde procediese el periódico) estuvieran sujetas a las perturbaciones de una pequeña faja de tierra situada a diez mil kilómetros de distancia? Alemania (o Francia, etcétera) debía controlar su propio destino.

Con la tercera oleada de frío ártico, el tono se hizo abiertamente temeroso. Quizá Sir Phineas tenía razón. ¿Qué iba a pasar, entonces? ¿Qué se podía hacer? Hubo tumultos y manifestaciones en París y en Berlín, incluso el tranquilo Oslo presenció un motín, y el conservador Londres otro tanto. Ted empezó a darse cuenta de que las predicciones de Asa Gaunt estaban fundadas sobre un agudo juicio. El gobierno alemán tuvo un gesto de franca amistad hacia Francia en una delicada cuestión fronteriza y ésta correspondió con una actitud igualmente benigna. Rusia protestó y cortésmente los otros pasaron por alto sus protestas. Europa estaba decididamente realineándose, y a una prisa desesperada.

Pero América, excepto un reducido grupo en Washington, sólo mostraba un interés superficial por el asunto. Cuando durante la primera semana de febrero empezaron a llegar informes sobre los sufrimientos entre los pobres, se organizó una colecta para suministrar ayuda, pero sólo tuvo un éxito nominal. La gente no estaba interesada; un invierno frío carecía del poder dramático de una inundación, un incendio

o un terremoto. Pero los periódicos informaban con creciente ansiedad de que las cuotas de inmigración, no cubiertas durante media docena de años, estaban de nuevo a tope: era el comienzo de un éxodo masivo desde los países favorecidos hasta entonces por el Gulf Stream.

En la segunda semana de febrero un fuerte pánico se había apoderado de Europa y sus ecos empezaron a penetrar incluso en la autosuficiente América. El realineamiento de las potencias era ahora claro y descarado: España, Italia, los Balcanes y Rusia se encontraron alineadas para hacer frente a un ominoso asalto desde el norte y desde el oeste. Rusia olvidó de improviso su larga disputa con el Japón, y el Japón, por extraño que parezca, se mostró ansioso de olvidar sus propios agravios. Hubo un extraño cambio de simpatías; las naciones que poseían zonas amplias y tenuemente pobladas: Rusia, los Estados Unidos, México y toda Sudamérica, lanzaban miradas llameantes a una Europa frenética que sólo aguardaba el alivio del verano para desencadenar la mayor invasión que se hubiese registrado nunca en la Historia. Atila y sus hordas de hunos, las oleadas mongoles que habían irrumpido en China, incluso los vastos movimientos de la raza blanca en Norteamérica y Sudamérica, todo eso no eran más que migraciones de menor cuantía. Respaldadas por un colosal poder de ataque, miraban con ojos agrandados por el pánico los espacios libres del mundo. Nadie sabía dónde iba a descargar primero la tormenta, pero estaba fuera de duda que descargaría.

Mientras Europa tiritaba entre las garras de un increíble invierno, Ted tiritaba ante la perspectiva de sus propios problemas. El frenético mundo encontraba un eco en su propia situación, porque aquí estaba él, América en miniatura, y allí estaba Kay Lovell, una pequeña edición de Gran Bretaña. Sus simpatías chocaban como las de sus respectivas naciones.

El tiempo del secreto había pasado. Ted estaba sentado frente a Kay ante la chimenea de la casa de la muchacha y paseaba la vista desde el rostro de ésta hasta el alegre fuego cuyos fulgores no hacían más que aumentar el malhumor.

—Sí —reconoció él—. Estaba enterado. Lo supe pocos días después del terremoto.

—Entonces, ¿por qué no me lo dijiste? Deberías de habérmelo dicho.

—No podía. Juré no decírselo a nadie.

—¡No es justo! —estalló Kay—. ¿Por qué tenía que ser Inglaterra? Sólo pensar que Merecroft está cubierto por la nieve como cualquier vieja torre nórdica me pone enferma. Yo nací en Warwickshire, Ted, y allí nació mi padre, y su padre, y el padre de su padre y todos nosotros hasta los tiempos de Guillermo el Conquistador. ¿Crees que es agradable pensar en la rosaleda de mi padre, tan yerma ahora como un glaciar?

—Lo siento —dijo Ted suavemente—. Pero ¿qué puedo hacer yo? Sólo alegrarme de que estés a salvo aquí, en esta parte del Atlántico.

—¡A salvo! —le espetó ella—. Sí, estoy a salvo, pero ¿qué me dices de mi pueblo? Estoy a salvo porque estoy en América, el país afortunado, la tierra elegida. ¿Por qué tenía que ocurrirle esto a Inglaterra? El Gulf Stream baña también vuestras costas. ¿Por qué no están los americanos tiritando, pasando miedo y frío sin esperanza, en lugar de estar calentitos, cómodos e indiferentes? ¿Es eso justo?

—El Gulf Stream —explicó él con tono lastimero— no afecta tan decisivamente a nuestro clima porque, en primer lugar, estamos mucho más al sur que Europa y, en segundo lugar, nuestros vientos predominantes son del oeste, como los de Inglaterra. Pero nuestros vientos soplan de tierra al Gulf Stream y en Inglaterra del Gulf Stream a la tierra.

—¡Pero no es justo! ¡No es justo!

—¿Puedo remediarlo acaso, Kay?

—No, supongo que no —reconoció ella con un repentino tono de cansancio, pero luego gritó con un nuevo estallido de cólera—: ¡Pero tu pueblo sí puede hacer algo! ¡Fíjate en esto!

Agarró un ejemplar de la semana anterior del «Times» de Londres, lo hojeó rápidamente y se volvió hacia Ted.

—¡Escucha, simplemente escucha! «Y en nombre de la humanidad no es pedir demasiado que nuestra nación hermana nos abra sus puertas. Que nos permita establecernos en las amplias zonas que ahora sólo sirven para que las tribus indias salgan de cacería y los búfalos pastoreen. No seríamos nosotros los únicos en beneficiarnos con tal asentamiento, porque llevaríamos al nuevo país una población sana, industriosa y servidora de la ley, nada de salteadores ni de bandidos, punto éste digno de considerar. Seríamos un gran público comprador para los fabricantes americanos, al llevar con nosotros toda nuestra riqueza portable. Y finalmente, suministraríamos una hueste de celosos defensores en caso de una guerra por territorio, una guerra que ahora parece inevitable. Hablamos, además, su misma lengua. A todas luces ésta es la solución lógica, y más si uno recuerda que sólo el estado de Texas contiene tierra suficiente para proporcionar ocho metros cuadrados a cada hombre, mujer y niño del mundo». —Hizo una pausa y lanzó una mirada retadora a Ted—. ¿Qué me dices de esto?

Él resopló.

—¡Indios y búfalos! —respondió con tono cortante—. ¿Has visto uno u otro en los Estados Unidos?

—No, pero…

—Y en cuanto a Texas se refiere, desde luego hay allí tierra suficiente para dar ocho metros cuadrados a toda la gente

del mundo, pero ¿por qué no habla el director de ese periódico de que ocho metros cuadrados no bastan ni para sostener a una vaca? El Llano Estacado no es más que un desierto alcalino y en el resto del estado escasea el agua. Siguiendo el mismo argumento, deberíais trasladaros a Groenlandia; estoy seguro de que allí hay tierra suficiente para proporcionar doce metros cuadrados por persona.

—Eso puede ser verdad, pero…

—Y en cuanto a un gran público comprador… Vuestra riqueza portable es oro y papel moneda, ¿no es así? Lo del oro está muy bien, pero ¿de qué sirven los billetes, si no hay crédito británico que los respalde? Los recién llegados pasarían a engrosar las filas de los desempleados hasta que la industria de América pudiera absorberlos, cuestión quizá de años. Y mientras tanto los salarios caerían en picado a causa del enorme exceso de mano de obra y los alimentos y alquileres subirían por las nubes a causa de los millones de estómagos extras a los que nutrir y de cuerpos a los que dar refugio.

—¡Está bien! —dijo Kay sombríamente—. Arguye todo cuanto quieras. Puede que tus argumentos sean exactos, pero sé muy bien que hay una cosa inaceptable: dejar a cincuenta millones de ingleses morir de hambre y de frío, dejarlos sufrir en un país cuyo clima se ha vuelto glacial. Recuerda que una vez te indignaste al leer la crónica de un periódico que hablaba de una pobre familia que vivía en un

tabuco sin calefacción. ¿Qué me dices entonces de todo un país cuya estufa se ha apagado?

—¿Y qué me dices tú —replicó Ted irritado— de los otros siete u ocho países cuyas calderas se han apagado también?

—¡Pero Inglaterra merece prioridad! —estalló ella—. Tomasteis de nosotros vuestro lenguaje, vuestra literatura, vuestras leyes, toda vuestra civilización. ¡Incluso ahora no deberíais de ser más que una colonia inglesa! ¡Eso es lo que sois, si quieres que te diga la verdad!

—Pensamos de modo diferente. Por lo demás, tú sabes tan bien como yo que los Estados Unidos no pueden abrir la puerta a una nación y excluir a las demás. Tiene que ser a todas o a ninguna, y eso significa a ninguna.

—Y eso significa la guerra —dijo ella amargamente—. ¡Oh, Ted, no puedo sentir de otra manera! Tengo gente allí: tías, primos, amigos. ¿Crees que puedo permanecer indiferente mientras ellos se arruinan? Aunque ya están arruinados, esa es la verdad. Allí la tierra no vale ya nada. No es posible venderla a ningún precio.

—Lo sé, Kay. Y lo siento; pero no es culpa de nadie. A nadie se puede censurar.

—Y nadie va a hacer nada para resolver el problema, supongo. ¿Es ésta vuestra bonita teoría americana?

—Sabes que no es justo lo que estás diciendo. ¿Qué podemos hacer?

—Podríais dejarnos entrar. Tal como están las cosas, tendremos que luchar para abrirnos paso, y no podréis reprochárnoslo.

—Kay, ninguna nación o grupo de naciones pueden invadir este país. Incluso si nuestra marina fuese absolutamente destruida, ¿a qué distancia de la orilla crees tú que podría llegar un ejército enemigo? Se repetiría el desastre de Napoleón en Rusia: un ejército que avanza y que es tragado por la tierra. ¿Dónde va a encontrar Europa los alimentos para sostener a un ejército invasor? ¿Crees que podría vivir sobre el terreno? Ninguna nación cuerda lo intentaría.

—Ninguna nación cuerda quizá —replicó ella seriamente—. ¿Crees que estamos tratando con naciones cuerdas?

Ted se encogió de hombros con aire sombrío. La muchacha continuó:

—Están desesperadas. Nada se les puede reprochar. Hagan lo que hagan, vosotros tendréis la culpa. Tendréis que luchar en solitario contra toda Europa, siendo así que podríais haber tenido a la armada británica a vuestro lado. Es estúpido. Peor que estúpido, es egoísta.

—Kay —dijo él lastimeramente—, no puedo discutir contigo. Comprendo lo que sientes y comprendo que es una

situación infernal. Pero incluso si estuviera de acuerdo con todo cuanto has dicho, que no lo estoy, ¿qué podría hacer? No soy el presidente y no soy el Congreso. Dejemos la discusión por esta tarde, cariño; no sirve más que para hacerte desgraciada.

—¡Desgraciada! Como si pudiera ser otra cosa cuando todo lo que aprecio, todo lo que amo, está condenado a desaparecer bajo la nieve del Ártico.

—¿Todo, Kay? —preguntó él suavemente—. ¿Acaso olvidas que también hay algo para ti en este lado del Atlántico?

—No he olvidado nada —respondió ella fríamente—. Sé muy bien lo que he dicho. ¡América! Odio América, sí. Y odio también a los americanos.

—¡Kay!

—¡Y lo que es más —prosiguió ella—, no me casaría con un americano aunque…, aunque fuese capaz de reconstruir el istmo! Si Inglaterra va a morir de frío, moriré de frío con ella, y si Inglaterra va a luchar, sus enemigos son mis enemigos.

Súbitamente se puso en pie, deliberadamente apartó los ojos de la turbada cara del joven y salió de la habitación.

A veces, durante aquellas agitadas semanas de febrero, Ted se abría camino a través de la galería de los visitantes para pasar a una u otra de las cámaras del Congreso. El

Congreso saliente, cuya reelección estaba fijada para el otoño, concentraba y resumía el estado de histeria que se había apoderado del país, y luchaba a la desesperada en sus sesiones finales. Se pasaban por alto los asuntos rutinarios y, día tras día, ambas cámaras se dedicaban a considerar aquella emergencia sin precedentes con una especie de consternada incapacidad para actuar con un acuerdo unánime. Se leían extrañísimos proyectos de ley, se estudiaban, se discutían, quedaban aplazados para una segunda lectura y se aplazaban de nuevo. La prosperidad económica de un año antes prometía una mayoría conservadora en las elecciones próximas, pero los conservadores no tenían en realidad ninguna línea política que ofrecer y las propuestas de los grupos minoritarios de laboristas e izquierdistas eran rechazadas sin que se sugiriesen propuestas alternativas.

Llegaron a presentarse los más inesperados proyectos de ley. Ted escuchó, fascinado, la propuesta izquierdista de que cada familia americana adoptase a dos europeos, repartiendo sus ingresos en terceras partes. Hubo también una sugerencia de que se aconsejase a los europeos someterse a esterilización voluntaria, restringiendo así los peligros en toda una generación. El senador del nuevo estado de Alaska presentó un fantástico proyecto sobre el papel moneda, una especie de fórmula mágica para permitir que Europa comprase su sustento sin empobrecer al resto del mundo. Hubo sugerencias de ayuda directa, pero hacer

caridad a doscientos millones de personas era un problema tan evidentemente abrumador, que esa propuesta mereció poca atención. Sin embargo, ciertos proyectos de ley fueron aprobados sin debate en ambas cámaras, conquistando por igual los votos de izquierdistas, laboristas y conservadores; se trataba de la concesión de créditos necesarios para la construcción de submarinos, superbombarderos, cazas y aviones nodriza.

Fueron días extraños y agitados en Washington. En apariencia, la vida social alegre y bulliciosa, propia de toda gran capital, persistía. Ted, naturalmente, siendo joven y desde luego nada mal parecido, recibía innumerables invitaciones. Pero ni siquiera las personas menos sensibles podían pasar por alto la obscura tensión que a todos atenazaba en lo más hondo. Había bailes, había alegres conversaciones de sobremesa, había risas, pero debajo de todo aquello estaba el miedo. Ted no fue el único en notar que los representantes diplomáticos de los países afectados brillaban por su ausencia en todos los actos excepto en aquellos a los que era imprescindible asistir. E incluso entonces ocurrieron incidentes. Ted presenció cómo el embajador de Francia abandonaba irritado una reunión porque la anfitriona se había permitido el mal gusto de dejar que su orquesta interpretase una canción popular llamada «Blues del Gulf Stream». Los periódicos se abstuvieron cuidadosamente de mencionar el hecho, pero en la capital se comentó durante algunos días.

Ted buscaba en vano a Kay. El padre de la muchacha aparecía cuando no tenía más remedio que hacerlo, pero Ted no había conseguido verla desde que ella se separó tan bruscamente de él. En respuesta a sus preguntas, Sir Joshua se limitó a comunicarle que estaba indispuesta. Ted estaba cada vez más inquieto, hasta llegar al punto de no distinguir qué era lo más importante: si su propia situación o la del mundo. A fin de cuentas, las dos eran una sola y misma cosa.

El mundo era como un cristal de yoduro de nitrógeno, aguardando solamente la sequedad del verano para hacer explosión. Bajo su helada superficie, Europa estaba hirviendo como los montes Erebus y Terror que vomitan fuego en medio del hielo de la Antártida. La pequeña Hungría había concentrado su ejército en el oeste, sin duda para oponerse a una concentración similar por parte de Alemania y Austria. Sobre esta noticia, Ted le oyó decir a Maxwell con tono de alivio que ello indicaba que Alemania tenía intenciones tierra adentro; eso significaba un enemigo potencial menos para América.

Pero las naciones marítimas eran otra cosa, especialmente Gran Bretaña, cuya flota, que había circundado el mundo, se estaba concentrando día a día en el Atlántico. Un océano muy activo, ciertamente, porque en su costa oeste estaba alineada la flota de combate americana, construida a toda prisa para reforzar la antigua, y en él pululaban un enjambre de barquitos que transportaban a los afortunados que podían abandonar sus hogares europeos en busca de otro

país. África y Australia estaban recibiendo una corriente insólita de inmigrantes. Pero esta corriente era en realidad insignificante; estaba compuesta por aquellos que poseían bastante riqueza líquida para afrontar el viaje. Millones y millones de personas permanecían atadas a sus hogares, ligadas por la posesión de tierras invendibles, por inversiones en negocios, por motivos sentimentales, o por la simple carencia de fondos suficientes para comprar pasaje en los barcos. Y en todos los países así afligidos había personas que se aferraban tercamente a la esperanza, seres que creían, incluso en lo más feroz de aquel increíble invierno, que el peligro pasaría y todo volvería a su cauce normal.

La pequeña Holanda, enérgica y directa, fue la primera nación en proponer abiertamente un traslado completo de población. Ted leyó la nota o al menos la versión que dio de ella la prensa el veintiuno de febrero. En síntesis repetía los argumentos que Kay había leído en el periódico de Londres: la apelación a los sentimientos humanitarios, la afirmación de que se trataba de miles y miles de personas honradas y trabajadoras, y el recuerdo de la amistad que siempre había existido entre las dos naciones. La nota se cerraba con un requerimiento de respuesta inmediata a causa de la «urgencia de la situación». Y la réplica inmediata llegó.

También fue comunicada a la prensa. En un lenguaje suave y muy cortés, ponía de manifiesto que los Estados Unidos no podían admitir a ciudadanos de un país excluyendo a los de

otros. Conforme a la Ley, los inmigrantes holandeses serían bien admitidos en toda la extensión de la cuota que tenían asignada. Incluso era posible qué esa cuota se aumentase, pero nunca hasta el punto de dejarla sin validez. La nota era en realidad un suave, digno y diplomático no.

Marzo entró con viento del sudoeste. En los estados sureños trajo la primavera y en Washington una débil promesa de tiempo bueno, pero a los países del antiguo Gulf Stream no alivió el invierno ártico que había caído sobre ellos con su helado manto. Sólo en la comarca vasca de la Francia meridional, donde vientos fugaces soplaban a intervalos desde el otro lado de los Pirineos con el cálido aliento de la corriente desviada, había algún signo de mejora. Pero todo no era más que una promesa: la de que abril vendría, y mayo…, y el mundo flexionaba sus músculos de acero para la batalla.

A nadie se ocultaba ya que la guerra amenazaba. Después de las primeras notas y réplicas, la prensa enmudeció, pero todo el mundo sabía que declaraciones, mensajes y comunicados estaban volando entre las potencias como una bandada de blancas palomas, y no precisamente de la paz. Ahora contenían bruscas peticiones y enérgicas negativas.

Ted sabía de la situación tanto como cualquier observador atento, pero no más. Él y Asa Gaunt discutían el asunto incansablemente, pero el seco tejano, habiendo hecho sus predicciones y habiéndolas visto realizarse, no estaba ya en

medio del torbellino, porque su oficina, por supuesto, no tenía ahora nada que ver con el asunto. Por eso la Inspección Geológica languidecía con un personal reducidísimo, debilidad ésta compartida por cualesquiera otros departamentos gubernamentales que no tuviesen una intervención directa en la defensa.

Todos los países americanos, y a decir verdad, todas las naciones menos las de Europa occidental, estaban disfrutando de una prosperidad febril, anormal, exagerada. La fuga de capitales desde Europa, y la incesante, ávida y frenética petición de alimentos, habían impulsado innumerables negocios y las exportaciones crecieron de modo increíble. En esta coyuntura, Francia y las naciones colocadas bajo su hegemonía, las que se habían aferrado tan tercamente al oro desde la segunda revaluación del franco, se encontraron ahora en posición ventajosa, ya que con su moneda podían comprar más trigo, más ganado y más carbón. Pero los países del papel moneda, especialmente Gran Bretaña, tiritaban y se helaban en casas de piedra y en mansiones donde el viento corría a su antojo.

El once de marzo, aquel martes memorable en que el termómetro marcó los veintiocho bajo cero en Londres, Ted tomó una decisión que maduraba desde hacía seis semanas. Iba a tragarse su orgullo y ver de nuevo a Kay. En Washington se rumoreaba con insistencia que Sir Joshua había sido llamado a su patria y que las relaciones diplomáticas con Inglaterra iban a romperse como se habían roto ya con

Francia. Toda la nación realizó sus quehaceres cotidianos con un aire de tensa expectativa. La ruptura con Francia significaba poco en vista del exiguo poder marítimo de ésta, pero ahora, si el coloso de la armada británica iba a alinearse con el ejército francés…

Pero lo que turbaba a Ted era un problema mucho más personal.

Si Londres llamaba a Sir Joshua Lovell, Kay tendría que acompañarle y, una vez que estuviese atrapada en el helado infierno de Europa, Ted tenía el presentimiento aterrador de que la perdería para siempre. Cuando estallase la guerra, como indudablemente tendría que estallar, se extinguirían las últimas esperanzas de ver de nuevo a la muchacha. Europa parecía condenada, pues era imposible que pudiese llevarse a cabo con éxito una invasión a través de miles de kilómetros de océano. Ted pensó que si podía salvar el único fragmento de Europa que significaba algo para él, si podía salvar de algún modo a Kay Lovell, valía la pena sacrificar el orgullo. Decidido a hablar con ella, cogió el teléfono. Por toda respuesta obtuvo la seca negativa de la doncella y, sin pensárselo dos veces, abandonó la semiparalizada oficina, para acudir a casa de Kay. La doncella acudió a su timbrazo.

—La señorita Lovell no está en casa —dijo fríamente—. Ya se lo dije por teléfono.

—La esperaré —contestó Ted ceñudamente, entrando sin admitir más obstáculos.

Se sentó en el vestíbulo tercamente, respondió con miradas de fuego a las miradas llameantes de la doncella y aguardó. No transcurrieron más de cinco minutos antes de que apareciese Kay bajando pausadamente los escalones.

—Habría preferido que te marchases —dijo ella.

Estaba pálida y turbada, y él sintió una oleada de compasión.

—No quise irme.

—¿Qué tengo que hacer para que te vayas? No quiero verte, Ted.

—Después que hables conmigo media hora, me iré.

Ella se rindió mecánicamente y lo hizo pasar al saloncito donde ardía el fuego.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Kay, ¿me quieres?

—Yo… No, no te quiero.

—Kay —insistió él suavemente—, ¿me quieres lo bastante para casarte conmigo y quedarte aquí, donde estarás a salvo?

Las lágrimas brillaron de pronto en los ojos castaños de la muchacha.

—Te odio —dijo—. Os odio a todos vosotros. Sois una nación de asesinos. Sois como los indios Thugs, con la única diferencia de que ellos llaman al asesinato religión, y vosotros lo llamáis patriotismo.

—No quiero discutir contigo, Kay. No puedo censurar tu punto de vista ni puedo censurar que no comprendas el mío. Pero ¿me quieres?

—Está bien —dijo ella con súbito cansancio—, sí, te quiero.

—¿Y te casarás conmigo?

—No, no me casaré contigo, Ted. Vuelvo a Inglaterra.

—Pero ¿te casarás conmigo antes? Yo te dejaré ir, Kay, pero luego, si queda algo de mundo después de lo que va a pasar, podré traerte de vuelta aquí. Tendré que luchar por las cosas en las que creo y no te pediré que estés conmigo durante el tiempo en que nuestras naciones sean enemigas, pero después, Kay, si eres mi mujer, podría traerte aquí. ¿No lo comprendes?

—Lo comprendo, pero…, no.

—¿Por qué, Kay? Has dicho que me quieres.

—Sí, te quiero —dijo ella casi amargamente—. Preferiría no quererte, porque no puedo casarme contigo odiando a tu pueblo de la manera que lo odio. Si estuvieras de mi parte, Ted, te juro que me casaría contigo mañana, u hoy, dentro de cinco minutos. Tal como están las cosas, no puedo, no sería leal.

—No puedes desear que me convierta en traidor —respondió él sombríamente—. Si hay una cosa de la que estoy seguro, Kay, es que no podrías querer a un traidor. —Hizo una pausa—. ¿Es adiós, entonces?

—Sí. —En los ojos de la muchacha había de nuevo lágrimas—. Todavía no se ha hecho público, pero a papá lo han llamado a Inglaterra. Mañana presentará la llamada en la secretaría de Estado y pasado mañana marcharemos para Inglaterra. Esto es el adiós.

—Esto significa guerra —masculló él—. Había esperado que, a pesar de todo… Bien sabe Dios que lo siento, Kay. No te reprocho tu actitud. No podrías sentir de una manera distinta y seguir siendo Kay Lovell, pero… resulta endiabladamente duro. ¡Endiabladamente duro!

Ella asintió en silencio. Al cabo de un momento dijo:

—Piensa lo que por mi parte, Ted, significa volver a un hogar que es como…, bueno, como las montañas Rockefeller en la Antártida. Te digo que habría preferido que Inglaterra se hundiese en el mar. Habría sido más fácil, mucho más fácil que esto. Si se hubiese hundido hasta que las olas pasasen sobre la misma cúspide del Ben Macduhl…

Se interrumpió.

—Las olas están rodando sobre cumbres más altas que el Ben Macduhl —replicó él tristemente—. Están…

De pronto se detuvo. Se quedó mirando a Kay boquiabierto, con una luz violenta en los ojos.

—¡La Sierra Madre! —gritó con una voz tan atronadora, que la muchacha se apartó, asustada—. ¡La Sierra Madre! ¡La Sierra Madre!

—¿Qué…, qué pasa? —balbuceó ella.

—¡La Sierra Madre! ¡Escúchame, Kay, escúchame! ¡Confía en mí! ¿Quieres hacer algo, algo por nosotros dos? ¿Nosotros? ¡Quiero decir por el mundo! ¿Quieres?

—Yo…, yo…

—Sé que querrás, Kay. Impídele a tu padre que presente la carta de llamada de Inglaterra. Mantenlo aquí diez días más, aunque sólo sea una semana. ¿Podrás conseguirlo?

—¿Cómo? ¿Cómo voy a poder?

—No lo sé. De cualquier forma. Ponte enferma. Ponte tan enferma, que no puedas viajar y pídele que no presente la carta hasta que tú puedas acompañarlo. O… o dile que los Estados Unidos harán otra propuesta a Inglaterra dentro de pocos días. Esa es la verdad. Te juro que es la verdad, Kay.

—Pero… pero él no me creerá.

—¡Tiene que creerte! No me importa cómo lo consigas, pero rétenlo aquí. Y haz que comunique a su ministerio que han surgido nuevos aspectos en la situación, novedades importantísimas. Te aseguro que es verdad, Kay.

—¿De qué se trata?

—No hay tiempo para explicaciones. ¿Harás lo que te pido?

—Lo… lo intentaré.

—¡Eres…, bueno, eres maravillosa! —dijo él roncamente. Se quedó mirando los trágicos ojos castaños de la muchacha, la besó con premura y salió precipitadamente.

Asa Gaunt estaba examinando un mapa cuando Ted penetró sin previo aviso en el despacho. El enjuto tejano alzó la mirada con una seca sonrisa al contemplar aquella entrada tan poco ceremoniosa.

—¡Lo tengo! —gritó Ted.

—Debe de ser un ataque bastante fuerte —convino Asa Gaunt—. ¿Cuál es el diagnóstico?

—No, me refería… Oiga, ¿la Inspección ha hecho sondeos en el istmo?

—El «Dolphin» lleva allí semanas —respondió el anciano—. Sabes muy bien que no se pueden reconocer sesenta mil kilómetros cuadrados de fondo oceánico en un simple paseo.

—¿Dónde están sondeando? —instó Ted.

—En la Punta del Cayo Perla, en Blue Fields, en la Punta del Mono y en San Juan del Norte, desde luego. Naturalmente sondearán primero los sitios donde antes había ciudades.

—¡Oh, naturalmente! —dijo Ted, reprimiendo de su voz una tensa protesta—. ¿Y dónde está el «Marlin»?

—Ocioso en Newport News. No podemos tener en actividad a los dos con el presupuesto de este año.

—¡Al diablo el presupuesto! —rugió Ted—. ¡Haga venir al «Marlin» y también a cualquier otro barco que pueda traer una plomada eléctrica!

—Sí, señor, perfectamente, señor —dijo Asa Gaunt secamente—. ¿Cuándo ha relevado usted a Golsborough como secretario del Interior, señor Welling?

—Usted perdone —contestó Ted—. No estoy dando órdenes, pero se me ha ocurrido algo. Algo que puede sacarnos a todos de este apuro en que estamos metidos.

—¿Sí? Parece bastante interesante. ¿Es otro de esos proyectos internacionales de hacer dinero por milagro?

—¡No! —estalló Ted—. ¡Es la Sierra Madre! ¿No lo comprende?

—Tan lacónicamente, no.

—Pues escuche. He sobrevolado cada uno de los kilómetros cuadrados del territorio hundido. Lo he cartografiado y fotografiado y he trazado geodésicas. Conozco esa franja de tierra sepultada tan bien como conozco los bollos y huecos de mi propia cama.

—Mi enhorabuena. Pero ¿qué me quieres decir con eso?

—Esto.

Se volvió hacia la pared, bajó el plano topográfico de Centroamérica y empezó a hablar. Al cabo de un rato, Asa Gaunt se inclinó hacia adelante en su butaca y una extraña luz se concentró en sus pálidos ojos azules.

Lo que sigue ha sido recogido e interpretado de cien maneras por innumerables historiadores, El relato del «Dolphin» y del «Marlin» sondeando con frenética prisa el curso de la cordillera sumergida es de por sí una novela de primera categoría. La historia secreta de la diplomacia, el mantenimiento de la neutralidad de Gran Bretaña de forma que las potencias marítimas menores no se atreviesen a declarar la guerra a una distancia de cinco mil kilómetros de océano, es otra novela que nunca será narrada en su totalidad. Pero la historia más fascinante de todas, la construcción de la muralla montañosa intercontinental, se ha contado con tanta frecuencia, que necesita pocos comentarios.

Los sondeos registraron el curso irregular de las montañas de la hundida Sierra Madre. La conjetura de Ted se vio justificada; los picos de la cordillera no estaban sumergidos a mucha profundidad. Se encontró una ruta donde la contracorriente ecuatorial batía sobre aquellas montañas siempre a menos de cuarenta brazas de profundidad y la construcción de la muralla empezó el treinta y uno de marzo. Empezó con una prisa frenética, porque la tarea dejaba en mantillas la construcción del canal abandonado. A finales de septiembre, unos trescientos kilómetros habían sido elevados hasta el nivel del mar, con un poderoso baluarte de veinticinco metros de anchura en su punto más estrecho, con una altura extrema de ochenta metros y un promedio de treinta.

Todavía quedaba por completar más de la mitad de la obra cuando el invierno se abatió sobre una Europa aterrorizada, pero la mitad que se había construido representaba el trabajo más crítico. Por una parte fluía la Contracorriente, por la otra la Corriente Ecuatorial, obligada a unirse con el Gulf Stream en su lenta marcha hacia Europa. Y el poderoso Gulf Stream, vigilado por un centenar de navíos oceanográficos, torció de nuevo lentamente hacía el norte y bañó primero las costas de Francia, luego las de Inglaterra y finalmente las de la nórdica Península Escandinava. El invierno irrumpió con la suavidad de antaño, y un suspiro de alivio se escapó de todas las naciones del mundo.

Ostensiblemente, la muralla montañosa intercontinental fue construida por los Estados Unidos. Muchos de los periódicos más patrioteros se quejaban del despilfarro del Tío Sam, que no se habría gastado menos de quinientos millones de dólares en un proyecto que iba en beneficio de Europa. Nadie se fijó en que no hubo ninguna concesión de crédito por parte del Congreso ni nadie se preguntó por qué las bases navales británicas en Trinidad, Jamaica y Belice habían alojado tan gran porción de la flota atlántica de Su Majestad. Ni, dicho sea de paso, nadie se preguntó por qué las muertas deudas de guerra fueron desenterradas tan repentinamente y pagadas con tanta alegría por las potencias europeas.

Unos pocos historiadores y economistas pueden sospechar algo. La verdad es que la muralla montañosa intercontinental

había dado a los Estados Unidos una hegemonía mundial, de hecho casi un imperio mundial. Desde la punta sur de Tejas, desde Florida, desde Puerto Rico y desde la zona del canal, por lo demás inútil, un millar de aviones norteamericanos podían bombardear la muralla y convertirla en una ruina. Ninguna nación europea se atreve a afrontar ese riesgo.

Además, ninguna nación del mundo, ni siquiera en el Extremo Oriente donde el Gulf Stream no ejerce ninguna influencia climática, se atreve a amenazar con una guerra contra América. Si el Japón, por ejemplo, se convirtiese en un mundo hostil, toda la fuerza militar de Europa se volvería contra él. Europa, por su parte, no puede arriesgarse a un ataque contra la muralla y, desde luego, el primer esfuerzo de una nación con los Estados Unidos sería violentar un paso a través de la muralla.

En realidad los Estados Unidos pueden dominar los ejércitos de Europa con unos pocos aviones bombarderos, aunque ni siquiera los más ardientes pacifistas hayan sugerido hasta ahora ese experimento. Pero tales son los resultados de la barrera conocida oficialmente con el nombre de Muralla Montañosa Intercontinental, pero designada por todos los periódicos, por el nombre de quien la inventó, Muralla Welling.

Era a mediados de verano cuando por fin Ted tuvo tiempo para casarse y pasar la luna de miel. Kay y él eligieron el Caribe, cruzando aquel mar traicionero en una recia chalupa

de quince metros que Asa Gaunt y la Inspección Geológica les prestaron para la ocasión. Consumieron una buena parte del tiempo contemplando las grandes dragas y barcos de construcción que trabajaban desesperadamente en la tarea de añadir millones de metros cúbicos a los picos de la cordillera submarina que fue en otros tiempos la Sierra Madre. Y un día, cuando los dos estaban tendidos en cubierta en traje de baño, resueltos a adquirir un bronceado tropical, Ted preguntó a su esposa:

—A propósito, nunca me has contado cómo conseguiste retener a Sir Joshua en los Estados Unidos. Eso aplazó la guerra el tiempo suficiente para que este proyecto pudiese ser diseñado y presentado. ¿Cómo lo conseguiste?

Kay sonrió.

—Primero traté de decirle que estaba enferma. Me puse desesperadamente enferma.

—Ya me imaginaba yo que él caería en esa trampa.

—Pues no cayó. Dijo que un viaje por mar me sentaría bien.

—Entonces, ¿qué hiciste?

—Bueno, mira, él tiene una especie de alergia a la quinina. Desde que estuvo en la India, donde tenía que tomarla día tras día, contrajo lo que los médicos llaman un brote de quinina, una erupción cutánea, y hace años que no la toma.

—¿Y qué?

—¿No comprendes? Su cóctel del mediodía tenía un poco de quinina, y también su vino, y su té, y el azúcar, y la sal. Él no dejaba de quejarse de que todo lo que comía le sabía amargo, pero le convencí de que eso se debía a su gastritis.

—¿Y qué pasó después?

—Le traje una de sus cápsulas contra la gastritis, con la diferencia de que dentro no estaba la medicina que él usa. Tenía una buena dosis de quinina y al cabo de dos horas estaba rojo como un salmón y con un escozor tan grande, que no podía estarse quieto en ningún sitio.

Ted empezó a reírse.

—¡No me digas que fue eso lo que lo retuvo aquí!

—No fue eso sólo —continuó Kay impasiblemente—. Llamé a un médico, un amigo mío que no dejaba de pedirme que me casara con él y en cierto modo le soborné para que diagnosticase a mi padre algo así como erisipela. De cualquier forma algo enormemente contagioso.

—¿Y qué más?

—Pues que nos tuvieron en cuarentena durante dos semanas. Yo seguía dándole a mi padre quinina para

mantener las apariencias y la cuarentena fue muy rígida. En fin, que no pudo presentar su carta de llamada.

LOS MUNDOS «SI»

Me detuve camino del aeropuerto de Staten Island para llamar por teléfono. Indudablemente fue un error, puesto que tenía la oportunidad de conseguirlo de otra manera. Pero en la oficina se mostraron amables.

—Retrasaremos la salida cinco minutos —dijo el empleado—. No podemos hacer nada más.

Así pues, volví a mi taxi, nos elevamos hasta el tercer nivel y recorrimos el puente Staten como un cometa que avanza por un arco iris de acero. Yo tenía que estar en Moscú al anochecer, a las veinte horas para ser exactos, con objeto de asistir a la apertura de ofertas sobre el túnel de los Urales ya que el gobierno exigía la presencia personal de un agente de cada licitador. Pienso que la empresa hubiese podido designar a alguien mejor que yo, Dixon Wells, aunque la N. J.

Wells Corporation es, por decirlo así, mi padre. Yo me había labrado una…, bien, una inmerecida reputación de llegar tarde a todo. Jamás dejaba de faltarme el acontecimiento inesperado que me retrasaba; no era nunca culpa mía. Esta vez fue un encuentro casual con mi antiguo profesor de física, el viejo Haskel van Manderpootz. No podía limitarme a un «cómo está usted» y a decirle adiós; yo había sido uno de sus favoritos en el curso universitario de 2014.

Perdí el avión, por supuesto. Me hallaba todavía en el puente Staten cuando oí el rugido de la catapulta y vi cómo el cohete soviético «Baikal», con su larga cola llameante, zumbaba sobre nosotros como una bala trazadora.

Sin embargo, conseguimos el contrato lo cual no sirvió para mejorar mi reputación: la empresa había llamado a nuestro agente en Beirut y fue él quien voló a Moscú. No obstante, me sentí muchísimo mejor cuando vi los periódicos de la tarde: el «Baikal», al intentar una maniobra para sortear una tormenta había chocado con un transporte británico y sólo se salvaron cien de los quinientos pasajeros. Había estado a un paso de convertirme en el difunto señor Wells.

Concerté una cita para la semana siguiente con el viejo van Manderpootz. Al parecer lo habían trasladado a la universidad de Nueva York como jefe del departamento de Física Moderna, esto es, de Relatividad. Se lo merecía; el buen anciano era un genio y aún ahora, ocho años después de salir de la universidad, yo recordaba más de su curso que

de media docena en cálculo, vapor, gas, mecánica y otras materias necesarias para la educación de un ingeniero. Así pues, la noche del martes acudí a nuestra cita… a decir verdad con una hora de retraso. Hasta media tarde no recordé el compromiso.

El profesor estaba leyendo en una habitación tan desordenada como de costumbre.

—Vaya —gruñó—, veo que el tiempo lo cambia todo, menos la costumbre. Eras un buen estudiante, Dick, pero creo recordar que siempre llegabas a clase a mitad de la conferencia.

—Es que siempre tenía alguna otra en una facultad distinta —me disculpé—. Me era imposible llegar a tiempo.

—Bien, ya es hora de que aprendas a llegar a tiempo —rezongó. Luego sus ojos relampaguearon—. ¡Tiempo! —exclamó—. La palabra más fascinante que existe en todo el idioma. La hemos usado ya cuatro veces en el primer minuto de nuestra conversación. Cada uno de nosotros entiende al interlocutor, sin embargo la ciencia no está más que comenzando a aprender el significado de esa palabra. ¿He dicho ciencia? Quiero decir que estoy aprendiendo a comprender.

Me senté.

—Usted y la ciencia son sinónimos —sonreí—. ¿No es usted uno de los más relevantes físicos del mundo?

—¡Uno de ellos! —resopló—. Uno de ellos, ¿eh? ¿Y quiénes son los demás?

—Pues Corveille, Hastings, Shrinski…

—¡Bah! ¿Vas a mencionarlos en la misma frase donde figure el nombre de van Manderpootz? No son más que chacales que se alimentan de las migajas que caen de mi banquete de pensamientos. Si hubieses retrocedido al siglo pasado, habrías encontrado nombres como los de Einstein y De Sitter, dignos tal vez de codearse con el de van Manderpootz.

Otra vez sonreí, divertido.

—Einstein no estaba mal considerado, ¿verdad? —comenté—. Después de todo, fue el primero que enlazó tiempo y espacio en el laboratorio. Antes de él, no eran más que conceptos filosóficos.

—¡No lo hizo! —protestó el profesor—. Tal vez de una manera obscura y primitiva mostró el camino, pero yo, yo, van Manderpootz, he sido el primero en apoderarme del tiempo, arrastrarlo a mi laboratorio y experimentar allí con él.

—¿De veras? ¿Qué clase de experimento?

—¿Qué experimento que no sea la simple medición es posible realizar? —replicó él.

—Pues… no lo sé. ¿Viajar en él?

—Exactamente.

—¿Como esas máquinas del tiempo que son tan populares en las revistas? ¿Poder ir hacia el futuro o hacia el pasado?

—¡Tonterías! El futuro o el pasado, ¡uf! No se necesita ser ningún van Manderpootz para ver la falacia que se esconde en eso. Ya Einstein nos lo demostró.

—¿Cómo? Pero es concebible, ¿no?

—¿Concebible? ¿Y tú, Dixon Wells, estudiaste con van Manderpootz? —Se puso rojo de emoción, luego recobró una calma ceñuda—. Escúchame. Sabes cómo el tiempo varía con la velocidad de un sistema, la relatividad de Einstein.

—Sí.

—Muy bien. Pues supón ahora que el gran ingeniero Dixon Wells inventa una máquina capaz de viajar a una velocidad enorme, digamos a nueve décimas partes de la velocidad de la luz. ¿Me sigues? Bien. Luego llenas de combustible esa nave milagrosa para una pequeña excursión de un millón de kilómetros, lo que, puesto que la masa, y con ella la inercia,

aumenta según la fórmula de Einstein con la velocidad, consume todo el combustible del mundo. Pero tú lo resuelves: utilizas energía atómica. Entonces, puesto que a nueve décimas partes de la velocidad de la luz tu nave pesa tanto como el Sol, desintegras Norteamérica para proporcionarte suficiente potencia motriz. Arrancas a esa velocidad, a doscientos setenta mil kilómetros por segundo; la aceleración te ha hecho morir aplastado, pero has penetrado en el futuro. —Hizo una pausa, sonriendo sarcásticamente—. ¿No es así?

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo?

Vacilé.

—¡Usa la fórmula de Einstein! —chilló—. ¿Cuánto tiempo? Voy a decírtelo: ¡un segundo! —Esbozó una triunfal sonrisa burlona—. Así es como resulta posible viajar en el futuro. Y en cuanto al pasado… En primer lugar, tendrías que superar la velocidad de la luz, lo que inmediatamente exige el uso de un número más que infinito de caballos de vapor. Vamos a suponer que el gran ingeniero Dixon Wells resuelve también ese pequeño problema, aunque la energía extraída de todo el universo no es un número infinito de caballos de vapor. Entonces aplica este poder más que infinito para viajar a trescientos treinta mil kilómetros por segundo durante diez

segundos. Y ya ha penetrado en el pasado. ¿En cuánto tiempo?

Vacilé de nuevo.

—Te lo diré. En un segundo. —Me miró con ojos llameantes—. Ahora todo lo que tienes que hacer es diseñar una máquina así, y van Manderpootz admitirá la posibilidad de viajar en el futuro durante un limitado número de segundos. En cuanto al pasado, he tratado de explicarte que toda la energía del universo es insuficiente.

—Pero —tartamudeé desconcertado—, usted mismo acababa de decir que…

—No dije nada de viajar ni en el futuro ni en el pasado, cosa, como te acabo de demostrar, imposible: una imposibilidad práctica en un caso y una imposibilidad absoluta en el otro.

—Entonces, ¿cómo viaja usted en el tiempo?

—Ni siquiera van Manderpootz puede realizar lo imposible —dijo el profesor, ahora tenuemente jovial. Dio unas palmaditas a un grueso montón de holandesas, que tenía en la mesa junto a él—. Mira, Dick, esto es el mundo, el universo. —Pasó un dedo sobre él—. Es largo en tiempo y —pasando la mano de arriba abajo— es ancho en espacio, pero —ahora aplastando el dedo contra el centro del montón— es muy delgado en la cuarta dimensión. Van

Manderpootz adopta siempre el rumbo más corto, el más lógico. Yo no viajo a lo largo del tiempo, ni hacia el pasado ni hacia el futuro. No. No viajo a través del tiempo, al sesgo.

Tragué saliva.

—¡Al sesgo! ¿Qué quiere decir eso? ¿Qué puede haber ahí?

—¿Qué es lo que puede haber? —resopló—. Por delante está el futuro; por detrás, el pasado. Esos son reales, los mundos del pasado y del futuro. ¿Qué mundos no son ni pasados ni futuros, sino contemporáneos y sin embargo extratemporales, mundos que existen, por decirlo así, en un tiempo paralelo al nuestro?

Sacudí la cabeza.

—¡Idiota! —me increpó—. ¡Los mundos condicionales, naturalmente! Los mundos «si». Por delante están los mundos que van a ser; por detrás están los mundos que fueron; a ambos lados están los mundos que podrían haber sido: los mundos «si».

—¿Cómo? —pregunté, desconcertado—. ¿Quiere usted decir que puede ver lo que ocurrirá?

—¡No! —resopló—. Mi máquina no revela el pasado ni predice el futuro. Mostrará, como te dije antes, los mundos condicionales. Podrías expresarlo así: «Tal cosa o tal otra

habrían sucedido si yo hubiera actuado de esta o de esa manera».

—Pero ¿cómo diablos consigue eso la máquina?

—Para van Manderpootz es algo muy sencillo. Utilizo luz polarizada, no en planos horizontales o verticales, sino polarizada en dirección de la cuarta dimensión, un asunto fácil. No hay más que utilizar espato de Islandia a una presión colosal, eso es todo. Y como los mundos son muy delgados en la dirección de la cuarta dimensión, basta con el espesor de una sola onda de luz, aunque sea de millonésimas de milímetro. Una considerable mejora sobre el viaje en el tiempo hacia el pasado o el futuro con sus velocidades imposibles y sus distancias ridículas.

—Pero…, esos mundos «si», ¿son reales?

—¿Reales? ¿Qué es real? Son reales, quizás, en el sentido de que uno es un número real como opuesto a raíz de menos uno, que es imaginario. Son los mundos que habrían sido si… ¿Comprendes ahora?

Asentí.

—Un poco. Usted podría ver, por ejemplo, lo que habría sido Nueva York si las Trece Colonias hubiesen perdido la guerra contra Inglaterra.

—Ese es el principio, cierto, pero no podrías verlo en la máquina, parte de ella es un psicómata Horsten, robado de una de mis ideas, dicho sea de paso; tú, el usuario, llegas a formar parte del artilugio. Es necesario que tu propia mente suministre el fondo de la acción. Por ejemplo, si George Washington pudiese haber usado el mecanismo después de firmada la paz, podría haber visto lo que tú sugieres. Nosotros no podemos. Tú no puedes ni siquiera ver lo que habría sucedido de no haber inventado yo ese chisme. En cambio, yo sí puedo. ¿Comprendes?

—Desde luego. Usted quiere decir que el fondo de lo ocurrido tiene que hallarse en las pasadas experiencias del usuario.

—Te estás haciendo inteligente —se burló él—. Sí. El aparato te mostrará diez horas de lo que habría sucedido si… Condensado, naturalmente, como en una película, a media hora de nuestro tiempo real.

—Oiga, eso me parece interesante.

—¿Te gustaría verlo? ¿Hay algo que te gustaría averiguar? ¿Algo en tu vida que preferirías haber cambiado?

—Yo diría que miles de cosas. Me gustaría saber qué habría sucedido si hubiese vendido mi existencia de mercancías en 2009 en lugar de en 2010. Entonces yo era un millonario indiscutible, pero tardé…, bien, tardé un poco en vender.

—Como de costumbre —comentó van Manderpootz—. Vamos al laboratorio.

La residencia del profesor estaba a una manzana del campus universitario. Me llevó al pabellón de física y de allí a su propio laboratorio de investigación, muy parecido al que yo había visitado en mis años de estudiante. El aparato, que él llamaba «subjuntivisor», puesto que operaba en mundos hipotéticos, ocupaba toda la mesa del centro. En su mayor parte se trataba de un psicómata Horsten, pero agente polarizador, el prisma de espato de Islandia de una transparencia cristalina, él era el corazón del instrumento.

Van Manderpootz señaló a la pieza principal.

—Enchúfala —me ordenó. Y yo me senté mirando fijamente la pantalla del psicómata.

Supongo que todo el mundo está familiarizado con el psicómata Horsten. Hace pocos años tuvo tanto éxito como el tablero ouija hace un siglo. Sin embargo, no es precisamente un juguete; a veces, lo mismo que el tablero ouija, constituye una ayuda real para la memoria. Se consigue que un amasijo de sombras vagas y coloreadas se deslice por la pantalla y uno las mira mientras contempla cualquier escena o circunstancia que está tratando de recordar. Un dial permite cambiar la disposición de luces y sombras, y cuando, por casualidad, el dibujo corresponde con el cuadro mental del espectador, ¡ya está! Allí aparece la

escena recreada ante los ojos de éste. Por supuesto, es su propia mente quien añade los detalles. En realidad, todo lo que la pantalla muestra son manchas coloreadas, luces y sombras, pero el conjunto puede resultar asombrosamente real. En ocasiones, yo podría haber jurado que el psicómata mostraba cuadros casi tan nítidos y detallados como la realidad; la ilusión es a veces tan asombrosa como para llegar a eso.

Van Manderpootz apagó la luz y el juego de sombras comenzó.

—Ahora recuerda las circunstancias que determinaban el mercado, digamos medio año antes de su hundimiento. Gira el botón hasta que el cuadro se aclare, luego para. En ese momento yo dirigiré la luz del subjuntivisor sobre la pantalla y tú no tienes más que mirar.

Hice lo que me había indicado. Se formaron y desaparecieron cuadros momentáneos. Los sonidos engendrados por el artilugio zumbaban como voces distantes, pero sin la sugerencia añadida por el cuadro no significaban nada. Mi propio rostro centelleaba y se disolvía hasta que, por fin, lo tuve. Me contemplé a mí mismo sentado en una habitación mal definida; eso era todo. Solté el botón e hice un ademán.

Siguió un chasquido. La luz se enturbió, luego se abrillantó. La escena se perfiló y, sorprendido, vi emerger a mi lado la

figura de una mujer. La reconocí; era Whimsy White, estrella de primera magnitud en la televisión, primera actriz del programa «Variedades de 09». Se veía algo cambiada, pero la reconocí.

Trataré de resumir la situación. Había estado persiguiéndola durante los años de la prosperidad, tratando de casarme con ella mientras el viejo N. J. se enfurecía y despotricaba amenazando con desheredarme y dejarlo todo a la Sociedad para la recuperación del desierto de Gobi. Creo que aquellas amenazas fueron las que impidieron a Whimsy aceptarme, pero después que retiré mi propio dinero y lo convertí en un par de millones en aquel mercado loco de 2008 y 2009, se ablandó. Temporalmente, claro. Cuando el mercado se hundió en la primavera de 2010 y me vi obligado a volver junto a mi padre y a entrar en la empresa de N. J. Wells, los favores de Whimsy decrecieron una docena de puntos. En febrero estábamos prometidos, en abril apenas nos hablábamos. En mayo me despidieron. Una vez más había llegado tarde.

Y ahora, allí la tenía, en la pantalla del psicómata, indudablemente más gorda y ni mucho menos tan bonita como mi memoria la recordaba. Me estaba mirando con una expresión de hostilidad y yo le contestaba con iguales miradas furiosas. Los zumbidos se convirtieron en voces.

—¡Tú, zángano! —chilló ella—. No puedes tenerme enterrada aquí. Necesito volver a Nueva York, donde hay un poco de vida. Me aburres tú y tu golf.

—Y a mí me aburres tú y tu pandilla de chiflados.

—Por lo menos están vivos. Tú eres un cadáver andante. Simplemente porque tuviste suerte para hacer dinero en el momento oportuno, te crees una especie de dios.

—Bueno, no creo que tú seas Cleopatra. Esos amigos tuyos se arrastran detrás de ti porque das fiestas y gastas dinero, mi dinero.

—Mejor es gastarlo así que aporreando una pelota de un lado a otro del monte.

—¿Tú crees? Deberías probarlo, Marie. —Ese era su nombre verdadero—. Te ayudaría a conservar la línea, aunque dudo que sea posible.

Me miró con ojos centelleantes de rabia y… bien, fue una penosa media hora. No contaré todos los detalles, pero lo cierto es que me alegré cuando la pantalla se disolvió en coloreadas nubes sin sentido.

—¡Uf! —resoplé, mirando a van Manderpootz, que había estado leyendo.

—¿Te ha gustado?

—¡Gustado! Mire, me parece que tuve una suerte enorme cuando me dejaron sin un céntimo. De ahora en adelante no lo lamentaré en lo más mínimo.

—Esa —dijo el profesor grandilocuentemente— es la gran contribución de van Manderpootz a la felicidad humana. De todas las lamentaciones, la más triste es: «¡Podría haber sido!». Y eso ya no es verdad, amigo Dick. Yo, van Manderpootz, he demostrado que la exclamación correcta es: «¡Podría haber sido… peor!».

Era muy tarde cuando volví a casa y, consiguientemente, muy tarde cuando me levanté, e igualmente tarde cuando llegué a la oficina. Mi padre se irritó de un modo innecesario, pero exageró al decir que nunca llego a tiempo. Se olvida de las ocasiones en que me ha despertado y me ha llevado con él literalmente a rastras. Tampoco era necesario que se refiriese tan sarcásticamente a mi retraso en ocasión del viaje con el «Baikal». Le recordé el trágico fin del avión cohete, y me respondió fríamente que de no haberme retrasado, el «Baikal» habría salido a su hora y no habría chocado con el transporte británico. También fue igualmente superfluo que mencionara el hecho de que cuando concertábamos pasar unas semanas de golf en las montañas, incluso la primavera se retrasaba. Yo no podía hacer nada en ese caso.

—Dixon —concluyó—, no tienes ni la menor idea de lo que es el tiempo. Ni la menor idea.

Me acordé de la conversación mantenida con van Manderpootz y me sentí impulsado a preguntar:

—¿Y la tiene usted, señor?

—La tengo —respondió ceñudamente—. Claro que la tengo. El tiempo —dijo como un oráculo— es dinero.

Uno no puede argüir frente a semejante punto de vista.

Pero aquellas alusiones suyas escocían, especialmente la relativa al «Baikal». Yo podía ser un remolón, pero resultaba difícilmente concebible que mi presencia a bordo del avión cohete hubiese podido evitar la catástrofe. Era un pensamiento que me irritaba. En cierto modo, me hacía responsable de las muertes de aquellos centenares de personas y eso no me hacía ninguna gracia.

Desde luego, si habían esperado cinco minutos más por mí, o si yo hubiera llegado a tiempo y ellos hubiesen zarpado conforme al horario en lugar de cinco minutos más tarde o si… si…

¡Si…! La palabra evocaba a van Manderpootz y a su subjuntivisor: los mundos «si», los mundos extraños que existían al lado de la realidad, ni pasados ni futuros, sino contemporáneos, pero fuera del tiempo. En algún sitio entre las fantasmales infinidades de aquellos mundos existía uno que representaba el mundo que habría sido si yo hubiese embarcado en el avión cohete. Sólo tenía que llamar por

teléfono a Haskel van Manderpootz, concertar una cita, y luego… descubrir lo que fuese.

Pero no era una decisión fácil. De un modo u otro había penetrado en mí la duda. Empezaba a sentirme responsable de lo ocurrido, no sabía en qué medida, una especie de responsabilidad moral tal vez. Y temía descubrir que era cierto. Me desagradaba igualmente no descubrirlo. La incertidumbre también tiene sus tormentos, tan dolorosos como los del remordimiento. Podría resultar menos enervante saberme responsable que perder el tiempo sumido en vanas dudas y fútiles reproches. Así pues, manejé el visófono, marqué el número de la universidad y por fin distinguí en la pantallita los rasgos joviales e inteligentes de van Manderpootz, interrumpido por mi llamada en una clase matinal.

Me encontraba más que listo para la cita a la noche siguiente, y podría en realidad haber llegado a tiempo, a no ser por un intransigente guardia de tráfico que insistió en multarme por ir a velocidad excesiva. A pesar de eso, van Manderpootz se mostró impresionado.

—¡Vaya! —exclamó—. Un minuto más y no me encuentras, Dixon. Ahora mismo me iba al club. No te esperaba antes de una hora. ¡Sólo diez minutos de retraso! Vaya, vaya…

Pasé por alto el comentario.

—Profesor, necesitaría hacer uso de su…, bueno, de su subjuntivisor.

—¿Cómo? ¡Ah, sí! Pues tienes suerte. Estaba a punto de desmantelarlo.

—¿Desmantelarlo? ¿Por qué?

—Ya ha cumplido su misión. Ha dado origen a una idea mucho más importante que él mismo. Necesitaré el espacio que ocupa.

—Pero ¿cuál es la idea, si no es demasiado presuntuoso por mi parte preguntarlo?

—No es demasiado presuntuoso. Pronto será pública, pero tú vas a tener el privilegio de oírla de labios de su autor. Se trata nada menos que de la autobiografía de van Manderpootz.

Hizo una pausa impresionante. Me quedé boquiabierto.

—¿Su autobiografía?

—Sí. El mundo, aunque quizá no se dé cuenta, está clamando por ella. Detallaré mi vida, mi trabajo. Revelaré en sus páginas que soy el responsable de la larga duración de la guerra del Pacífico.

—¿Usted?

—Ningún otro. Si en aquel tiempo yo no hubiese sido un leal súbdito holandés y por tanto neutral, las fuerzas de Asia se habrían visto aplastadas en tres meses, en lugar de en tres años. El subjuntivisor me lo dijo: yo habría inventado un calculador para predecir los resultados de cada combate; van Manderpootz habría suprimido el obstáculo o el elemento carencial en la conducción de la guerra. —Frunció el ceño solemnemente—. Ésa es mi idea. La autobiografía de van Manderpootz. ¿Qué te parece?

Recobré la serenidad.

—¡Es…, bien, es colosal! —asentí vehementemente—. Compraré un ejemplar. Varios ejemplares. Se los enviaré a mis amigos.

—Te dedicaré tu ejemplar —dijo van Manderpootz expansivamente—. Será algo que no tendrá precio. Escribiré una frase apropiada, algo así como Magnificus sed non superbus. Eso describe muy bien a van Manderpootz, quien a pesar de su grandeza es sencillo, modesto y nada afectado. ¿No te parece?

—¡Perfecto! Una descripción muy apropiada. Pero ¿no podría ver su subjuntivisor antes de que usted lo desmantele para hacer un hueco a su más importante obra?

—¡Ah! ¿Deseas descubrir algo?

—Sí, profesor. ¿Recuerda usted el desastre del «Baikal» hace una o dos semanas? Yo tenía que haber tomado ese avión para Moscú. Lo perdí por los pelos —y le conté los detalles.

—¡Hum! —gruñó—. Quieres descubrir lo que habría pasado si lo hubieses alcanzado, ¿eh? Bien, veo varias posibilidades. Entre los mundos «sí» están el que habría sido real si hubieses llegado a tiempo, el que habría surgido si el avión cohete te hubiese esperado hasta tu llegada y el que habría nacido si llegas dentro de los cinco minutos que te concedieron de plazo. ¿En cuál estás interesado?

—¡Oh… en el último!

Eso me pareció lo más apropiado. Después de todo, era mucho esperar que Dixon Wells pudiera llegar a tiempo alguna vez y, en cuanto a la segunda posibilidad, bien… puesto que no me habían esperado, en alguna forma me libraba del peso de la responsabilidad.

—¡Vamos! —ordenó van Manderpootz.

Lo seguí a través del pabellón de física hasta su desordenado laboratorio. El aparato estaba todavía encima de la mesa y me senté ante él, mirando fijamente la pantalla del psicómata Horsten. Las nubes oscilaban y cambiaban de posición mientras yo trataba de concentrarme en esas

sugestivas masas vaporosas para captar en alguna de ellas algún detalle de aquella mañana desaparecida.

Y luego lo tuve. Descubrí la vista del puente Staten y me vi acelerando en dirección al aeropuerto. Hice una señal a van Manderpootz, el cacharro soltó un ruidito seco y el subjuntivisor se puso en marcha.

El recortado césped y la arcilla del campo aparecieron. Hay una cosa curiosa en el psicómata: uno ve solamente a través de los ojos de sí mismo en la pantalla. Esto le presta una extraña realidad al trabajo de la máquina; supongo que una especie de autohipnotismo es parcialmente responsable de ese efecto.

Yo corría por el campo hacia el brillante proyectil de plateadas alas que era el «Baikal». Un ceñudo funcionario me invitó a darme prisa y me precipité arriba por la empinada escalerilla. La puerta se cerró y oí un largo suspiro de alivio.

—¡Siéntese! —gritó un funcionario, indicando un asiento desocupado.

Caí en mi asiento. El avión tembló bajo el impulso de la catapulta y rechinó duramente al ponerse en movimiento. Los chorros rugieron al instante, luego se produjo un estremecimiento más amortiguado y pude ver bajo mí la isla

Staten, perdiéndose a nuestras espaldas. El cohete gigante estaba en camino.

—¡Uf! —suspiré de nuevo—. ¡Que todo vaya bien!

Capté una mirada divertida de alguien que estaba a mi derecha. Era una muchacha. Quizá realmente no era tan deliciosa como me parecía; después de todo, yo la estaba viendo a través de la pantalla de semivisión de un psicómata. Desde entonces no dejo de decirme que ella no podía haber sido tan bonita como parecía, que eso se debía a mi imaginación que completaba los detalles. No lo sé; sólo recuerdo que me quedé mirando unos ojos de un extraño y delicioso color azul plateado, unos finos cabellos castaños, una boquita risueña y una naricilla descarada. Me quedé mirando hasta que ella se ruborizó.

—Lo siento —dije rápidamente—. Estaba… estaba sorprendido.

A bordo de un cohete transoceánico reina una atmósfera cordial. Los pasajeros se ven obligados a convivir en estrecha intimidad de siete a doce horas y no hay mucho sitio para moverse. Por lo general, uno traba conocimiento con sus vecinos; las presentaciones no son necesarias y la costumbre es simplemente hablar a cualquiera que usted elija, algo así como aquellos viajes cotidianos en los trenes del pasado siglo, supongo. Uno hace amigos durante el transcurso del

viaje y luego, nueve veces de cada diez, nunca vuelve a oír hablar de quienes fueron sus compañeros.

La muchacha sonrió.

—¿Es usted la persona responsable del retraso en la partida? Lo reconocí.

—Parece que siempre tengo que estar retrasado. Incluso los relojes atrasan cuando me los pongo.

Ella se echó a reír.

—No deben de ser muy pesadas las responsabilidades que usted tenga que soportar.

Bueno, desde luego no lo eran, aunque resulta sorprendente hasta qué punto muchos casinos, camareros y coristas han dependido de mí en diversas ocasiones en partes apreciables de sus ingresos. Mas por una causa u otra no me sentía inclinado a hablar de estas cosas a la muchacha de los ojos de plata.

Charlamos. Resultó llamarse Joanna Caldwell y se dirigía a París. Era una artista, o esperaba serlo algún día, y desde luego no hay ningún sitio en el mundo que pueda proporcionar a la vez entrenamiento e inspiración como París. Por eso se dirigía allí para pasar un año de estudios, y, no obstante sus labios risueños y sus ojos traviesos, pude notar que el asunto era de gran importancia para ella.

Conjeturé que había trabajado duramente para costearse aquel año en París, había hecho equilibrios y ahorrado durante tres años como figurinista para alguna revista de modas, aunque no podía tener mucho más de veintiún años. Su pintura significaba mucho para ella, y eso yo podía comprenderlo. También yo sentí alguna vez de un modo parecido respecto al polo.

Por ello se comprende que simpatizáramos desde el principio. Me di cuenta de que yo le gustaba y era evidente que ella no relacionaba a Dixon Wells con la N. J. Wells Corporation. Y en cuanto a mí…, bueno, después de aquella mirada a sus fríos ojos plateados, simplemente no me interesaba mirar a ningún otro sitio. Las horas parecían transcurrir como minutos mientras yo la contemplaba.

Ustedes saben cómo ocurren estas cosas. Sin darme cuenta me vi llamándola Joanna y ella a mí Dick; parecíamos viejos amigos. Decidí pararme en París a mi regreso de Moscú y le arranqué la promesa de que nos veríamos. Puedo asegurar que era una muchacha diferente; no tenía nada que ver con la calculadora Whimsy White y todavía menos con las muchachitas de sonrisa boba, casquivanas y aficionadas al baile que uno conoce en las salas de fiestas. Era sencillamente Joanna, fría y seria, pero simpática y jovial, y tan bonita como una figura de mayólica.

Quedamos admirados cuando la azafata pasó para preguntarnos qué queríamos en el almuerzo. ¿Ya habían

pasado cuatro horas? Parecía como si hubiesen sido cuarenta minutos. Y tuvimos un agradable sentimiento de intimidad al descubrir que a los dos nos gustaba la ensalada de langosta y en cambio detestábamos las ostras; era otro lazo. Le dije solemnemente que se trataba de un augurio y ella no puso ninguna objeción.

Después caminamos por el estrecho pasillo hacia el acristalado que se hallaba a proa. Estaba abarrotado de gente, pero no nos importó en absoluto, ya que nos obligaba a sentarnos juntitos. Estuvimos allí bastante tiempo antes de notar lo enrarecido del aire.

La catástrofe ocurrió justamente cuando estábamos de vuelta en nuestros asientos. No hubo ninguna advertencia excepto un repentino bandazo, resultado, supongo, del inútil, último y desesperado intento del piloto por evitar la colisión. Luego un crujido desgarrador y una terrible sensación de estar girando, y tras eso un coro de gritos que sonaban como el estruendo de una batalla.

Y lo era. Quinientas personas poniéndose en pie, pisándose, empujándose, siendo empujadas sin defensa mientras el gran avión cohete, con su ala izquierda convertida en un corto muñón, caía, describiendo círculos, hacia el Atlántico.

Sonaron los gritos de los oficiales y un altavoz atronó:

—Manténganse en calma. Ha habido una colisión. Hemos chocado con una nave de superficie. No hay ningún peligro. No hay ningún peligro.

Me esforcé en levantarme entre los restos de los destrozados asientos. Joanna había desaparecido. Cuando al fin di con ella, acurrucada en un rincón, el cohete chocó con el agua con un crujido que volvió a ponerlo todo en danza. El altavoz atronaba:

—Coloqúense los cinturones salvavidas. Los salvavidas están bajo los asientos.

Tiré de un salvavidas y lo coloqué alrededor de Joanna, luego me puse yo otro. La muchedumbre avanzaba ahora hacia adelante y la cola del avión empezaba a hundirse. Había agua detrás de nosotros, chasqueando en la obscuridad a medida que las luces se apagaban. Un oficial se deslizó junto a nosotros, se detuvo y colocó un salvavidas alrededor de una mujer sin conocimiento.

—¿Están todos bien? —gritó y siguió adelante sin esperar que le respondiesen.

El altavoz debía de haberse interrumpido por un cortocircuito en la batería. Pero repentinamente ordenó:

—Y aléjense todo lo que les sea posible. Salten por la escotilla de proa y procuren alejarse. Hay un barco cerca. Los recogerá a todos. Salten desde…

De nuevo enmudeció.

Saqué a Joanna de entre los restos. Estaba pálida; tenía cerrados sus ojos de plata. Empecé a arrastrarla lenta y penosamente hacia la escotilla de proa y el balanceo del suelo fue aumentando hasta parecer el de un trampolín de saltos. El oficial pasó otra vez.

—¿Podrá usted llevarla? —preguntó, y de nuevo se alejó corriendo.

Yo ya estaba llegando. La multitud apiñada junto a la escotilla parecía más pequeña. ¿O es simplemente que estaban más apretados? Luego, de pronto, un gemido de miedo y desesperación se alzó y hubo un estruendo de agua. Las paredes del mirador habían cedido. Vi el gran asalto de las olas y un diluvio rugiente se precipitó sobre nosotros. Otra vez llegué tarde.

Eso fue todo. Impresionado y consternado, alcé los ojos del subjuntivisor para mirar a van Manderpootz, que estaba garrapateando algo en el filo de la mesa.

—¿Qué tal? —preguntó él. Me estremecí.

—¡Horrible! —murmuré—. Nosotros… conjeturo que no habríamos estado entre los supervivientes.

—Nosotros, ¿eh? ¿Nosotros?

Le chispeaban los ojos. No le expliqué nada. Le di las gracias, le deseé buenas noches y me fui dolorosamente a casa.

Incluso mi padre notó algo raro en mí. El día que llegué a la oficina con sólo cinco minutos de retraso me llamó para hacerme con ansiedad algunas preguntas respecto a mi salud. Naturalmente no pude decirle nada. ¿Cómo iba a explicarle que había llegado tarde una vez más y que me había enamorado de una muchacha que hacía dos semanas que estaba muerta? Aquel pensamiento me volvía loco. ¡Joanna! Joanna con sus plateados ojos yacía ahora en el fondo del Atlántico. Yo andaba de un lado a otro medio aturdido, casi sin hablar. Una noche llegó a faltarme la energía para volver a casa y me quedé sentado fumando en el sillón supertapizado de mi padre en su despacho particular hasta que terminé por dormirme. A la mañana siguiente, cuando el viejo N. J. entró y me encontró allí ante él, se puso blanco como el papel, se tambaleó y jadeó: «¡Dios mío!».

Fueron necesarias muchas explicaciones para convencerlo de que no se trataba que yo hubiera llegado temprano a la oficina, sino que no me había movido de allí.

Por último comprendí que no me era posible seguir soportando aquello. Pensé finalmente en el subjuntivisor. Podía ver, sí, podría ver qué habría ocurrido si el avión no hubiese naufragado. Podría seguir el rastro de aquella fantástica e irreal historia de amor oculta en algún sitio entre

los mundos hipotéticos. Podría quizás extraer un gozo sombrío y precario de las cosas que podrían haber sido. ¡Podría ver a Joanna una vez más!

A últimas horas de la tarde llegué a la residencia de van Manderpootz. Él no estaba allí; lo encontré por fin en el vestíbulo de la Facultad de Física.

—¡Dick! —exclamó—. ¿Estás enfermo?

—¿Enfermo? No, no físicamente, profesor. Tengo que usar de nuevo su subjuntivisor. No me queda más remedio.

—¿Cómo? ¡Ah, ese juguete! Llegas demasiado tarde, Dick. Ya lo he desmantelado. He encontrado una utilización mejor para ese espacio.

Lancé un lastimero gemido y sentí tentaciones de condenar la autobiografía del gran van Manderpootz. Un destello de compasión apareció en sus ojos. Me agarró de un brazo y me llevó al despachito adjunto a su laboratorio.

—Cuéntame —ordenó.

Lo hice. Creo que le hice ver con bastante claridad la tragedia, porque sus hirsutas cejas se unieron en un ceño de lástima.

—Ni siquiera van Manderpootz puede resucitar a los muertos —murmuró—. Lo siento, Dick. Procura no pensar en

eso. Incluso si mi subjuntivisor estuviera disponible, no te permitiría utilizarlo. Eso no sería más que remover el cuchillo en la herida. —Hizo una pausa—. Busca otra cosa en la que ocupar tu mente. Haz como hace van Manderpootz. Encuentra el olvido en el trabajo.

—Sí —respondí sombríamente—. Pero ¿quién querrá leer mi autobiografía? Eso sólo es bueno para usted.

—¿Autobiografía? ¡Ah, ya recuerdo! No, he abandonado el proyecto. La historia misma se encargará de recoger la vida y las obras de van Manderpootz. Ahora estoy metido en un proyecto mucho más grandioso.

—¿De veras? —pregunté con el más lúgubre y profundo desinterés.

—Sí. Ha estado aquí Gogli, el escultor. Va a hacerme un busto. ¿Qué mejor legado puedo dejar al mundo que un busto de van Manderpootz, esculpido en vida? Quizá deba regalárselo a la ciudad, quizás a la universidad, Se lo daría a la Royal Society si se hubiesen mostrado un poco más receptivos, si se hubiesen… sí… ¡si…!

El último «si» lo pronunció en un grito.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¡Si…! —exclamó van Manderpootz—. Lo que tú viste en el subjuntivisor fue lo que habría ocurrido si hubieses tomado el avión.

—Ya lo sé.

—Pero realmente podría haber ocurrido algo completamente distinto. ¿No lo comprendes? Ella… ella… ¿dónde están esos periódicos viejos?

Revolvía una pila de ellos, Finalmente blandió uno.

—¡Aquí! ¡Aquí está la lista de supervivientes!

Como letras de fuego, el nombre de Joanna Caldwell saltó a mis ojos. Había incluso una gacetilla referente al asunto:

«Por lo menos una veintena de supervivientes deben la vida a la bravura del piloto de veintiocho años Orris Hope que estuvo patrullando en los pasillos durante el pánico, colocando salvavidas a los heridos y llevando a muchos hasta la escotilla. Permaneció hasta el final en el avión que se hundía hasta que por último pudo abrirse camino hasta la superficie a través de las rotas paredes del mirador. Entre los que deben su vida al joven oficial se encuentran: Patrícк Owensby, Nueva York; señora Campbell Warren, Boston; señorita Joanna Caldwell, Nueva York…».

Supongo que mi rugido de alegría se oyó en el edificio de la administración, a varias manzanas de distancia. No me

importaba; si van Manderpootz no hubiese estado defendido por tremendas patillas, lo habría besado. Quizá lo hice; no puedo estar seguro de mis acciones durante aquellos caóticos minutos en el diminuto despacho del profesor.

Por último me calmé.

—¡Podré verla! —gritaba, resplandeciente—. Tiene que haber desembarcado con los demás supervivientes y todos estaban en el mercante británico «Osgood» que atracó hace días. Debe de estar en Nueva York, y si se ha ido a París, lo averiguaré y la seguiré.

Bueno, es un extraño desenlace. Estaba en Nueva York, pero comprendan ustedes, Dixon Wells había conocido a Joanna Caldwell por medio del subjuntivisor, pero Joanna nunca había conocido a Dixon Wells. Y se había casado con Orris Hope, el joven piloto que la rescató. Una vez más llegué tarde.

LA LUNA LOCA

—¡Idiotas! —aulló Grant Calthorpe—. ¡Condenados imbéciles!

Se esforzó ávidamente en buscar insultos más expresivos aún y al fracasar desahogó su exasperación propinando una violenta patada al montón de escombros que había en el suelo.

Fue una patada demasiado violenta. Una vez más, había olvidado que la gravitación de Io era inferior a un tercio de la normal y todo su cuerpo siguió a la patada en un arco de cuatro metros de longitud.

Cuando cayó en el suelo los cuatro lunáticos se echaron a reír. Sus grandes cabezas semejantes a las caricaturas que decoran los balcones para niños, se dispersaron al unísono

sobre sus cuellos de metro y medio, tan delgados como la muñeca de Grant.

—¡Lejos de aquí! —tronó él, poniéndose en pie—. ¡Vais a acordaros! Nada de chocolate. Nada de caramelos. Nada de nada hasta que comprendáis que lo que quiero son hojas de ferva y no cualquier hierbajo que se os ocurra arrancar. ¡Largo de aquí!

Los lunáticos —lunae jovis magnicapites, o literalmente, grandes cabezas de la luna de Júpiter— se retiraron, riendo quejumbrosamente. Sin duda, consideraban a Grant tan idiota como él los consideraba a ellos, y eran completamente incapaces de comprender las razones de su cólera. Pero desde luego se daban cuenta de que no iban a recibir ninguna golosina, y sus risitas adoptaban una nota de agudo desengaño.

El que los guiaba, después de torcer su ridícula cara azul en una sonrisa imbécil dirigida a Grant, vociferó una última risita y proyectó la cabeza contra un reluciente árbol de corteza de piedra. Sus compañeros recogieron su cuerpo como si tal cosa y se alejaron, con la cabeza del cadáver balanceándose detrás de ellos como la bola de un preso sujeta por una cadena.

Grant se pasó una mano por la frente y se dirigió con cansancio hacia su cabaña. Un par de diminutos ojos relucientes le llamó la atención y pudo ver a un sinuoso —

mus sapiens— deslizarse por el umbral, portando bajo su minúsculo y pellejudo brazo lo que se parecía muchísimo al termómetro clínico de Grant.

Grant gritó airadamente a la criatura, agarró una piedra y se la tiró en vano. Al borde de la maleza, el sinuoso volvió hacia él su cara ratonil y semihumana, lanzó un estridente chillido, sacudió un puño microscópico en una cólera como de hombre y desapareció con su membrana tipo murciélago ondeando como una capa. Sí, se parecía muchísimo a una rata negra que llevase una capa.

Había sido un error, reconocía Grant, haber arrojado una piedra contra aquello. Ahora los diminutos enemigos no le permitirían ninguna paz y su pequeño tamaño —no más de diez centímetros— y su inteligencia pseudohumana los hacía infernalmente molestos como enemigos. Pero ni esa reflexión ni el suicidio del lunático lo turbaban particularmente; había presenciado casos semejantes demasiado a menudo y además sentía en la cabeza como si fuera a darle otro ataque de fiebre blanca.

Entró en la cabaña, cerró la puerta y se quedó mirando a su favorito gato guardián.

—Oliver —gruñó—, tú eres un buen gato. ¿Por qué diablos no impides la entrada de sinuosos? ¿Para qué estás aquí, si no?

El gatazo se alzó sobre su única y poderosa pata trasera y se asió a las rodillas del hombre con sus dos patas delanteras.

—El gato rojo sobre la reina negra —comentó plácidamente—. Diez lunáticos hacen un medio idiota.

Grant comprendió fácilmente el sentido de ambas frases. La primera era por supuesto un eco de su solitaria partida de la noche anterior, y la segunda un eco de su incidente con los lunáticos. Gruñó abstraídamente y se frotó la dolorida cabeza. Sin duda fiebre blanca de nuevo.

Tragó dos tabletas de fiebrina y se dejó caer melancólicamente en su camastro preguntándose si este ataque de blancha culminaría con delirio.

Se acusaba a sí mismo de ser un loco por haber aceptado este trabajo en Io, la tercera luna habitable de Júpiter. El diminuto mundo era un planeta de locura cuya única utilidad era la producción de hojas ferva, de las cuales los químicos de la Tierra extraían alcaloides tan potentes como los que antaño fabricaran del opio.

Desde luego eso era valiosísimo para la ciencia médica, pero ¿qué le importaba a él? ¿Qué le importaba el sueldo principesco, si regresaba a la Tierra convertido en un loco furioso después de pasarse un año en las regiones ecuatoriales de Io? Se juró amargamente que cuando el avión de Junópolis acudiese el mes próximo a recoger su

ferva, él volvería con el aparato a la ciudad polar. Perdería toda su paga puesto que el contrato con Neilan Drog le exigía un año de permanencia; pero ¿de qué le servía el dinero a un loco?

Todo el pequeño planeta estaba loco: lunáticos, gatos guardianes, sinuosos y Grant Calthorpe, todos dementes. Desde luego, cualquiera que se aventuraba a salir de una de las dos ciudades polares, Junópolis en el norte y Herápolis en el sur, estaba loco. En ellas, uno podía vivir a salvo de la fiebre blanca, pero en cualquier sitio por debajo del paralelo veinte la situación era peor que en las junglas camboyanas de la Tierra.

Se divirtió soñando con la Tierra. Justamente dos años antes había sido feliz allí, conocido como un deportista rico y popular. Antes de cumplir veintiún años había cazado cometuchos y gusánidos en Titán, y tríopes y unípedos en Venus.

Aquello había sido antes de que la crisis del oro de 2110 le arrebatase su fortuna. Y, bueno, si tenía que trabajar, le había parecido lógico utilizar su experiencia interplanetaria como medio de vida. Realmente se había entusiasmado con la oportunidad de asociarse con Neilan Drug.

Nunca antes había estado en Io. Este salvaje pequeño mundo no era ningún paraíso de deportistas, con sus lunáticos idiotas y sus malvados, inteligentes y diminutos

sinuosos. No había nada que valiera la pena cazar en aquella luna febril, bañada en calor por el gigantesco Júpiter a sólo medio millón de kilómetros de distancia.

Si se le hubiese ocurrido hacer una visita previa, se decía a sí mismo amargamente, nunca habría aceptado el empleo. Él había imaginado que Io era como Titán, frío, pero limpio. En lugar de eso, era tan caliente como las tierras cálidas de Venus y estaba sujeto a una variada gama de neblinosas luces diurnas —día solar, día jupiterino, día jupiterino y solar, luz de Europa—, sólo de vez en cuando interrumpidas por una auténtica y lóbrega noche. La mayor parte de estos cambios sobrevenían en el curso de la revolución de cuarenta y dos horas de Io: una alocada serie de cambiantes luces. Él odiaba los días vertiginosos, la jungla y las Colinas de los Idiotas extendiéndose detrás de su cabaña.

Por el momento tenía día jupiterino y solar, el peor de todos, porque el distante Sol añadía su calor al de Júpiter. Y para completar la molestia de Grant estaba ahora la perspectiva de un ataque de fiebre blanca. Lanzó un juramento cuando la cabeza se le bamboleó de nuevo y tragó otra tableta de fiebrina. Noto que su reserva estaba disminuyendo; tendría que acordarse de pedir más cuando llegase el avión… No, iba a volver con el avión.

Oliver le rozó la pierna.

—Idiotas, locos, estúpidos, imbéciles —comentó calmosamente el gato guardián—. ¿Por qué se me ocurriría ir a aquel maldito baile?

—¿Cómo? —exclamó Grant.

No podía recordar haber dicho nada acerca de un baile. Pensó que debía de haberlo mencionado durante su último período febril.

Oliver crujió como la puerta, luego soltó una risita como un lunático.

—Todo se arreglará —le aseguró a Grant—. Papá llegará pronto.

—¡Papá! —repitió el hombre. Hacía quince años que su padre había muerto—. ¿De dónde sacas eso, Oliver?

—Debe de ser la fiebre —comentó Oliver plácidamente—. Eres un lindo gatito, pero me gustaría que tuvieses juicio suficiente para darte cuenta de lo que estás diciendo. Y yo deseo que papá venga.

Acabó con un reprimido gorjeo que muy bien habría podido ser un sollozo.

Grant se quedó mirándolo con perplejidad. Él no había dicho ninguna de aquellas cosas; de eso estaba seguro. El gato guardián se las habría oído decir a alguna otra persona.

¿A quién? ¿Es que había alguien a menos de setecientos kilómetros a la redonda?

—¡Oliver! —tronó—. ¿Dónde has oído eso? ¿Dónde lo has oído?

El gato retrocedió, sorprendido.

—Papá es idiotas, locos, estúpidos, imbéciles —dijo ansiosamente—. La capa roja sobre el lindo gatito.

—¡Ven aquí! —rugió Grant—. ¿El padre de quién? ¿Dónde has…? ¡Ven aquí, diablillo!

Se lanzó hacia la criatura. Oliver flexionó su única pata trasera y se precipitó frenéticamente hacia el sombrerete de la estufa de leña.

—¡Debe de ser la fiebre! —gemía el gato—. ¡Nada de chocolate!

Saltó como un relámpago por el cañón de la chimenea. Hubo un sonido de garras arañando el metal y luego el de un cuerpo al caer.

Grant salió también. La cabeza le dolía por el esfuerzo, y con la parte todavía sana de su mente comprendía que todo el episodio era sin duda delirio de fiebre blanca, pero seguía sumiéndose en él.

La continuación fue una pesadilla. Los lunáticos seguían balanceando sus largos cuellos sobre las altas hierbas; sus risitas idiotas y sus caras imbéciles se añadían a la atmósfera general de locura.

Jirones de fétidos vapores portadores de la fiebre brotaban a cada paso que daba sobre el suelo esponjoso. En algún sitio a su derecha un sinuoso chilló y parloteó; Grant sabía que en aquella dirección estaba situado un poblado de sinuosos, porque una vez había atisbado los limpios y diminutos edificios, construidos con pequeñas piedras perfectamente ajustadas como una ciudad medieval en miniatura a la que no le faltaban ni las torres ni las almenas. Se decía que incluso había guerras entre los sinuosos.

La cabeza le zumbaba y le daba vueltas por los efectos combinados de la fiebrina y de la fiebre. Era un ataque de blancha, no cabía duda, y comprendió que se comportaba como un imbécil, un lunático, al arriesgarse así fuera de su cabaña. Debería de estar tendido en su camastro; la fiebre no era peligrosa, pero más de un hombre había muerto en Io en el delirio poblado de alucinaciones.

Ahora estaba delirando. Lo comprendió tan pronto vio a Oliver porque Oliver estaba mirando plácidamente a una atractiva señorita vestida con un elegante traje de noche del estilo del segundo decenio del siglo XXII. Indudablemente era una alucinación, puesto que las muchachas no tenían nada que hacer en los trópicos de Io y si, por alguna absurda

casualidad, apareciese alguna allí, desde luego no elegiría un atuendo tan exquisito.

Al parecer, la alucinación tenía fiebre, porque la cara de la muchacha ostentaba la palidez que da el nombre de blancha a la enfermedad. Sus grises ojos lo miraron sin sorpresa mientras él se abría camino hacia ella a través de las altas hierbas.

—Buenos días, tardes o noche —comentó Grant, lanzando una mirada de perplejidad a Júpiter, que estaba saliendo, y al Sol, que se estaba poniendo—. O quizá baste con decir simplemente buen día, ¿no le parece, señorita Lee Neilan?

Ella lo miró con seriedad.

—¿Sabe usted —dijo— que es la primera de las ilusiones que no he reconocido? Todos mis amigos han ido desfilando, pero usted es el primer desconocido. ¿O no es usted un desconocido? Usted sabe mi nombre, pero naturalmente tiene que saberlo al ser mi propia alucinación.

—No vamos a discutir sobre quién de nosotros es la alucinación —sugirió él—. Dejemos las cosas como están. Quien primero desaparezca, será la ilusión. Apuesto cinco dólares a que será usted la primera en desaparecer.

—¿De dónde iba yo a sacarlos? —respondió ella—. No me sería fácil sacarlos de mi propio sueño.

—Ése es un problema —dijo él, enarcando las cejas—. Mi problema, desde luego, no el de usted. Yo se que soy real.

—¿Como conoce usted mi nombre? —pregunto la muchacha.

—Muy simple —respondió él—, sigo con interés las notas de sociedad que suelen aparecer con bastante regularidad en los periódicos que me trae mi avión de suministros. A decir verdad, tengo recortada una de las fotos de usted y pegada junto a mi camastro. Probablemente eso es lo que explica que la vea ahora. En realidad me gustaría conocerla alguna vez.

—Qué comentario tan galante para proceder de una aparición —exclamó ella—. ¿Y quién se supone que es usted?

—¿Yo? Soy Grant Calthorpe. En realidad, trabajo para su padre, comerciando con los lunáticos en busca de ferva.

—Grant Calthorpe —repitió ella. Entornó sus ojos enturbiados por la fiebre como si quisiera enfocarlo mejor—. Conque es usted, ¿eh?

La voz le vaciló un momento y la muchacha se pasó una mano por una pálida mejilla.

—¿Por qué habría de haberlo extraído a usted de mis recuerdos? Es extraño. Hace tres o cuatro años, cuando yo

era una romántica colegiala y usted el famoso deportista, estaba locamente enamorada de usted. Tenía todo un álbum lleno de fotos suyas: Grant Calthorpe vestido de encapuchado para cazar gusánidos en Titán, Grant Calthorpe junto al gigantesco unípedo que mató cerca de las Montañas de la Eternidad. Usted es…, bueno, usted es realmente la alucinación más agradable que haya tenido nunca hasta ahora. El delirio sería… delicioso —de nuevo se apretó una mano contra la mejilla— si no me doliera tanto la cabeza.

«¡Vaya!», pensó Grant. «Me gustaría que fuese verdad eso del álbum. Es lo que la psicología llama un sueño realización de un deseo».

Una gota de caliente lluvia se le estrelló en el cuello.

—Es hora de irse a la cama —dijo en voz alta—. La lluvia es mala para la blancha. Espero verla a usted la próxima vez que esté febril.

—Gracias —dijo Lee Neilan con dignidad—. El sentimiento es mutuo.

Él asintió con una inclinación de cabeza.

—Aquí, Oliver —ordenó al adormilado gato guardián—. Vamos.

—No se llama Oliver —protestó Lee—. Se llama Dorotea, Dolly. Me está haciendo compañía desde hace dos días y yo le he dado este nombre.

—Género equivocado —masculló Grant—. En cualquier caso, se trata de mi gato guardián, Oliver. ¿No eres tú, Oliver?

—Espero verte más tarde —dijo Oliver con un bostezo.

—Es Dolly. ¿Verdad que eres Dolly?

—Podéis apostaros cinco dólares —dijo el gato guardián. Se enderezó, se desperezó y se escabulló entre la maleza—. Debe de ser la fiebre —comentó al desaparecer.

—Sí, eso debe de ser —convino Grant. Se apartó—. Adiós, señorita… o quizá pueda llamarte Lee, puesto que no eres real. Adiós, Lee.

—Adiós, Grant. Pero no vayas por ese camino. Hay un pueblecillo de sinuosos allí entre las hierbas.

—No; está al otro lado.

—Está ahí —insistió ella—. He estado viendo cómo lo construían. Pero no podrán hacerte ningún daño, ¿verdad? Ni siquiera un sinuoso puede herir a una aparición. Adiós, Grant.

Y cerró los ojos cansadamente.

Estaba lloviendo ahora con más fuerza. Grant fue abriéndose camino entre las hierbas sangrantes, cuya roja savia se acumulaba en gotas carmesíes sobre sus botas. Tenía que volver a su cabaña rápidamente, antes de que la fiebre blanca y su consiguiente delirio lo empujasen a caminar totalmente extraviado. Necesitaba fiebrina.

De pronto se detuvo en seco. Ante él, la hierba había sido cortada y en el pequeño claro estaban las torres, que le llegaban hasta el hombro, y los baluartes de un poblado de sinuosos, un poblado nuevo, porque casas a medio construir se mezclaban con las demás y formas encapuchadas de unos diez centímetros se afanaban entre las piedras.

Al punto se levantó un clamor de chirridos y gritos. Retrocedió, pero una docena de diminutos dardos zumbó alrededor suyo. Uno se le clavó como un mondadientes en una bota, pero por fortuna ninguno le arañó, porque indudablemente estaban envenenados. Se movió más aprisa, pero entre las espesas y carnudas hierbas seguían los rumores, los chirridos e incomprensibles imprecaciones.

Se retiró dando un rodeo. Los lunáticos seguían balanceando sobre la vegetación sus redondas cabezas. De vez en cuando uno gemía, dolorido, cuando un sinuoso le daba un mordisco o lo pinchaba. Grant se abrió paso en medio de un grupo de aquellas criaturas, esperando distraer a los diminutos enemigos ocultos entre las hierbas, y un lunático alto de cara purpúrea curvó sobre él su largo cuello,

soltando risitas y haciendo ademanes con sus pellejudos dedos hacia un haz que llevaba bajo el brazo.

Él pasó por alto aquella cosa y torció hacia su cabaña. Parecía haber eludido a los sinuosos. Siguió avanzando obstinadamente puesto que necesitaba con urgencia una tableta de fiebrina. Sin embargo, de pronto, se detuvo frunciendo el ceño, dio media vuelta y empezó a desandar el camino.

—No puede ser —mascullaba—. Pero ella me dijo la verdad sobre el pueblo de los sinuosos. Yo no sabía que estuviese allí. Mas ¿cómo podía decirme una alucinación algo que yo no sé?

Lee Neilan seguía en el tronco de corteza de piedra exactamente tal como él la había dejado, con Oliver de nuevo a su vera. La muchacha tenía los ojos cerrados y dos sinuosos estaban cortando la larga falda de su vestido con diminutos y relucientes cuchillos.

Grant sabía que experimentaban una enorme atracción por los tejidos terrestres; por lo visto, eran incapaces de imitar el lustre fascinante del satén, aunque aquellos enemigos eran infernalmente listos con sus diminutas manecitas. Cuando se acercó, estaban desgarrando una tira desde el muslo hasta el tobillo, pero la muchacha no hacía ningún movimiento. Grant gritó y las crueles criaturitas

profirieron contra él obscuras maldiciones mientras se retiraban con su sedoso botín.

Lee Neilan abrió los ojos.

—Usted de nuevo —murmuró vagamente—. Hace un momento era papá. Ahora es usted.

Su palidez había aumentado; la fiebre blanca estaba siguiendo su curso en el cuerpo de la muchacha.

—¡Tu padre! Entonces así es cómo Oliver se enteró… Escucha, Lee. He encontrado el pueblo de los sinuosos. No sabía que estaba allí, pero lo encontré tal como tú habías dicho. ¿Comprendes lo que significa eso? ¡Tú y yo, los dos somos reales!

—¿Reales? —dijo ella sombríamente—. Hay un lunático purpúreo que se está riendo detrás de tu hombro. Haz que se marche. Me pone… enferma.

Él miró en torno. Era verdad: el lunático de cara purpúrea estaba detrás de él.

—Oye —dijo Grant, agarrando a la muchacha por un brazo. El tacto de aquella piel tan fina fue una prueba complementaria—. Tú venías a la cabaña en busca de fiebrina. —La hizo ponerse en pie—. ¿No comprendes? ¡Soy real!

—No, no lo eres —dijo ella desmayadamente.

—Escucha, Lee. No sé cómo diablos llegaste aquí o para qué, pero sé que Io no me ha vuelto loco todavía. Tú eres real y yo soy real. —La sacudió violentamente—. ¡Soy real! —gritó.

Una débil comprensión alumbró en los ojos enturbiados de la muchacha.

—¿Real? —susurró ella—. ¡Real! ¡Oh, Dios mío! ¡Entonces… entonces sácame de este sitio de locos!

Se tambaleó, hizo un poderoso esfuerzo para controlarse y luego se lanzó contra él.

Desde luego, en Io el peso de la muchacha era insignificante, menos de una tercera parte del peso normal que habría tenido en la Tierra. La tomó en brazos y avanzó hacia la cabaña manteniéndose alejado de los dos asentamientos de sinuosos. Alrededor de él se movían excitados lunáticos, y, de vez en cuando, emergía el de la cara purpúrea u otro exactamente igual que él, soltaba una risita, señalaba y gesticulaba.

La lluvia había aumentado y calientes chorros le caían por el cuello. Para aumentar su locura, dio un traspiés cerca de un grupo de palmeras espinosas y sus barbadas hojas le penetraron dolorosamente a través de la camisa. Aquellos pinchazos eran también peligrosos si uno no los

desinfectaba; en realidad era mayormente el peligro de las palmeras punzantes lo que impedía a los terráqueos recolectar su propia ferva en lugar de depender de los lunáticos.

Tras de las bajas nubes de lluvia, el Sol se había puesto y ahora reinaba la luz diurna del rojizo Júpiter, que prestaba un falso rubor a las mejillas de la inconsciente Lee Neilan, haciendo que los rasgos de la muchacha aparecieran todavía más deliciosos.

Quizá Grant mantuvo clavados los ojos demasiado tiempo en aquella cara, porque de pronto se vio de nuevo entre sinuosos. Saltaban y chillaban, y el lunático purpúreo saltó dolorido cuando dientes y dardos le pincharon las piernas. Pero, desde luego, los lunáticos eran inmunes al veneno.

Los diminutos diablos estaban ahora alrededor de los pies de Grant. Los maldijo en voz baja y dio unas patadas vigorosas, enviando a una forma ratonesca a describir un arco de quince metros por el aire. Él llevaba al cinto una pistola automática y una pistola lanzallamas, pero no podía utilizarlas por varias razones.

Primeramente, utilizar una pistola contra las diminutas hordas era lo mismo que disparar contra un enjambre de mosquitos; si el proyectil mataba a uno o dos o a una docena, eso no causaba ninguna impresión apreciable en los miles restantes. En cuanto a la pistola lanzallamas, eso sería como

utilizar un Gran Bertha para abatir a una mosca. Su enorme chorro de fuego incineraría por supuesto a todos los sinuosos que se encontrasen en su trayectoria, juntamente con las hierbas, los árboles y los lunáticos, pero tampoco eso serviría para impresionar a las hordas supervivientes y significaba, además, tener que recargar trabajosamente la pistola con otro diamante negro y otro cañón.

Tenía ampollas de gas en la cabaña, pero por el momento no estaban a su alcance y, además, no disponía de ninguna máscara de repuesto. Hasta ahora ningún químico había conseguido descubrir un gas que matase a los sinuosos sin ser al mismo tiempo letal para los humanos. Por último, no podía usar ningún arma, porque no se atrevía a depositar en el suelo a Lee Neilan para quedar con las manos libres.

Delante de él se abría el claro que rodeaba la cabaña. El espacio estaba lleno de sinuosos, pero se suponía que la cabaña estaba construida a prueba de sinuosos, al menos durante períodos razonables de tiempo, puesto que los troncos de corteza de piedra eran muy resistentes a las diminutas herramientas de los enemigos.

Pero Grant notó que un grupo de los diablillos estaba alrededor de la puerta y de pronto comprendió cuáles eran sus intenciones. Habían echado un lazo sobre el picaporte y estaban empeñados en hacerlo girar.

Grant gritó y avanzó a la carrera. Cuando estaba todavía a unos treinta metros, la puerta giró hacia adentro y el tropel de sinuosos irrumpió en la cabaña.

Grant se precipitó por la entrada. Dentro había confusión. Pequeñas formas encapuchadas cortaban las mantas de su cama, sus trajes de repuesto, las bolsas que él esperaba llenar con hojas de ferlva, y estaban ahora tirando de los utensilios de cocina o de cualquier objeto que estuviese suelto.

Vociferó y empezó a dar patadas contra el enjambre. Un salvaje coro de chillidos y gruñidos surgió mientras las criaturas corrían de un lado a otro. Eran la bastante inteligentes para comprender que él no podía hacer nada teniendo los brazos ocupados por Lee Neilan. Procuraban mantenerse lejos de sus patadas y, mientras él amenazaba a un grupo que estaba junto a la estufa, otro grupo se dedicaba a despedazar sus mantas.

Desesperado, avanzó hacia el camastro. Depositó en él el cuerpo de la muchacha y empuñó una escoba de ramas que se había hecho para barrer su vivienda. Con amplios golpes atacó a los sinuosos que mezclaban ahora sus chillidos con gritos y lamentos de dolor.

Unos pocos se precipitaron hacia la puerta, arrastrando el botín recogido. Grant pudo ver que media docena se arremolinaban alrededor de Lee Neilan desgarrándole el

vestido y queriendo apoderarse del reloj de pulsera que llevaba en una muñeca y de los zapatos de baile que calzaban sus piececitos. Les lanzó una maldición y los barrió, esperando que ninguno de ellos hubiese pinchado la piel de la muchacha con virulentos puñalitos o envenenados dientes.

Empezó a ganar la escaramuza. Más criaturas se cubrieron con sus negras capas y se escabulleron con su botín a través del umbral.

Por último, con un estallido de lamentos, los demás, tanto los cargados como los que no llevaban nada, emprendieron la fuga y procuraron librarse, dejando una docena de peludos cuerpecillos muertos o heridos.

Grant barrió a éstos tras los demás con su improvisada arma, cerró la puerta en las narices de un lunático que bamboleaba la cabeza en la apertura, la aseguró con cerrojo para evitar la repetición del truco de los sinuosos y se quedó mirando, abatido, la casa saqueada.

Habían tirado las latas de conserva o se las habían llevado. Todos los objetos sueltos estaban marcados por las manecitas de los sinuosos, y las ropas de Grant colgaban hechas jirones de las perchas clavadas en las paredes. Pero los diminutos bandidos no habían conseguido abrir ni la alacena ni el cajón de la mesa y allí quedaba comida.

Seis meses de vida en Io habían hecho de él un filósofo; soltó unos cuantos juramentos enérgicos, se encogió de hombros resignadamente y sacó de la alacena su frasco de fiebrina.

Su ataque de fiebre había desaparecido tan rápida y completamente como hace siempre la blancha cuando se la trata, pero la muchacha, al carecer de fiebrina, estaba inerte y blanca como el papel. Grant miró el frasco; quedaban ocho tabletas.

—Bueno, siempre podré masticar hojas de ferva —masculló.

Eso era menos eficaz que el alcaloide en sí, pero servía, y Lee Neilan necesitaba las tabletas. Disolvió dos en un vaso de agua y le levantó la cabeza.

Como mejor pudo vertió el contenido del vaso entre los labios de la muchacha y luego la acomodó en el camastro. Su vestido era una desgarrada ruina de seda, y él la cubrió con una manta no menos arruinada. Luego se desinfectó los pinchazos de la palmera, juntó dos butacas, y se tendió en ellas para dormir.

Se sobresaltó al oír el ruido de garras en el tejado, pero no era más que Oliver que tocaba cuidadosamente el tubo de la chimenea para ver si estaba caliente. Al cabo de un momento, el gato guardián entró, se desperezó, y comentó:

—Yo soy real y tú eres real.

—¡Mira que bien! —gruñó Grant con voz somnolienta.

Cuando despertó, había luz de Júpiter y del satélite Europa, lo que significaba que había dormido casi siete horas, puesto que la brillante tercera lunita estaba justo despuntando. Se levantó y miró a Lee Neilan, que estaba durmiendo profundamente con un asomo de color en su rostro. La blancha estaba pasando.

Disolvió dos tabletas más en agua y luego zarandeó un hombro de la muchacha. Inmediatamente los ojos grises de la joven se abrieron, ahora completamente claros, y ella alzó la mirada hacia él sin ninguna expresión de sorpresa.

—¡Hola, Grant! —murmuró—. Tú de nuevo, ¿eh? La fiebre no es tan mala, después de todo.

—Quizá debería dejar que siguieses con fiebre —sonrió él—. Dices cosas muy bonitas. Despierta y bebe esto, Lee.

De pronto ella se fijó en el interior de la cabaña.

—¿Cómo? ¿Dónde está esto? ¡Parece… real!

—Lo es. Bebe esta fiebrina.

Ella se incorporó y obedeció, luego volvió a recostarse y se quedó mirándolo con perplejidad.

—¿Real? —dijo—. ¿Y tú eres real?

—Creo que lo soy.

Un estallido de lágrimas brotó de los ojos de la muchacha.

—Entonces… entonces he logrado salir de aquel sitio horrible, ¿no? Aquel sitio horrible.

—Claro que sí. —Vio signos de que el alivio de la muchacha se iba a convertir en un ataque de histerismo, y se apresuró a distraerla—. ¿Te importaría decirme cómo has llegado hasta aquí y además vestida para una fiesta?

Ella procuró dominarse.

—Estaba vestida para una fiesta. Una fiesta que iba a celebrarse en Herápolis. Pero yo estaba en Junópolis, ¿comprendes?

—No comprendo nada. En primer lugar, ¿qué estás haciendo en Io? Siempre que he oído hablar de ti era por algo relacionado con la buena sociedad de Nueva York o París.

Ella sonrió.

—Entonces no todo era delirio, ¿verdad? Dijiste que tenías una de mis fotos… ¡Ah, aquella! —exclamó, frunciendo el ceño al ver el recorte pegado en la pared—. La próxima vez

que un fotógrafo quiera sacarme una instantánea, tendré muy en cuenta no sonreír tan tontamente como… como un lunático. Pero en cuanto a lo de por qué estoy en Io, la verdad es que vine con papá, que está estudiando las posibilidades de cultivar ferva en plantaciones en lugar de tener que depender de tratantes y lunáticos. Llevábamos aquí tres meses y me sentía terriblemente aburrida. Yo pensaba que Io sería apasionante, pero no fue así, no lo fue hasta hace poco.

—Pero ¿qué hay de ese baile? ¿Cómo te las arreglaste para venir aquí, a mil seiscientos kilómetros de Junópolis?

—Bien —prosiguió ella lentamente—, el aburrimiento en Junópolis era atroz. Nada de espectáculos, nada de deportes, nada sino un baile de vez en cuando. Llegué a sentirme nerviosa. Cuando había bailes en Herápolis, tomé la costumbre de volar hasta allí. Sólo son cuatro o cinco horas en un avión. La semana pasada, o cuando fuese, había proyectado hacer el vuelo y Harvey, el secretario de papá, iba a llevarme. Pero en el último momento papá tuvo necesidad de su secretario y me prohibió que volase sola.

Grant sintió una fuerte antipatía contra Harvey.

—¿Y qué? —pregunto.

—Pues que volé sola —contestó ella gravemente.

—Y te estrellaste, ¿eh?

—Sé conducir un avión tan bien como cualquiera —replicó ella—. Lo que pasó fue que seguí una ruta diferente y de pronto me vi ante una barrera de montañas.

Él asintió.

—Las Colinas de los Idiotas —dijo—. Mi avión de suministros hace un rodeo de setecientos kilómetros para evitarlas. No es que sean altas, pero sobresalen lo suficiente por encima de la atmósfera de este alocado satélite. El aire es allí denso, pero enrarecido.

—Lo sé. Sabía que no podría volar por encima de ellas, pero pensé que podría superarlas de un salto. Tú sabes que no hay más que dar toda la velocidad y llevar el aparato hacia arriba. Yo tenía un avión cerrado y la gravitación aquí es muy débil. Y además lo había visto hacer varias veces, especialmente en aparatos impulsados por cohetes. Las turbinas sirven para sostener el avión incluso cuando las alas son inútiles por falta de aire.

—¡Qué idea tan absurda! —exclamó Grant—. Claro que puede hacerse, pero hay que ser un experto para sostenerse cuando se llega al aire que hay al otro lado. Si llegas a mucha velocidad, no hay mucho sitio para descender.

—Es lo que pude comprobar —dijo Lee con tono de arrepentimiento—. Casi di el salto, pero no del todo, y vine a caer en medio de algunas palmeras. Creo que el aparato las

aplastó al caer, porque conseguí salir antes de que empezaran a dar latigazos. Pero luego no pude volver al avión, y fue… sólo recuerdo dos días de eso, pero fue horrible.

—Debió de serlo —dijo él suavemente.

—Yo sabía que, si no comía ni bebía, era probable que evitase contraer la fiebre blanca. Lo de no comer no era tan malo, pero no beber… Bien, finalmente me di por vencida y bebí de un pozo. No me importaba lo que sucediera con tal de librarme de la tortura de la sed. Después de eso, todo es confuso y vago.

—Deberías haber masticado hojas de ferva.

—No lo sabía; ni siquiera sé qué aspecto tienen. Además, esperaba que de un momento a otro apareciese mi padre. Ya debe de haber organizado una búsqueda.

—Es lo más probable —replicó Grant irónicamente—. ¿Se te ha ocurrido pensar que hay más de veinte millones de kilómetros cuadrados de superficie en la pequeña Io? Y todo lo que él sabe es que puedes haberte estrellado en cualquiera de esos kilómetros. Cuando vuelas del polo norte al polo sur, no hay una ruta más corta que otra. Puedes cruzar cualquier punto del planeta.

Los grises ojos de la muchacha se agrandaron.

—Pero yo…

—Además —interrumpió Grant—, éste es probablemente el último sitio en que se le ocurriría buscar a una patrulla exploradora. Probablemente pensarían que nadie, sino un lunático, tendría la idea de superar de un salto las Colinas de los Idiotas, tesis con la que estoy perfectamente de acuerdo. Por lo cual me parece muy probable, Lee Neilan, que te quedes anclada aquí hasta que mi avión de suministro llegue el mes que viene.

—¡Pero papá se volverá loco! ¡Creerá que he muerto!

—Lo cree ya sin duda…

—Pero no podemos… —se interrumpió, lanzando una mirada circular por la diminuta y única habitación de la cabaña. Al cabo de un momento suspiró resignadamente, sonrió y dijo con dulzura—: Bueno, podría haber sido peor, Grant. Trataré de ganarme mi sustento.

—Está bien. ¿Cómo te encuentras, Lee?

—Completamente normal. Ahora mismo voy a empezar a trabajar. —Apartó la manta, se incorporó y puso los pies en el suelo—. Arreglaré… ¡Dios mío, mi vestido!

Volvió a taparse con la manta. Él sonrió burlonamente.

—Tuvimos un pequeño encuentro con los sinuosos cuando te desmayaste. Arremetieron también contra mi guardarropas.

—Está todo arruinado —gimió ella.

—Necesitarás aguja e hilo, supongo. Eso, al menos, no se lo llevaron porque estaba en el cajón de la mesa.

—Con lo que queda de mi vestido no podría hacerme ni un mal traje de baño —replicó la muchacha—. Déjame probar con uno de los tuyos.

A fuerza de cortar, remendar y zurcir, consiguió transformar uno de los trajes de Grant en un atuendo de respetables proporciones. Tenía un aspecto delicioso con aquella camisa de hombre y aquellos pantalones cortos, pero él se turbó al notar que una súbita palidez se había apoderado de la muchacha.

Era la riblancha, el segundo acceso de fiebre que usualmente seguía a un ataque grave o prolongado. Con rostro serio, Grant sacó dos tabletas de fiebrina.

—Tómate éstas —ordenó—. Hemos de conseguir hojas de ferva en alguna parte. El avión se llevó mis existencias la semana pasada, y desde entonces he tenido mala suerte con mis lunáticos. No me han traído más que hierbajos y porquerías.

Lee hizo una mueca con los labios al percibir lo amargo de la droga, luego cerró los ojos contra su mareo momentáneo y su náusea profunda.

—¿Dónde puedes encontrar ferva? —preguntó.

Él sacudió la cabeza con perplejidad, mirando cómo Júpiter se ponía, resplandeciendo sus bandas con colores cremosos y castaños y la Mancha Roja hirviendo cerca del borde occidental.

A poca distancia por encima estaba el brillante y pequeño disco de Europa. Frunció el ceño repentinamente, miró su reloj y luego el almanaque que tenía colgado en la puerta del armario.

—Habrá luz de Europa dentro de quince minutos —masculló—, y una verdadera noche dentro de veinticinco, la primera noche verdadera en medio mes. Me pregunto si…

Miró pensativamente el rostro de Lee. Sabía donde crecía la ferva. Nadie se atrevía a penetrar en la jungla misma, donde las palmeras punzantes, las lianas arrojadizas y los deletéreos gusanos dentudos convertían semejante aventura en un suicidio cualesquiera que no fuese lunático o sinuoso. Pero él sabía dónde se daba la ferva…

En la rara noche de Io, incluso los claros podrían ser peligrosos y no sólo a causa de los sinuosos. Grant sabía bastante bien que en la obscuridad salen de la jungla

criaturas que de otro modo permanecen en las sombras eternas de aquélla: dentudos, ranas de cabeza de toro, e indudablemente muchos seres desconocidos, misteriosos, venenosos y viscosos nunca vistos por el hombre. Uno oía contar historias en Herápolis y…

Pero tenía que conseguir ferva y él sabía dónde crecía. Ni siquiera un lunático trataría de buscarla allí, sino en los pequeños huertos o granjas alrededor de las diminutas ciudades de los sinuosos, donde era común que creciera la ferva.

Encendió una linterna en medio de la obscuridad que se aproximaba.

—Voy a salir un momento —le dijo a Lee Neilan—. Si vuelve a darte un ataque de blancha, tómate las otras dos tabletas. De cualquier modo, nunca te harán daño. Los sinuosos se llevaron mi termómetro, pero si empiezas a sentir mareos de nuevo, no dejes de tomarlas.

—¡Grant! ¿Adónde…?

—Volveré —gritó Grant, cerrando la puerta tras él.

Un lunático, de color púrpura a la luz azulada de Europa, se alzó bamboleándose con una larga risita. Grant apartó a la criatura con un ademán y emprendió una cauta marcha de aproximación a las inmediaciones del poblado de los sinuosos, el poblado antiguo, porque el otro apenas podía

haber tenido tiempo para cultivar el terreno circundante. Avanzó difícilmente entre las sangrantes hierbas, pero se daba cuenta de que su cautela era puro optimismo. Estaba exactamente en la posición de un gigante de treinta metros que se acercase a una ciudad humana pretendiendo no ser observado: una empresa difícil incluso en la más profunda obscuridad.

Llegó al borde del claro de los sinuosos. Detrás de él, el satélite Europa, moviéndose casi tan rápido como el minutero de su reloj, se precipitaba hacia el horizonte. Grant se detuvo con momentánea sorpresa a la vista de la preciosa y diminuta ciudad, cuyas luces parpadeaban en la noche. Él nunca había sabido que la cultura de los sinuosos incluía el uso de luces, pero allí estaban: diminutas velas o quizá pequeñísimas lámparas de petróleo.

Parpadeó en la obscuridad. A unos treinta metros del poblado estaban los campos. El segundo de ellos, de tres metros cuadrados, tenía el aspecto de…, bueno, de lo que era: de ferva. Grant se agachó, se arrastró y alargó una mano para cortar las hojas blancas y carnudas. Y en aquel momento sonó una aguda risita y el crujido de hierbas detrás de él. ¡El lunático! ¡El idiota lunático purpúreo!

Sonaron irritados chirridos. Recogió un doble brazado de ferva, se puso en pie y se precipitó hacia la iluminada ventana de su cabaña. No tenía ningún deseo de hacer frente a los envenenados dardos o a los dientecillos portadores de

enfermedades, y los sinuosos desde luego se habían levantado. Sus gritos sonaban a coro; el suelo se ennegreció con su presencia.

Llegó a la cabaña, irrumpió con violencia, cerró de un portazo y echó la llave.

—¡Ya está! —Sonrió burlonamente—. Ahora que rabien ahí fuera.

Y rabiando estaban. Sus gritos sonaban como los chirridos de una máquina defectuosa. Incluso Oliver abrió sus soñolientos ojos para escuchar.

—Debe de ser la fiebre —comentó plácidamente el gato guardián.

Desde luego Lee no estaba más pálida; la riblancha estaba pasando sin peligro.

—¡Uf! —dijo ella, escuchando el tumulto de fuera—. Siempre he odiado a las ratas, pero los sinuosos son peores. Tienen toda la astucia y la crueldad de las ratas más la inteligencia de diablos.

—Bueno —dijo Grant pensativamente—. No veo qué puedan hacer ahora. Por lo menos tenían lo que yo iba buscando.

—Parece como si se alejaran —dijo la muchacha, a la escucha—. El griterío se va desvaneciendo.

Grant miró por la ventana.

—Todavía están ahí. Han pasado de las imprecaciones a la formación de proyectos, y me gustaría saber cuáles. Algún día, si este loco satélite llega a ser digno de que lo ocupen los hombres, va a haber un gran choque entre humanos y sinuosos.

—¿Y qué? No son lo bastante civilizados para constituir un obstáculo serio y además son tan pequeños…

—Pero aprenden —dijo él—. Aprenden muy rápidamente y se reproducen como moscas. Supónte que lleguen a descubrir el uso del gas o supónte que fabrican pequeños fusiles para sus dardos envenenados. Esto es posible, porque precisamente ahora están trabajando los metales y conocen el fuego. Tal cosa equivaldría prácticamente a equipararlos con el hombre por cuanto se refiere a la capacidad de agredir. ¿De qué nos servirían nuestros gigantescos cañones y nuestros aviones cohetes contra sinuosos de poco más de un decímetro? Y estar equilibrados sería fatal; un sinuoso por un hombre sería un trato ruinoso.

Lee bostezó.

—Bueno, eso no es problema nuestro. Tengo hambre, Grant.

—Está bien. Eso es un síntoma de que la blancha te ha abandonado ya. Comeremos y luego dormiremos un poco, porque quedan cinco horas de obscuridad.

—Pero ¿y los sinuosos?

—No veo que puedan hacer nada. En cinco horas no pueden traspasar paredes de corteza de piedra y, en cualquier caso, Oliver nos avisaría si alguno consiguiese entrar por alguna parte.

Había luz cuando Grant se despertó. Penosamente, extendió los entumecidos miembros. Algo le había despertado, pero no sabía qué.

Oliver estaba paseando nerviosamente a su lado y le miraba con ansiedad.

—He tenido mala suerte con mis lunáticos —anunció quejumbrosamente el gato guardián—. Tú eres un lindo gatito.

—También lo eres tú —dijo Grant.

Algo lo había despertado, pero ¿qué?

Entonces comprendió, porque aquello se produjo de nuevo: un pequeñísimo temblor del suelo de corteza de piedra. Frunció el ceño con perplejidad. ¿Terremoto? No en

lo, porque la diminuta esfera había perdido su calor interno hacía incontables siglos. ¿Qué, entonces?

Lo comprendió de repente. Se puso en pie de un salto y lanzó un grito tan salvaje que Oliver se echó a un lado con un maullido infernal. El asombrado gato saltó a la estufa y desapareció por el tubo de la chimenea.

Lee había empezado a incorporarse en el camastro, sus grises ojos parpadearon soñolientamente.

—¡Fuera! —rugió él, obligándola a ponerse en pie—. ¡Salgamos de aquí! ¡Aprisa!

—¿Cómo? ¿Por qué…?

—¡Salgamos!

La empujó hacia la puerta, se detuvo un momento para recoger su cinto y sus armas, la bolsa de hojas de ferva y una libra de chocolate. El suelo tembló de nuevo y él se precipitó fuera de la puerta, colocándose con un salto frenético junto a la asombrada muchacha.

—¡La han minado! —jadeó—. Esos demonios han minado la…

No tuvo tiempo de decir más. Una esquina de la cabaña se derrumbó de pronto; los troncos de corteza de piedra se separaron, y toda la estructura se vino abajo como una casita

de juguete. El estallido se convirtió en silencio y no hubo movimiento alguno excepto unos perezosos jirones de vapor, unas cuantas negras formas ratunas escabulléndose hacia las hierbas y un purpúreo lunático bamboleándose más allá de las ruinas.

—¡Los sucios diablos! —juró amargamente—. ¡Las malditas ratas negras! ¡Las…!

Un dardo le pasó rozando la oreja y luego arrancó un rizo del enmarañado cabello castaño de Lee. Un coro de chillidos ascendió de entre las hierbas.

—¡Ven! —gritó Grant—. Esta vez están dispuestos a acabar con nosotros. No, por aquí. Hacia las colinas. Hay menos jungla por este sitio.

Fácilmente pudieron sobrepasar a los diminutos sinuosos. En pocos momentos habían perdido el estrépito de sus voces chirriantes, y se detuvieron a mirar compasivamente la destruida vivienda.

—Ahora —dijo él con tono lastimero— estamos como al principio.

—¡Oh, no! —replicó Lee, alzando la mirada hasta él—. Ahora estamos juntos, Grant. No tengo miedo.

—Ya nos arreglaremos —dijo él con tono de suficiencia—. Construiremos una cabaña provisional en cualquier parte. También…

Un dardo se estrelló en una de sus botas con un seco chasquido. Los sinuosos los habían alcanzado de nuevo.

Una vez más corrieron hacia las Colinas de los Idiotas. Cuando se detuvieron por fin, pudieron divisar a sus espaldas la larga cuesta por la que habían subido y más allá las junglas de Io. Estaba allí la destruida cabaña y cerca, limpiamente escaqueados, los campos y torres de la ciudad más próxima de los sinuosos. Pero apenas habían recuperado el aliento cuando chillidos y gritos salieron de la maleza.

Se veían empujados hacia las Colinas de los Idiotas, una región tan desconocida para el hombre como los helados yermos de Plutón. Al parecer, los diminutos enemigos que tenían detrás habían resuelto que esta vez su adversario, el gigantesco trampero y depredador de sus campos, debía ser perseguido a muerte.

Las armas eran inútiles. Grant ni siquiera podía atisbar a sus perseguidores, que se deslizaban entre la vegetación como ratas encapuchadas. Una bala, incluso si por casualidad atravesaba el cuerpo de un sinuoso, no lograría ningún efecto, y la pistola lanzallamas, aunque su rayo quemase toneladas de maleza y de hierba sangrante, no

podía más que cortar una estrecha senda a través de la horda de diminutos verdugos. Las únicas armas que podrían haber servido de algo, las ampollas de gas, se habían perdido entre las ruinas de la cabaña.

Grant y Lee se vieron obligados a seguir subiendo. Estaban ya a más de trescientos metros por encima de la llanura, y el aire se iba enrareciendo. No había allí ninguna jungla, sino sólo grandes manchas de hierba sangrante tras las cuales eran visibles unos pocos lunáticos balanceando sus cabezas.

—Hacia la cima —jadeó Grant, ahora penosamente falto de aliento—. Quizá nosotros podamos soportar el aire enrarecido mejor que ellos.

Lee no pudo contestar. Se esforzaba en andar trabajosamente junto a su compañero mientras pisaban ahora un suelo de roca desnuda. Ante ellos se alzaban dos bajos picachos, como los pilares de una puerta de torreón. Al mirar hacia atrás, Grant vislumbró diminutas formas negras que hormigueaban en un claro. Y, lleno de rabia, disparó. Un sinuoso dio un salto convulsivo, ondeando su capa, pero los demás siguieron avanzando. Debía de haber miles.

Los picachos estaban más cerca, ya sólo a pocos cientos de metros de distancia. Eran desnudos, lisos, inaccesibles.

—Entre ellos —masculló Grant.

El paso que separaba a los dos picachos era sombrío y angosto. En siglos remotos debieron de ser un solo pico rajado luego por alguna convulsión volcánica que había abierto aquel estrecho cañón entre los dos.

Grant rodeó con un brazo a Lee, cuya respiración, por el esfuerzo y la altitud, era una serie de jadeos entrecortados. Un brillante dardo repiqueteó en las rocas cuando ellos llegaron a la abertura, pero al mirar atrás, Grant sólo pudo ver a un purpúreo lunático que avanzaba hacia arriba, acompañado por otros cuantos a su derecha. La pareja bajó por un paso de unos veinte metros que desembocó súbitamente en un valle accesible y allí se detuvieron asombrados.

Frente a ellos había una ciudad. Durante un segundo, Grant creyó que habían tropezado con una amplísima metrópolis de sinuosos, pero un examen más atento mostraba otra cosa. Esta no era una ciudad de bloques medievales, sino un poema en mármol, de belleza clásica y de proporciones humanas o casi humanas. Blancas columnas, arcos gloriosos, puras bóvedas, una delicia arquitectónica que muy bien podría haber nacido en la Acrópolis. Fue necesario un segundo examen para discernir que la ciudad estaba muerta, desierta, en ruinas.

Incluso en su agotamiento, Lee percibió aquella belleza.

—¡Qué cosa tan exquisita! —jadeó—. Casi podría perdonárseles ser… sinuosos.

—Ellos no nos perdonarán ser humanos —masculló él—. Tendremos que hacer alto en algún sitio. Lo mejor será que elijamos uno de los edificios.

Pero, antes de que pudieran apartarse unos pocos metros de la boca del cañón, un ruidoso estrépito los detuvo. Grant dio media vuelta y por un momento se sintió paralizado por el asombro. El estrecho cañón estaba lleno de una chirriante horda de sinuosos, como una repulsiva y pesada manta negra. Pero no llegaban hasta el extremo del valle, porque, riendo, graznando y bamboleándose, cuatro lunáticos con aplastantes pies de tres dedos bloqueaban la entrada.

Era una batalla. Los sinuosos mordían y pinchaban a los escasos defensores que proferían agudas exclamaciones de dolor. Pero con una resolución y una unidad de propósito desconocidas entre los lunáticos, sus pies aplastaban metódicamente arriba y abajo, a derecha e izquierda.

Grant exclamó:

—¡Que me aspen! —Luego se le ocurrió una idea—. ¡Lee, toda esa horda de asquerosos diablos está acorralada en el cañón!

Se precipitó hacia la entrada. Apuntó su pistola lanzallamas entre las piernas de un lunático y disparó.

Hizo explosión el infierno. El diminuto diamante, cediendo toda su energía en un terrorífico estallido, lanzó un torrente de fuego que llenó el cañón de pared a pared y aun cortó más allá un abanico calcinado entre las hierbas sangrantes de la ladera.

La Colina de los Idiotas se estremeció con el rugido del arma y cuando la lluvia de restos se asentó, no había nada en el cañón, excepto unos cuantos trozos de carne y la cabeza de un desgraciado lunático que todavía oscilaba y se bamboleaba.

Tres de los lunáticos sobrevivieron. Uno de rostro purpúreo estaba agitando un brazo, riendo y lanzando grititos con una mueca imbécil. Grant apartó a un lado aquella cosa y regresó junto a la muchacha.

—¡Gracias a Dios! —dijo él—. Por lo menos de esto nos hemos librado.

—Yo no tenía miedo, Grant. Nunca lo tengo cuando estoy contigo.

Él sonrió.

—Quizá podamos encontrar aquí un refugio —sugirió—. La fiebre debe de ser menos molesta a esta altitud. Pero, oye, ésta debe de haber sido la capital más importante de todos los sinuosos en tiempos remotos. Apenas puedo imaginarme a tales demonios creando una arquitectura tan bella como

ésta y tan grandiosa. Porque, en realidad, esos edificios son tan colosales en proporción con el tamaño de los sinuosos como lo son respecto a nosotros los rascacielos de Nueva York.

—Pero mucho más hermosos —dijo Lee suavemente, pasando su mirada sobre la gloria de las ruinas—. Incluso se les podría perdonar todo, Grant. ¡Mira eso!

Él obedeció el ademán. En la parte interior de los portales del cañón había gigantescos bajorrelieves. Pero lo que lo había dejado estupefacto era el tema de aquellos retratos. Allí, ascendiendo por los acantilados, había figuras, no de sinuosos, sino de… lunáticos. Exquisitamente esculpidas, sonriendo más bien que riendo tontamente, sonriendo con un toque de tristeza, de pena, de compasión.

—¡Dios mío! —susurró él—. ¿Comprendes, Lee? Ésta debió de ser en otros tiempos una ciudad de lunáticos. Los escalones, las puertas, los edificios, todo está construido a escala. De un modo u otro debieron de lograr una civilización avanzadísima y los lunáticos que nosotros conocemos no son más que el residuo degenerado de una gran raza.

—Y —sugirió Lee— la razón de que esos cuatro bloquearan el camino cuando los sinuosos trataron de pasar es que todavía recuerdan. O es probable que no recuerden realmente, pero tienen una tradición de pasadas glorias, o más probable aún, un mero sentimiento supersticioso de

que este lugar es en cierto modo sagrado. Nos dejaron pasar porque, al fin y al cabo, tenemos más parecido con los lunáticos que los sinuosos. Pero lo sorprendente es que todavía posean, aunque no sea más que ese débil recuerdo, porque esta ciudad debe de estar en ruinas desde hace siglos, o quizás incluso miles de años.

—Pero pensar que los lunáticos puedan haber tenido alguna vez la inteligencia suficiente para crear una cultura propia… —dijo Grant, apartando al purpúreo que se bamboleaba y soltaba risitas a su lado. De pronto el hombre se detuvo y dirigió una mirada de repentino respeto a aquella criatura—. Éste lleva varios días siguiéndome. Muy bien, muchacho, ¿qué pasa?

El purpúreo alargó un hacecillo mal trabado de hierba sangrante y de ramitas, riendo idiotamente. Su ridícula boca se torció; los ojos se le aguzaron en el esfuerzo de conseguir una concentración mental.

—¡Pasteles! —dijo con una risita triunfante.

—¡El muy imbécil! —estalló Grant—. ¡Inútil! ¡Idiota! —Se interrumpió para echarse a reír—. No importa. Creo que os lo merecéis. —Alargó la libra de chocolate a los tres encantados lunáticos—. Aquí tenéis vuestros pasteles.

Un grito de Lee lo sobresaltó. La muchacha estaba agitando los brazos furiosamente. Sobre la cresta de la Colina de los

Idiotas un avión cohete rugía, describía círculos y por fin se posaba en el valle.

La portezuela se abrió. Oliver salió gravemente, comentando como quien no quiere la cosa.

—Yo soy real y tú eres real.

Un hombre siguió al gato guardián; dos hombres.

—¡Papá! —gritó Lee.

Un poco más tarde, Gustavus Neilan se volvió hacia Grant.

—No sé cómo agradecérselo —dijo—. Si hubiese algún modo de poder mostrarle lo mucho que aprecio…

—Lo hay. Puede usted cancelar mi contrato.

—¿Trabaja usted para mí?

—Soy Grant Calthorpe, uno de sus tratantes y estoy ya harto de este loco satélite.

—Desde luego puede hacerse, si usted lo desea —dijo Neilan—. En cuanto a la cuestión de la paga…

—Puede usted pagarme los seis meses que he trabajado.

—Si no le importase quedarse —dijo el hombre mayor—, no tendría que trabajar mucho tiempo más en la compra.

Hemos podido cultivar ferva cerca de las ciudades polares y prefiero las plantaciones a la inseguridad de tener que confiar en los lunáticos.

—Si continúa usted el año de su contrato, podríamos ponerlo al frente de la plantación cuando termine ese plazo.

Grant se encontró con los grises ojos de Lee Neilan y vaciló.

—Gracias —dijo lentamente—, pero estoy harto de esto. —Le sonrió a la muchacha y luego se volvió hacia el padre de la misma—. ¿Le importaría contarme cómo ha podido localizarnos? Éste es el sitio más inverosímil de todo el satélite.

—Pues precisamente por eso —respondió Neilan—. Cuando Lee no regresó, reflexioné cuidadosamente sobre el asunto. Por último decidí, conociéndola como la conozco, buscar primeramente en los sitios más improbables. Sobrevolamos las costas del Mar de la Fiebre, y luego el Desierto Blanco y finalmente las Colinas de los Idiotas. Divisamos los ruinas de una cabaña y entre los escombros estaba este individuo —indicó a Oliver—, que no hacía más que repetir: «Diez lunáticos hacen un medio idiota». Bien, aquello de semicuerdo parecía una referencia muy clara a mi hija, y volvimos a emprender el vuelo hasta que el rugido de la pistola lanzallamas nos llamó la atención.

Lee adoptó una expresión de malhumor, luego volvió sus ojos grises hacia Grant.

—¿Recuerdas —dijo suavemente— lo que te dije en la jungla?

—Yo ni siquiera lo habría mencionado —replicó él—. Sabía que estabas delirando.

—Pues… quizá no lo estaba. Si tuvieses compañía, ¿te resultaría más fácil trabajar el resto del año? Quiero decir si, por ejemplo, volases con nosotros a Junópolis y regresases con una esposa.

—Lee —dijo él con voz ronca—, sabes la diferencia que eso comportaría, aunque no puedo comprender por qué se te ha ocurrido la idea.

—Debe de ser la fiebre —sugirió Oliver.

RESCATE DE UN SECRETO

¿Han estado ustedes alguna vez completamente agotados, hambrientos como una rata de iglesia y, sin embargo, tan abatidos que no les importaba nada? Al rememorar ahora la situación, al cabo de un par de meses, resulta difícil expresarla en palabras. Todo empezó el anochecer en que el viejo capitán Harris Henshaw entró en mi habitación.

Allí estaba yo sentado, Jack Sands, expiloto de cohete. Sí, el mismo Jack Sands en quien están ustedes pensando, el que se estrelló con la expedición Gunderson a Europa al tratar de aterrizar en el Campo de los Jovenes, Long Island, en marzo de 2110. Sólo hace año y medio y sin embargo parecían diez años y medio. Quinientos días de ocio. Dieciocho meses de ver cómo mis amigos miraban a otro lado cuando me cruzaba con ellos por la calle, en parte porque se avergonzaban de saludar a un piloto que ha sido

tachado de cobarde, en parte porque sentían que era más compasivo dejarle creer a uno que había pasado desapercibido.

Ni siquiera levanté la mirada cuando, tras una discreta llamada a mi puerta oí que ésta se abría, porque comprendí que sólo podía ser la patrona.

—No necesito nada —gruñí—. Tengo derecho a que me dejen tranquilo.

—Tienes derecho a portarte como un loco —respondió la voz de Henshaw—. ¿Por qué no comunicaste tu dirección a tus amigos?

—¡Harris! —grité, mirándole sorprendido. Él sólo era «capitán» a bordo de la nave. Luego me contuve—. ¿Qué pasa? —pregunté, sonriendo amargamente—. ¿También tú te has estrellado? ¿Vienes a revolcarte conmigo en el montón de estiércol?

—Vengo a ofrecerte un empleo —gruñó él.

—¿Sí? Debe de ser un condenado empleo, entonces. Acarrear arena para rellenar los baches de una pista, ¿no? Aún no estoy lo bastante hambriento para aceptarlo.

—Es un empleo de piloto —explicó Henshaw plácidamente.

—¿Quién puede querer a un piloto que ha sido marcado con pintura amarilla, la pintura de los cobardes? ¿Qué dotación confiaría su nave a un cobarde? ¿No sabes que Jack Sands ha quedado deshonrado para siempre?

—Cierra el pico, Jack —dijo él brevemente—. Te ofrezco el empleo de piloto a mis órdenes en la nueva expedición interplanetaria a Europa.

Me sobresalté. Compréndase, fue al regreso de la tercera luna de Júpiter, Europa, cuando estrellé al equipo Gunderson. Pensé con desagrado que Henshaw me tomaba el pelo.

—¡Cristo! —exclamé—. Si quieres hacerte el gracioso…

Pero no era eso. Me calmé cuando vi que él estaba serio y que proseguía lentamente.

—Necesito un piloto en quien pueda confiar, Jack. No sé nada de tu accidente en el «Hera»; por aquel entonces yo estaba en la órbita de Venus. Todo lo que sé es que puedo confiar en ti.

Al cabo de un rato empecé a creerle. Cuando me repuse de la sorpresa, pensé que Henshaw era lo bastante amigo para tener derecho a una explicación.

—Escucha, Harris —empecé—. Estás dispuesto a contratarme a pesar de mi mala fama y creo que mereces

una explicación. No me he lamentado de mi mala suerte ni voy a hacerlo ahora. Hice perecer a Gunderson y a sus hombres, es verdad, sólo que… —Vacilé; resulta duro pensar que tal vez uno está mostrándose injusto—, sólo que mi copiloto, ese tal Kratska, olvidó mencionar algunas cosas y añadió otras que no eran ciertas. Si, se trataba de mi turno, desde luego, pero olvidó decir al comité investigador que yo me había hecho cargo de su turno después de haber cumplido el mío propio. Llevaba dos turnos largos a mis espaldas cuando inicié el turno corto que me correspondía.

—¡Dos turnos largos! —repitió Henshaw—. ¿Quieres decir que estuviste dieciséis horas de servicio antes del turno de aterrizaje?

—Exacto. Te estoy explicando palabra por palabra lo que referí al comité. Quizá tú me creas, ellos no lo hicieron.

»Cuando Kratska se presentó para relevarme estaba drogado. Llevaba una imponente borrachera de hexylamina y no podría haber pilotado ni un triciclo. No tuve otra alternativa: le dije que se marchase a dormirla e informé a Gunderson. En todo caso eso dejó a mi cargo la maniobra del aterrizaje.

»La situación no habría sido tan mala de haber ocurrido en el espacio, porque allí la tarea del piloto se reduce a seguir el rumbo trazado por el capitán y tal vez a esquivar un meteorito si suena la alarma. Pero yo llevaba dieciséis largas

horas de balanceo a través de un campo gravitacional y cuando se inició el turno de cuatro horas estaba hecho trizas.

—No me extraña —dijo el capitán—. ¡Dos turnos largos!

Antes de proseguir quizá será mejor que explique el sistema de pilotaje de un cohete. En recorridos cortos —Tierra-Venus o Tierra-Marte, por ejemplo—, una nave puede llevar tres pilotos y en estos casos se establece una simple rutina de tres turnos de ocho horas.

Pero en cualquier recorrido más largo, ningún cohete lleva nunca más de dos pilotos, puesto que el aire, el combustible y la comida son elementos preciosos.

El día se divide en cuatro turnos. Cada piloto tiene sucesivamente un turno largo de ocho horas, cuatro horas libres, otras cuatro horas de turno corto y finalmente ocho horas para dormir.

Hace dos de sus comidas en la mesa de mandos y la tercera durante su corto período libre. Es una vida rara y algunas veces hay hombres que han sido copilotos durante años sin verse realmente uno a otro excepto al principio y al final de su viaje.

Continué mi relato, preguntándome si Henshaw pensaría que estaba gimoteando.

—Estaba hecho trizas —repetí—, pero Kratska se veía aún embotado y yo no me atrevía a confiar el aterrizaje a un drogado con hexylamina. En cualquier caso informé a Gunderson, que pasó así a compartir la responsabilidad, y dispuse que Kratska se quedase en la cabina de control. Empecé a descender.

Contar aquella historia era algo que siempre me ponía malo.

—¡Esos asquerosos reporteros! —estallé—. Todos parecían pensar que aterrizar con un cohete es tan simple como acostarse. Basta sólo con dejarse caer sobre el colchón. Y no se dan cuenta de que hay que aterrizar a ciegas, porque a cien metros por debajo del cohete la tierra empieza a levantarse en remolinos. Uno vigila los postes de nivelación que bordean el campo y trata de juzgar por ellos la altura a que está; pero no ve la pista, lo que ve por debajo son las llamas del infierno. Y aún hay otra cosa que ellos no saben: hacer descender una nave es como bajar un plato en equilibrio sobre una caña de pescar. Si empieza a tumbarse a un lado, malo. Los chorros inferiores sólo sostienen la nave cuando están apuntando hacia abajo, eso tú lo sabes.

Henshaw esperó sin interrumpirme a que me desahogara y yo retorné a mi historia.

—Bien, estaba bajando todo lo bien que cabía esperar. El «Hera» siempre tuvo una tendencia a ladearse un poco, pero

yo había conseguido posarme con cohetes peores. Cada vez que cabeceaba un poco, Kratska lanzaba un aullido. La droga lo tenía nervioso y sabía, además, que por aquello perdería su licencia. Por otra parte, sencillamente, estaba asustado por el bamboleo. Cuando llegamos a unos veinte metros de los postes de nivelación la nave tuvo un pronunciado cabeceo y Kratska se volvió loco.

Vacilé antes de continuar mi relato.

—No sé cómo contarte exactamente lo que ocurrió. Todo fue muy rápido y, naturalmente, no pude verlo en su totalidad. Kratska, que había estado luchando con el bache, gritó algo así como «¡Se hunde!», y agarró el acelerador. Cerró el chorro antes de que yo pudiese parpadear, lo cerró y se lanzó afuera. Sí, abrió la escotilla.

Estábamos a menos de veinte metros sobre el campo. Caímos como cae una manzana madura de un árbol. Ni siquiera tuve tiempo de moverme antes de chocar y, cuando chocamos, debió de derramarse todo el combustible de los reactores. El resto, ya lo habrás leído en los periódicos.

—No —dijo Henshaw—. Tendrás que contármelo.

—No lo sé con exactitud, pero puedo conjeturar lo que ocurrió. Parece que cuando los reactores estallaron, Kratska acababa de aterrizar a unos cuantos metros sobre la blanda arena y salió indemne. No tenía más que una muñeca rota.

En cuanto a mí, por lo visto salí proyectado a una distancia considerable de la sala de mandos. En cuanto a Gunderson, sus profesores y todos los demás que iban en el «Hera», bien, quedaron reducidos a simples manchas en el amasijo de ferroaluminio fundido que resultó la catástrofe.

—Entonces —preguntó Henshaw—, ¿cómo se explica que te echaran a ti toda la culpa?

Traté de dominar la voz.

—Kratska —dije ceñudamente—. El campo estaba listo para aterrizar; nadie puede permanecer cerca con los chorros de los reactores derramándose en un círculo de doscientos metros. Vieron saltar a alguien desde el morro de la nave después que los reactores se apagaran, pero ¿cómo podían decir quién de nosotros era? La explosión barrió todo el campo y todo era confuso.

—Entonces es que valió la palabra de él contra la tuya, ¿no?

—Sí, así debió de ser. En el aeropuerto sabían que era mi turno, porque había estado hablando con el equipo de aterrizaje y además, Kratska fue el primero en llegar a los periodistas. No me enteré del jaleo hasta que desperté en el hospital trece días más tarde. Por aquel entonces Kratska ya había hablado y fui la víctima propiciatoria.

—Pero ¿y el comité investigador?

Gruñí.

—Desde luego, el comité investigador. Yo había informado a Gunderson, pero mal podía servirme de testigo al haberse convertido en una impureza en una masa de aleación de ferroaluminio. Y Kratska, además, había desaparecido.

—¿No pudieron encontrarlo?

—No con lo poco que yo sabía de él. Lo recogimos en Junópolis de Io, porque Briggs estaba dado de baja con fiebre blanca. Yo no lo veía en absoluto excepto cuando nos relevábamos y aun así, porque ya sabes lo que es eso, ver a alguien en una cabina de control y con mala visibilidad. En Europa nos atuvimos a la rutina del espacio, por lo que ni siquiera podría darte una buena descripción de él. Llevaba barba, pero también la tiene el noventa por ciento de nosotros después de un viaje largo. Cuando lo recogimos dijo que acababa de llegar de la Tierra. —Hice una pausa—. Lo encontraré algún día.

—Eso espero —confirmó Henshaw vivamente—. Y ahora hablemos de lo nuestro. Iremos tú y yo y también estarán Stefan Coretti, un físico-químico, y un tal Ivor Gogrol, biólogo. Ese es el personal científico de la expedición.

—Sí, pero ¿quién es mi copiloto? Eso es lo que me interesa.

—Claro, claro —dijo Henshaw, y carraspeó—. Tu copiloto. Bueno, estaba a punto de decírtelo. Es Claire Avery.

—¡Claire Avery!

—Eso es —asintió el capitán lúgubremente—. El Relámpago Dorado en persona. La única mujer piloto que tiene su nombre en la copa Curry, la ganadora de la carrera Apogeo de este año.

—¡Tiene de piloto lo que yo de obispo! —exclamé—. Es un rico filón de publicidad con nervios de acero. Me sentí lo bastante curioso para gastarme diez dólares en arrendar un telescopio con el que poder seguir esa carrera. Estaba en la novena vuelta a la Luna.

—¡Novena! ¿Sabes cómo ganó? Disparó su cohete con aceleración completa prácticamente todo el camino de regreso y luego cayó en una órbita de frenado.

»Cualquier estudiante de segundo de astronáutica sabe que no puede calcular una órbita de frenado sin conocer la densidad de la estratosfera y de la ionosfera y aun así es un puro juego de azar. Es lo que ella hizo: simplemente se arriesgó y dio la casualidad de que tuvo suerte. ¿Por qué has escogido a una rica imbécil aficionada a las emociones fuertes para una tarea como ésta?

—No la he escogido yo, Jack. La ha escogido la Interplanetaria para sus propósitos de publicidad. A decir verdad, creo que toda esta expedición es un intento de conseguir una imagen favorable que borre los turbios

resultados de la investigación de esta primavera. La Interplanetaria quiere mostrarse como el noble patrocinador de la exploración. Claire Avery acaparará la atención de la televisión y de los periódicos y a ti te dejarán cortésmente a un lado.

—Y eso es lo que me conviene. Ni siquiera admitiría el empleo si las cosas fuesen un poco diferentes y… —de pronto me interrumpí, helado—. Oye —dije débilmente—, ¿tú sabías que han revocado mi licencia?

—No me digas —contestó Henshaw—. Y después de todo el trabajo que me he tomado para conseguir que te contratara la Interplanetaria… —Me dirigió una sonrisa jovial—. Aquí tienes —dijo, alargándome un sobre—. Mira a ver cuánto tiempo tardas en perder esto.

La mera visión del conocido papel azul fue suficiente para hacerme olvidar un montón de cosas: Kratska, Claire Avery, incluso el hambre.

El despegue fue peor de lo que yo había esperado. Tuve suficiente juicio para acudir al campo con mis anteojos de piloto, pero me reconocieron en cuanto me uní al grupo que estaba al pie del cohete. Nos habían dado el «Minos», una vieja nave, pero tenía aspecto de ser bastante manejable.

Los periodistas debían de haber recibido órdenes de no ocuparse de mí, pero alcancé a oír muchísimos comentarios

por parte del público. Para acabar de arreglar las cosas, allí estaba Claire Avery, muchísimo más bonita que cuando apareció en las pantallas de la televisión, pero con los mismos inconfundibles ojos azul cobalto y el cabello más parecido al oro que yo haya visto en la vida. El «Relámpago Dorado», la llamaban los periodistas. ¡Bah!

Aceptó que me presentaran a ella con la más fría inclinación posible de cabeza, como si estuviera diciéndoles a los observadores y a las cámaras que no había sido cosa suya eso de que la aparejaran con Jack Sands. Ni los negros ojos latinos de Coretti, ni los anchos rasgos de Gogrol, tampoco se mostraron especialmente cordiales. El rostro de Gogrol me resultaba familiar, pero por el momento me era imposible recordar cuándo y dónde lo habría conocido.

Por fin acabaron los discursos, y los fotógrafos y periodistas permitieron que el Relámpago Dorado dejase de posar. Claire Avery y yo entramos en la cabina de control para el despegue. Yo todavía llevaba puestos los anteojos y me los bajé un poco más, porque había una docena de cámaras telescópicas y de televisión persiguiéndonos desde los bordes del campo, Claire Avery se pavoneaba, sonriendo y despidiéndose con los brazos antes de entrar en la sección inferior.

Mi compañera era peor de lo que yo había podido imaginar. El «Minos» era una nave delicadamente equilibrada, pero se bamboleaba como la cuna de un niño.

La radio sintonizaba la emisora del aeropuerto y pude oír la descripción del despegue: «… pesadamente cargada. De aquí que se bambolee de nuevo. Pero está ganando altitud. El chorro ha dejado ahora de rociar y está bajando en un hermoso abanico de fuego. Un difícil despegue, incluso para el Relámpago Dorado». ¡Un difícil despegue! ¡Qué estupidez!

Yo observaba la burbuja roja en el nivel, pero lancé una mirada al rostro de Claire Avery y no lo encontré tan frío y orgulloso como antes. En ese momento la burbuja del nivel se expandió y oí cómo la muchacha lanzaba un gritito de susto. Esto ya no era balanceo; estábamos en un auténtico tumbo.

Le sujeté fuertemente las manos y empuñé la barra en U. Corté por completo los chorros inferiores, dejando que la nave cayese libremente, luego disparé todo el chorro por los laterales de babor. Juraría que todo se hizo en el momento crítico, pero el caso es que nos nivelamos y pude contar con el chorro inferior antes de que hubiésemos perdido treinta metros de altura, y allí seguía hablando aquella estúpida radio: «¡Se han tumbado! ¡No, se han nivelado de nuevo, pero qué bamboleo! Un verdadero piloto de primera, este Relámpago Dorado…».

La miré; estaba pálida y desencajada, pero en sus ojos brillaba la cólera.

—Relámpago Dorado, ¿eh? —me burlé—. El oro debe de referirse a su dinero, pero ¿a qué viene lo de relámpago? No creo que tenga mucho que ver con su capacidad como piloto.

En aquellos momentos yo no tenía la menor idea de sus pobrísimos conocimientos en cohetería.

Sus ojos llamearon.

—Puede estar seguro —silbó, torciendo los labios— que el oro por lo menos no se refiere al color, señor Malaria Sands. —Ella sabía que aquello iba a herirme; lo de «Malaria» había sido una idea de un brillante columnista para hacer un juego de palabras con mi nombre. Porque a la malaria se la llama popularmente Jack Amarillo—. Además —prosiguió ella desafiantemente—, yo misma podría haber dominado ese tumbo y usted lo sabe.

—Seguro —dije con el menor sarcasmo posible. Habíamos ganado ya una considerable velocidad y mucha altitud, cosas ambas que proporcionan seguridad porque dan más tiempo para esquivar un tumbo—. Puede usted tomar de nuevo el mando. Lo difícil ha pasado ya.

Empecé a comprender en qué clase de viaje me había metido. Coretti y Gogrol me habían indicado su enemistad lo bastante claramente y el cielo sabe que me era imposible no apreciar el odio en los ojos de Claire Avery. Únicamente me quedaba el capitán Henshaw. Pero el capitán de una nave no

se atreve a mostrar favoritismo y ello me condenaba a un viaje solitario.

Solitario no es la palabra más adecuada. Henshaw era bastante buena persona, pero desde que Claire Avery había empezado un turno largo, al igual que el capitán, tenían sus ratos libres y sus comidas a las mismas horas, juntamente con Gogrol. Eso me dejaba a solas con Coretti. Se mostraba bastante frío y a mí me quedaba orgullo suficiente para evitar avances no deseados.

Gogrol era peor; lo veía raras veces, pero nunca me dirigía una palabra excepto en cosas de rutina. Sin embargo había en él algo conocido… En cuanto a Claire Avery, simplemente yo no figuraba en absoluto en su mundo; incluso me relevaba en silencio.

Por lo demás, me parecía una enorme estupidez enviar a una muchacha con cuatro hombres en un viaje como éste. Bien, eso tenía que reconocérselo a Claire Avery; en ese aspecto era espléndida. Aceptaba sin un murmullo todas las molestias de la rutina del espacio y era tan buena compañera, con los otros claro es, que resultaba como tener a bordo a un hombre joven e insólitamente divertido.

Y, después de todo, Gogrol le doblaba la edad y Henshaw casi se la triplicaba; Coretti era más joven, pero yo era el único que pertenecía realmente a su generación. Pero como

he dicho, me odiaba; Coretti parecía ser el que mejor se llevaba con ella.

Así se iban deslizando las pesadas semanas de viaje. El tamaño del sol fue reduciéndose mientras Júpiter crecía hasta convertirse en un disco colosal parecido a una luna con sus bandas y manchas gloriosamente coloreadas. Era una vista exquisita y a veces, puesto que ocho horas de sueño son más de las que suelo dormir, solía entrar en la sala de control mientras Claire Avery estaba de servicio, sólo para ver al gigantesco planeta y sus lunas. La muchacha y yo nunca cambiábamos una sola palabra.

No íbamos a detenernos en Io, sino a posarnos directamente en Europa, nuestro destino, la tercera luna del vasto globo fundido de Júpiter. En algunos aspectos, Europa es la esfera más extraña del Sistema Solar y durante muchos años se creyó que era completamente inhabitable. En realidad lo es por lo que se refiere al setenta por ciento de su superficie, pero la zona restante es una región salvaje y misteriosa. Se trata de un hueco montañoso que se halla en la cara vuelta hacia Júpiter, porque Europa, como la Luna, mantiene siempre una cara vuelta hacia su planeta. Ahí, en esa vasta depresión, se reúne toda la exigua atmósfera del diminuto mundo, concentrada entre pequeños lagos y charcos en los valles existentes entre cordilleras que a menudo sobrepasan el aire enrarecido hasta llegar al vacío del espacio.

Con bastante frecuencia, un simple valle forma un microcosmos separado del resto del satélite, un microcosmos que genera sus propias pequeñas tormentas bajo liliputienses bancos de nubes, habitado por vida indígena, inaccesible y sin contacto con nada del exterior.

En la efemérides astronómica, a Europa la despachan prosaicamente con una ristra de cifras: diámetro: 3300 kilómetros; periodo: 3 días, 13 horas, 23 minutos; distancia a Júpiter: 683000 kilómetros. Porque una efemérides astronómica no se interesa por la delgada capa de vida que de vez en cuando irrumpe en la superficie de un satélite; no tiene nada que decir de la lenta libración de Europa que envía intermitentes mareas de aire que chocan contra las laderas de las montañas debido a la atracción de Júpiter, ni de las oleadas que a veces transportan aire de valle en valle y a veces también vida extraña.

Y muchísimo menos la efemérides se interesa por las extrañas formas que de vez en cuando se arrastran aquí y allá desde las piscinas de aire, para yacer en los picos bañados por el vacío exactamente como extraños peces salidos de mares terráqueos para tomar el sol en las playas al final de la época devoniana.

De nosotros cinco, yo era el único que había visitado alguna vez a Europa, o por lo menos así lo creía en aquel tiempo. En realidad, había pocos hombres en el mundo que hubiesen puesto el pie en el inhospitalario pequeño planeta; excepto

yo y quizá Kratska, el resto de componentes de la expedición Gunderson habían muerto. Y habíamos sido la primera expedición organizada.

Sólo unos cuantos aventureros descarriados de Io nos habían precedido. Por eso fue a mí a quien el capitán Henshaw se dirigió al ordenar:

—Llévennos lo más cerca posible del sitio donde se posó la expedición Gunderson.

Empezaba a resultar evidente que llegaríamos al suelo hacia el final del turno largo de Claire, por lo que me arrastré una hora antes fuera del nicho parecido a un ataúd que yo llamaba mi camarote y me dirigí a la sala de control para aconsejarla. Estábamos a cien o ciento treinta kilómetros de altura, pero allí no había nubes ni distorsión del aire y los valles se entrecruzaban debajo de nosotros como un mapa en relieve.

Era infernalmente difícil localizar el valle de Gunderson. El sitio quemado por el chorro de llamas habría vuelto a criar hierbas desde entonces y yo sólo podía confiar en mi memoria, porque, desde luego, todos los mapas se habían perdido con el «Hera».

Pero yo conocía la región en general y realmente no importaba mucho elegir un valle u otro, porque en aquella

zona todos estaban conectados por pasos; uno podía andar entre ellos en aire respirable.

Al cabo de un rato elegí uno entre una serie de estrechos valles paralelos, uno que yo sabía que tenía un estanque salado en el centro. Lo mismo les pasaba a muchos, sin eso habrían sido puro desierto. Se lo indiqué a Claire.

—Ése —señalé. Y añadí maliciosamente—: Será mejor que la advierta que es estrecho y profundo: un lugar difícil para posarse.

Me lanzó una mirada hostil desde sus ojos de zafiro, pero no dijo nada. Y he aquí que una voz sonó inesperadamente a mis espaldas:

—¡A la izquierda! Ese de la izquierda. Parece… parece más fácil.

¡Gogrol! Me quedé sorprendido un momento, luego me volví fríamente:

—No entre en la sala de mandos cuando vamos a posarnos.

Me lanzó una mirada llameante, masculló algo y se retiró. Pero me dejó un poco preocupado; no porque aquel valle de la izquierda fuese más fácil para posarse, eso era una simple apreciación, sino porque me parecía reconocerlo. En

realidad, no estaba seguro de que Gogrol no hubiese señalado el valle de Gunderson.

Pero me atuve a mi primera hipótesis, y descargué la irritación que sentía sobre Claire.

—Tómelo con calma —gruñí—. No estamos en un campo de aterrizaje. Nadie ha puesto postes de nivelación en estos valles. Va usted a tener que aterrizar completamente a ciegas. A ciento cincuenta metros ya no verá nada, porque en este aire tenue el estampido empieza a descargar antes. Tendrá que bajar nivelando y haciendo cálculos, y que el cielo nos ayude si damos un tumbo. No hay sitio para maniobrar entre los acantilados.

Se mordió un labio nerviosamente. El «Minos» se balanceaba ya entre las inexpertas manos de la muchacha, aunque eso no fuera peligroso mientras nos manteníamos a quince o veinte kilómetros de altitud. Pero el suelo se iba aproximando rápidamente.

Yo estaba de un humor cruel. Veía pintarse el esfuerzo en sus lindos rasgos y si sentía alguna lástima la olvidé, al pensar en el modo como me había tratado. Así pues, la hostigué:

—Éste no debería de ser un aterrizaje difícil para Relámpago Dorado. ¿O quizá preferiría usted aterrizar a toda velocidad para poder caer en una elipse de frenado? Pero

ese sistema no le valdría aquí, porque el aire no se espesa a bastante altura para actuar como freno.

Unos pocos minutos más tarde, cuando le temblaban los labios con la tensión, proseguí:

—Se necesita algo más que publicidad y suerte para hacer un piloto, ¿no le parece?

Se derrumbó. Gritó de pronto:

—¡Oh, tómela! ¡Tómela, entonces! —y me puso en las manos la barra en U.

Luego se retiró a su rincón sollozando, con el dorado cabello derramándose por la cara.

Tomé el mando; no me quedaba otra elección. Corregí el balanceo que el ademán de Claire había imprimido al «Minos» y luego empecé a manejar los chorros inferiores. Era increíblemente fácil dada la poca gravitación de Europa y la escasa aceleración que de ello resultaba. El piloto tenía mucho tiempo para compensar el balanceo.

Empecé a comprender lo poquísimo que el Relámpago Dorado sabía de cohetes, y, a mi pesar, sentí una oleada de lástima por ella. Pero ¿por qué compadecerla? Todo el mundo sabía que Claire Avery no era más que una muchacha rica y temeraria embriagada por su afán sensacionalista y

más que sobrecargada de dinero, belleza y adulación. ¿El despreciado Jack Sands compadeciéndola?

¡Qué sarcasmo!

El chorro inferior se disparó y lanzó su estallido; el valle de color parduzco se inundó de llamas y negras cenizas. Empecé a bajar muy lentamente, porque abajo no se veía nada excepto la fiera capa del estallido, y miraba la burbuja del nivel como si mi vida dependiera de eso, como así era.

En razón de la densidad del aire de Europa la rociada empezaba a unos ciento veinte metros. A partir de ahí no cabía ninguna certeza; todo residía en descender tan lentamente que, al posarnos en el suelo, no resultasen dañados los reactores inferiores. Si se me permite, diré que tomamos tierra tan suavemente que dudo que Claire Avery se diese cuenta de ello hasta que vio como desconectaba los motores.

Se secó las lágrimas con una manga y me miró con un desafío azul en sus ojos. Antes de que pudiese hablar, Henshaw abrió la puerta.

—Bonito aterrizaje, señorita Avery —dijo.

—¿Verdad que sí? —aprobé, lanzando una sonrisa burlona a la muchacha.

Ella se puso en pie, pálida y temblorosa.

—No he sido yo la que ha hecho el aterrizaje —dijo ella ceñudamente—. Ha sido el señor Sands el que nos ha posado en el suelo.

De un modo u otro mi buen corazón sacó a relucir lo mejor de mí mismo:

—Desde luego —dije—. Me correspondía. Mire, es mi turno. —Y lo era; el cronómetro mostraba tres minutos de más—. A la señorita Avery le tocó la parte más difícil…

Pero ella se había ido. Y por más que yo lo intentaba, no conseguía recordarla como la dura y brillante aventurera a la que periódicos y emisoras se empeñaban en retratar. En lugar de eso, me dejó con una extraña impresión, en ningún modo lógica, de… melancolía.

La vida en Europa empezó sin incidentes dignos de mención. Poco a poco fuimos reduciendo la presión atmosférica del «Minos» hasta adaptarla a la del exterior. Primero Coretti y luego Claire Avery, tuvieron un amago de mareo de las alturas, pero al cabo de veinte horas todos nos habíamos aclimatado lo suficiente para encontrarnos cómodos al exterior.

Henshaw y yo fuimos los primeros en aventurarnos al aire libre.

Examiné el valle cuidadosamente buscando detalles conocidos, pero era difícil estar seguro; todas aquellas

hendiduras en forma de cañón eran muy parecidas. Recordaba un matorral de matas canoras que crecía en el acantilado cuando el «Hera» se posó allí, pero nuestro chorro había golpeado desde más alto y si las matas habían estado en aquel sitio, sólo quedaría ahora un manchón de cenizas.

En el extremo más lejano del valle tenía que haber una grieta entre las colinas, un paso por el que era posible trasladarse al valle siguiente. No estaba allí; todo lo que pude distinguir fue un estrecho barranco que cortaba las colinas hacia la izquierda.

—Me temo que no he localizado el valle Gunderson —le comuniqué a Henshaw—. Creo que es el que tenemos inmediatamente a nuestra izquierda. Si no me equivoco, está unido a éste, al que vine a cazar algunas veces, por un paso.

Recordé de pronto que Gogrol había señalado el valle de la izquierda.

—¿Dices que hay un paso? —preguntó pensativamente Henshaw—. Entonces debemos quedarnos aquí antes que arriesgarnos a otro despegue y a otro aterrizaje. Podemos trabajar en el valle Gunderson utilizando el paso. ¿Estás seguro de que es lo bastante bajo como para no tener que utilizar los cascos de oxígeno?

—Si es el verdadero paso, lo estoy. Pero ¿trabajar en el valle Gunderson? Yo creía que se trataba de una empresa de exploración.

Henshaw me dirigió una extraña y dura mirada y se apartó. En aquel momento vi a Gogrol en pie en la portezuela del «Minos» y no supe si la reticencia de Henshaw se debía a mi pregunta o a la presencia de aquél. Cuando me disponía a seguir al capitán, se abrió la puerta del cuarto de descompresión y apareció Claire Avery.

Era la primera vez que la veía a una luz clara desde el despegue del Campo de los Jóvenes y casi se me había olvidado el delicioso color de su tez. Desde luego, su piel había palidecido durante las semanas transcurridas en la penumbra, pero su cabello de un amarillo cadmio y sus ojos de un azul zafiro resultaban claramente espectaculares, sobre todo cuando entró en la zona de penumbra del acantilado donde, fuera del alcance de la luz del Sol, permaneció bañada sólo por la dorada luz de Júpiter.

Como Henshaw y yo, vestía el mono que se suele usar en la fresca y diminuta Europa. El pequeño mundo recibía sólo una cuarta parte de calor del que llegaba al humeante lo. No habría sido habitable en absoluto a no ser por el hecho de que mantenía una cara dirigida siempre hacia su planeta y por eso, si bien recibía con intermitencia el calor del Sol, lo recibía eternamente de Júpiter.

La muchacha lanzó una ávida mirada sobre el valle; comprendí que ésta era su primera experiencia en un mundo inhabitado, y siempre hay una sensación de extrañeza y la fascinación de lo desconocido cuando se da el primer paso en un planeta inexplorado.

Miró a Henshaw, que estaba examinando metódicamente el achicharrado suelo sobre el cual descansaba el «Minos», y luego su mirada se cruzó con la mía. Tras un breve instante tenso la cólera de sus ojos azules, si aquello había sido cólera, se extinguió y la muchacha avanzó deliberadamente hacia mí.

Me miró, resuelta.

—Jack Sands —dijo con un asomo de desafío—, tengo que pedirle que me disculpe. No crea que me estoy excusando por la opinión que tengo de usted, sino únicamente por el modo como lo he tratado. En un pequeño grupo como éste no hay sitio para la enemistad y, por lo que a mí se refiere, su pasado no me incumbe en absoluto. Lo que es más, quiero darle las gracias por haberme ayudado durante el despegue y —su desafío se estaba resquebrajando un poco— durante… durante… el aterrizaje.

Me quedé mirándola fijamente, Aquella explicación debía de haberle costado un gran esfuerzo, porque el Relámpago Dorado era una orgullosa señorita, y noté cómo reprimía las

lágrimas. Me tragué la réplica cruel que había estado apunto de darle y dije solamente:

—Está bien. Usted se reserva la opinión que tenga de mí y yo haré lo mismo con respecto a usted.

Se sonrojó y sonrió.

—Creo que como piloto soy una inutilidad —reconoció compungida—. Odio los despegues y los aterrizajes. A decir verdad, estoy francamente asustada por el «Minos». Nunca hasta ahora había conducido nada mayor que mi pequeño cohete de carreras, el «Relámpago Dorado».

No pude reprimir una exclamación. De no haber visto con mis propios ojos su escasa práctica y habilidad, aquello habría resultado increíble.

—Pero ¿por qué? —pregunté perplejo—. Si tan poco le gusta pilotar, ¿por qué lo hace? ¿Sólo por publicidad? No se comprende con todo el dinero que usted tiene.

—¡Oh, mi dinero! —protestó ella con irritación. Caminó hacia el estrecho valle y exclamó de pronto—: ¡Mire! ¡Algo se mueve sobre las cumbres! ¡Es como una gran pelota! ¡Y más arriba no hay aire en absoluto!

Alcé la mirada.

—No es más que un pájaro vejiga —dije con indiferencia.

Yo había visto muchísimos; eran la forma móvil de vida más común en Europa. Naturalmente, Claire jamás los había visto y se mostraba llena de ansiosa curiosidad.

Quise explicárselo. Arrojé algunas piedras a un tintineante grupo de arbustos canoros hasta que conseguí hacer levantar el vuelo a otra de aquellas aves, que se deslizó sobre nuestras cabezas con sus membranas extendidas.

Le dije a la muchacha que la criatura de un metro que había volado sobre nosotros era de la misma especie que el balón gigantesco que ella había atisbado entre los picachos sin aire, sólo que esta última había inflado su vejiga. Aquellas criaturas eran capaces de cruzar de valle a valle transportando su aire en grandes vejigas.

Por supuesto, las aves vejiga no eran realmente aves; no volaban, sino que se deslizaban como nuestros lemures y ardillas voladoras y, naturalmente, ni siquiera podían hacer eso cuando estaban por encima de las alturas sin aire.

Claire se mostraba tan ansiosa, interesada y boquiabierta, que olvidé por completo mi resentimiento y empecé a mostrarle todo lo que sabía sobre Europa. La llevé junto a los matorrales de arbustos canoros para que pudiese escuchar la dulce y quejumbrosa melodía de sus hojas respiratorias y la conduje luego al charco salado en el centro del valle para buscar algunas de las criaturas primitivas a las que los hombres de Gunderson habían llamado «núxidas», porque

se parecían mucho a nueces. Dentro de los caparazones había un pequeño bocado de carne deliciosa, ni animal ni vegetal, que se podía comer cruda sin peligro puesto que la vida bacterial no existe en Europa.

Sospecho que me mostré bastante parlanchín. Después de todo, por primera vez en muchas semanas, me sentía acompañado. Vagamos valle abajo y yo hablaba, hablaba sin parar sobre muchísimas cosas. Le expliqué las diversas formas que asumía la vida en los distintos planetas y satélites; cómo en Marte, Titán y Europa el sexo era algo desconocido, aunque en Venus, en la Tierra y en Io todos lo poseyeran; y cómo en Marte y en Europa la vida vegetal y animal nunca se habían diferenciado, tanto que incluso los muy inteligentes y picudos marcianos tenían un asomo de naturaleza vegetal, mientras que, a la inversa, los arbustos canoros de las colinas de Europa tenían una resonancia vagamente animal. Entretanto errábamos sin rumbo hasta que nos detuvimos al borde del estrecho paso o barranco que probablemente conducía al valle de Gunderson.

En lo alto de la cuesta, un movimiento me llamó la atención.

Pensé primero que se trataría de un pájaro vejiga, aunque me intrigó la escasa altitud a que se hallaba; los pájaros vejiga expanden generalmente sus vejigas en el punto mismo en que la respiración se hace imposible. Entonces vi que no

se trataba de un pájaro vejiga; era un hombre. En efecto, era Gogrol.

Emergía del paso y llevaba el cuello de su traje alzado en torno de la garganta como para defenderse contra el frío de la altura. Al parecer no nos había visto, ya que torció por lo que los alpinistas llaman un col, una cornisa o cuello de roca que se adelantaba desde la boca del barranco a lo largo de la ladera hacia el «Minos». Pero Claire, siguiendo la dirección de mi mirada, lo vio en el momento mismo en que la maleza empezaba a ocultarlo.

—¡Gogrol! —exclamó—. Debe de haber estado en el valle siguiente. Stefan querrá saber…

Se contuvo a duras penas.

—¿Por qué —pregunté ceñudamente— ese amigo de usted, Coretti, había de interesarse por las acciones de Gogrol? Al fin y al cabo, se supone que Gogrol es biólogo, ¿no es así? ¿Por qué no habría de echar un vistazo al valle próximo?

Los labios de la muchacha se apretaron.

—Sí, ¿por qué no habría de hacerlo? —repitió ella—. No dije que no debería hacerlo. No he dicho nada parecido.

A partir de entonces mantuvo un obstinado silencio. En realidad, algo de la vieja enemistad y de la frialdad anterior

pareció haberse restablecido entre nosotros mientras caminábamos por el valle, de vuelta al «Minos».

Aquella noche Henshaw modificó nuestro horario con arreglo a un plan más de acuerdo con las exigencias del satélite. Dividimos nuestro tiempo en días y noches o más bien en períodos de sueño y de vigilia, porque, desde luego, no hay verdadera noche en Europa. Los cambios de luz son tan desconcertantes aquí como en el satélite vecino Io, pero no del todo, porque lo tiene su propia rotación para complicar más las cosas.

En Europa, lo que más se acerca a la noche verdadera dura lo que el eclipse que se produce cada tres días poco más o menos, cuando el paisaje queda iluminado solamente por el dorado crepúsculo de Júpiter o, todo lo más, sólo por la luz de Júpiter e Io. Así pues, dispusimos nuestro tiempo nocturno con arreglo a arbitrarios cálculos terrestres, de forma que todos pudiésemos trabajar y dormir durante los mismos períodos.

No había necesidad alguna de mantener ningún servicio de vigilancia. Nadie había informado nunca de que existieran amenazas para la vida del hombre en la pequeña Europa. El único peligro procedía de los meteoritos que pululan alrededor de la gigantesca órbita de Júpiter y que algunas veces podían venir a estrellarse a través del tenue aire de sus satélites.

A la mañana siguiente acorralé a Henshaw y le obligué a escuchar mis preguntas.

—Oye, Harris —dije resueltamente—. ¿Qué hay en esta expedición que todo el mundo sabe menos yo? Si se trata de un equipo de exploración, yo soy el archipámpano de las Indias. Ahora quiero saber de qué se trata.

Henshaw pareció embarazado. Apartó sus ojos de los míos y masculló doloridamente:

—No puedo decírtelo, Jack. Lo siento muchísimo, pero no puedo decírtelo.

—¿Por qué no?

Vaciló.

—Porque tengo órdenes de no hacerlo, Jack.

—¿Órdenes de quién?

Henshaw sacudió la cabeza.

—¡Maldita sea! —exclamó con vehemencia—. Confío en ti. Si de mí dependiera, serías el único al que elegiría por su honradez. Pero no depende de mí ¿Comprendes? —Hizo una pausa—. Está bien —se encerró en su autoridad de capitán—, ninguna pregunta más. Yo haré las preguntas y daré las órdenes.

Bien, en ese plan, no se podía discutir. Siempre he sido un piloto de los pies a la cabeza y no desobedezco las órdenes de mi superior aun cuando sea un amigo tan íntimo como Henshaw. Pero empecé a insultarme a mí mismo por no haber visto algo raro en el asunto desde el momento en que Henshaw me ofreció el empleo.

Si la Interplanetaria estaba buscando publicidad favorable, no la habría conseguido contratándome. Además, el gobierno no tenía por costumbre devolver a un piloto su licencia a menos que existiese para ello una razón sólida y suficiente, y yo sabía que por mi parte no había suministrado semejante razón al protestar y discutir respecto a mis calamidades. Sólo estos indicios deberían de haberme hecho imaginar que había algo retorcido en el asunto.

También durante el viaje mismo hubo muchos indicios. Cierto que Gogrol parecía dominar el lenguaje de la biología, pero que me aspen si Coretti hablaba como un químico. Y había también en mí aquella sensación obsesiva de haber conocido a Gogrol. Y, para colmo de todo, estaba la incongruencia de llamar a esta caminata una exploración; porque toda la exploración que estábamos haciendo podría haberse realizado lo mismo si hubiésemos tomado tierra en Staten Island o en Buffalo. Mejor aún, porque en lo que a mí se refiere, conocía ya Europa, pero nunca había estado en Buffalo.

Por ahora no había nada que hacer sobre el asunto. Disimulé mi disgusto y me esforcé hasta el máximo en cooperar con los demás. También eso resultó bastante difícil, porque se sucedieron sospechosos incidentes que me hicieron sentir como un extraño, marginado.

Un ejemplo: Henshaw decidió que nos convendría un cambio en la dieta. En general, las especies de Europa eran comestibles, aunque no todas tan gustosas como las diminutas criaturas de concha de los estanques salados. Yo conocía una variedad que había servido de alimento a los hombres del «Hera», una excrecencia en forma de planta y que consistía en un solo miembro carnudo del tamaño de una mano. Lo habíamos llamado hoja hígado a causa de su gusto.

El capitán nos designó a Coretti ya mí para que recogiéramos un buen surtido de aquella exquisitez. Encontré una muestra, se la enseñé a mi compañero y luego proseguí mi búsqueda hacia el norte, esto es, por el muro izquierdo del valle. Coretti pareció tomar la dirección opuesta, pero no había yo avanzado mucho cuando advertí que me venía siguiendo por el borde del estanque de sal. Eso no significaba nada; él era libre de buscar donde quisiese, pero pronto se me hizo evidente que no estaba buscando nada. Me estaba siguiendo; estaba cubriendo mis movimientos.

Me sentí profundamente irritado, pero resolví no revelarlo. Seguí caminando, reuniendo las gordas hojas metódicamente en mi cesto hasta que llegué al extremo más alejado del valle y a las laderas que allí se alzaban.

Cuando me reuní con Coretti, éste me dirigió una sonrisa burlona.

—¿Ha tenido suerte? —preguntó.

—Al parecer, más que usted —repliqué con una mirada despectiva a su cesta casi vacía.

—Yo no he tenido suerte en absoluto. Pensé que quizás en el valle próximo, después del paso de allí, podríamos encontrar más.

—Yo ya tengo mi parte —gruñí.

Creí notar un resplandor de sorpresa en sus negros ojos.

—¿No va usted a seguir? —preguntó secamente—. ¿Va a regresar?

—Usted lo ha dicho —contesté con idéntica sequedad—. Mi cesta está llena y regreso.

Me di cuenta de que me estuvo vigilando durante toda la vuelta, porque a mitad de camino volví la mirada y pude verlo de pie en la ladera que estaba cerca del paso.

Hacia eso que nosotros llamábamos anochecer, el Sol entró en nuestro primer eclipse. Sólo la dorada luz de Júpiter bañaba el paisaje y me di cuenta de que había olvidado cuán bello podía ser aquel crepúsculo de oro.

Me sentí extremadamente solo y salí a caminar para contemplar los centelleantes picachos recortarse contra el negro cielo y la inmensa e hinchada esfera de Júpiter con Ganímedes oscilando al lado como una perla luminosa. La escena era tan encantadora, que olvidé mi soledad hasta que de pronto volvieron a recordármela.

Un destello de oro aún más brillante atrajo mi atención. Cerca de un bosquecillo de arbustos canoros distinguí a Claire. Junto a ella se hallaba Coretti. Mientras yo miraba, él se volvió de pronto y la estrechó entre sus brazos. Ella no opuso la menor resistencia; parecía aceptarlo contenta. Aquello no era cosa mía, desde luego, pero..., bueno, si antes me desagradaba Coretti, ahora lo odiaba, porque otra vez me sentía muy solo.

Creo que fue al día siguiente cuando las cosas llegaron al punto culminante y empezó realmente el jaleo. A Henshaw le había agradado la comida indígena que trajimos y decidió que saliésemos de nuevo a buscarla. Esta vez dispuso que fuese Claire quien me acompañase. Partimos en silencio; la frialdad que había reinado en nuestro último encuentro alentaba aún y, además, lo que yo había visto la pasada noche a la luz del eclipse parecía impresionarme de modo

decisivo. Así, pues, me limité a caminar junto a ella, preguntándome qué se podría elegir para la comida del día.

No queríamos otra vez hojas hígado. Las pequeñas «núxidas» del estanque salado estaban muy bien, pero se necesitaba medio día de trabajo para reunir las necesarias y además eran demasiado saladas para ser el plato fuerte de toda una comida. En los pájaros vejigas no había que pensar: prácticamente no consistían en nada, sino en un delgado pellejo que se extendía sobre un armazón de huesos. Recordé que una vez habíamos probado un terrón parduzco y fungoso, una especie de gurumelo que crecía a la sombra de los arbustos canoros; a algunos de los hombres de Gunderson les habían gustado.

Por fin, Claire rompió el silencio.

—Si voy a ayudarle a buscar —sugirió—, debo saber qué estamos buscando.

Le describí las setas subterráneas.

—No estoy seguro de que les guste a todos. Si no recuerdo mal, tenían un sabor parecido a las trufas, con un débil regusto a carne. Los probamos crudos y cocidos, y cocidos estaban mejor.

—Me gustan las trufas —dijo la muchacha—. Son…

¡Un disparo! No había error posible en el seco crujido de un revólver del 38, aunque sonaba con extraña agudeza en la atmósfera enrarecida. Pero sonó de nuevo, y una tercera vez, y luego toda una ráfaga.

—¡Apártese de mí! —ordené mientras dábamos media vuelta y corríamos hacia el «Minos».

La advertencia era innecesaria; Claire no estaba acostumbrada a correr en un pequeño satélite. Su peso en Europa no debía de ser más de seis o siete kilos, la octava parte de su peso normal en la Tierra, y aunque había aprendido a caminar bastante fácilmente, porque eso se aprende en cualquier viaje por el espacio, no había tenido ninguna oportunidad de aprender a correr. Su primer paso la levantó dos metros por el aire y yo me separé de ella con la larga zancada deslizante que hay que utilizar en satélites como Europa.

Desemboqué desde la maleza en el claro abierto por el chorro de la nave y donde antes había habido vegetación. Por un momento sólo vi que el «Minos» descansaba pacíficamente en el claro, pero luego retrocedí aterrado. En la escotilla yacía un hombre, Henshaw, con el rostro convertido en una masa sangrienta, la cabeza hendida por dos balazos.

Hubo un estrépito, voces, otro disparo. De la escotilla salió corriendo Coretti; se tambaleó unos diez pasos, luego cayó

de costado mientras la sangre fluía del cuello de su traje. En la puerta, con un revólver en la mano derecha y una pistola lanzallamas en la izquierda, estaba Gogrol.

Yo no iba armado; ¿para qué llevar armas en un satélite como Europa? Por un instante me quedé helado, lleno de consternación, sin comprender, y en aquel momento Gogrol me divisó. Vi que su mano se crispaba sobre el revólver, luego se encogió de hombros y avanzó hacia mí.

—Bueno —dijo con un tono de burla en la voz—, tuve que hacerlo. Se volvieron locos. Anerosis, el mal de las montañas. Los atacó a ambos a la vez y enloquecieron. He actuado en legítima defensa.

Naturalmente no le creí. Aun en un aire más enrarecido que el de Europa, nadie es víctima de la anerosis. Pero yo no podía discutir esos extremos con un jadeante asesino armado, y estando una muchacha a mis espaldas. Callé.

Claire se acercó; oí su angustiada respiración y su lamento casi imperceptible.

—¡Stefan! —Luego vio a Gogrol empuñando sus armas y le increpó furiosa—: ¡Conque lo hizo usted, eh! Ya sabía que sospechaban de usted. Pero no conseguirá…

Se interrumpió bajo la súbita amenaza que se leía en los ojos de Gogrol y yo me coloqué delante de ella cuando él alzó su revólver.

Por un instante la muerte nos miró con claridad a Claire y a mí, luego el hombre se encogió de hombros y la luz de maldad que había en sus ojos disminuyó.

—Todavía queda tiempo —masculló—. Si Coretti muere…

Retrocedió hasta la escotilla y sacó un casco del interior del «Minos», un casco de aire que llevábamos en previsión de tener que recorrer alturas privadas de aire.

Luego Gogrol avanzó hacia nosotros y sentí cómo Claire se estremecía contra mi hombro. Pero el hombre se limitó a lanzamos una mirada llameante y escupió una sola palabra:

—¡Atrás! —ordenó roncamente—. ¡Atrás!

Retrocedimos. Con la amenaza de aquella mortífera pistola lanzallamas nos condujo a lo largo del estrecho valle, hacia el este en dirección a la ladera de donde partía el barranco que conducía al valle de Gunderson.

Y, ladera arriba, llegamos a las turbias sombras del paso en sí, tan estrecho en algunos sitios que con las manos extendidas me habría sido posible tocar ambas paredes. Un sitio salvaje, obscuro, ominoso y lleno de ecos sombríos; no me extrañaba que la muchacha temblase junto a mí. El aire estaba enrarecido hasta el borde de la insuficiencia y los tres jadeábamos al respirar.

No había nada que yo pudiera hacer, porque las armas de Gogrol apuntaban obstinadamente a Claire Avery, Así pues, deslicé un brazo por su cintura para darle ánimos y caminamos trabajosamente por aquel sombrío cañón hasta que por fin se ensanchó. Trescientos metros más abajo se extendía un valle, el valle Gunderson, como reconocí inmediatamente. A lo lejos estaba la ladera donde se había posado el «Hera». Y abajo, en el extremo inferior, estaba el estanque de agua salada en forma de corazón.

Gogrol se había puesto el casco, dejando abierta la visera. Y sus aplastados rasgos asomaban como los de una gárgola. Nos hizo avanzar valle abajo. Cuando atravesamos la boca del barranco, que no era más que una estrecha garganta entre escarpes colosales, se desvió momentáneamente entre las sombras y, cuando apareció de nuevo me pareció oír un leve borboteo. Entonces aquello no significó nada para mí.

Blandió el revólver.

—¡Más aprisa! —ordenó amenazante.

Estábamos ahora en lo más bajo del talud y nos abríamos camino obstinadamente entre las rocas y los pedruscos. Él nos impulsaba hacia adelante hasta que avanzamos a trompicones hacia los peñascos que rodeaban el estanque central. De pronto Gogrol se detuvo.

—¡Si me siguen —dijo con fría intensidad—, dispararé!

Caminó no hacia el paso, sino a la ladera en sí, apartándose de las cuestas que estaban más cercanas al «Minos», invisibles en el otro valle. Desde luego, Gogrol podía cruzar aquellas alturas sin aire, confiado en su casco, llevando su suministro de aire como los pájaros vejiga.

Pareció buscar el resguardo de una comisa ascendente. Cuando la empinada roca lo ocultó, salté a un peñasco.

—¡Venga! —grité—. Quizá podamos adelantarnos por el paso y llegar antes que él a la nave.

—¡No! —gritó Claire tan frenéticamente que me detuve—. ¡Dios mío, no! ¿No ha visto usted el explosivo que ha dejado montado?

¡El leve borboteo! Apenas tuve tiempo de tumbarme junto a la muchacha tendida tras una roca cuando la pequeña bomba atómica hizo explosión.

Supongo que todo el mundo habrá visto, en vivo o por televisión, el efecto de las explosiones atómicas. Todos nosotros, por un medio u otro, habíamos visto cómo se demolían viejos edificios, cómo se terraplenaban terrenos o se cegaban canales y, los de más de cuarenta años, pueden incluso recordar el despliegue de bombas en la guerra del Pacífico. Pero ninguno de ustedes puede imaginar los efectos de esta explosión en Europa. Tenía lugar en una presión y

una gravitación que sólo era una octava parte de la normal. Y esos eran los únicos frenos para su furia.

Me pareció que toda la montaña se elevaba. Vastas masas de desmoronadas rocas se alzaban hacia el negro cielo. Pedazos de piedra, silbantes como balas e incandescentes como meteoritos, pasaban junto a nosotros, y el suelo mismo al que nos aferrábamos oscilaba como la cubierta de un cohete cogido en una tormenta.

Cuando el terrible estrépito se hubo extinguido, cuando ya ningún escombro rugía por encima de nosotros, cuando las oleadas de rocas se habían posado de nuevo o habían escapado de la gravitación de Europa para estrellarse sobre un Júpiter indiferente, el paso había desaparecido. La montaña y el vacío, esto es, la altura sin aire, nos tenían aprisionados.

Claire y yo estábamos ligeramente aturdidos por la explosión, aunque la tenue atmósfera transmitía un sonido extrañamente agudo en lugar del resonante retumbo que habíamos oído en la Tierra.

Cuando la cabeza dejó de darme vueltas, miré alrededor buscando a Gogrol y lo vi por lo menos a unos ciento cincuenta o doscientos metros en la cuesta de la montaña. Se apoderó de mí la cólera; agarré una piedra de la orilla del estanque y se la lancé rencorosamente.

Uno puede hacer lanzamientos a distancias asombrosamente grandes en mundos pequeños como Europa; vi cómo el proyectil levantaba una nubecilla de polvo a los pies mismos de nuestro enemigo.

Éste dio media vuelta; con toda frialdad, levantó su revólver, y recibí en el rostro esquirlas del peñasco junto al cual estaba. Hice que Claire se tendiera detrás de aquel refugio porque comprendí sin ningún género de dudas que Gogrol había tirado a matar. En silencio lo vimos trepar hasta que se convirtió en una diminuta mancha negra cerca de la cresta.

Se acercó a un pájaro vejiga que iba recorriendo su lento camino entre las alturas sin aire. Allá arriba, esas criaturas son lentas como caracoles, porque sus membranas de vuelo son inútiles en lo que es casi el vacío. Pero normalmente no tenían enemigo alguno en los picachos.

Vi cómo Gogrol cambiaba intencionadamente de rumbo para interceptar a la criatura. Adrede, maliciosamente, hizo un agujero en la inflada vejiga, reventándola como el globo de un niño. Se quedó mirando mientras el pobre animal aleteaba en la agonía de la asfixia y luego siguió su camino plácidamente. Era la más fría exhibición de frívola crueldad que hubiese presenciado nunca.

Claire se estremeció. Todavía en silencio, contemplábamos el metódico progreso de aquel hombre a lo largo del ribazo.

Había algo en su actitud que sugería la búsqueda. De repente, aceleró el paso y luego se paró de pronto, examinando lo que parecía ser un montón de piedras que le llegaba a la cintura.

Empezó a excavar, desparramando a su alrededor piedras y suciedad. Por último se incorporó; si había encontrado algo, la distancia impedía ver lo que era, pero ondeó hacia nosotros un pequeño objeto como en un ademán de triunfo y de mofa. Luego siguió andando por la cresta de la colina y desapareció.

Claire suspiró descorazonadamente; se parecía muy poco a la orgullosa y arrogante muchacha a la que llamaban Relámpago Dorado.

—Es el fin —murmuró, desconsolada—. Lo ha conseguido y nos tiene atrapados. No podemos hacer nada.

—¿Conseguido qué? —pregunté—. ¿Qué estaba buscando?

Sus azules ojos se agrandaron por el asombro.

—¿No lo sabe usted?

—Claro que no lo sé. Por lo visto, sé menos de este maldito viaje que de cualquier otra cosa del mundo.

Ella se quedó mirándome con firmeza.

—Ya había yo comprendido que Stefan estaba equivocado —dijo blandamente—. No me importa lo que usted fuese cuando se estrelló el «Hera», Jack Sands. En este viaje ha sido honrado y valiente y todo un caballero.

—Gracias —dije con sequedad, pero estaba un poco conmovido por todo aquello, porque, al fin y al cabo, el Relámpago Dorado era una muchacha muy hermosa—. ¿Y si usted me desvelara algunos de los secretos? Por ejemplo, ¿en qué se ha equivocado Coretti? ¿Y qué es lo que estaba buscando Gogrol?

—Gogrol —dijo ella, mirándome— estaba buscando en el pequeño montículo de piedras de Gunderson.

La miré sin comprender.

—¿De Gunderson? ¿Montículo? ¿Qué significa eso?

Permaneció silenciosa unos momentos.

—Jack Sands —dijo por fin—, no me importa lo que Stefan o el gobierno o quienquiera que sea piense de usted. Creo que es usted honrado y creo que se ha cometido una injusticia con usted. No creo que tuviese la culpa del desastre del «Hera». Voy a decirle todo lo que sé de este asunto. Antes que nada, ¿sabe usted el objeto de la expedición de Gunderson a Europa?

—Nunca lo supe. Soy piloto; no me interesaban lo más mínimo sus miras científicas.

Ella asintió.

—Bien, usted sabe cómo funciona un motor de cohete, cómo utilizan una diminuta cantidad de uranio o radio como catalizador para liberar la energía que hay en el combustible. El uranio tiene una actividad baja; sólo opera sobre metales como los álcalis, y las naves que utilizan motores de uranio queman sal. El radio, siendo más activo, opera sobre metales que van del hierro al cobre; por eso las naves que utilizan un iniciador de radio usualmente queman uno de los minerales más comunes del hierro o del cobre.

—Sé todo eso —gruñí—. Y cuanto más pesado es el metal, mayor es la energía que se desprende de su desintegración.

—Exactamente. —Ella hizo una pausa un momento—. Bueno, Gunderson quería emplear elementos más pesados aún. Eso requería una fuente de rayos más penetrantes que los del radio, y él sabía que la única fuente disponible es el elemento noventa y uno, el protactinio. Y ocurre que los depósitos más ricos de protactinio descubiertos hasta ahora están en las rocas de Europa; por eso vino a Europa a realizar sus experimentos.

—Bien —dije—, pero ¿qué pinto yo en todo esto?

—No lo sé con certeza, Jack. Deje que termine de explicarle lo que sé, que es todo lo que Stefan ha querido decirme. Creen que Gunderson tuvo éxito; se supone que encontró la fórmula mediante la cual el protactinio puede operar sobre el plomo, lo que proporcionaría mucha más energía que ningún tipo actual de iniciador.

Pero, si lo consiguió, su fórmula y sus notas quedaron destruidas cuando se estrelló el «Hera».

Yo empezaba a comprender.

—Pero ¿qué tiene que ver todo eso con el montón de piedras?

—¿No lo comprende?

—¡Que me aspen si lo entiendo! Si Gunderson construyó un túmulo, debió de ser el último día. Tenía turno de descanso y me pasé casi todo el tiempo durmiendo. Pero creo recordar que casi realizaron una especie de ceremonia.

—Sí. Gunderson habló de algo de eso cuando la nave se detuvo en Junópolis, en Io. Lo que el gobierno imagina es que él enterró una copia de su fórmula bajo ese montón de piedras. Pero nadie podía conocer la situación de ese túmulo excepto usted y un hombre llamado Kratska que había desaparecido.

»Así pues, la Interplanetaria, que está en un mal momento a causa de dificultades financieras, recibió la orden de respaldar esta expedición llevándolo a usted como piloto, Por lo menos eso es lo que me dijo Stefan. Me imagino que me contrataron también a mí para proporcionarle a la compañía un poco más de publicidad y, desde luego, a Stefan lo enviaron para vigilarlo a usted, con la esperanza de que de un modo u otro revelaría la situación del túmulo. Como usted comprende, la fórmula es de un valor inmenso.

—Sí, comprendo. ¿Y qué hay de Gogrol?

Ella frunció el ceño.

—No sé. Stefan insinuó que ese Gogrol tenía ciertas relaciones con Harrick de la Interplanetaria, o podía presionarlo de algún modo. Harrick insistió en que fuese uno de los miembros.

—¡Demonios! —estallé súbitamente—. Él estaba enterado de lo del montón de piedras. Sabía donde tenía que buscar.

Los ojos de la muchacha se agrandaron.

—Es verdad, lo sabía. ¿No será espía de un gobierno extranjero? ¡Si pudiéramos detenerle…! Pero nos ha dejado aquí absolutamente indefensos. ¿Por qué no nos ha matado?

—Me lo imagino —dije ceñudamente—. Él solo no puede pilotar el «Minos». Henshaw ha muerto, y si Coretti muere…, bien, uno de nosotros tendrá que hacer de piloto.

Se estremeció.

—Preferiría morir —murmuró— a viajar con él a solas.

—Ninguna de las dos cosas me gustaría para usted —comenté sombrío—. Lo que me habría gustado es que se hubiese mantenido alejada de esto. Podría usted estar en casa disfrutando de su dinero.

—¡Mi dinero! —gritó—. No tengo ningún dinero. ¿Cree usted que corro estos riesgos por afán de publicidad, de sensacionalismo, o de ganarme la admiración de la gente?

Me quedé boquiabierto; desde luego eso era exactamente lo que yo pensaba.

Ella estaba literalmente echando chispas.

—Escúcheme, Jack Sands, sólo hay un motivo que explica las cosas absurdas que estoy haciendo: ¡el dinero! No existe ninguna fortuna Avery, y no ha existido desde que mi padre murió. Estos dos últimos años he necesitado dinero desesperadamente para retener la mansión de Connecticut para mi madre, porque ella moriría si tuviese que abandonarla. Por dos siglos ha sido el hogar de nuestra familia, y no seré yo la que vaya a perderlo.

Tardé unos momentos en ajustarme a lo que ella estaba diciendo.

—Pero un cohete de carreras no es un juguete de pobres —dije débilmente—. Y es seguro que una muchacha como usted podría encontrar…

—¡Una muchacha como yo! —interrumpió amargamente—. Oh, ya sé que tengo una figura bonita y una voz pasable, y quizá pudiera haber encontrado trabajo en un cono de televisión, pero necesitaba dinero en cantidad. Podía elegir dos formas de conseguirlo: casarme o arriesgarme a cualquier cosa. Ya ve usted lo que elegí. En cuanto al Relámpago Dorado, puedo obtener grandes premios por anunciar marcas de desayuno y cremas de belleza. Por eso me expuse hasta el límite en aquella carrera; mi cohete era todo lo que me quedaba para jugármelo. Y la cosa dio resultado, sólo que —la voz le tembló un poco—, sólo que me gustaría no tener que seguir jugando. ¡Es algo que odio!

No fue sólo lástima lo que sentí entonces por ella. Su confesión había cambiado las cosas; ya no seguía siendo la muchacha acaudalada e inalcanzable que yo siempre me había imaginado. Simplemente era una muchacha solitaria e infeliz, una muchacha que necesitaba ser querida y consolada. Recordé entonces aquel anochecer del eclipse y los brazos de Coretti rodeándola. Así pues, la miré un

instante mientras la luz del Sol encendía sus cabellos y luego me aparté lentamente.

Al cabo de un rato recogimos algunas hojas hígado, las cocinamos, y traté de convencer a Claire de que era seguro que nos rescatarían. Ninguno de los dos lo creía; sabíamos muy bien que Gogrol no llevaría ningún compañero vivo a lo; quienquiera que lo ayudase a pilotar el «Minos» moriría y sería arrojado al espacio antes del aterrizaje, y sabíamos que la versión de Gogrol, cualquiera que pudiese ser, no sería la más adecuada para alentar una expedición de rescate. Simplemente se limitaría a decir que todos habíamos muerto de una manera u otra.

—No me importa —dijo Claire—. Estoy contenta contigo.

Era la primera vez que me tuteaba. Pensé en Coretti y no dije nada. Estábamos sentados en sombrío silencio junto al fuego cuando Gogrol volvió a asomar sobre las colinas.

Claire fue la primera en verlo y gritó. A pesar de que llevaba puesto el casco, ninguno de nosotros podía confundir su ancha y fornida figura. Pero no había nada que pudiésemos hacer excepto aguardar, aunque nos retiramos en dirección a la zona de peñascos que había junto al charco central.

—¿Qué supones tú…? —preguntó Claire nerviosamente.

—Coretti puede haber muerto o estar muy mal herido para poder ayudarle.

El dolor contrajo los rasgos de la muchacha.

—Sí, o más bien… ¡Oh, ya lo sé, Jack! Gogrol no sabe planear un rumbo. Sabe pilotar, sabe seguir un rumbo ya trazado, pero no sabe trazar uno… ¡Y Stefan tampoco!

Inmediatamente comprendí que debía de tener razón. Pilotar una nave es simplemente cuestión de seguir determinadas instrucciones, pero planear un rumbo implica el cálculo de funciones y eso, permítanme decirlo, requiere un matemático. Yo sabía hacerlo. Y Claire podía determinar bastante bien un curso sencillo, cosa indispensable en las carreras de cohetes.

Miren ustedes, la dificultad reside en que el piloto no dirige la nave directamente a su destino, porque ese destino está en movimiento; la dirige hacia el sitio donde el planeta estará cuando llegue la nave, y en este caso, suponiendo que Gogrol quisiera posarse en Io, un viaje desde Europa a aquel mundo significaba lanzarse en dirección a la colosal masa de Júpiter. Si en aquella dirección un cohete sobrepasaba la velocidad crítica, ¡adiós muy buenas!

A unos treinta metros, Gogrol se detuvo.

—Escuchen los dos —gritó—, ofrezco a la señorita Avery la oportunidad de incorporarse a la tripulación del «Minos».

—Usted es toda la tripulación —repliqué—. Ella no acepta su oferta.

Sin previo aviso, empuñó su revólver y disparó. Un golpe seco me entumeció la pierna izquierda. Caí detrás de un peñasco, empujando a Claire, mientras la atronadora voz de Gogrol seguía al estampido de su disparo:

—¡Voy a cerrarte la boca para siempre!

Entonces empezó un salvaje juego del escondite. Claire y yo nos arrastrábamos entre los peñascos sin atrevemos apenas a respirar.

Gogrol disponía de todas las ventajas y las aprovechaba. Yo no podía tenerme en pie, las piernas me dolían tan terriblemente que temía, de un momento a otro, dejar escapar un gemido involuntario. Claire sufría conmigo; sus ojos eran azules manchitas atormentadas, pero no se atrevía ni siquiera a cuchichearme.

Gogrol empezó a saltar sobre los peñascos. Me atisbó, y una segunda bala golpeó en la misma pierna que me ardía. Estaba cazándome deliberadamente y comprendí que era el final.

Tuvimos un momentáneo respiro.

—Voy a entregarme —dijo Claire—. De lo contrario, te matará y me llevará a mí de cualquier manera.

—¡No! —gemí—. No.

Gogrol nos oyó y se acercó al punto. Claire me susurró apresuradamente:

—Es un monstruo. Por lo menos podré trazar un rumbo que…, que nos mate a los dos. —Luego gritó—: Gogrol, me rindo.

La agarré por un tobillo… demasiado tarde. Intenté seguirla a rastras, pero andaba demasiado aprisa. La oí decir:

—Me entrego si deja de disparar contra él.

Gogrol masculló algo y luego oí de nuevo la voz de Claire:

—Sí, le trazaré el rumbo, pero ¿cómo voy a cruzar los picachos?

—Camine —dijo él, y se echó a reír.

—No podré respirar allá arriba.

—Camine todo lo aprisa que pueda. No morirá si la llevo en brazos el resto del trayecto.

No hubo ninguna réplica. Cuando por fin pude llegar a rastras hasta el claro, estaban ya a unos treinta metros cuesta arriba.

Impotente, furioso, enloquecido por el dolor, agarré una piedra, y la tiré. Alcanzó a Gogrol en la espalda, pero sin ninguna contundencia. Se volvió irritado, dejó a Claire en el

suelo, y me lanzó otro balazo. Me falló, pensé, aunque no estaba seguro, porque estaba embotado por el dolor. No podía estar seguro de nada.

Claire vio que yo todavía conservaba cierto aspecto de conciencia.

«¡Adiós!», gritó, y añadió algo que no pude oír a causa de las rojas oleadas de dolor. Gogrol se reía. A continuación, durante lo que pareció ser un largo rato, únicamente percibí que estaba arrastrándome tercamente por un infierno de torturas.

Cuando se disipó la niebla roja, sólo había alcanzado el pie del acantilado. Muy por encima de mí pude distinguir las figuras de Claire y Gogrol y percibí que, aunque él avanzaba con rápidas zancadas, protegido por su casco, la muchacha se tambaleaba a causa de la dificultosa respiración. Mientras yo miraba, ella tropezó y empezó a luchar frenética y espasmódicamente para alejarse de él. No es que quisiera romper su promesa, sino que la agonía de la asfixia la impulsaba a intentar conseguir aire respirable por cualquier medio.

Pero la lucha fue breve. En menos de un minuto, se desmayó agotada por la falta de aire; Gogrol se la echó descuidadamente a un hombro y apretó el paso. Se detuvo en la cresta y miró atrás. En aquel aire tenue y diáfano pude

ver todos los detalles con una claridad telescópica, incluso la sombra que él arrojaba sobre la rubia cabeza caída de Claire.

Se llevó el revólver a la sien, lo agotó en un ademán burlón y lo arrojó luego hacia mí por la ladera de la montaña. La intención era inconfundible: me estaba aconsejando que me suicidara. Cuando llegué al revólver, sólo había un cartucho disponible en el tambor; alcé la mirada y traté de emplearlo contra el mismo Gogrol, pero ya había desaparecido tras el ribazo.

Comprendí entonces que me era preciso renunciar a toda esperanza. Quizá, de cualquier modo, iba a morir a causa del último balazo recibido, pero, fuese así o no, Claire estaba perdida. Todo lo que quedaba para mí era la locura de la soledad, aprisionado para siempre en aquel valle. Eso o el suicidio.

No sé cuántas veces pensé en aquel único cartucho, pero tengo la certeza de que el pensamiento se hizo muy tentador al cabo de unas cuantas horas más de dolor.

¡Si me fuese posible cruzar aquellas colinas! Empecé a comprender que la seguridad de Claire era más importante que mi propia vida, aunque ello significase salvarla para Coretti. Pero no podía hacerlo, ni siquiera podía llegar hasta ella a menos que me fuese posible deslizarme sobre las colinas como un pájaro vejiga.

¡Como un pájaro vejiga! Estaba seguro de que sólo el delirio de la fiebre había sugerido aquella idea absurda. ¿Podría cristalizar en algo? Me respondí a mí mismo que, diese o no resultado, sería mejor que morir allí sin haber hecho ningún intento.

Me dediqué a acechar a aquel pájaro vejiga con la tenacidad de un gato. Pasé largos minutos arrastrándome hacia un bosquecillo de arbustos canoros sólo para ver cómo alguna que otra de aquellas criaturas volaba venturosa sobre mi cabeza y cruzaba el valle. Pero al fin vi al animal acurrucado y dispuesto a emprender el vuelo.

No me atreví a retrasar más mi plan por miedo a que mis heridas me debilitasen demasiado. Así es que disparé, consumiendo mi único cartucho.

El pájaro vejiga se abatió. Pero aquello no fue más que el principio de mi tarea, Cuidadosamente, con meticulosidad exquisita, quité la vejiga de la criatura, dejando intacto el tubo de viento. Luego, a través de la abertura que conecta con el pulmón único del pájaro, deslicé mi cabeza, dejando que el sangriento reborde se contrajese en torno de mi garganta.

Yo sabía que la adherencia no podía ser perfecta, por lo cual reforcé la unión con tiras de tela que corté de mi ropa, apretando al punto de la asfixia. Luego me metí el pegajoso tubo de viento en la boca y empecé una tarea inacabable:

llenar de aire la vejiga. Inspiraba profundamente y soplaba después por el tubo, así una y otra vez. Gradualmente la vejiga fue hinchándose con un aire sucio, viciado, maloliente que ya había sido respirado una vez.

Tenía la vejiga a medio llenar cuando comprendí que debía ponerme en marcha si quería tener la oportunidad de vivir lo suficiente para hacer una prueba. Soplando aún por el tubo de viento mientras hubo aire bastante, mirando turbiamente a través de las paredes semitranslúcidas de la vejiga, empecé a escalar la colina.

No quiero describir aquel viaje increíble. En la Tierra habría sido absolutamente imposible; aquí, como no pesaba más de nueve kilos, estaba dentro de los límites de lo viable. Mientras subía, la vejiga se iba hinchando a medida que se reducía la presión exterior.

Cuando tuve que empezar a respirar aquella cosa repugnante, pude sentir cómo se escapaba borboteando a través del reborde sanguinolento que me atenazaba el cuello.

Como quiera que fuese, superé la cresta, casi directamente por encima del «Minos». Afortunadamente, la nave estaba aún allí. Gogrol no había bajado por este sitio y comprendí por qué. Había allí un descenso de unos cien metros. Bueno, eso equivalía sólo a unos quince metros en la Tierra, pero

aun así… El caso era que tenía que probar, porque aquí en los picachos me estaba muriendo. Salté.

Di en el suelo con un retorcimiento de dolor de mi pierna herida, pero mucho más leve de lo que había temido. ¡Claro! Al saltar a un aire más denso, la gran vejiga había funcionado como paracaídas y, al fin y al cabo, mi peso aquí no era más que de nueve kilos. Me arrastré en dirección a la nave, esperando con agonía el momento en que poder arrancarme la hedionda y asfixiante vejiga.

Ese momento llegó. Había cruzado los picachos y ante mí estaba el «Minos». Seguí arrastrándome y llegué hasta el costado de la escotilla. Estaba abierta y una voz atronaba en el interior, la de Gogrol.

—Conque querías jugármela, ¿eh? —chilló—. Trazas un rumbo que nos llevará a estrellarnos. ¡Vamos a ver! ¡Vamos a ver!

Luego llegó el sonido inconfundible de un golpe y un débil gemido de dolor.

En algún lado encontré la fuerza necesaria para ponerme en pie. Blandiendo el vacío revólver, entré por la escotilla y, sujetándome en las paredes, me deslicé hasta la sala de mandos.

Había algo en aquella figura inclinada sobre una muchacha sollozante en la penumbra que descorrió el velo que había

nublado mi mente. Al verlo así en la umbrosa sala con las persianas alzadas, descubrí lo que debería de haber reconocido varias semanas antes: Gogrol era Kratska.

—¡Kratska! —rugí, y él dio media vuelta.

Tanto él como Claire se quedaron helados y rígidos por la sorpresa y la incredulidad. Creo que ambos estaban realmente convencidos de que era un fantasma.

—¿Cómo…, cómo…? —tartamudeó Gogrol, o más bien Kratska.

—Crucé. Habría cruzado el infierno para encontrarte, Kratska. —Blandí el revólver—. Sal y aléjate rápidamente, si quieres escapar al estallido del despegue. Te dejaremos aquí hasta que la policía de Io venga a recogerte o te interrogue, entre otras cosas, sobre aquel asunto de «Hera». —Le hablé a la asombrada Claire—: Cierra la escotilla después que se haya ido. Vamos a despegar.

—¡Jack —gritó ella, comprendiendo por fin—, Stefan está atado a un árbol ahí fuera! ¡La llamarada lo abrasaría!

—Entonces, ve a soltarlo y, por el amor de Dios, date prisa.

Pero no había hecho más que desaparecer cuando Kratska aprovechó su oportunidad. Fiando en mi evidente debilidad se abalanzó sobre mí. Creí que se había vuelto loco. No hacía más que gritar imprecaciones.

—¡Maldito seas! —chilló—. No podrás derrotarme. Hice de ti la víctima propiciatoria del «Hera» y puedo hacerlo aquí también.

Y comprendí que tenía razón si lograba reducirme antes de que Claire pusiese en libertad a Coretti. Ella sola no podría dominarlo y todos estaríamos a su merced. Así pues, luché con toda la vida que me quedaba y sentí cómo se me iba escapando igual que el ácido de un matraz. Al cabo de un rato llegué al límite y la obscuridad llenaba el vacío.

Oí curiosos sonidos. Alguien estaba diciendo:

—No, despegaré primero y trazaré el curso después que alcancemos la velocidad de escape. Eso ahorra tiempo. Tenemos que llevarlo a Io. —Y un poco más tarde—: ¡Oh, Dios mío, Stefan! Si ahora doy un tumbo... ¿Por qué soy tan incapaz como piloto?

Y luego se oyó el rugido de los motores que pareció durar horas y horas.

Mucho tiempo después me di cuenta de que estaba tendido en la mesa de la cámara de navegación y que Coretti me miraba.

—¿Cómo te sientes, Jack? —me preguntó.

Era la primera vez que me tuteaba.

—Muy bien —dije, y luego me volvió la memoria—. ¡Gogrol! ¡Es Kratska en realidad!

—Era —corrigió Coretti—. Ha muerto.

—¡Muerto!

Ya no había posibilidad alguna de poner en claro el asunto del «Hera».

—Sí, lo mataste. Le abriste la cabeza con el revólver antes de que pudiéramos intervenir. Pero se lo tiene muy merecido.

—Sí, quizá, pero lo del «Hera»…

—No te preocupes, Jack. Tanto Claire como yo oímos a Kratska reconocer su responsabilidad. Te libraremos de eso, desde luego. —Hizo una pausa—, y quizá te alegre saber que rescatamos la fórmula y que por ella hay una recompensa que nos permitirá vivir a nuestras anchas incluso haciendo tres partes. Es decir, Claire insiste en que se hagan tres partes, pero yo sé que no merezco nada.

—Es justo hacer tres partes —dije—. Os haré un buen regalo a Claire ya ti.

—¿A Claire y a mí?

—Escucha, Stefan. No pensaba decíroslo, pero os vi el anochecer del eclipse. No me pareció que Claire se resistiera.

Él sonrió.

—Conque lo viste, ¿eh? —dijo lentamente—. Entonces, escucha. Un hombre que le pide a una muchacha que se case con él debería conseguir que la muchacha se le acercara un poco más. Se limitó a rechazarme lo más suavemente que le fue posible.

—¿Dijo que no?

—Es lo que hizo aquella vez. Pero apuesto lo que quieras a que será diferente contigo.

—Ella… ella… —algo en el sonido rutinario de los reactores me llamó la atención—. ¡Estamos aterrizando!

—Sí, en Io. Llevamos dos horas aterrizando.

—¿Quién hizo el despegue?

—Claire. Despegó y sigue gobernando. Lleva sentada allí cincuenta horas. Cree que necesitas un médico y yo no sé nada de navegación. Es ella quien lo trae desde Europa.

Me incorporé de un salto.

—Llévame allí —dije ceñudamente—. No discutas. Llévame allí.

Claire apenas alzó los ojos cuando Coretti me hizo sentar junto a ella. Estaba agotadísima después de tantas horas y volvía a dominarla su viejo terror al aterrizaje.

—¡Jack, Jack! —susurró como para sí misma—. Me alegro de que estés mejor.

—Cariño —dije, admirando su cabello, que brillaba como la miel—, voy a ayudarte con la barra. Sólo te guiaré un poco.

Bajamos sin el menor bamboleo y nos posamos como una pluma. Pero yo no tuve mucho que hacer; estaba tan débil, que apenas podía mover la barra, pero Claire se daba cuenta. Lo único que necesitaba era confianza. Por lo demás, tenía las cualidades de un magnífico piloto. Sí, lo he comprobado. Es un magnífico piloto. Pero de cualquier forma, se quedó dormida en mitad de nuestro primer beso.

EL IDEAL

—Esto —indicó el franciscano— es mi autómata, que en el momento apropiado hablará, contestará cualquier pregunta que pueda formularse y me revelará todos los conocimientos secretos.

Sonrió al poner una mano afectuosa sobre el cráneo de hierro que coronaba el pedestal.

El jovencito se quedó mirando boquiabierto, primero la cabeza y luego al fraile.

—Pero es de hierro —susurró—. La cabeza es de hierro, buen padre.

—Hierro por fuera, sabiduría por dentro, hijo mío —dijo Roger Bacon—. Hablará en el momento adecuado y a su manera, porque de ese modo la he hecho. Un hombre

inteligente puede enderezar las artes diabólicas a los fines divinos, derrotando así al Enemigo. ¡Chitón! ¡Están tocando vísperas! Ave Maria, gratia plena…

Pero la cabeza no hablaba. Durante largas horas y largas semanas, el Doctor mirabilis vigilaba su creación. Los labios de hierro permanecían silenciosos y los ojos de hierro permanecían inexpresivos. Ninguna voz, sino la voz del gran hombre, sonaba en su celda monástica y no había respuesta para ninguna de las preguntas que él formulaba; hasta que un día, cuando estaba sentado examinando su trabajo, releyendo una carta que escribiera a Duns Scoto en la distante Colonia, un día…

—El tiempo es —dijo la estatua y sonrió benignamente.

El fraile alzó la mirada.

—Realmente, el tiempo es —asintió—. Ha llegado el momento de que te expreses y con una afirmación menos obvia que ésta. Porque, desde luego, el tiempo es, de lo contrario no habría nada en absoluto. Sin el tiempo…

—El tiempo era —retumbó la estatua, sonriendo ahora con severidad y mirando la imagen de Dracón.

—Realmente, el tiempo era —dijo el monje—. El tiempo era, es y será, porque el tiempo es el medio en el que ocurren los acontecimientos. La materia existe en el espacio, pero los acontecimientos…

La estatua no sonrió ya.

—¡El tiempo ha pasado! —rugió con tonos más profundos que las campanas de la catedral, y estalló en mil pedazos.

He aquí —dijo el viejo Haskel van Manderpootz, cerrando el libro— mi autoridad clásica por lo que se refiere a este experimento. Este relato, sobrecargado como está con mitos y leyendas medievales, demuestra que el mismo Roger Bacon intentó el experimento… y fracasó. —Me apuntó con un largo dedo—. Pero no vayas a sacar la impresión, Dixon, de que el fraile Bacon no fue un gran hombre. En realidad fue extremadamente grande; empuñó la antorcha que su tocayo Francis Bacon había de blandir cuatro siglos más tarde y que ahora resucita van Manderpootz.

Yo seguía mirando en silencio. El profesor prosiguió:

—A Roger Bacon casi podría llamársele un van Manderpootz del siglo trece o a van Manderpootz un Roger Bacon del siglo veintiuno. Sus Opus maius, Opus minor y Opus tertium…

—¿Qué tiene que ver —interrumpí impacientemente— todo eso con esto? —pregunté, indicando el torpe robot de metal que estaba en un rincón del laboratorio.

—¡No interrumpas! —exigió van Manderpootz—. Yo te…

En aquel momento saltó de la butaca. La masa de metal había proferido un ronco grito y, con los brazos levantados, había dado un paso hacia la ventana.

—¿Qué demonios…? —mascullé cuando aquella cosa dejó caer los brazos y volvió estúpidamente a su puesto.

—Debe de haber pasado un coche por la alameda —dijo van Manderpootz con indiferencia—. Bien, como te iba diciendo, Roger Bacon…

Dejé de escuchar. Cuando van Manderpootz está resuelto a dar una explicación, las interrupciones son más que inútiles. Como exalumno suyo, lo tenía más que sabido. Así pues, permití que mis pensamientos vagabundearan en torno a problemas míos muy personales, especialmente el de Tips Alva, por el momento mi problema más acuciante. Sí, me refiero a Tips Alva, la bailarina de televisión, la rubita que anima la hora de Hierba Mate en la actuación de la compañía brasileña. Las coristas, las bailarinas y las estrellas de televisión siempre han sido mi debilidad. Quizás ello indica que en mí late un corazón de artista. Quizá.

Yo soy Dixon Wells, ya saben ustedes, el retoño de la compañía N. J. Wells, superingenieros. Se supone que yo mismo soy un ingeniero; y digo se supone porque en los siete años transcurridos desde que conseguí el título, mi padre no me ha dado muchas oportunidades para demostrarlo. Él tiene un fuerte sentido del valor del tiempo y yo estoy

condenado al poco envidiable sino de llegar tarde a todo y para todo. Mi padre incluso afirma que los diseños que le presento de vez en cuando son del tardío estilo jacobeo, pero eso no es verdad: son posrománicos.

El viejo N. J. critica también mi inclinación por las actrices de teatro y de televisión, y periódicamente me amenaza con suprimirme la asignación, aunque se supone que se trata de un sueldo. Es una molestia depender hasta tal extremo de mi padre y algunas veces lamento aquella desafortunada baja de la bolsa que, en el año 2009, se llevó todo mi dinero y desbarató mi proyectado matrimonio con Whimsy White. Sólo me consuela pensar que, como demostró van Manderpootz con el subjuntivisor, aquel matrimonio hubiese sido una catástrofe. Aunque, en lo relativo a mis sentimientos, el desastre adquirió casi las mismas proporciones. Tardé meses en olvidarme de Joanna Caldwell y de sus plateados ojos. Una vez más, reaccionaba con retraso.

Van Manderpootz fue mi viejo profesor de física, jefe del departamento de Física Moderna en la Universidad de Nueva York. Era un genio algo excéntrico. Juzguen ustedes mismos.

—Y ésa es la tesis —dijo él de pronto, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Cómo? ¿Qué dice? ¡Ah, si, desde luego! Pero ¿qué tiene que ver con ese risueño robot?

El profesor enrojeció violentamente.

—¡Te lo acabo de decir! —rugió—. ¡Idiota! ¡Imbécil! ¡Estar fantaseando mientras hablaba van Manderpootz! ¡Vete! ¡Desaparece!

Me fui. Por lo demás, era tarde, tan tarde, que dormí más de la cuenta por la mañana y sufrí más que nunca el acostumbrado sermón de mi padre sobre las ventajas de la puntualidad.

Cuando visité de nuevo a van Manderpootz, un anochecer, había olvidado por completo su cólera. El robot seguía de pie en el rincón junto a la ventana y no perdí tiempo alguno preguntando su propósito.

—Es simplemente un juguete que he hecho construir a algunos de los estudiantes —me explicó él—. Tiene una pantalla de células fotoeléctricas detrás del ojo derecho, conectada de tal forma que cuando un cierto perfil se proyecta en ella, pone en marcha el mecanismo. El chisme está enchufado a la red de electricidad, pero en realidad debería funcionar a base de gasolina.

—¿Por qué?

—Bueno, el perfil seleccionado tiene forma de automóvil. Mira aquí. —Sacó una cartulina de su mesa y recortó el contorno de un coche aerodinámico como los que se usaban aquel año—. Como sólo se utiliza un ojo —continuó—, el chisme no puede apreciar la diferencia entre un vehículo de tamaño natural a cierta distancia y este pequeño recorte a una distancia mucho menor. No tiene ningún sentido de la perspectiva.

Pasó el recorte de cartulina ante los ojos del mecanismo. Instantáneamente despertó su bronco rugido y avanzó un paso con los brazos levantados, van Manderpootz retiró la cartulina y de nuevo el aparato volvió a colocarse estúpidamente en su puesto.

—¿Qué demonios significa esto? —exclamé—. ¿Para qué sirve?

—¿Es que van Manderpootz hace alguna vez un trabajo sin una razón que lo respalde? Esto me sirve para hacer demostraciones en mi seminario de alumnos selectos.

—¿Demostraciones de qué?

—Del poder de la razón —respondió van Manderpootz solemnemente.

—¿Cómo? ¿Y por qué debería trabajar con gasolina en lugar de con energía eléctrica?

—Cada pregunta a su tiempo, Dixon. Se te ha escapado la grandeza de la concepción de van Manderpootz. Mira, esta criatura, por imperfecta que sea, representa la máquina rapaz. Es el paralelo mecánico del tigre, que acecha en la jungla para saltar sobre su presa. La jungla de este monstruo es la ciudad; su presa es la molesta máquina que sigue las sendas llamadas calles. ¿Comprendes?

—No.

—Bien, imagínate a este autómata no como es, sino como van Manderpootz podría hacerlo si quisiera. Acecha, gigantesco, a la sombra de los edificios; se mueve furtivamente por las obscuras alamedas; se asoma a calles desiertas, con su motor de gasolina ronroneando quedamente. Entonces un automóvil que no sospecha nada lanza su imagen en la pantalla que hay detrás de los ojos del autómata. Éste salta. Se apodera de su presa, la balancea en sus brazos, la acerca a sus aceradas mandíbulas y clava en ella implacables colmillos. La sangre de su presa, la gasolina, pasa a su estómago, a su depósito de combustible. Con renovada fuerza, se escabulle en la obscuridad y acecha el paso de otra presa. Es la máquina carnívora, el tigre de la mecánica.

Supongo que me quedé mirando boquiabierto. Se me ocurrió de pronto que el cerebro del gran van Manderpootz estaba flaqueando.

—¿Cómo puede…? —jadeé.

—Te he dicho —habló suavemente— que esto no es más que una idea. Puedo encontrar muchos otros usos para el juguete. Con él puedo probar cualquier cosa, todo lo que se me ocurra.

—¿Puede? Pruebe algo, entonces.

—Propón tú lo que quieras, Dixon.

Vacilé, desconcertado.

—¡Vamos! —urgió con voz impaciente—. Mira, te demostraré que la anarquía es el gobierno ideal, o que el cielo y el infierno son el mismo sitio, o que…

—¡Demuéstreme eso! —exclamé—. Lo del cielo y el infierno.

—Muy fácil. Primero dotamos de inteligencia a mi robot. Añadimos una memoria mecánica por medio de la vieja válvula retardatriz Cushman; añadimos un sentido matemático con cualquiera de las máquinas calculadoras; le damos una voz y un vocabulario con el fonógrafo de impulso magnético. Ahora la cuestión que planteo es ésta: admitiendo que se trata de una máquina inteligente, ¿no se sigue que cualquier otra máquina construida del mismo modo debe tener cualidades idénticas? Si a cada robot se le

han proporcionado los mismos dispositivos interiores, ¿no han de tener exactamente el mismo carácter?

—¡No! —espeté—. Los seres humanos no pueden hacer dos máquinas exactamente iguales. Habrá diminutas diferencias: una reaccionará más rápidamente que las demás, o una preferirá el Cadillac como presa en tanto que otra reaccionará más vigorosamente ante el Ford. En otras palabras, tienen, es decir, tendrían, individualidad —terminé con una sonrisa de triunfo.

—Ése es exactamente mi argumento —comentó van Manderpootz—. Reconoces que esta individualidad es el resultado de una fabricación imperfecta. Si nuestros medios de fabricación fueran perfectos, todos los robots serían idénticos y esta individualidad no existiría. ¿Es verdad, o no?

—Pues… supongo que sí.

—Por ello arguyo que nuestra propia individualidad se debe a que no hemos alcanzado la perfección. Todos nosotros, incluso van Manderpootz, no somos más que individuos porque no somos perfectos. Si lo fuéramos, cada uno de nosotros sería exactamente igual a los demás. ¿Cierto o no?

—Bien…, sí.

—Pero el cielo, por definición, es un sitio donde todo es perfecto. Por tanto, en el cielo cada cual es exactamente lo

mismo que cualquier otro y en consecuencia cada cual está profunda y totalmente aburrido. No hay tortura comparable al aburrimiento, Dixon, y… Bien, ¿he probado o no mi tesis?

Yo estaba aturdido.

—Pero…, ¿y lo de la anarquía? —tartamudeé.

—Muy sencillo. Algo muy simple para van Manderpootz. Fíjate. Con una nación perfecta, esto es, con una nación cuyos individuos son todos exactamente iguales, lo que acabo de demostrar que constituye la perfección, con una nación perfecta, repito, las leyes y el gobierno son absolutamente superfluos. Si cada cual reacciona a los estímulos de la misma manera, las leyes son totalmente inútiles, eso está claro. Si, por ejemplo, ocurre un determinado acontecimiento que puede llevar a una declaración de guerra, todo el mundo en semejante nación votaría a favor de la guerra en el mismo instante. Por tanto el gobierno es innecesario y por tanto la anarquía es el gobierno ideal, puesto que es el gobierno adecuado para una raza perfecta. —Hizo una pausa—. Demostraré ahora que la anarquía no es el gobierno ideal…

—¡No se preocupe! —supliqué—. ¿Quién soy yo para discutir con van Manderpootz? Pero ¿cuál es el propósito de este robot? ¿Una base para la lógica?

El mecanismo replicó con su acostumbrado chirrido como si avanzase hacia algún coche descarriado que estuviera más allá de la ventana.

—¿No basta con eso? —gruñó van Manderpootz—. Sin embargo —su voz bajó de tono— le tengo pensado un destino mucho mayor. Muchacho, van Manderpootz ha resuelto el enigma del universo. —Hizo una pausa impresionante—. Bueno, ¿por qué no dices algo?

—¡Uf! —jadeé—. Es…, bien, es maravilloso.

—No para van Manderpootz —dijo él modestamente.

—Pero…, ¿en qué consiste?

—¿Cómo? ¡Ah, sí! —frunció el ceño—. Bueno, te lo diré, Dixon. No entenderás nada, pero te lo diré. —Carraspeó—. Ya a principios del siglo veinte —continuó—, Einstein demostró que la energía es particular. La materia lo es también y ahora van Manderpootz añade que el espacio y el tiempo son discretos.

Me lanzó una mirada llameante.

—La energía y la materia son particulares —murmuré—, y el espacio y el tiempo son discretos. ¡Qué morales son!

—¡Imbécil! —tronó—. ¡Hacer juegos de palabras con lo que dice van Manderpootz! Sabes muy bien que estoy

hablando de particular y discreto en sentido físico. La materia está compuesta de partículas, por eso es particular. Las partículas de materia se llaman electrones, protones y neutrones, y las de energía, cuantos. Yo añado ahora otras dos, las partículas de espacio a las que llamo espaciones, y las de tiempo, a las que llamo cronones.

—¿Y qué demonios son partículas de espacio y partículas de tiempo? —pregunté.

—Lo que acabo de decir —disparó van Manderpootz—. Del mismo modo que las partículas de materia son los fragmentos más pequeños de materia que puedan existir, lo mismo que no hay una partícula que sea la mitad de un electrón o, en el mismo sentido, la mitad de un cuanto, el cronón es el lapso de tiempo más pequeño posible y el espación el trozo más pequeño posible de espacio. Ni el tiempo ni el espacio son continuos; cada uno de ellos está compuesto por fragmentos infinitamente pequeños.

—Bien, ¿cuánto dura un cronón? ¿Qué tamaño tiene un espación?

—Van Manderpootz ha medido incluso eso. Un cronón es la cantidad de tiempo que necesita un cuanto de energía para empujar un electrón desde una órbita a la siguiente. Es indudable que no puede haber un intervalo de tiempo más corto, puesto que un electrón es la más pequeña unidad de materia y el cuanto la unidad más pequeña de energía. Y un

espación es el volumen exacto de un protón. Como quiera que no existe nada más pequeño, ésa es obviamente la más pequeña unidad de espacio.

—Entonces —argüí—, ¿qué hay entre esas partículas de espacio y tiempo? Si el tiempo se mueve, como usted dice, en saltos de un cronón cada uno, ¿qué hay entre los saltos?

—¡Ah! —exclamó el gran van Manderpootz—. Ahora llegamos al meollo del asunto. Intercalado entre las partículas de espacio y tiempo, debe de haber evidentemente algo que no es ni espacio ni tiempo, ni materia ni energía. Hace cien años, Shapley se anticipó a van Manderpootz de una manera vaga cuando anunció su cosmoplasma, la gran matriz subyacente en la que el tiempo y el espacio y el universo están empotrados. Ahora van Manderpootz anuncia la unidad suprema, la partícula universal, el foco donde se reúnen la materia, la energía, el tiempo y el espacio, la unidad de la que están construidos electrones, protones, neutrones, cuantos, espaciones y crononeS. El enigma del universo queda resuelto por lo que yo he decidido llamar el cosmón.

Sus azules ojos me traspasaban.

—¡Magnífico! —balbucí débilmente, comprendiendo que se esperaba de mí una palabra por el estilo—. Pero ¿de qué sirve eso?

—¿Que de qué sirve? —rugió—. Suministra, o suministrará una vez que yo haya pulido algunos detalles, los medios de convertir la energía en tiempo o el espacio en materia o el tiempo en espacio, o… —se calló farfullando—. ¡Tonto! —masculló—. ¡Y pensar que estudiaste bajo la tutela de van Manderpootz! ¡Me avergüenzo, realmente me avergüenzo!

No era posible decir si estaba avergonzado o no. Su rostro estaba siempre bastante rubicundo…

—¡Colosal! —dije apresuradamente—. ¡Qué inteligencia!

Eso le aplacó.

—Pero eso no es todo —prosiguió—. van Manderpootz nunca se detiene si no llega hasta la perfección. Ahora anuncio la partícula unidad del pensamiento: ¡el psicón!

Aquello era demasiado. Simplemente me quedé mirando boquiabierto.

—Ya sé que te he dejado atónito —dijo van Manderpootz—. Supongo que tienes noticias, aunque no sea más que por rumores, de la existencia del pensamiento. El psicón, la unidad de pensamiento, es un electrón más un protón, destinados a formar un neutrón: embutido en un cosmón, ocupando el volumen de un espación, impulsado por un cuanto durante un período de un cronón. Algo muy claro, muy simple.

—¡Oh, muchísimo! —aprobé yo—. Incluso yo soy capaz de comprender que eso equivale a un psicón.

El profesor resplandeció.

—¡Excelente! ¡Excelente!

—¿Y qué va usted a hacer con los psicones? —pregunté.

—¡Ah! —exclamó él—. Ahora vamos incluso más allá del meollo del asunto y retornamos a Isaac —y señaló al robot—. Me propongo construir la cabeza mecánica de Roger Bacon. El cerebro de esta torpe criatura albergará tanta inteligencia como ni siquiera van Manderpootz, debería decir como solamente van Manderpootz, es capaz de conseguir. Lo único que me falta es crear mi idealizador.

—¿Su idealizador?

—Desde luego. ¿No acabo de probar que los pensamientos son tan reales como la materia, la energía, el tiempo o el espacio? ¿No acabo de demostrar que, mediante el cosmón, uno puede transformarse en otro? Mi idealizador es el medio de transformar psicones en cuantos, lo mismo que, por ejemplo, un tubo Crookes o un tubo de rayos equis transforma la materia en electrones. ¡Haré que tus pensamientos se hagan visibles!, y no tus pensamientos como son en ese obtuso cerebro tuyo, sino en su forma ideal. ¿Comprendes? Los psicones de tu mente son los mismos que los de cualquier otra mente, al igual que todos los electrones

son idénticos, procedan del oro o del hierro. Sí, tus psicones —su voz titubeó— son idénticos a los que proceden de la mente de… van Manderpootz.

Hizo una pausa, emocionado.

—¿De verdad? —jadeé.

—De verdad. Más reducidos en número, por supuesto, pero idénticos. Por tanto, mi idealizador muestra tu pensamiento liberado de la carga de tu personalidad. Lo muestra… ideal.

Bueno, una vez más llegué tarde a la oficina.

Una semana después se me ocurrió pensar en van Manderpootz. Tips estaba de gira por no sé dónde y yo no me atrevía a comprometerme con otra chica porque cuando en otra ocasión lo intenté, se enteró. No tenía nada que hacer y me acerqué a ver al profesor. No lo encontré en su casa y por fin lo localicé en su laboratorio de la facultad de Física. Se movía alrededor de la mesa que tiempo atrás había sostenido aquel condenado subjuntivisor suyo, pero que ahora soportaba una indescriptible confusión de tubos y enmarañados cables. En el centro de aquel maremágnum se alzaba, impresionante, un espejo plano circular grabado con una delicada red de líneas.

—Buenas noches, Dixon —farfulló.

Respondí a su saludo.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Mi idealizador. Un modelo en bruto, demasiado burdo para encajar en el cráneo de hierro de Isaac. Estoy acabando de perfilarlo. —Volvió hacia mí sus resplandecientes ojos azules—. ¡Qué suerte que estés aquí! Ello salvará al mundo de un terrible riesgo.

—¿Un riesgo?

—Sí. Es evidente que una exposición demasiado larga al artilugio extraerá demasiados psicones y dejará la mente del sujeto embotada. Yo estaba dispuesto a aceptar el riesgo, pero ahora comprendo que sería terriblemente desleal para el mundo poner en peligro la mente de van Manderpootz. Cuando te vi llegar pensé que eras la persona idónea.

—¡No, no acepto!

—Vamos, vamos —dijo, frunciendo el ceño—. El peligro es insignificante. En realidad, incluso dudo de que el artilugio pueda extraer cualquier psicón de tu mente. De cualquier modo, estarás en absoluta seguridad durante un período de por lo menos media hora. Yo, con una mente muchísimo más productiva, podría sin duda soportar el esfuerzo por tiempo indefinido, pero mi responsabilidad para con el mundo es demasiado grande para arriesgarme mientras no haya

experimentado la máquina en otra mente. Deberías sentirte orgulloso por este honor.

—Pues no, en absoluto.

Pero mi protesta fue débil, Después de todo, sabía que van Manderpootz… a pesar de sus aires de superioridad, me apreciaba, y estaba seguro de que no me haría correr ningún peligro. No tardé mucho en sentarme a la mesa frente al espejo grabado.

—¿Qué ves?

—Mi propia cara en el espejo.

—Naturalmente. Ahora haré girar el reflector. —Me llegó un débil zumbido y el espejo empezó a dar vueltas suavemente—. Escucha ahora —continuó van Manderpootz—. He aquí lo que tienes que hacer. Pensarás en un nombre genérico. «Casa», por ejemplo. Si piensas en una casa, verás, no una casa cualquiera, sino tu casa ideal, la casa de todos tus sueños y deseos. Si piensas en un caballo, verás lo que tu mente concibe como el caballo perfecto, un caballo como sólo el sueño y el anhelo pueden crearlo. ¿Comprendes? ¿Has elegido un tema?

—Sí.

Después de todo, yo sólo tenía veintiocho. El concepto que había elegido era… muchacha.

—Bien —dijo el profesor—, conecto la corriente.

Hubo un resplandor azul tras el espejo. Mi propia cara seguía mirándome desde la superficie giratoria, pero algo estaba formándose detrás de ella, construyéndose, creciendo. Parpadeé; cuando volví a centrar la visión, aquello estaba allí… ella estaba allí.

¡Dios mío! No acierto a describirla. Ni siquiera sé si la vi claramente la primera vez. Era como mirar en otro mundo y ver la realización de todos los anhelos, sueños, aspiraciones e ideales. Era una sensación tan penetrante, que llegaba a convertirse en dolor. Era una exquisita tortura o una delicia de agonía. Era a la vez algo insoportable e irresistible.

Pero yo miraba. Tenía que hacerlo. Había una semejanza obsesionante en aquellos rasgos tan imposiblemente hermosos. Había visto aquella cara alguna vez, en algún sitio. ¿En sueños? No. Me di cuenta de pronto de cuál era el motivo de aquella semejanza. No se trataba de una mujer viva, sino de una síntesis. Su nariz era la descarada naricita de Whimsy White en sus momentos más deliciosos; sus labios eran el arco perfecto de Tips Alva; sus plateados ojos y sus obscuros cabellos aterciopelados eran los de Joanna Caldwell. Pero el conjunto, la suma total, el rostro que veía en el espejo, no era el de ninguna de ellas; era un rostro imposible, increíble, ultrajantemente hermoso.

Sólo la cara y la garganta eran visibles. Los rasgos eran fríos, inexpresivos, tan muertos como los de un grabado. Me pregunté si sabría sonreír, y nada más formularme el pensamiento, la imagen se iluminó con una deliciosa sonrisa. Si antes era ya hermosa, ahora su belleza alcanzó tan alta cota que resultaba insolente. Era un desafío ser tan bonita, era insultante. Me irritaba ver que aquella imagen ostentase una belleza tan indescriptible y sin embargo no existiese. Decepción, engaño, fraude, una promesa que nunca podía ser cumplida.

La cólera murió en las profundidades de aquella fascinación. Me pregunté cómo sería el resto de la muchacha e instantáneamente retrocedió con gran donaire hasta que se hizo visible toda su figura. En el fondo debo de ser un mojigato, porque no llevaba puestos los exiguos vestidos que estaban de moda aquel año, sino un resplandeciente vestido que le llegaba a las lindas rodillas. Su silueta era esbelta. Comprendí que sabría bailar como un jirón de niebla sobre el agua, y al formar aquel pensamiento ella se movió haciendo una pequeña reverencia y alzando la mirada con un levísimo rubor. Sí, en el fondo yo debía de ser un mojigato; a pesar de Tips Alva, Whimsy White y las demás, mi ideal era recatada.

Parecía increíble que el espejo pudiese responder tan dócilmente a mis pensamientos. La muchacha parecía tan real como yo mismo y, después de todo, me imagino que lo era. Tan real como yo mismo, ni más ni menos, porque era

parte de mi propia mente. Y en este momento me di cuenta de que van Manderpootz estaba zarandeándome y gritando:

—¡Tu tiempo se ha acabado! ¡Sal de ahí! ¡Has agotado tu media hora!

—¿Cómo? —gruñí.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—¿Sentirme? Físicamente, muy bien.

Levanté la mirada. Sus azules ojos se veían preocupados.

—¿Cuál es la raíz cúbica de cuatro mil novecientos trece? —preguntó de improviso.

Yo siempre he sido rápido en cuestión de números.

—Bien… diecisiete —respondí sorprendido—. ¿Por qué diablos…?

—Mentalmente estás bien —anunció él—. Pero ¿por qué has permanecido media hora ahí más inmóvil que un muerto? Mi idealizador debe de haber funcionado, como es natural que funcione cualquier creación de van Manderpootz, pero ¿en qué estabas pensando?

—Pensé… pensé en «muchacha» —gemí.

Él resopló.

—¡Vaya! ¡Buen idiota estás hecho! Por lo visto, no te bastaba con «casa» o «caballo»; tenías que elegir algo que tuviese connotaciones emotivas. Bien, ya puedes empezar a olvidarla, porque ella no existe.

Yo no podía renunciar así como así a la esperanza.

—Pero ¿no podría usted… no podría usted…?

Ni siquiera sabía que preguntarle.

—Van Manderpootz —declaró— es un matemático, no un mago. ¿Esperas que materialice un ideal para ti? —Como no supe replicar más que con un gemido, él continuó—: Ahora creo que hay bastante seguridad para que yo mismo pruebe el artilugio. Elegiré…, veamos…, el pensamiento «hombre». Veré qué aspecto tiene el superhombre, puesto que el ideal de van Manderpootz no puede ser menos que el superhombre. —Se sentó—. Dale a ese interruptor —ordenó—. ¡Ahora!

Así lo hice. Los tubos empezaron a derramar una débil luz azulada. Yo miraba sombríamente, sin interés; nada podía atraerme después de haber visto aquella imagen ideal.

—¡Uf! —exclamó de pronto van Manderpootz—. Apaga, apaga te digo. No veo más que mi propia imagen.

Me quedé mirando y luego estallé en una hueca carcajada. Van Manderpootz alzó la cara, un poco más roja que de costumbre.

—Después de todo —dijo él resentido—, uno podría tener un ideal de hombre más bajo que van Manderpootz. No veo que esto sea tan cómico como tu situación.

Mi risa se extinguió. Me fui a casa con el ánimo decaído, pasé el resto de la noche sumido en lúgubres pensamientos, fumé casi dos paquetes de cigarrillos y no fui a la oficina en todo el día siguiente.

Tips Alva volvió a la ciudad para una emisión de fin de semana, pero ni siquiera me molesté en ir a verla. Me limité a telefonearle y le dije que estaba enfermo. Sospecho que el aspecto de mi rostro prestó credibilidad a la historia, porque la muchacha se mostró compasiva y su cara en la pantalla del teléfono demostraba bastante ansiedad. Aun en mi situación, no me era posible apartar los ojos de sus labios, porque, excepto un maquillaje demasiado brillante, eran los labios del ideal. Pero no me bastaban, no me bastaban en modo alguno.

El viejo N. J. empezó a preocuparse de nuevo. Yo apenas podía dormir y, después de haber faltado aquel único día, empecé a levantarme cada día más temprano hasta que una mañana llegué con sólo diez minutos de retraso. Mi padre me llamó inmediatamente.

—Oye, Dixon —dijo—, ¿has estado viendo al médico estos días?

—No estoy enfermo —respondí con indiferencia.

—Entonces, por el amor del Cielo, cásate con la muchacha. No me importa qué escenario esté pateando como corista. Cásate con ella y vuelve a portarte de nuevo como un ser humano.

—No puedo.

—Ya está casada, ¿verdad?

Bien, no podía decirle que no existía. No podía decirle que estaba enamorado de una visión, de un sueño, de un ideal. El caso es que me limité a asentir y no discutí cuando él dijo gruñonamente:

—Entonces, termina con todo. Tómate unas vacaciones. Tómate dos vacaciones. Muy bien puedes hacerlo, para lo que sirves aquí.

No salí de Nueva York; me faltaba energía para eso. Me limité a rondar por la ciudad durante algún tiempo, esquivando a mis amigos y soñando con la belleza imposible de aquella cara. El anhelo de contemplar aquella belleza iba creciendo hasta hacerse irresistible. No creo que nadie excepto yo pueda entender el atractivo de aquel recuerdo. Comprendan ustedes que el rostro que yo había visto era mi

ideal, mi concepción de lo perfecto. De vez en cuando uno ve a mujeres bellas por el mundo; uno se enamora, pero siempre, sin que importe lo grande que haya sido esa belleza o lo profundo que haya sido el amor, caen por debajo de la visión secreta del ideal. No era así con la faz vista en el espejo; era mi ideal y por tanto, fuesen las que fuesen las imperfecciones que pudiera tener para otros, a mis ojos no tenía ninguna. Ninguna, excepto la terrible de no ser más que un ideal y por tanto inalcanzable, pero ese es un defecto inherente a toda perfección.

En pocos días me di por vencido. El sentido común me decía que era inútil, incluso alocado, contemplar de nuevo la visión. Luché contra aquel ansia, pero luché sin esperanzas, y no me sorprendió lo más mínimo encontrarme una noche llamando a la puerta de van Manderpootz en el club de la universidad. No estaba allí. Así lo esperaba, puesto que así tenía una excusa para buscarlo en su laboratorio de la facultad de Física, adónde de cualquier modo habría tenido que arrastrarlo.

Allí lo encontré, sentado a la mesa que sostenía el idealizador, escribiendo ciertas notas.

—Hola, Dixon —me saludó—. ¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez que la universidad ideal no puede existir? Y es claro que no puede existir, puesto que debería estar compuesta de perfectos estudiantes y perfectos educadores,

y en ese caso los primeros no tendrían nada que aprender y los segundos nada que enseñar.

¿Qué interés podía yo tener por la universidad perfecta y su incapacidad para existir? Todo mi ser estaba desolado por la no existencia de otro ideal.

—Profesor —dije tensamente—, ¿puedo utilizar de nuevo esa… esa cosa suya? Me gustaría…, me gustaría ver algo.

Mi voz debió de revelarle la situación, porque van Manderpootz me miró duramente.

—¡Vaya! Conque no has seguido mi consejo, ¿eh? Te dije que olvidaras a la muchacha. Que la olvidases porque no existe.

—¡Pero no puedo! ¡Una vez más, profesor, sólo una vez más!

Se encogió de hombros, pero sus metálicos ojos azules se mostraban ligeramente más dulces que de ordinario. Después de todo, por alguna razón inconcebible, me aprecia.

—Bien, Dixon, eres ya mayorcito y se supone que de inteligencia madura. Te advierto que es una petición muy estúpida y que van Manderpootz siempre sabe de qué está hablando. Si quieres atontarte con el opio de sueños imposibles, allá tú. Es la última oportunidad que tendrás, porque mañana el idealizador de van Manderpootz entra en

la cabeza de nuestro autómata Isaac. Cambiaré los osciladores de forma que los psicones, en lugar de convertirse en cuantos de luz, emerjan como un flujo de electrones, una corriente que actuará sobre el aparato vocal de Isaac y saldrá como discurso. —Se detuvo pensativamente—. Van Manderpootz oirá la voz del ideal. Desde luego, Isaac sólo podrá reproducir lo que recoja de los psicones que recibe del cerebro del operador, pero al igual que la imagen en el espejo, los pensamientos habrán perdido su huella humana y las palabras serán las de un ideal. —Se dio cuenta de que yo no estaba escuchando, supongo—. ¡Ponte ya, imbécil! —gruñó.

Es lo que hice. La gloria de la que estaba sediento flameó luego lentamente hasta convertirse en ser, de una belleza inconcebible y en cierto modo increíble, más bello aún que en aquella primera ocasión. Sé ahora el porqué; con posterioridad, van Manderpootz me explicó que el hecho mismo de haber visto antes un ideal había alterado mi ideal, elevándolo a un nivel más alto. Con aquel rostro entre mis recuerdos, mi concepto de la perfección era diferente de lo que había sido.

Así pues, miraba y anhelaba. Dócil e instantáneamente, el ser del espejo respondía a mis pensamientos con sonrisas y ademanes. Cuando yo pensaba en amor, sus ojos centelleaban con tal ternura que parecía como si yo, Dixon Wells, formara parte de esas parejas que han constituido los grandes enamorados del mundo, Eloísa y Abelardo, Tristán e

Isolda, Lanzarote y Ginebra, Aucassin y Nicolette. El zarandeo con que van Manderpootz me arrancaba del ensueño penetró en mí. Como una daga.

—¡Fuera de ahí! ¡Fuera de ahí! El tiempo se ha acabado.

Gemí y hundí la cara entre las manos. Desde luego el profesor tenía razón; repetir aquella locura sólo había servido para intensificar un anhelo inconsolable y poner las cosas diez veces peor que antes. Luego oí cómo el profesor mascullaba detrás de mí:

—¡Qué extraño! —murmuró—. En realidad, fantástico. Edipo, el Edipo de las cubiertas de revistas y de las carteleras.

Miré sombríamente a mi alrededor. Él estaba detrás de mí, mirando al parecer el espejo giratorio.

—¿Qué pasa? —gruñí cansadamente.

—Esa cara —dijo él—. Es muy extraño. Debes de haber visto sus rasgos en centenares de revistas, en miles de carteleras, en incontables emisiones de televisión. El complejo de Edipo en una forma curiosa.

—¿Cómo? ¿Es que usted puede verla?

—Desde luego —contestó—. ¿No te dije una docena de veces que los psicones se transforman en cuantos

perfectamente ordinarios de luz visible? Si tú puedes verla, ¿por qué no yo?

—Pero ¿qué tiene eso que ver con las carteleras y todo lo demás?

—Ese rostro —dijo el profesor lentamente—. Está algo idealizado, por supuesto, y ciertos detalles son erróneos. Sus ojos no tienen ese pálido azul plateado que tú imaginas; son verdes, de un verde marino, de un color de esmeralda.

—¿De qué demonios está usted hablando? —pregunté roncamente.

—De la cara en el espejo. Resulta que es una aproximación bastante grande a los rasgos de Lisle d'Agrion, la Libélula.

—¿Quiere usted decir que ella es real? ¿Que existe? ¿Que vive? ¿Que…?

—Espera un momento, Dixon. Es real, pero conforme a tu costumbre, llegas un poco tarde. Con un retraso de unos veinticinco años, diría yo. Ella debe de frisar ahora en los cincuenta, veamos, cincuenta y tres, creo. Pero durante tu infancia pudiste ver su rostro reproducido por doquier, Lisle d'Agrion, la Libélula.

No pude más que tragar saliva. El golpe era devastador.

—Mira —continuó van Manderpootz—, los ideales se implantan muy pronto. Por eso continuamente te estás enamorando de muchachas que poseen tales o cuales rasgos que te recuerdan a ella: sus cabellos, su nariz, su boca, sus ojos… Muy simple, pero bastante curioso.

—¡Curioso! —protesté, echando chispas—. ¡Curioso dice usted! ¡Cada vez que miro por uno de sus malditos inventos, resulta que me enamoro de un mito! ¡Una muchacha que está muerta, o que se ha casado, o que es irreal, o que se ha convertido en una mujer madura! Curioso, ¿eh? Condenadamente divertido, ¿no es así?

—Un momento —dijo el profesor plácidamente—. Resulta, Dixon, que ella tiene una hija. Y lo que es más, Denise se parece a su madre. Y lo que es más aún, va a llegar a Nueva York la semana próxima para estudiar literatura americana aquí en la universidad. Porque se da el caso de que es escritora.

Aquello era demasiado para una comprensión inmediata.

—¿Cómo…, cómo sabe usted todo eso? —pregunté, anhelante.

Fue una de las pocas veces en que vi alterarse la colosal impasibilidad de van Manderpootz. Pareció turbarse un poco y dijo lentamente:

—Resulta también, Dixon, que hace muchos años, en Amsterdam, Haskel van Manderpootz y Lisle d'Agrion fueron amigos, muy amigos podría decir, excepto por el hecho de que dos personalidades tan poderosas como la de Libélula y la de van Manderpootz chocaban siempre. —Frunció el ceño—. Casi fui su segundo marido. Creo que ha tenido siete. Denise es la hija del tercero de ellos.

—¿Por qué…, por qué viene aquí?

—Porque —dijo él con dignidad— aquí está van Manderpootz. Sigo siendo amigo de Lisie. —Se volvió y se inclinó sobre el complicado artilugio posado en la mesa—. Alárgame ese destornillador —ordenó. Esta noche desmantelaré el chisme y mañana empezaré a reconstruirlo para la cabeza de Isaac.

Pero cuando, a la semana siguiente, volví a precipitarme ansioso en el laboratorio de van Manderpootz, el idealizador estaba todavía en su sitio. El profesor me saludó con una mueca burlona.

—Sí, todavía está aquí —dijo, señalando el aparato—. He decidido construir uno enteramente nuevo para Isaac y además este me ha proporcionado considerable diversión. Por otra parte, con palabras de Oscar Wilde, ¿quién soy para destruir la obra de un genio? Después de todo, el mecanismo es el producto del gran van Manderpootz.

Estaba haciéndome rabiar deliberadamente. Sabía que yo no había venido para oírle hablar de Isaac o del incomparable van Manderpootz. Luego sonrió y se ablandó y, volviéndose hacia el despachito adyacente, la habitación donde Isaac se alzaba en su metálica austeridad llamó:

—¡Denise, ven aquí!

No sé exactamente lo que yo esperaba, pero sé que me quedé sin aliento cuando entró la muchacha. Desde luego no era fielmente mi imagen del ideal; quizás era un poquitín más delgada, y sus ojos…, bueno, debían de ser muy parecidos a los de Lisle d'Agrion, porque tenían el verde esmeralda más claro que haya visto nunca. Eran unos ojos descaradamente directos y pude comprender por qué Van Manderpootz y la Libélula habían estado siempre peleando.

Al parecer Denise no era tan recatada como mi imagen de la perfección. Vestía el breve atuendo de moda, que cubría tanto de su cuerpo, supongo, como uno de los bikinis de mediados del siglo XX. Daba una impresión no tanto de gracia efímera como de esbeltez y fuerza flexible, un aire de independencia, de franqueza, y lo digo de nuevo, de descaro.

—¡Vaya! —dijo ella fríamente cuando van Manderpootz me presentó—. Así que usted es el retoño de la compañía N. J. Wells. De vez en cuando sus escapadas animan los suplementos dominicales de los periódicos de París. ¿No fue

usted quien arriesgó un millón de dólares en el mercado para poder aspirar a Whimsy White?

Me sonrojé.

—Fue una cosa que se exageró mucho —dije apresuradamente— y además lo perdí antes de…, bien, antes de que yo…

—No antes de hacer un poco el tonto —acabó ella dulcemente.

Bueno, así era la muchacha. Si no hubiese sido tan infernalmente bonita, si no se hubiese parecido tanto a la cara del espejo, yo me habría encrespado, habría dicho: «Encantado de haberla conocido», y nunca habría vuelto a verla. Pero yo no podía enfadarme, no podía teniendo ella los cabellos obscuros, los labios perfectos, la graciosa naricilla del ser que constituía mi ideal.

Así pues, la vi una vez más. Y varias veces. En realidad, creo que llegué a ocupar la mayor parte de su tiempo entre los pocos cursos de literatura a los que asistía. Poco a poco empecé a ver que en otros aspectos, además del físico, no estaba tan lejos de mi ideal. Por debajo de su descaro había sinceridad y franqueza y, a pesar de ella misma, dulzura, tanto que, incluso sopesando el mal comienzo que habíamos tenido, me enamoré de ella rápidamente. Y lo que es más, me di cuenta de que estaba empezando a corresponderme.

Esa era la situación cuando fui a recogerla un mediodía para llevarla al laboratorio de van Manderpootz. Íbamos a almorzar con él en el club de la universidad, pero lo encontramos ocupado dirigiendo algún experimento en el gran laboratorio que tiene más allá de su laboratorio personal, desenredando parte de la confusión que habían causado sus ayudantes. Así pues, Denise y yo retrocedimos a la habitacioncita, muy contentos de estar los dos juntos y solos. Simplemente no me era posible sentir hambre en presencia de ella; el solo hecho de hablarle valía más que todas las comidas.

—Voy a ser una buena escritora —estaba ella diciendo pensativamente—. Algún día, Dick, voy a ser famosa.

Bien, todo el mundo sabe cuán acertada fue su predicción. Instantáneamente asentí.

—Eres encantador, Dick —me sonrió—. Realmente encantador.

—¿De veras?

—De veras —dijo ella enfáticamente. Luego sus verdes ojos resbalaron sobre la mesa que sostenía el idealizador—. ¿Qué nuevo invento de tío Haskel es ése? —preguntó.

Le expliqué en qué consistía, pero me temo que sin poder darle muchos detalles, porque ningún ingeniero ordinario puede seguir las ramificaciones de la concepción de un van

Manderpootz. Sin embargo, Denise captó el meollo del asunto y sus ojos brillaron con fuego de esmeralda.

—¡Es fascinante! —exclamó. Se levantó y se acercó a la mesa—. Voy a probarlo.

—Sin estar el profesor, no. Podría ser peligroso.

Cometí una torpeza al decir eso. Los verdes ojos relucieron con más brillo que antes cuando ella me lanzó una mirada maliciosa.

—Sí, voy a probarlo, Dick —dijo—. Dick, voy a ver a mi hombre ideal.

Y se rió suavemente.

Me llené de pánico. Suponiendo que su ideal resultase ser alto, moreno y fornido, en lugar de bajo, rubio y un poco…, bueno, rechoncho, como soy yo…

—¡No! —dije con vehemencia—. ¡No te lo permitiré!

De nuevo ella se echó a reír. Supongo que comprendió el motivo de mi pánico, porque me dijo suavemente.

—No seas tonto, Dick. Enciende.

No pude negarme. Vi el espejo girando, vi cómo se encendían los tubos. Inmediatamente me coloqué detrás de

la muchacha, atisbando lo que podía verse en el centelleante espejo donde se iba formando una cara, lenta, vagamente.

Me estremecí. Desde luego el cabello de la imagen era rubio. Incluso me imaginé entonces que podía distinguir un cierto parecido con mis propios rasgos. Quizá Denise percibió algo similar, porque de pronto apartó sus ojos del espejo y levantó la cabeza con un débil rubor de confusión, cosa muy insólita en ella.

—¡Los ideales son estúpidos! —dijo—. Necesito una emoción real. ¿Sabes lo que voy a ver? Voy a contemplar el horror ideal. Eso es lo que voy a hacer. ¡Voy a ver el horror absoluto!

—¡Oh, no, no puedes hacer eso! —jadeé—. Esa es una idea terriblemente peligrosa.

Desde la otra habitación oí la voz de van Manderpootz que me llamaba:

—¡Dixon!

—Peligrosa, ¡bah! —replicó Denise—. Soy una escritora, Dick. Todo esto puede servirme de material. Es una experiencia como otra cualquiera y la necesito.

Van Manderpootz de nuevo:

—¡Dixon, Dixon, ven aquí!

—Escucha, Denise —dije—, volveré en seguida. No hagas nada hasta que yo esté aquí, por favor.

Me precipité en el laboratorio grande. Van Manderpootz estaba haciendo frente a un asustado grupo de ayudantes aterrorizados al parecer por el gran hombre.

—Hola, Dixon —dijo con voz cortante—. Explícales a estos imbéciles lo que es una válvula Emmerich y por qué no puede operar en una corriente electrónica libre. Hazles ver que hasta un ingeniero ordinario sabe eso.

Bueno, un ingeniero ordinario no lo sabe, pero daba la casualidad de que yo sí. No es que sea particularmente excepcional como ingeniero, pero resultaba que lo sabía porque un año o dos antes había hecho algún trabajo en las grandes turbinas de mareas en Maine, donde tenían que utilizar válvulas Emmerich para precaverse contra la dispersión eléctrica de los tremendos potenciales en sus condensadores. Así pues, empecé a explicar mientras van Manderpootz intercalaba sarcasmos sobre sus ayudantes. Cuando por fin acabé, supongo que había estado allí como una media hora. Y entonces me acordé de Denise.

Dejé que van Manderpootz me siguiese con una mirada de asombro mientras me precipitaba al pequeño laboratorio. Y, claro, allí estaba la muchacha con la cara vuelta contra el espejo y las manos aferradas al borde de la mesa. No veía

sus rasgos, desde luego, pero había algo en su postura forzada, en sus blancos nudillos…

—¡Denise! —grité—. ¿Estás bien? ¡Denise!

No se movió. La volví hacia mí, la miré y me quedé aterrado. ¿Han visto ustedes alguna vez un terror fuerte, loco, infinito en un rostro humano? Eso es lo que yo veía en el de Denise: un horror inexpresable, intolerable, peor que pueda ser el miedo a la muerte. Sus verdes ojos estaban tan abiertos, de par en par; sus perfectos labios estaban contraídos, toda su cara crispada en una máscara de puro terror.

Corrí a darle al interruptor, pero al pasar lancé una sola mirada a lo que mostraba el espejo. ¡Increíble! Cosas obscenas, cargadas de terror, cosas horripilantes…, no hay palabras para describirlas. No, no hay palabras.

Denise no se movió cuando los tubos se obscurecieron. Cuando me miró, saltó de la silla y se alejó, mirándome con un terror tan loco, que me detuve.

—¡Denise! —grité—. Soy yo, Dick. ¡Mira, Denise!

Pero cuando me moví hacia ella, profirió un grito ahogado, se le enturbiaron los ojos, le flaquearon las rodillas y se desmayó. Fuera lo que fuese lo que hubiera visto, debía de haber sido aterrador, porque Denise no era de las que se desmayan.

Una semana más tarde estaba sentado frente a van Manderpootz en su pequeño laboratorio particular. La gris figura metálica de Isaac había desaparecido y la mesa que había soportado el idealizador estaba vacía.

—Sí —dijo van Manderpootz—. Lo he desmantelado. Uno de los pocos errores de van Manderpootz fue dejarlo al alcance de unos incompetentes como tú y Denise. Parece que una y otra vez sobreestimo la inteligencia de los demás. Supongo que tiendo a juzgarlos conforme al cerebro de van Manderpootz.

No dije nada. Estaba profundamente descorazonado y deprimido y, dijera lo que dijese el profesor sobre mi falta de inteligencia, tenía que darle la razón.

—En lo sucesivo —continuó van Manderpootz—, no daré crédito de inteligencia a nadie excepto a mí mismo, e indudablemente así estaré mucho más cerca de la verdad. —Ondeó una mano hacia el sitio donde había estado Isaac—. Ni siquiera al robot —continuó—. He abandonado ese proyecto, porque, si bien se mira, ¿qué necesidad tiene el mundo de un cerebro mecánico cuando ya tiene el de van Manderpootz?

—Profesor —estallé de pronto—, ¿por qué no me dejan ver a Denise? He estado en el hospital todos los días. Sólo una vez me dejaron entrar en su habitación y le dio un

ataque de histerismo. ¿Qué pasa? ¿Es que está…? —y no tuve fuerzas para seguir preguntando.

—Se está reponiendo muy bien, Dixon.

—Entonces, ¿por qué no puedo verla?

—Mira —respondió van Manderpootz plácidamente—, se trata de lo siguiente. Cuando entraste en el laboratorio, cometiste el error de asomar la cara al espejo. Ella vio tus rasgos en el centro mismo de todos los horrores que había concitado. ¿Comprendes? A partir de entonces tu cara estuvo asociada en su mente a todo el infierno que bullía en el espejo. Ella ni siquiera puede mirarte sin volver a verlo todo.

—¡Dios mío! —me lamenté—. Pero eso lo superará, ¿verdad? Olvidará esa parte, es lógico.

—El joven psiquiatra que la está atendiendo, un muchacho brillante, con algunas ideas que podrían decirse mías, cree que superará su estado actual en un par de meses. Aunque por mi parte, Dixon, no creo que vaya nunca a acoger con agrado la visión de tu cara, por muy feas que puedan ser otras.

Pasé por alto aquella burla.

—¡Dios mío! —gemí—. ¡Qué complicación! —Me levanté para marcharme, y entonces… entonces comprendí lo que

significa estar inspirado—. ¡Escuche! —dije, retrocediendo—. ¿Por qué no la hace volver aquí y la deja que contemple lo idealmente hermoso?, y entonces… entonces yo meto mi cara en medio de la escena. —Creció mi entusiasmo—. ¡Es algo que no puede fracasar! —grité—. Por lo menos, servirá para borrar el otro recuerdo. ¡Es maravilloso!

—Pero, como de costumbre —dijo van Manderpootz—, llegas demasiado tarde.

—¿Tarde? ¿Por qué? Puede usted montar de nuevo el idealizador. No le costaría mucho hacerlo, ¿verdad?

—Van Manderpootz —dijo— es la esencia misma de la generosidad. Lo haría con mucho gusto, pero sigue siendo un poco tarde, Dixon. Mira, la verdad es que ella se ha casado este mediodía con el brillante y joven psiquiatra del que te hablé.

Bueno, esta noche tengo una cita con Tips Alva, y voy a llegar tarde, tan tarde como me plazca. Y luego no voy a hacer nada sino quedarme mirando sus labios toda la noche.

LOTÓFAGOS

—¡Uf! —exclamó «Ham» Hammond, mirando por la claraboya de babor de la cámara de observación—. ¡Vaya un sitio para pasar una luna de miel!

—Entonces no deberías de haberte casado con una bióloga —contestó la señora Hammond. Apoyaba la cabeza sobre el hombro de su marido y él pudo ver los grises ojos de su esposa bailar en el cristal de la claraboya—. Ni con la hija de un explorador —añadió.

Porque Pat Hammond, hasta su boda con Ham unas cuatro semanas antes, había sido Patricia Burlingame, hija del gran explorador inglés que había conquistado para Gran Bretaña tanta zona crepuscular de Venus como Crowly había ganado para los Estados Unidos.

—No me casé con una bióloga —replicó Ham—. Me casé con una muchacha que casualmente se interesa por la biología; eso es todo. Es uno de sus pocos defectos.

Redujo el chorro de los reactores inferiores y el cohete descendió suavemente sobre un cojín de llamas hacia el negro paisaje inferior. Lenta y cuidadosamente, Ham reguló los controles hasta conseguir la mínima vibración y luego cerró el chorro de repente. Se posaron con un leve temblor y un extraño silencio cayó como una manta tras el cese del rugiente estampido.

—Ya estamos —anunció él.

—Ya estamos —repitió Pat—. ¿Dónde?

—Exactamente a ciento treinta kilómetros al este de la cordillera opuesta a Venoble, en la Tierra Fría británica. Al norte está, supongo, la continuación de las Montañas de la Eternidad. Al sur y al oeste, misterio.

—Acabas de conseguir una buena descripción técnica de ningún sitio —se rió Pat—. Voy a apagar las luces para ver el exterior.

Así lo hizo y en la obscuridad las claraboyas parecieron círculos débilmente luminosos.

—Sugiero —prosiguió ella— que la Expedición Conjunta suba a la cúpula para iniciar las observaciones. Si estamos aquí para investigar, investiguemos un poco.

—Este apéndice de la expedición está conforme —respondió Ham con una risita.

Hizo una mueca de contento en la obscuridad ante la desenvoltura con que Pat abordaba el serio problema de la exploración. Aquí estaban ellos, la «Expedición Conjunta de la Royal Society y el Smithsonian Institute para la Investigación de las Condiciones en el Lado Obscuro de Venus» como rezaba el largo título oficial.

Ham representaba técnicamente la mitad americana del proyecto —Pat no había querido admitir a ningún otro—, pero era a ella a quien la sociedad y los miembros del Instituto dirigían sus preguntas, sus requerimientos y sus instrucciones. Era lo justo. Después de todo, Pat era la autoridad más competente en lo relativo a la flora y la fauna de las Tierras Cálidas y, además, la primera criatura humana nacida en Venus, en tanto que Ham era sólo un ingeniero que el lucrativo comercio de xixtchil había atraído a la frontera de las Tierras Cálidas.

Allí había conocido a Patricia Burlingame y allí, después de un azaroso viaje hasta el pie de las Montañas de la Eternidad, la había conquistado. Se casaron en Erotia, el asentamiento americano, hacía poco menos de un mes, y luego habían

aceptado hacerse cargo de la expedición a la cara obscura de Venus.

En un principio, Ham no estuvo de acuerdo. Hubiera preferido una buena luna de miel terrestre en Nueva York o Londres, pero había dificultades. La principal de ellas la astronómica; Venus había superado el perigeo y transcurrirían ocho largos meses antes de que el planeta, en su lento giro alrededor del Sol, alcanzase un punto desde donde un cohete pudiera llegar a la Tierra.

Ocho meses en la primitiva y fronteriza Erotia o en la igualmente primitiva Venoble, si elegían el asentamiento británico, sin ninguna diversión excepto cazar, sin radio ni juegos, incluso muy pocos libros. Y si tenían que cazar, argüía Pat, ¿por qué no añadir la emoción y el peligro de lo desconocido?

Nadie sabía qué vida, si había alguna, se ocultaba en el lado obscuro del planeta. Muy pocos lo habían visto alguna vez, y esos pocos desde cohetes que sobrevolaban a toda velocidad grandes cordilleras o infinitos océanos helados. Ahora se presentaba una oportunidad de avistar el misterio y explorarlo con los gastos pagados.

Había que ser multimillonario para construir y equipar un cohete privado, pero la Royal Society y el Smithsonian Institute, gastando dinero del gobierno, estaban por encima de semejantes consideraciones. Habría peligro, quizás, y

emociones de las que dejan sin aliento, pero… podrían estar solos.

Este último punto había convencido a Ham. Así pues, habían consumido dos afanosas semanas avituallando y equipando el cohete, habían volado muy alto sobre la barrera de hielo que limita la zona crepuscular y se habían precipitado frenéticamente a través de la línea de tormentas donde el frío viento inferior de la cara sin sol choca con los cálidos vientos superiores que azotan desde la cara desierta del planeta.

Porque Venus, desde luego, no tiene rotación ninguna y por tanto no tiene alternancia de días y noches. Una cara está siempre iluminada por el Sol y la otra está siempre sumida en la obscuridad, y sólo la lenta libración del planeta presta a la zona crepuscular una cierta apariencia de estaciones. Esta zona crepuscular, la única parte habitable del planeta, apunta por un lado al llameante desierto y por el otro acaba bruscamente en la barrera de hielo donde los vientos superiores ceden su humedad a las escalofriantes corrientes inferiores.

Así pues, allí estaban ellos, apretados en la diminuta cúpula de cristal, por encima del panel de navegación, muy juntos sobre el peldaño superior de la escalerilla y con el sitio justo en la cúpula para las cabezas de uno y otro. Ham rodeó con un brazo a la muchacha mientras contemplaban el paisaje exterior.

Lejos hacia el oeste, la luz centelleaba sobre la barrera de hielo. Como inmensas columnas, las Montañas de la Eternidad se recortaban contra la luz, con sus poderosos picachos perdidos en las nubes inferiores. Hacia el sur, estaban las explanadas de las Eternidades Menores, que limitaban la Venus americana y, entre las dos cordilleras, se perfilaban los perpetuos relámpagos de la línea de tormentas.

En torno a ellos, iluminado débilmente por la refracción de la luz solar, se extendía un yermo de obscuro y salvaje esplendor. Por todas partes había hielo, colinas de hielo, torres, llanuras, peñascos y acantilados de hielo, todo reluciendo con un hábito verdoso al débil resplandor que llegaba desde detrás de la barrera. Un mundo sin movimiento, helado y estéril.

—¡Es… es glorioso! —murmuró Pat.

—Sí —convino él—, pero frío, sin vida, amenazador. Pat, ¿crees que hay vida aquí?

—Yo diría que sí. Si la vida puede existir en mundos tales como Titán y Japeto, debería de existir aquí. ¿Qué frío hace? —Miró el termómetro exterior de columnas y cifras luminiscentes—. Sólo treinta bajo cero. En la Tierra existe vida a esa temperatura.

—Existe, sí. Pero no podría haberse desarrollado a una temperatura bajo cero. La vida tiene que comenzar en un medio líquido.

Ella se echó a reír suavemente.

—Estás hablando con una bióloga, Ham. Tienes razón; la vida no podría haberse desarrollado a treinta bajo cero, pero suponte que tuvo su origen en la zona crepuscular y emigró aquí. O suponte que fue empujada aquí por la terrorífica competencia de las regiones cálidas. Ya sabes las condiciones que reinan en las Tierras Cálidas, con los hongos, los árboles Jack Ketch y los millones de pequeñísimos parásitos que se devoran unos a otros.

Ham quedó pensativo.

—¿Qué clase de vida esperarías encontrar?

Ella soltó una risita.

—¿Quieres que te haga una predicción? Muy bien. Supondría, por lo pronto, alguna especie de vegetación como base, porque la vida animal no puede mantenerse sin ella.

—Entonces, tiene que haber alguna vegetación. ¿De qué tipo?

—Dios lo sabe. Puede conjeturarse que la vida de la cara obscura si es que existe, provino en su origen de los terrenos más débiles de la zona crepuscular, pero en lo que pueda haberse convertido, eso no lo sé imaginar. Desde luego, hay el triops noctivivans que descubrí en las Montañas de la Eternidad.

—¡Descubriste! —Soltó una risa burlona—. Estabas tan fría como el hielo cuando te saqué de aquel nido de diablos. ¡Ni siquiera viste a uno!

—Examiné el que los cazadores trajeron a Venoble —replicó ella sin turbarse—. Y no olvides que la sociedad quiso ponerle mi nombre: el triops patriciae. —Un estremecimiento involuntario la agitó al recordar a aquellas criaturas satánicas que lo habían destrozado todo excepto a ellos dos—. Pero yo preferí otro nombre: triops noctivivans, el morador de tres ojos en la obscuridad.

—Romántico nombre para una bestia diabólica.

—Sí, pero a lo que yo quería referirme es a esto: que es probable que los triops… o triopses… Oye, ¿cuál es el plural de triops?

—Trioptes —gruñó él—. Raíz latina.

—Bien, es probable que los trioptes estén entre las criaturas que se puedan encontrar aquí, en el lado de la noche eterna, y que aquellos feroces diablos que nos

atacaron en el sombrío cañón de las Montañas de la Eternidad sean una avanzadilla que penetran en la zona crepuscular a través de los pasos obscuros y sin sol que hay en las montañas. No pueden resistir la luz; tú mismo lo viste.

—¿Qué me cuentas?

Pat se echó a reír por la expresión.

—Esto: por su forma y su estructura, seis miembros, tres ojos y todo lo demás, está claro que los trioptes están emparentados con los nativos ordinarios de las Tierras Cálidas. Por eso deduzco que están recién llegados a la cara obscura; que no se desenvolvieron aquí, sino que fueron empujados hace muy poco tiempo, geológicamente hablando. Bueno, geológicamente no es la palabra, porque geos significa tierra. Venéreamente hablando, debería decir.

—Creo que no. Confundes la raíz. Lo que has dicho significa afrodisíacamente hablando.

Ella rió de nuevo.

—Lo que quiero decir, y debería haber empezado por aquí para evitar la discusión, es paleontológicamente hablando. Eso lo entiende todo el mundo. De cualquier modo, quiero decir que los trioptes no llevan en el lado obscuro más que de unos veinte a cincuenta mil años terrestres, o quizá menos. ¿Qué sabemos nosotros de la velocidad de evolución

en Venus? Quizás es más rápida que en la Tierra; quizás un triops puede adaptarse a la vida nocturna en cinco mil años.

—Yo he visto estudiantes universitarios adaptarse a la vida nocturna en un semestre —observó Ham con una sonrisa burlona. Ella pasó por alto el comentario y continuó:

—Y por eso mantengo que tenía que existir vida aquí antes de llegar los trioptes. De no haber encontrado qué comer no podrían haber sobrevivido. Y puesto que mi examen mostró que el triops es en parte carnívoro, aquí no sólo debe de haber vida vegetal, sino vida animal. Eso es todo cuanto puede deducirse con arreglo a un simple razonamiento.

—Entonces no puedes deducir qué clase de vida animal será esa. ¿Inteligente quizá?

—No lo sé. Podría ser. Pero a pesar de la forma como vosotros los yanquis adoráis la inteligencia, biológicamente es un hecho sin importancia. Ni siquiera tiene mucho valor para la supervivencia.

—¿Qué? ¿Cómo puedes decir eso, Pat? ¿Qué es, si no la inteligencia, lo que ha dado al hombre la supremacía en la Tierra… y en Venus también, dicho sea de paso?

—Pero ¿tiene realmente el hombre la supremacía en la Tierra? Mira, Ham, he aquí lo que quiero decir con eso de la inteligencia. El gorila tiene un cerebro mucho mejor que la tortuga, ¿no es así? Y sin embargo, ¿quién ha tenido más

éxito: el gorila, que escasea y está limitado a sólo una pequeña región en África, o la tortuga, que es común por doquier, desde el Ártico al Antártico? En cuanto al hombre..., bueno, si tuvieses ojos microscópicos y pudieses ver todos los seres que pueblan la Tierra, llegarías a la conclusión de que el hombre es un ejemplar raro y de que el planeta es realmente un mundo de nematodos, esto es, un mundo de gusanos, porque los nematodos superan con mucho todas las otras formas de vida puestas juntas.

—Pero eso no es supremacía, Pat.

—No he dicho que lo fuera. Dije meramente que la inteligencia no es lo más importante para sobrevivir. Si lo fuera, ¿por qué los insectos, que no tienen inteligencia, sino sólo instinto, plantean tal batalla a la raza humana? Los hombres tienen mejores cerebros que los pulgones del trigo, la filoxera, la mosca de las frutas, los escarabajos, las polillas y todas las demás plagas, y sin embargo ellos combaten nuestra inteligencia con sólo un arma: su enorme fecundidad. ¿Te das cuenta de que cada vez que nace un niño, hasta que es equilibrado por una muerte, sólo puede ser alimentado de una manera? Y esa manera es privando a los insectos de toda la comida que representa el peso del niño en insectos.

—Todo eso parece bastante razonable, pero ¿qué tiene que ver con la inteligencia en la cara obscura de Venus?

—No lo sé —replicó Pat, y su voz tomó un extraño tono de nerviosismo—. Sólo quiero decir… Vamos a ver, Ham. Un lagarto es más inteligente que un pez, pero no lo bastante para conseguir ninguna ventaja por ello. Entonces, ¿por qué el lagarto y sus descendientes siguen desarrollando inteligencia? ¿Por qué…, a menos que toda la vida tienda a hacerse inteligente con el tiempo? Y, si eso es verdad entonces puede haber inteligencia incluso aquí, una inteligencia extraña, ajena, incomprensible.

Se estremeció en la obscuridad y se apretó contra él.

—No te preocupes —dijo de pronto con voz alterada—. Probablemente no es más que fantasía. El mundo de aquí es tan raro, tan extraterrestre… Estoy cansada, Ham. Ha sido un día largo.

Bajaron hasta el cuerpo del cohete. Cuando las luces flamearon sobre el extraño paisaje, más allá de las claraboyas, él sólo vio a Pat, encantadora con el exiguo vestidito a la moda de la Tierra Fría.

—Ya veremos mañana —dijo él—. Tenemos comida para tres semanas.

Mañana, desde luego, significaba sólo tiempo y no luz de día. Se levantaron sumidos en la eterna obscuridad de la cara sin Sol de Venus. Pero Pat estaba de mejor humor y se dedicó alegremente a los preparativos de la primera salida al

exterior. Sacó los trajes espaciales de gruesa lana reforzada con cuero y Ham, en su calidad de ingeniero, inspeccionó cuidadosamente las cuatro poderosas lámparas que coronaban las caperuzas.

Por supuesto, eran primordialmente para ver, pero también tenían otro propósito. Se sabía que los trioptes, tan increíblemente fieros, no podían afrontar la luz y así, usando los cuatro rayos del casco, uno podía moverse rodeado por un halo protector. Eso no impedía que ambos incluyeran en su equipo dos revólveres y un par de terroríficos lanzallamas. Pat llevaba también una bolsa colgada a la cintura en la que se proponía meter ejemplares de toda la flora que encontrase en el lado obscuro y también ejemplares de la fauna, si los había pequeños e inofensivos.

Se sonrieron a través de las máscaras.

—Te hace parecer gorda —comentó Ham maliciosamente y gozó al verla hacer una mueca de fastidio.

Ella se volvió, abrió la puerta y salió.

Era diferente que mirar por la claraboya. La escena que antes vieran con algo de la irrealidad y de toda la inmovilidad y silencio de un cuadro, estaba ahora efectivamente alrededor de ellos, y el frío aliento y la voz quejumbrosa del viento inferior probaban sin duda alguna que el mundo era real. Por un momento permanecieron en el círculo de luz de

las claraboyas del cohete, mirando con respeto al horizonte, donde los increíbles picos de las Grandes Eternidades se recortaban, negros, contra la falsa puesta de sol.

Hasta donde podía alcanzar la visión en aquella región sin sol, sin luna y sin estrellas, se extendía una desolada llanura donde picos, alminares, torres y lomas de hielo y de piedra surgían en indescriptibles y fantásticas formas, esculpidas por la salvaje maestría del viento inferior.

Ham rodeó con un acolchado brazo la cintura de Pat y se sorprendió al sentirla estremecerse.

—¿Tienes frío? —preguntó, mirando la esfera del termómetro que tenía en la muñeca—. Sólo estamos a uno bajo cero.

—No tengo frío —replicó Pat—. Es el escenario; eso es todo. —Se apartó un poco—. Me pregunto qué es lo que dará calor a esta zona. Porque sin luz solar…

—Te equivocas —interrumpió Ham—. Cualquier ingeniero sabe que los gases se difunden. Los vientos superiores pasan a nueve o diez kilómetros por encima de nuestras cabezas y naturalmente traen mucho del calor del desierto que se encuentra más allá de la zona crepuscular. Hay alguna difusión del aire caliente en el frío y luego, además, cuando los vientos calientes se enfrían, tienden a bajar. Y lo que es más, el contorno del país tiene mucho que ver con eso. —

Hizo una pausa—. Oye —continuó pensativamente—, no me extrañaría que encontrásemos zonas cerca de las Eternidades donde hubiese una corriente baja, donde los vientos superiores se deslizaran a lo largo de la ladera y proporcionaran a ciertos sitios un clima bastante soportable.

Seguía a Pat mientras ella iba indagando alrededor de los peñascos que estaban cerca del círculo luminoso del cohete.

—¡Vaya! —exclamó ella—. ¡Aquí está, Ham! ¡He aquí nuestro ejemplar de vida vegetal del lado obscuro!

Se inclinó sobre una gris masa bulbosa.

—Tipo liquen u hongo —continuó—. Nada de hojas, por supuesto; las hojas sólo son útiles a la luz del Sol. Nada de clorofila por la misma razón. Una planta muy primitiva, muy simple y, sin embargo, en algunos aspectos, nada simple. ¡Mira, Ham, un sistema circulatorio altamente desarrollado!

Él se acercó aún más y, a la débil luz amarillenta que se filtraba desde las claraboyas, vio la fina tracería de venas que indicaba la muchacha.

—Eso —continuó ella— indicaría una especie de corazón y me pregunto si… —Bruscamente aplicó la esfera de su termómetro contra la masa carnuda, la sostuvo allí un momento y luego miró—. ¡Sí! Mira cómo la aguja se ha movido, Ham. ¡Es un vegetal caliente! Una planta de sangre caliente. Y, si lo piensas bien, es lo más natural. Porque es la

única clase de planta que podría vivir en una región que está eternamente por debajo del grado de congelación. La vida tiene que vivirse en agua líquida.

Ella tiró de aquella cosa que, con un súbito estallido, se soltó mientras obscuras gotas de líquido fluían de la desgarrada raíz.

—¡Uf! —exclamó Ham—. ¡Qué cosa tan repugnante! «Y desgarra la sangrienta mandragora», ¿eh? Sólo que decían que éstas gritaban al ser arrancadas.

Se detuvo. Un lento, pulsante y ominoso gemido salió de la temblorosa masa de pulpa y Ham dirigió una mirada de asombro a Pat.

—¡Uf! —gruñó de nuevo—. ¡Es repugnante!

—¿Repugnante? ¿Por qué? Es un organismo hermoso. Está adaptado perfectamente a su entorno.

—Bueno, me alegro de no ser más que un ingeniero —rezongó él al ver cómo Pat abría la puerta del cohete y depositaba aquella cosa sobre un cuadrado de caucho que había allí dentro—. Ven, vamos a mirar por aquí.

Pat cerró la puerta y lo siguió fuera del cohete. Instantáneamente la noche los envolvió como una negra niebla y sólo al mirar atrás a las iluminadas claraboyas pudo convencerse Pat de que estaban en un mundo real.

—¿No deberíamos encender nuestras lámparas? —preguntó Ham—. Seria lo mejor, o nos arriesgamos a una caída.

Antes de que uno de ellos pudiese dar un paso, un sonido se impuso a través de la queja del viento inferior, un grito salvaje, feroz, extraterrestre, que sonaba como una carcajada infernal.

—¡Es triopts! —jadeó Pat, olvidando plurales y gramática al mismo tiempo.

Estaba asustada; por lo general era tan valiente como Ham y a veces más temeraria y atrevida, pero aquellos chillidos misteriosos le hacían recordar los momentos de angustia vividos en el cañón de las Montañas de la Eternidad. Estaba horriblemente asustada y manoteó frenética e ineficazmente en busca de los interruptores de las lámparas y en busca del revólver.

Justo cuando doce piedras pasaron zumbando junto a ellos, y una golpeó dolorosamente en el hombro de Ham, éste encendió sus luces. Cuatro rayas se dispararon en una larga cruz sobre los relucientes picachos y las risas salvajes se trocaron en un alarido de dolor. Por un instante alcanzó a vislumbrar unas figuras sombrías que se alejaban por montículos y peñascos, deslizándose como espectros hacia la obscuridad y el silencio.

—Llegué a tener miedo, Ham —murmuró Pat. Se acurrucó contra él y continuó luego con más fuerza—: Pero he aquí la prueba. El triops noctivivans es actualmente una criatura del lado nocturno. Los que están en las montañas son avanzadillas que han emigrado a los abismos sin sol.

Muy lejos sonó la risa cortante.

—Me pregunto —dijo Ham— si ese ruido que hacen podría constituir una especie de lenguaje.

—Es lo más probable. Después de todo, las especies nativas de las Tierras Cálidas son inteligentes, y estas criaturas están emparentadas con ellas. Además lanzan piedras y conocen el uso de aquellas vainas asfixiantes que nos mostraron en el cañón, vainas que, dicho sea de paso, deben de ser el fruto de alguna planta del lado nocturno. Los trioptes son sin duda inteligentes de una manera bárbara, feroz y ávida de sangre, pero son bestias tan inaccesibles que dudo que los seres humanos consigan enterarse de mucho de su lenguaje o de sus mentes.

Ham le dio la razón con solemnidad, tanto más cuanto que en aquel momento una piedra malignamente lanzada arrancó brillantes chispas de una helada columna situada a doce pasos de distancia. Él torció la cabeza enviando de soslayo las lámparas de su casco sobre la llanura, y un grito de dolor brotó de la obscuridad.

—Gracias a Dios, las luces los mantienen bastante a raya —masculló—. Son unos pequeños y divertidos súbditos de Su Majestad[1], ¿no es así? ¡Dios salve a la Reina, si tiene muchos como ellos!

Pero Pat estaba ocupada de nuevo en su búsqueda de ejemplares. Había encendido sus lámparas y se movía ágilmente de un lado a otro entre los fantásticos monumentos de aquella extraña llanura. Ham la seguía, mirando cómo arrancaba trozos de una sangrante y gimiente vegetación. Encontró una docena de variedades y una pequeña criatura en forma de cigarro puro a la que le fue imposible considerar como planta, como animal o como ninguna de ambas cosas. Cuando su bolsa estuvo completamente llena, volvieron por la llanura al cohete, cuyas claraboyas relucían a lo lejos como una fila de ojos escrutadores.

Pero una sorpresa los aguardaba cuando abrieron la puerta y entraron. Una bocanada de aire cálido, pegajoso, pútrido e irrespirable que les subió a la cara con un olor a carroña, les hizo retroceder.

—¡Vaya…! —jadeó Ham y luego se echó a reír—. ¡Tu mandrágora! —cloqueó burlonamente—. ¡Mírala!

La planta que ella había colocado dentro se había convertido en una masa de podredumbre. En el calor del interior se había descompuesto rápida y completamente y

ahora no era más que un montón semilíquido sobre la esterilla de caucho. Pat la empujó hacia la entrada y la arrojó afuera.

Penetraron en el interior, que todavía olía mal, y Ham conectó un ventilador. El aire que entraba era frío, por supuesto, pero puro, estéril y sin polvo. Cerró la puerta, puso en marcha un calentador y alzó la visera para lanzarle a Pat una sonrisa burlona.

—¡Conque este era tu hermoso organismo!, ¿eh? —bromeó.

—Lo era. Era un hermoso organismo, Ham. No puedes censurarle nada si lo hemos expuesto a temperaturas con las que nunca sospechaba tropezar. —Suspiró y extendió su bolsa de ejemplares sobre la mesa—. Creo que lo mejor será que me ocupe de todo esto inmediatamente, ya que no se conservan.

Ham lanzó un gruñido y se dedicó por su parte a preparar una comida, trabajando con la maestría de un verdadero colono de las Tierras Cálidas. Miró a Pat mientras ésta se inclinaba sobre sus ejemplares inyectándoles una solución de bicloruro.

—¿Crees tú —preguntó él— que el triops es la forma más desarrollada de vida en este lado obscuro?

—Sin duda alguna —replicó Pat—. Si existiera alguna forma superior, hace mucho tiempo que habría exterminado a estos pequeños diablos.

Pero estaba totalmente equivocada.

En el espacio de cuatro días, agotaron las posibilidades de exploración que ofrecía la llanura próxima al cohete, Pat había reunido una amplia colección de ejemplares y Ham había tomado un número incalculable de observaciones sobre temperaturas, variaciones magnéticas y direcciones y velocidad del viento inferior.

Así pues, decidieron trasladar la base. Volaron hacia el sur, hacia la región donde las vastas y misteriosas Montañas de la Eternidad se alzaban al otro lado de la barrera de hielo en el obscuro mundo de la cara nocturna. Volaban lentamente, a algo menos de cien kilómetros por hora, pendientes sólo de que la luz delantera les alertase contra picachos aislados.

Hicieron alto dos veces y en cada una de ellas les bastó un día o dos para convencerse de que la región era similar a su primera base. Las mismas plantas venosas y bulbosas, el mismo y eterno viento inferior, las mismas risas de gargantas triópticas sedientas de sangre.

La tercera parada fue diferente. Se detuvieron a descansar en una salvaje y árida meseta entre los ribazos de las Grandes Eternidades. Muy hacia el oeste, medio horizonte

todavía relumbraba en verde con la falsa puesta de sol, pero todo el espacio hacia el sur era negro y quedaba oculto a la vista por los inmensos escarpes de la cordillera que se alzaba sobre ellos a unos cuarenta kilómetros en los negros cielos. Las montañas eran invisibles, desde luego, en aquella región de noche interminable, pero Pat y Ham sentían la colosal proximidad de aquellos increíbles picos.

La poderosa presencia de las Montañas de la Eternidad los afectaba en otro modo. La región estaba caliente, no caliente conforme a las normas de la zona crepuscular, sino mucho más caliente que la llanura de abajo. Sus termómetros señalaban cero a un lado del cohete y cinco sobre cero al otro. Los inmensos picos, que ascendían hasta entrar en el nivel de los vientos superiores, desviaban corrientes que traían aire caliente para templar el frío hálito del viento inferior.

Ham contempló lúgubremente la parte de la meseta visible a la luz del cohete.

—No me gusta —gruñó—. Nunca me gustaron estas montañas, sobre todo desde que te dio la chifladura de cruzarlas para volver a la Tierra Fría.

—¡Chifladura! —repitió Pat—. ¿Quién bautizó estas montañas? ¿Quién las cruzó? ¿Quién las descubrió? ¡Mi padre! ¡Él y nadie más que él!

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Acaso imaginas que te basta silbar para que se doblen de rodillas a tus pies y el Paso del Loco se transforme en la alameda de un parque?

—¡No eres más que un yanqui cobardica! —increpó ella—. Voy a salir a dar un vistazo. —Se puso el traje, se dirigió hacia la puerta y allí se detuvo—. ¿No vas…, no vas a venir también? —preguntó tímidamente.

Él sonrió con cierta malicia.

—Desde luego. Estaba esperando que me lo pidieses.

Se puso su traje y la siguió.

El paisaje tenía sus particularidades. A primera vista la meseta presentaba la misma salvaje aridez de hielo y piedra que habían encontrado en la llanura anterior. Había pináculos que la erosión del viento había esculpido con las formas más fantásticas, y el agreste paisaje que los rayos de sus cascos desvelaban era un terreno análogo a los ya conocidos. Pero el frío aquí era menos cruel; por extraño que parezca, en este curioso planeta, ganar altitud producía calor en lugar de frío, porque se llegaba así a la región de los vientos superiores. Aquí, en las Montañas de la Eternidad, el viento inferior aullaba menos persistentemente, roto en ráfagas por los poderosos picos.

La vegetación era más abundante. Las venosas y bulbosas masas estaban por todas partes y Ham tenía que pisar con

mucho cuidado para no repetir la desagradable experiencia de arrancar una y oír su doloroso gemido. Pat no sentía tales escrúpulos, insistiendo en que el gemido no era más que un tropismo; que los ejemplares que ella arrancaba y preparaba para su disección no sentían más dolor que el que pudiera sentir una manzana al ser comida; y que, al fin y al cabo, era misión de una bióloga ser una bióloga.

En algún lado más allá del círculo de luz que les envolvía chirrió la risa burlona de un triops y más que ver, Ham imaginaba las formas de aquellos demonios de la obscuridad. Por el momento, sin embargo, se mantenían en calma puesto que ninguna piedra que pasase zumbando había revelado una intención hostil.

Caminar en el centro de un círculo móvil de luz producía una sensación extraña. Ham no podía dejar de pensar que detrás del límite de visibilidad acechaban Dios sabe qué criaturas extrañas e increíbles, aunque la razón arguyera que tales monstruos no podían permanecer eternamente invisibles.

Ham y Pat seguían avanzando. Delante de ellos, los rayos de los cascos resplandecieron sobre un helado escarpe, un acantilado que se alzaba al término del camino que seguían.

Pat lo señaló con un ademán urgente.

—¡Mira allí! —exclamó, manteniendo fija su luz—. Cuevas en el hielo, madrigueras tal vez. ¿Las ves?

Las vio: un rosario de pequeños boquetes negros en la base del escarpe de hielo. Algo negro se deslizó riendo sobre la helada cuesta y se alejó: un triops. ¿Eran estos los habitáculos de las bestias?

—Fíjate —dijo Ham—, más de la mitad de agujeros tienen algo delante. ¿Rocas, quizá?

Precavidamente, con los revólveres en la mano, avanzaron. A la creciente intensidad de los rayos, disminuía la apariencia pétrea de aquellos objetos y se afirmaba su carácter de seres vivos. Finalmente no quedó duda alguna: la carnosa esponjosidad de los bulbos y la visible red circulatoria que se transparentaba la confirmaron. Habían dado con una nueva variedad de vida.

Estaban ahora a cuatro metros escasos de una de las criaturas. Recordaba un cesto boca abajo por su forma y tamaño. Como rasgos característicos destacaban un círculo completo de ojos que contorneaban el organismo y numerosas patas en su parte inferior. Ham acertó a distinguir cómo unos párpados semitransparentes se cerraban para proteger los ojos de la claridad de los focos.

Tras un instante de vacilación, Pat se encaró al inmóvil misterio.

—¡Bien! —exclamó—. Dimos con un nuevo amigo. ¡Hola paisano!

Entonces se produjo el acontecimiento que, por unos momentos, sumiría a Pat y a Ham en la consternación más profunda, que les dejaría asombrados, perplejos y aturdidos. Desde una membrana situada al parecer en la parte superior de la criatura, surgió una voz aguda y destemplada, que repitió:

—¡Hola, paisano!

Sobrevino un silencio expectante. Ham empuñó su revólver sin saber demasiado por qué. De haber sido necesario no habría atinado a utilizarlo. Estaba paralizado, atónito.

Pat recobró al fin la voz.

—No es… no puede ser real —dijo débilmente—. Es un tropismo. Esa cosa se ha limitado a repetir los sonidos que la han alcanzado. ¿No es así, Ham? ¿No es así?

—¡Bueno…, desde luego! —Estaba mirando la hilera de ojos—. Tiene que ser así. Escucha. —Se inclinó hacia adelante y gritó directamente a la criatura—: ¡Hola! —Y volviéndose a Pat—: Vamos a ver si responde.

Lo hizo.

—No es un tropismo —chirrió en un inglés agudo, pero perfecto.

—¡No es ningún eco! —jadeó Pat. Retrocedió—. Estoy asustada —gimió, tirando de un brazo de Ham—. ¡Vámonos, pronto!

Ham hizo que se colocara detrás de él.

—No soy más que un yanqui cobardica —gruñó—, pero voy a interrogar a este gramófono viviente hasta descubrir qué o quién lo hace funcionar.

—¡No, Ham, no! ¡Estoy asustada!

—No parece peligroso —observó Ham.

—No es peligroso —afirmó aquella criatura sobre el hielo. Ham tragó saliva y Pat dejó escapar un débil chillido—. ¿Quién… quién eres? —preguntó Ham, titubeando. No hubo ninguna respuesta. Los ojos lo miraban fijamente desde detrás de los párpados traslúcidos.

—¿Quién eres? —intentó otra vez. De nuevo ninguna respuesta.

—¿Cómo es que sabes inglés? —preguntó al azar. La voz chirriante sonó:

—Yo no saber inglés.

—Entonces, ¿por qué hablas inglés?

—Tú hablas inglés —explicó el misterio con toda lógica.

—No quería decir por qué. Quiero decir cómo.

Pat había superado en parte su aterrorizado asombro y su rápida mente percibía una pista.

—Ham —susurró, anhelante—, fíjate que usa las mismas palabras que nosotros hemos usado. Somos nosotros quienes le damos el significado.

—Nosotros me damos el significado —confirmó la cosa, sin ningún respeto a la gramática. Ham comprendió por fin.

—¡Dios mío! —exclamó—. Entonces somos nosotros los que tenemos que darle un vocabulario.

—Vosotros habláis, yo hablo —sugirió la criatura.

—¡Claro! ¿Comprendes, Pat? Podemos decir cualquier cosa. —Hizo una pausa—. Veamos…, «cuando en el curso de los acontecimientos humanos sucede…».

—¡Cierra el pico! —espetó Pat—. ¡Yanqui, no te olvides que ahora estás en territorio de la Corona! «Ser o no ser; esa es la cuestión…».

Ham sonrió burlonamente y guardó silencio. Cuando ella hubo ahogado su memoria, se encargó él de la tarea: «Una vez había tres ositos…».

Y así continuaron. De pronto la situación le pareció a Ham fantásticamente ridícula. ¡Allí estaba Pat, en la cara nocturna de Venus, relatándole cuidadosamente el cuento de Caperucita Roja a una monstruosidad carente de humor! La muchacha le lanzó una mirada de perplejidad al prorrumpir él en una carcajada.

—¡Cuéntale el del caminante y la hija del granjero! —dijo él, desternillándose—. A ver si puedes arrancarle una sonrisa.

Ella se unió a su carcajada aunque después añadió:

—En realidad, se trata de un asunto serio. ¡Imagínate, Ham! ¡Vida inteligente en el lado obscuro! ¿O es que no eres inteligente? —le preguntó de pronto a la cosa que estaba sobre el hielo.

—Soy inteligente —aseguró la criatura—. Soy inteligentemente inteligente.

—Por lo menos eres un lingüista maravilloso —dijo la muchacha—. ¿Has oído hablar alguna vez de alguien que haya aprendido inglés en media hora, Ham? ¡Figúrate lo que es eso!

Por lo visto, le había perdido ya todo el miedo a la criatura.

—Bueno, vamos a ver cómo resulta —sugirió Ham—. ¿Cómo te llamas, amigo?

No hubo ninguna respuesta.

—Es natural —intervino Pat—. No puede decirnos su nombre hasta que se lo digamos en inglés, y no podemos hacer eso porque… Bueno, vamos a llamarlo Oscar. Eso servirá.

—Está bien. Vamos a ver, Oscar, ¿qué eres tú?

—Humano; soy un hombre.

—¿Eh? ¡Que te aspen, si lo eres!

—Esas son las palabras que vosotros me habéis dado. Para mí, yo soy un hombre para vosotros.

—Espera un momento. «Para mí, yo soy…». Ya comprendo, Pat. Quiere decir que las únicas palabras que nosotros tenemos para lo que él se considera a sí mismo son palabras como hombre y humano. Bien, ¿cuál es tu pueblo, entonces?

—Pueblo.

—Quiero decir tu raza. ¿A qué raza perteneces?

—A la humana.

—¡Oh! —gimió Ham—. Prueba tú, Pat.

—Oscar —dijo la muchacha—, tú eres humano. ¿Eres un mamífero?

—Para mí, el hombre es un mamífero para ti.

—¡Vaya por Dios! —Lo intentó de nuevo—. Oscar, ¿cómo se reproduce tu raza?

—No tengo las palabras.

—¿Naciste?

El extraño rostro, o el cuerpo sin rostro, de la criatura cambió ligeramente. Pesados párpados cayeron sobre los semitransparentes que defendían sus muchos ojos; parecía como si aquella cosa se estuviese concentrando.

—Nosotros no nacemos —chirrió.

—Entonces…, ¿semillas, esporas, partenogénesis? ¿O división?

—Esporas —chilló el misterio— y división.

—Pero…

Se detuvo, desconcertada. En el momentáneo silencio llegó la burlona risotada de un triops y ambos se volvieron automáticamente hacia la izquierda. Se quedaron mirando

con fijeza y apartaron la vista consternados. Uno de aquellos diablos se había apoderado de una de las criaturas de las cuevas y se la estaba llevando. Y para que el horror resultase más espeluznante, el resto de sus congéneres permanecía delante de sus agujeros mirando con la mayor indiferencia.

—¡Oscar —chilló Pat—, han atrapado a uno de los tuyos!

Se interrumpió de pronto al oír el estampido del revólver de Ham, pero fue un disparo inútil.

—¡Oh! —gimió la muchacha—. ¡Los diablos! ¡Han atrapado a uno! —La criatura que estaba ante ellos no hizo el menor comentario—. Oscar —gritó Pat—, ¿es que no te importa? ¡Han asesinado a uno de los tuyos! ¿No comprendes?

—Sí.

—Pero ¿es que eso no te afecta en absoluto? —En cierto modo, las criaturas habían llegado a ganarse la simpatía de Pat: sabían hablar, eran algo más que animales—. ¿No te importa en absoluto?

—No.

—Pero ¿qué son esos diablos para vosotros? ¿Qué hacen para que los dejéis asesinaros?

—Nos comen —dijo Oscar plácidamente.

—¡Oh! —jadeó Pat, horrorizada—. Pero ¿por qué no…?

Se interrumpió; la criatura estaba retrocediendo lenta y metódicamente hacia su agujero.

—¡Espera! —gritó la muchacha—. No pueden llegar aquí. Con nuestras luces…

La voz chirriante se dejó oír:

—Hace frío. Me voy por culpa del frío.

Se hizo el silencio.

La temperatura había bajado. El radicado viento inferior gemía ahora más firmemente y, mirando a lo largo del ribazo, Pat vio que todas y cada una de las criaturas estaban retirándose como Oscar a sus respectivos agujeros. Volvió una mirada de impotencia hacia Ham.

—¿He soñado todo esto? —susurró.

—Entonces lo hemos soñado los dos, Pat.

La tomó del brazo y la guió de vuelta al cohete, cuyas redondas claraboyas brillaban como una invitación en la obscuridad.

Una vez en el cálido interior, habiéndose quitado el pesado traje, Pat se sentó con las piernas cruzadas, encendió un

cigarrillo e inició una consideración más racional del misterio.

—Hay algo que no entiendo en esto, Ham. ¿Notas tú algo raro en la mente de Oscar?

—Es diabólicamente rápida.

—Sí; es bastante inteligente. Inteligencia de nivel humano o incluso —vaciló—, más que humano. Pero no es una mente humana. Es distinta en cierto modo, alienígena, extraña. No puedo expresar completamente lo que pienso, pero ¿te has dado cuenta de que Oscar nunca hace una pregunta? Ni la más mínima.

—¿Cómo que…? ¡Es raro eso!

—Es condenadamente raro. Cualquier inteligencia humana, al tropezar con otra forma de vida racional, haría un montón de preguntas. Nosotros las hicimos. Y eso no es todo. Esa indiferencia suya cuando el triops atacó, ¿cómo catalogarla? Yo he visto a una araña cazadora atrapar a una mosca entre un conjunto de éstas sin impresionarlas lo más mínimo, pero ¿podrían reaccionar así criaturas inteligentes? No podrían; ni siquiera con cerebros poco evolucionados. Si matas a un ciervo, el resto del rebaño huye; si disparas a un gorrión, la bandada desaparece.

—Eso es verdad, Pat. Oscar y los suyos son unos tipos rarísimos. Unos extraños animales.

—¿Animales? No me digas que no te has dado cuenta, Ham.

—¿Cuenta de qué?

—Oscar no es ningún animal. Es una planta, un vegetal móvil, de sangre caliente. Todo el tiempo que estuvimos hablando con él, estuvo hozando con..., bueno, con su raíz. Y aquellas cosas que parecían patas eran... vainas. No andaba sobre ellas; se arrastraba sobre su raíz. Y, lo que es más, él...

—¿Qué es más?

—Lo que es más, Ham, es que esas vainas son de la misma clase que aquellas que nos lanzaron los trioptes en el cañón de las Montañas de la Eternidad, las que estuvieron a punto de asfixiarnos y...

—Querrás decir las que hicieron que te desmayaras, ¿no?

—De cualquier modo, tuve la suficiente presencia de ánimo para darme cuenta de ellas —replicó la muchacha, ruborizándose—. Pero eso forma parte del misterio, Ham. ¡La mente de Oscar es una mente vegetal! —Hizo una pausa, mientras Ham cargaba su pipa y lanzaba bocanadas de humo—. ¿Crees —preguntó de improviso— que la presencia de Oscar y de sus compañeros representa una amenaza para la colonización de Venus? Sé que son criaturas del lado obscuro, pero ¿qué pasaría si se descubren minas aquí? ¿Qué pasaría si resulta que esta es una zona apta para la

explotación comercial? Los humanos no pueden vivir indefinidamente apartados de la luz del Sol, lo sé, pero podría surgir la necesidad de montar aquí colonias temporales y, ¿qué pasaría entonces?

—Bien, ¿qué iba a pasar entonces? —replicó Ham.

—¿No te lo imaginas? ¿Hay sitio en un mismo planeta para dos razas inteligentes? ¿No se produciría un conflicto de intereses más tarde o más temprano?

—¿Y qué? —gruñó él—. Estos seres son primitivos, Pat. Viven en cuevas, sin cultura, sin armas. No representan ningún peligro para el hombre.

—Pero son espléndidamente inteligentes. ¿Cómo sabes tú que los que hemos visto no son sino una tribu bárbara y que en la inmensidad del lado obscuro no existe una civilización vegetal? Tú sabes que la civilización no es la prerrogativa del género humano; piensa si no en la poderosa y decadente cultura de Marte y los restos muertos de Titán. Lo que pasa simplemente es que el hombre ha conseguido imprimir la marca más indeleble, por lo menos hasta ahora.

—Tienes razón, Pat —convino él—. Pero si Oscar y sus congéneres no son más combativos de lo que se mostraron con los trioptes asesinos, no creo que constituyan ninguna amenaza.

Ella se estremeció.

—No logro entenderlo. Me pregunto si…

Se detuvo, frunciendo el ceño.

—¿Si qué?

—No… no lo sé. Se me ha ocurrido una idea…, una idea más bien horrible. —Alzó la mirada de improviso—. Ham, mañana voy a averiguar con toda exactitud hasta qué punto es inteligente Oscar. Averiguar exactamente su tipo de inteligencia… si puedo.

Pero hubo ciertas dificultades. Cuando Ham y Pat se acercaron al ribazo helado, después de caminar por aquel terreno fantástico, comprendieron que serían incapaces de identificar la cueva de Oscar. A los centelleantes reflejos de las luces, cada abertura tenía exactamente el mismo aspecto que las demás y las criaturas que estaban a la entrada los miraban fijamente con ojos en los que no podía leerse expresión ninguna.

—Bueno —dijo Pat, desconcertada—, tendremos que probar. Tú, el de ahí, ¿eres Oscar? La voz rechinante sonó:

—Sí.

—No lo creo —objetó Ham—. Estaba más a la derecha. ¿Eh, eres tú, Oscar?

Otra voz chirrió:

—Sí.

—¡No podéis ser los dos Oscar!

El elegido por Pat respondió:

—Todos somos Oscar.

—¡Oh, no te preocupes! —intervino Pat, adelantándose a las protestas de Ham—. Por lo visto, lo que uno sabe lo saben todos. Podemos elegir a cualquiera. Oscar, dijiste ayer que eras inteligente. ¿Eres más inteligente que yo?

—Sí. Mucho más inteligente.

—¡Vaya! —comentó Ham con una risita—. ¡Trágate esa, Pat!

Ella resopló.

—Bueno, eso lo coloca muy por encima de ti, yanqui. Oscar, ¿mientes alguna vez?

Párpados opacos cayeron sobre párpados traslúcidos.

—Mentir —repitió la voz chillona—. Mentir. No. No hay necesidad.

—Bueno, pero tú… —Se interrumpió repentinamente al oír un sordo estampido—. ¿Qué es eso? ¡Oh, mira, Ham, una de sus vainas ha estallado!

La muchacha retrocedió.

Les asaltó un olor fuerte y penetrante que traía a su memoria aquella hora de peligro que pasaron en el cañón, pero esta vez no tan intenso como para casi asfixiar a Ham y hacer que la muchacha se desmayara. Era un olor fuerte, acre y sin embargo no del todo desagradable.

—¿Para qué es eso, Oscar?

—Así es como nos…

La voz se cortó en seco.

—¿Reproducimos? —sugirió Pat.

—Sí. Reproducimos. El viento lleva nuestras esporas de unos a otros. Vivimos donde el viento no sopla de un modo regular.

—Pero ayer dijiste que vuestro método era el de la división.

—Sí. Las esporas se alojan en nuestros cuerpos y hay una…

Una vez más la voz se extinguió.

—¿Una fertilización? —sugirió la muchacha.

—No.

—Bueno… ¡ya sé! ¡Una irritación!

—Sí.

—Que produce un crecimiento en forma de tumor, ¿verdad?

—Sí. Cuando el crecimiento está terminado, nos dividimos.

—¡Uf! —rezongó Ham—. ¡Un tumor!

—Cierra el pico —disparó la muchacha—. Eso ni más ni menos es un bebé: un tumor normal.

—Un tumor normal..., bueno, me alegro de no ser biólogo. Ni de ser mujer.

—Yo me alegro de lo contrario —dijo Pat altivamente—. Oscar, ¿cuánto sabes tú?

—Todo.

—¿Sabes de dónde viene mi gente?

—De más allá de la luz.

—Sí, pero ¿antes de eso?

—No.

—Venimos de otro planeta —dijo la muchacha con un tono que quería ser impresionante. Viendo que Oscar guardaba silencio, añadió—: ¿Sabes lo que es un planeta?

—Sí.

—Pero ¿lo sabías antes de que yo dijese la palabra?

—Sí. Muchísimo antes.

—Pero ¿cómo? ¿Sabes lo que son las máquinas? ¿Sabes lo que son las armas? ¿Sabéis vosotros hacerlas?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no las hacéis?

—No hace falta.

—¿Cómo que no hace falta? —protestó ella—. Con luz, incluso sólo con fuego, podríais mantener a raya a los trioptes, podríais impedir que os comieran.

—No hace falta.

Ella se volvió, impotente, hacia Ham.

—Este individuo está mintiendo —sugirió él.

—No lo creo —murmuró ella—. Es otra cosa, algo que no entendemos. Oscar, ¿cómo es que sabes todas estas cosas?

—Inteligencia.

Junto a la cueva siguiente, otra vaina estalló de improviso.

—Pero ¿cómo? Dime cómo descubrís los hechos.

—Partiendo de cualquier hecho —chirrió la criatura posada sobre el hielo—, la inteligencia puede construir un cuadro del…

Hubo un silencio.

—¿Del universo? —sugirió ella.

—Sí. Del universo. Arranco de un hecho y empiezo a razonar desde él. Construyo un cuadro del universo. Empiezo con otro hecho. Razono a partir de él. Si los resultados coinciden, sé que el cuadro es verdadero.

Los dos oyentes miraban con consternado respeto a la criatura.

—¡Vaya! —exclamó Ham, tragando saliva—. Si eso es verdad, Oscar podría descubrirnos cualquier cosa. Oscar, ¿puedes comunicarnos secretos de cosas que no sepamos?

—No.

—¿Por qué no?

—Primero tendríais que darme las palabras necesarias. No puedo deciros aquello para lo cual no tenéis palabras.

—¡Es verdad! —susurró Pat—. Pero, Oscar, yo tengo las palabras tiempo y espacio y energía y materia y ley y causa. Dime la ley suprema del universo.

—Es la ley de…

Silencio.

—¿Conservación de la energía o de la materia? ¿Gravitación?

—No.

—¿De… de Dios?

—No.

—¿De la vida?

—No. La vida no tiene ninguna importancia.

—¿De… qué? No se me ocurre pensar en otra palabra.

—Hay la posibilidad —dijo Ham tensamente— de que no haya ninguna palabra.

—Sí —rechinó Oscar—. Es la ley de la posibilidad. Esas otras palabras son facetas diferentes de la ley de la posibilidad.

—¡Cielo santo! —jadeó Pat—. Oscar, ¿tú sabes lo que yo quiero decir con estrellas, soles, constelaciones, planetas, nebulosas, átomos, protones y electrones?

—Sí.

—Pero ¿cómo? ¿Has podido mirar las estrellas que están por encima de esas nubes eternas? ¿O el Sol que está más allá de la barrena?

—No. La razón es suficiente, porque sólo hay un camino posible para la existencia del universo. Sólo lo que es posible es real; lo que no es real tampoco es posible.

—¡Eso… eso parece significar algo! —murmuró Pat—. No sé exactamente qué. Pero, Oscar, ¿por qué no utilizas tus conocimientos para protegerte de tus enemigos?

—No hay necesidad. No hay necesidad de hacer nada. Dentro de cien años estaremos…

Silencio.

—¿A salvo?

—Si… no.

—¿Cómo? —Un horrible pensamiento la asaltó—. ¿Quieres decir… extinguidos…?

—Sí.

—¡Pero Oscar! ¿No quieres vivir? ¿No quiere vivir tu gente?

—Querer —chilló Oscar—. Querer, querer, querer. Esa palabra no significa nada.

—Significa… significa deseo, anhelo.

—El deseo no significa nada. Anhelo, anhelo. No, mi gente no anhela sobrevivir.

—¡Oh! —exclamó Pat débilmente—. Entonces, ¿por qué os reproducís?

Como en respuesta, una vaina recién estallada lanzó sobre ellos su acre polvo.

—Porque no tenemos más remedio —rechinó Oscar—. Cuando las esporas presionan, tenemos que expulsarlas.

—Ya comprendo —murmuró Pat lentamente—. Ham, creo que he dado con el quid. Creo que comprendo. Volvamos a la nave.

Sin decir adiós, se alejó y Ham la siguió pensativamente. Una extraña melancolía lo apesadumbraba.

Tuvieron un ligero percance. Una piedra arrojada por alguno de los trioptes emboscados tras la loma rompió la lámpara izquierda del casco de Pat. Aquello apenas pareció

molestar a la muchacha; miró brevemente de soslayo y siguió andando. Pero durante todo el regreso, en la obscuridad que tenían a la izquierda, los iban persiguiendo chillidos, aullidos y risotadas burlonas.

Dentro del cohete, Pat depositó cansadamente su bolsa de muestras encima de la mesa y se sentó sin quitarse el pesado traje. Tampoco se lo quitó Ham. A pesar del opresivo calor de la vestimenta, también él se dejó caer melancólicamente en un banquillo.

—Estoy cansada —dijo la muchacha—, pero no tan cansada como para no darme cuenta de lo que significa este misterio.

—¿Qué significa?

—Ham —preguntó ella—, ¿cuál es la gran diferencia entre la vida vegetal y la vida animal?

—Pues… que las plantas extraen su sustento directamente del suelo y del aire. Los animales necesitan plantas u otros animales como alimento.

—Eso no es enteramente verdad, Ham. Algunas plantas son parásitas y hacen presa en la vida de otras. Piensa en las Tierras Cálidas, o piensa incluso en algunas plantas terrestres: los hongos o las plantas carnívoras, como la dionaea, que atrapa moscas…

—Bueno, los animales se mueven y las plantas no.

—Tampoco eso es verdad. Mira las bacterias; son plantas, pero nadan de un lado a otro en busca de comida.

—Entonces, ¿cuál es la diferencia?

—A veces resulta difícil expresarla —murmuró ella—, pero creo que ahora la veo. Es esta: los animales tienen deseo y las plantas necesidad. ¿Comprendes?

—Ni jota.

—Escucha, entonces. Una planta, incluso una planta que se mueve, actúa así porque no le queda más remedio, porque está hecha así. Un animal actúa porque quiere actuar o porque está hecho de forma que quiera actuar.

—¿Qué diferencia hay?

—Grandísima. Un animal tiene voluntad, una planta no tiene voluntad. ¿Comprendes ahora? Oscar tiene toda la espléndida inteligencia de un genio, pero no tiene ni la voluntad de un gusano. Tiene reacciones, pero ningún deseo. Cuando el viento es caliente, sale y se alimenta; cuando es frío, se vuelve a meter en su cueva, confortable por el calor de su cuerpo. Pero eso no es voluntad; es simplemente una reacción. Él no tiene deseos.

Ham se quedó mirando fijamente, olvidando su cansancio.

—¡Que me aspen, si eso no es verdad! —exclamó—. Por eso nunca hacen preguntas. Se necesita deseo o voluntad para formular una pregunta. Y por eso no tienen ninguna civilización ni la tendrán nunca.

—Por eso y por otras razones —dijo Pat—. Fíjate en esto: Oscar no tiene sexo, y a pesar de tu orgullo yanqui, el sexo ha sido un gran factor para promover la civilización: es la base de la familia. Entre los congéneres de Oscar no hay ni padres ni hijos. Él se divide; cada mitad suya en un adulto, probablemente con todos los conocimientos y memoria del original.

»No hay necesidad de amor ni lugar para él y por tanto ningún incentivo para luchar por la pareja, por la familia, y ninguna razón para hacer la vida más fácil, y ninguna causa para aplicar la inteligencia a desarrollar el arte o la ciencia o lo que quiera que sea. —Hizo una pausa—. ¿Has oído hablar alguna vez de la ley de Malthus, Ham?

—Que yo recuerde, no.

—La ley de Malthus dice que la población depende de la existencia de alimentos. Si los alimentos aumentan, la población aumenta proporcionalmente. El hombre se desarrolló conforme a esta ley; ha quedado suspendida por un tiempo, pero nuestra raza llegó a ser humana bajo el imperio de la misma.

—¡Suspendida! Eso suena como rechazar la ley de la gravitación o corregir la ley de la atracción de los cuerpos.

—No, no —dijo ella—. Quedó suspendida por el desarrollo de la maquinaria que ha impulsado tanto el aumento de la producción de comida que la población no llegó a alcanzarlo. Pero lo alcanzará, y la ley de Malthus regirá de nuevo.

—¿Qué tiene que ver eso con Oscar?

—Esto, Ham; él nunca se desenvolvió sometido al imperio de esa ley. Otros factores mantenían el número de sus congéneres por debajo del límite de la existencia de alimentos, y por eso se desarrollaron libres de la necesidad de luchar por la comida. Está tan perfectamente adaptado a su entorno, que no necesita nada más. Para él una civilización sería algo superfluo.

—Sí, pero entonces, ¿qué pasa con los triops?

—Sí, el triops. Mira, Ham, como te dije hace días, el triops es un recién llegado, empujado desde la zona crepuscular. Cuando esos diablos llegaron, la gente de Oscar había completado ya su evolución y no podían cambiar para adaptarse a las nuevas condiciones, o al menos no podía hacerlo con suficiente rapidez. Por eso… están condenados.

»Como Oscar dice, se extinguirán pronto, y eso…, eso ni siquiera les importa. —La muchacha se estremeció—. Todo lo que hacen, todo lo que pueden hacer, es sentarse ante sus

cuevas y pensar. Probablemente tienen pensamientos estupendos, pero no pueden ejercitar ni siquiera la voluntad de una mosca. Eso es una inteligencia vegetal; eso es lo que tiene que ser.

—Creo… creo que tienes razón —masculló él—. En cierto modo es horrible, ¿no?

—Sí. —A pesar de su grueso traje, la muchacha se estremeció—. Sí; es horrible. Pensar que existen esas mentes inmensas y espléndidas y que no hay forma de que actúen… Es como un poderoso motor de gasolina con el eje roto, Ham, ¿sabes cómo voy a llamarles?, lotophagi veneris, lotófagos de Venus. Contentos con sentarse y soñar sobre la existencia mientras mentes inferiores, las nuestras y la de los trioptes, luchan por sus respectivos planetas.

—Es un buen nombre, Pat. —Cuando ella se puso en pie, Ham le preguntó, sorprendido—: ¿Y tus muestras? ¿No vas a prepararlas?

—Mañana, mañana.

Se echó en su camastro sin quitarse el traje espacial.

—¡Pero se estropearán! Y tengo que arreglar la luz de tu casco.

—Mañana, mañana —repitió ella cansadamente. Ham se sentía tan desalentado que no pudo seguir discutiendo.

Cuando el nauseabundo olor de las plantas podridas lo despertó, algunas horas más tarde, Pat dormía, embutida aún en el pesado traje. Ham arrojó la bolsa y las muestras por la portezuela y luego le quitó el traje a la muchacha que apenas se movió mientras él la arropaba suavemente en el camastro.

Al despertar, Pat ni tan siquiera echó de menos la bolsa de las muestras. Tampoco hizo ningún comentario al verlas esparcidas sobre la pálida meseta cuando salieron para ir al encuentro de Oscar. La lámpara del casco de la muchacha seguía sin reparar y una vez más, a la izquierda, las risotadas burlonas de los moradores de la noche los seguían, flotando misteriosamente en el viento inferior. Un par de veces, piedras lanzadas desde lejos arrancaban hielo de agujas cercanas. Caminaron melancólicamente y en silencio, como en una especie de fascinación, pero sus mentes parecían tener una extraña claridad.

Pat se dirigió al primer lotófago que vio.

—Hemos vuelto, Oscar —dijo con una débil recuperación de su acostumbrada desenvoltura—. ¿Cómo has pasado la noche?

—Pensando —rechinó aquella cosa.

—¿Pensando en qué?

—Pensando en…

La voz cesó. Estalló una vaina y el punzante olor curiosamente agradable llegó a sus narices.

—¿En nosotros?

—No.

—¿En el mundo?

—No.

—¿En…? ¿De qué sirve esto? —acabó ella cansadamente—. Podríamos estar así siempre y quizá no acertáramos nunca con la pregunta justa.

—Si hay una pregunta justa —añadió Ham—. ¿Cómo sabes que hay palabras para expresarla? ¿Cómo sabes siquiera que sean pensamientos que nuestras mentes puedan concebir? Debe de haber pensamientos más allá de nuestro alcance.

A la izquierda del grupo, una vaina estalló con un sombrío estampido, Ham vio que el polvo se movía como una sombra a través de los rayos de sus lámparas cuando el viento inferior lo empujaba, y vio cómo Pat aspiraba una profunda bocanada de aquel aire que se arremolinaba a su alrededor. Era curioso lo agradable que resultaba aquel olor, especialmente si se tenía en cuenta que estaba formado por la misma materia que en concentración más alta casi les había costado la vida. Se sintió vagamente preocupado al

asaltarle aquel pensamiento, pero no pudo asignar ningún motivo a aquella preocupación.

Se dio cuenta de pronto de que ambos estaban en pie en completo silencio ante el lotófago. Habían venido a hacer preguntas, ¿no era así?

—Oscar —dijo él—, ¿cuál es el significado de la vida?

—Ninguno. No hay ningún significado.

—Entonces, ¿por qué luchar así por ella?

—Nosotros no luchamos por ella. La vida carece de importancia.

—Y cuando hayáis desaparecido, el mundo continuará igual, ¿no es así?

—Cuando hayamos desaparecido, no habrá diferencia para nadie, excepto para los trioptes que nos comen.

—Que os comen —corrigió Ham.

Había algo en aquel pensamiento que penetró la niebla de indiferencia que le embotaba la mente. Miró a Pat, pasiva y silenciosa a su vez, y al resplandor de la lámpara del casco de la muchacha pudo ver sus claros ojos grises mirando fijamente al frente profundamente abstraída y cavilosa. Y

más allá de la loma sonaron de pronto los chillidos y las risotadas salvajes de los habitantes de la obscuridad.

—Pat —dijo él.

No hubo ninguna respuesta.

—Pat —repitió, levantando una mano melancólica hacia el brazo de la muchacha—. Tenemos que volver. —A su derecha estalló una vaina—. Tenemos que volver —repitió.

Una súbita granizada de piedras llegó volando desde la loma. Una le dio en el casco, y su lámpara delantera estalló con una sorda explosión. Otra le dio en el brazo produciéndole un dolor agudo que, sorprendentemente, le pareció sin importancia.

—Hemos de volver —reiteró él con obstinación. Pat habló al fin sin moverse.

—¿Para qué? —preguntó ella sombríamente.

Ham frunció el ceño ante la pregunta. ¿Para qué? ¿Para volver a la zona crepuscular? Surgió en su mente un cuadro de Erotia y luego una visión de aquella luna de miel que habían planeado pasar en la Tierra, y después toda una serie de escenarios terrestres: Nueva York, un verde prado, la soleada granja de su juventud. Pero todo aquello parecía muy lejano y muy irreal.

Una violenta pedrada en el hombro le hizo recuperar la conciencia y vio cómo una piedra rebotaba en el casco de Pat. Sólo dos de las lámparas de la muchacha alumbraban ahora, la trasera y la derecha, y él se dio cuenta vagamente de que en su propio casco sólo ardían la trasera y la izquierda. Sombrías figuras se deslizaban y saltaban por la cresta de la loma que ahora, debido a la rotura de sus luces, quedaba en la penumbra. Numerosas piedras zumbaban alrededor de ellos.

Hizo un esfuerzo supremo y agarró un brazo de la muchacha.

—¡Hemos de volver! —masculló.

—¿Para qué? ¿Para qué hemos de volver?

—Porque nos matarán, si nos quedamos.

—Sí, ya lo sé, pero…

Él dejó de escuchar y tiró salvajemente del brazo de Pat. La muchacha se tambaleó detrás de él mientras Ham caminaba obstinadamente hacia el cohete.

Cuando sus lámparas traseras barrían la loma sonaban agudos chillidos. Mientras avanzaban con infinita lentitud, los gritos se extendieron a derecha e izquierda. Comprendió lo que aquello significaba: los demonios estaban

rodeándolos para situarse frente a ellos donde las estropeadas lámparas no lanzaban su luz protectora.

Pat seguía pasivamente, sin hacer ningún esfuerzo por sí misma. Era simplemente el tirón del brazo de su marido lo que la obligaba a andar y el esfuerzo se hacía para él intolerable. Frente a ellos, cambiantes sombras que aullaban y chillaban, estaban los demonios que iban en pos de sus vidas.

Ham torció la cabeza de forma que su lámpara derecha barriera la zona, Sonaron los chillidos del enemigo que se precipitaba en pos de picos y peñascos para encontrar refugio en la sombra protectora.

Pat se dejó caer, dispuesta al parecer, a no dar ni un paso más.

—No vale la pena —murmuró la muchacha, pero no opuso ninguna resistencia cuando él la alzó en brazos.

A Ham se le ocurrió vagamente una idea: colocó su carga de forma que la lámpara derecha de la joven proyectase su rayo hacia adelante y de ese modo, tambaleándose, llegó por fin al círculo de luz que rodeaba al cohete, abrió la puerta y depositó a Pat en el suelo.

Tuvo una impresión final. Los trioptes, sombrío cortejo envuelto en fúnebres risotadas, se deslizaban en la

obscuridad hacia la loma donde Oscar y su gente aguardaban en plácida aceptación de su destino.

El cohete rugía a siete mil metros de altura. A punto como estaban de entrar en la zona crepuscular, Pat y Ham podían ver bajo ellos las nubes blancas por delante y negras por detrás. A aquella altura, se podía apreciar muy bien la pronunciada curvatura del planeta.

—En realidad, una pelota de la que no puede utilizarse más que una pequeñísima parte —dijo Ham, mirando hacia abajo.

—Fueron las esporas —continuó Pat, pasando por alto aquel comentario—. Sabíamos que contenían narcótico, pero no podíamos sospechar que contuvieran una droga tan sutil como ésa, capaz de anular la voluntad y arrebatar las fuerzas. La gente de Oscar son lotófagos y lotos al mismo tiempo. Lo siento, lo siento por ellos. ¡Esas colosales y espléndidas mentes suyas, tan inútiles! —Hizo una pausa—. Ham, ¿qué te hizo ver lo que estaba pasando? ¿Qué te impulsó a actuar?

—Fue el comentario de Oscar, cuando dijo que sólo servía de comida a los trioptes.

—¿Y qué?

—Pues bien, ¿sabías que habíamos consumido toda nuestra comida? Aquel comentario me hizo recordar que llevábamos dos días sin comer.

LA ISLA DE PROTEO

El atezado maorí que ocupaba la proa de la embarcación escrutaba la isla Austin, a la que se iban acercando poco a poco. Hubo un momento en que torció la cabeza para clavar sus ansiosas miradas en Carver.

—¡Tabú! —exclamó—. ¡Tabú! ¡Aussitan tabú!

Carver lo miró sin cambiar de expresión. Dirigió la vista hacia la isla. Con un aire de sombrío malhumor, el maorí volvió a empuñar su remo. El segundo polinesio lanzó al zoólogo una mirada implorante.

—Tabú —dijo—. ¡Aussitan tabú!

El hombre blanco lo miró brevemente, pero no dijo nada. Los indígenas humillaron la cabeza y doblaron el espinazo en prosecución de su tarea. Pero mientras Carver atisbaba la

costa hubo un mudo y significativo cambio de miradas entre los nativos.

El prao que hasta entonces se había deslizado vivamente sobre las verdes olas hacia la isla orlada de espuma, empezó a remolonear como si temiera acercarse. La mandíbula de Carver se endureció.

—¡Rema bien, Malloa, estúpido! ¡Rema bien!

Miró de nuevo a tierra. La isla de Austin no era tradicionalmente sagrada, pero por alguna razón estos nativos la temían. No era obligación de un zoólogo descubrir por qué. La isla estaba deshabitada y sólo recientemente se había recogido en los mapas. Vio cómo frente a ellos se extendían los bosques de helechos y pinos, semejantes a los de Nueva Zelanda, obscuras masas boscosas que tapizaban las colinas; contempló la blanca curva de la playa y se fijó en un punto en movimiento. «Un apteryx mantelli», pensó Carver, «un kiwi».

El prao seguía avanzando con precauciones hacia la orilla.

—Tabú —no dejaba de susurrar Malloa—. Aquí hay muchos bunyip.

—Espero que los haya —gruñó el hombre blanco—. No me gustaría volver junto a Jameson y los demás en Macquarie sin llevarles por lo menos un pequeño bunyip o cualquier duendecillo de cuento de hadas. —Soltó una risa burlona—.

Bunyip carveris. No está mal, ¿eh? Se vería bonito en los libros de historia natural con ilustraciones.

En la playa cada vez más cercana, el kiwi, si realmente lo era, se precipitó hacia el bosque. Había algo extraño en el animal y Carver se quedó mirando con un aire de duda. Desde luego tenía que ser un apteryx; estas islas del grupo de Nueva Zelanda eran lo bastante pobres en fauna para que pudiese ser otra cosa. Una variedad de perro, una clase de ratas y dos especies de murciélagos completaban la vida mamífera de Nueva Zelanda.

Desde luego, había los gatos, cerdos y conejos importados que corrían, salvajes, por las islas del norte y del centro, pero no aquí. No en las Aucklands ni en Macquarie y, menos todavía, en Austin, situada en el solitario mar entre Macquarie y las desoladas islas Balleny, casi al borde de la Antártida. No, tenía que haber sido un kiwi.

La tripulación tomó tierra. Kolu, desde la proa, saltó como un pardusco relámpago hasta la playa y tiró del prao contra el suave reflujo de las olas. Carver se puso en pie y bajó; luego se detuvo en seco al oír, detrás de él, gemir a Malloa.

—Mira —se lamentaba el indígena—. Los árboles, wahi, los árboles bunyip.

Carver miró en la dirección señalada por el dedo del nativo. Los árboles, ¿qué tenían de particular? Estaban a cierta

distancia de la playa, lo mismo que bordeaban las arenas de Macquarie y de las Aucklands. Luego frunció el ceño; él no era botánico. Eso era competencia de Halburton, que quedó con Jameson y el «Fortuna» en la isla Macquarie. Él era zoólogo y sólo se daba cuenta de las variaciones de la flora de un modo superficial. Sin embargo, frunció el ceño.

Los árboles eran vagamente extraños. Desde lejos le habían parecido los gigantescos helechos y los altísimos pinos kauri que cabía esperar. Sin embargo, desde cerca, tenían un aspecto diferente, no completamente distinto, pero, con todo, un aire extraño. Los pinos kauri no eran exactamente kauri, ni los helechos eran iguales a las criptógamas que florecían en las Aucklands y en Macquarie. Cierto que aquellas islas estaban muchos kilómetros al norte y se podían esperar algunas variaciones locales. Sin embargo…

—Mutantes —masculló, frunciendo el ceño—. Esto tiende a corroborar las teorías del aislamiento de Darwin. Tendré que llevarle unas cuantas muestras a Halburton.

—Wahi —urgió Kolu nerviosamente—, ¿volvemos ahora?

—¡Ahora! —estalló Carver—. ¡Cuando acabamos de llegar! ¿Creéis que hemos hecho todo el camino desde Macquarie simplemente para dar un vistazo? Nos quedaremos aquí un día o dos y así me será posible estudiar qué vida animal reina aquí. ¿Por qué, qué pasa?

—Los árboles, wahi —gimió Malloa—. Bunyip, los árboles que andan, los árboles que hablan.

—Tonterías. Andar y hablar, ¿eh? —Agarró un pedrusco de la playa y lo arrojó a la masa más próxima de sombrío verde—. Vamos a ver cómo dicen unas palabritas.

La piedra se abrió camino entre hojas y lianas y el suave choque se extinguió en un silencio inmóvil. Pero no tan inmóvil, porque un momento después algo obscuro y diminuto se perfiló en el cielo. Era tan pequeño como un gorrión, pero con la forma de un murciélago, con alas membranosas. Carver se quedó mirándolo, asombrado, porque el animal arrastraba una cola de unos diez centímetros, delgada como un lápiz, un apéndice que, desde luego no debería de poseer ningún murciélago normal.

Por un momento, la criatura aleteó torpemente a la luz del sol, ondeando su extraña cola, y luego se refugió otra vez en la obscuridad del bosque de donde la había espantado la pedrada. Sólo quedó un eco de su grito agudo y salvaje, algo que venía a sonar así: «juir, juir, juir».

—¡Qué demonios! —exclamó Carver—. Hay dos especies de quirópteros en Nueva Zelanda e islas vecinas, y ese no era ninguno de ellos. Ningún murciélago tiene una cola así.

Kolu y Malloa se lamentaban al unísono. La criatura era lo bastante pequeña para no desencadenar el pánico, pero

había relampagueado contra el cielo con una siniestra apariencia de anormalidad. Era un monstruo, una aberración, y las mentes de los polinesios no eran capaces de afrontar sin miedo extrañezas desconocidas. No así las mentes de los blancos, reflexionó Carver, sacudiéndose un raro sentimiento de aprensión. Sería una pura estupidez permitir que los temores de Kolu y Malloa influyeran en un zoólogo perfectamente equilibrado.

—¡Callaos de una vez! —ordenó—. Hemos de atrapar a ese bicho o a alguno de sus primos. Necesito un ejemplar. Apostaría algo a que se trata de un rimolófida, pero de una especie desconocida. Apresaremos uno esta noche.

Las voces de los isleños se alzaron aterrorizadas. Carver cortó secamente las protestas y los argumentos y descripciones fragmentarias sobre los horrores de los bunyips, los árboles que andaban y hablaban, y los espíritus del mal con alas de murciélago.

—Vamos ya —gruñó—. Sacad las cosas del prao. Voy a dar una vuelta por la playa en busca de un arroyo de agua dulce. Mawson me indicó que había agua en la parte norte de la isla.

Malloa y Kolu estaban mascullando cuando él se alejó. Al frente, la playa se extendía blanca al sol del atardecer; a la izquierda velaba el azul Pacífico y a la derecha dormitaba el extraño, obscuro y sombrío bosque. Notó con curiosidad la

variedad enorme de aquellas formas vegetales, extrañándose de que apenas hubiese un árbol o arbusto asimilable a cualquiera de las variedades comunes en Macquarie o en las Aucklands o incluso en Nueva Zelanda. Pero, desde luego, reflexionó, él no era botánico.

Además, las islas remotas producen a menudo sus propias variedades particulares de flora y fauna. Esto formaba parte de la teoría de Darwin sobre la evolución. Pensemos en la isla Mauricio y en su dodó, y en las tortugas de las Galápagos o en el kiwi de Nueva Zelanda o en la gigantesca y extinguida moa, ese pájaro que no vuela, parecido a una rata, de la familia de las dinornitidas. Y, sin embargo, pensó, frunciendo el ceño, uno nunca se encuentra con una isla enteramente cubierta por sus propias y únicas formas de vida vegetal. Las semillas traídas por el viento producían un intercambio de vegetación entre las islas; los pájaros traían semillas adheridas a sus plumas e incluso los ocasionales visitantes humanos contribuían al intercambio.

Además, un observador cuidadoso como Mawson habría informado en 1911 sobre las peculiaridades de la isla Austin. No lo había hecho, ni tampoco los balleneros que recalaban allí de vez en cuando en su viaje hacia la Antártida. Claro que los balleneros se habían hecho muy raros en los últimos años; podía haber transcurrido un decenio o más desde que ancló el último en Austin. ¿Qué cambio podía haber ocurrido en diez o quince años?

Carver llegó de pronto a un estrecho canal abierto por la marea dentro del cual goteaba un hilillo de agua desde un peñasco de granito situado al borde de la jungla. Se detuvo, mojó un dedo y probó el agua. Era salobre, pero potable y por tanto completamente satisfactoria. No esperaba encontrar un gran arroyo en Austin, puesto que la acumulación de agua tenía que ser muy pequeña en una isla de sólo ocho kilómetros por cinco. Con los ojos siguió el curso del arroyuelo que se perdía en el amasijo de helechos del bosque. Una imagen insólita retuvo su atención. Por un momento la contempló con entera incredulidad, sabiendo que no era posible que estuviese viendo… lo que estaba viendo.

La criatura había estado observando en el arroyuelo, porque Carver la vio al principio de rodillas en la ribera. Eso formaba parte de la sorpresa, porque, excepto el hombre, ningún animal adopta esta postura, y aquel ser, fuese lo que fuese, no era humano.

Unos ojos salvajes y amarillentos le devolvieron la mirada con un brillo llameante, y aquella cosa se alzó hasta quedar erguida. Era un bípedo, una burda imitación de hombre de no más de cuarenta centímetros de altura. Diminutas zarpas se aferraban de colgantes lianas. Carver vislumbró confusamente el pelaje gris que cubría su cuerpo, su cola flexible y los dientes agudos como agujas que sobresalían de su pequeña boca roja. Pero lo que más llamó su atención fueron los malévolos ojos amarillos y el rostro que no era

humano, pero que contenía una odiosa sugerencia de humanidad asilvestrada, ominosa síntesis en miniatura de rasgos humanos y felinos.

No era la primera vez que Carver olfateaba el peligro. Su reacción tuvo casi la naturaleza de un reflejo, sin pensamiento ni volición; su escopeta se alzó y disparó como si se moviese por sí misma. Este automatismo era una cualidad valiosa en las zonas salvajes de la Tierra; más de una vez había salvado su vida disparando primero y reflexionando después. Pero la rapidez de la reacción no se prestaba a la exactitud.

Su bala atravesó una hoja ante la mejilla misma de la criatura. Esta gritó y luego, con un centelleo feroz en sus ojos salvajes, se perdió de un salto en la espesura.

Carver soltó un silbido.

—¿Qué diablos era eso? —masculló para sí.

Pero tenía poco tiempo para reflexionar. Pesadas sombras y un tinte anaranjado en la luz de la tarde le advertían que la obscuridad, una obscuridad súbita y sin crepúsculo, estaba cerca. Volvió por la curvada playa hacia el prao.

Un bajo rompiente de coral ocultaba la embarcación y a los dos maoríes, y un alargado montículo se interponía entre él y el sol poniente. Carver guiñó, ofuscado por la luz, y siguió andando pensativamente sólo para petrificarse en repentina

inmovilidad al oír un grito aterrorizado que procedía de donde se hallaba el prao.

Echó a correr. No estaba a más de cien metros del arrecife de coral, pero tan rápidamente se hunde el sol en aquellas latitudes, que la obscuridad parecía correr con él hacia la cresta. Las sombras se alargaban sobre la playa cuando llegó a lo alto del montículo y se quedó mirando frenéticamente hacia el sitio donde habían varado la embarcación.

Allí había algo. Una caja, parte de las provisiones. Pero el prao había desaparecido.

Luego lo vio, ya en plena bahía, a unos doscientos metros de la playa. Malloa estaba acurrucado en la popa y Kolu estaba oculto en parte por la vela mientras la embarcación se movía firme y rápidamente hacia la obscuridad.

Su primer impulso fue gritar. Luego se dio cuenta de que estaban demasiado lejos para oírlo y, deliberadamente, disparó tres veces su revólver, Dos veces disparó al aire, pero como Malloa ni siquiera volvía la vista atrás, el tercer disparo lo hizo apuntando cuidadosamente a la pareja fugitiva. No podía decir si aquello había surtido o no efecto, sino sólo que el prao se adentró más rápidamente en la negra distancia.

Crispado por la rabia, siguió con la mirada a los desertores hasta que la blanca vela hubo desaparecido; luego dejó de maldecir, se sentó sombríamente en la única caja que habían

descargado y empezó a preguntarse por qué habrían tenido tanto miedo. Jamás llegó a saberlo.

La obscuridad se hizo total. En el cielo aparecieron las extrañas constelaciones del hemisferio austral; al sudeste relucía la gloriosa Cruz del Sur y al sur las místicas Nubes de Magallanes. Pero Carver no tenía ojos para aquellas bellezas; desde hacía mucho tiempo estaba ya familiarizado con el aspecto de los cielos meridionales.

Reflexionó sobre su situación. Más que desesperada era irritante.

Estaba armado, y aun en caso contrario, podía estar tranquilo, no había ninguna vida animal peligrosa en estas diminutas islas al sur de las Aucklands, ni, excepto el hombre, en la misma Nueva Zelanda. Pero ni siquiera el hombre vivía en las Aucklands, o en Macquarie o aquí en la remota Austin.

Sin duda, Malloa y Kolu se habían asustado de un modo terrible, pero bastaba muy poca cosa para despertar los temores supersticiosos de un polinesio. Era suficiente una especie extraña de murciélago o un kiwi corriendo en las sombras, o incluso sus propias fantasías, estimuladas por supersticiones primitivas que hubiesen poblado de tabúes la diminuta isla Austin.

Y en cuanto al rescate, era algo más que cierto. En primer lugar, quizá Malloa y Kolu regresasen una vez recobrado el

valor; si no era así tal vez se dirigieran a la isla Macquarie en busca del «Fortuna»; y, en último extremo, si desaparecían sin más, Jameson acabaría por inquietarse y, en tres o cuatro días, organizaría una búsqueda. No había ningún peligro, se dijo a sí mismo, nada por qué preocuparse. Lo mejor era proseguir el trabajo previsto. Por fortuna, la caja en la que estaba sentado contenía el material necesario: su bote de cianuro para las muestras de insectos, redes, trampas y lazos. Podía continuar tal como había proyectado, excepto que tendría que dedicar algo de su tiempo a cazar y a prepararse comida.

Carver encendió su pipa, preparó un fuego con la abundante leña menuda que había por allí y se dispuso a pasar la noche. Profirió unos cuantos selectos epítetos dedicados a los maoríes cuando se dio cuenta de que su cómodo saco de dormir se había ido con el prao, pero el fuego le serviría contra el frío de la avanzada latitud austral. Pensativamente fumó su pipa hasta el final, se tendió junto a las brasas de la hoguera y se dispuso a dormir.

Cuando, siete horas y cincuenta minutos más tarde, el Sol asomó por el horizonte, estaba dispuesto a reconocer que la noche había sido todo lo contrario de un éxito. Las diminutas y persistentes pulgas que anidaban en la arena no habían dejado de acosarle y, la verdad, sus intentos por conciliar un sueño tranquilo habían sido vanos.

¿Por qué? Seguramente no podía ser por el nerviosismo que le inspirasen la soledad y el extraño entorno. Alan Carver había pasado muchísimas noches en lugares salvajes y solitarios. Pero aquí los sonidos nocturnos lo habían mantenido en tensa duermevela. Por lo menos una docena de veces había adquirido plena conciencia de él con un sudor de nerviosismo. ¿Por qué?

Sabía por qué. Eran los sonidos nocturnos en sí. No por lo que tuvieran de ruidoso o de amenazador, sino por..., bueno, por variedad. Sabía la riqueza de sonidos que ampara la noche; conocía todas las llamadas de pájaros y el chillido de los murciélagos propios de estas islas. Pero aquí en Austin los sonidos de la noche se había negado a ceñirse a su modelo de conocimiento. Eran extraños, inclasificables, y mucho más variados de lo que deberían de haber sido, y, sin embargo, incluso en el grito más salvaje, se le antojaba percibir una perturbadora nota de familiaridad, de algo conocido.

Se encogió de hombros. A la clara luz del día, sus temores nocturnos le parecían vanos, ridículos, por completo injustificables en la mente de alguien tan acostumbrado como él a lugares solitarios. Enderezó su fornido cuerpo, se desperezó y miró hacia el amasijo vegetal cobijado por los árboles helechos.

Tenía hambre. En algún sitio le esperaba el desayuno, bien en forma de fruta o de ave. Tal era toda la gama de su posible

elección, puesto que por ahora no estaba tan hambriento como para pensar en otras posibles variantes: rata, murciélago o perro. Eso agotaba la fauna de estas islas.

¿La agotaba realmente? Frunció el ceño cuando lo asaltó un recuerdo repentino. ¿Qué decir de aquel pequeño monstruo de ojos amarillentos que le había gritado desde el borde del arroyo? Lo había olvidado con la excitación de la fuga de Kolu y Malloa. En todo caso aquel ser no era ni murciélago ni rata ni perro. ¿Qué era?

Todavía con el ceño fruncido, palpó su revólver y comprobó que estuviera a punto. Los dos maoríes podían haber huido asustados por una amenaza imaginaria, pero aquella cosa que viera junto al arroyuelo era algo que no podía achacar a la superstición, la había visto. Frunció el ceño más profundamente cuando recordó el rabilargo murciélago de la tarde anterior. Tampoco aquello era fruto de la imaginación de los nativos.

Se encaminó hacia el bosque de helechos. Podía suponerse que en la isla Austin había unos cuantos mutantes, ejemplares monstruosos y especies únicas. ¿Y qué? Tanto mejor; ello justificaría la expedición del «Fortuna». Podría contribuir a la fama de un tal Alan Carver, zoólogo, si era el primero en informar sobre este extraño mundo animal de la isla. Y sin embargo, era raro que ni Mawson ni los tripulantes de los balleneros no hubiesen dicho nada sobre aquello.

Se detuvo en seco en la linde del bosque. De pronto comprendió a qué se debía aquel aspecto extraño. Comprendió lo que Malloa había querido decir cuando hizo un ademán hacia los árboles. Miraba incrédulamente, pasando la mirada de árbol en árbol. Era verdad. No había ninguna especie que estuviese relacionada con las demás. No había dos árboles que fuesen parecidos, no había dos árboles semejantes. Cada uno era único en el follaje, el tronco y la corteza. No había dos que se asemejaran. No había dos árboles que se parecieran entre sí.

Pero eso era imposible. Británico o no, sabía que eso era imposible. Y mucho más en aquella remota islita donde la endogamia, la generación sin mezcla de familias o razas, era inevitable. Las formas vivientes podían diferir de las de otras islas, pero no cada forma de todas las demás; por lo menos no en una profusión tan increíble. La misma intensidad de la competencia en un espacio tan reducido no podía por menos que limitar el número de especies. No podía ser de otra manera.

Carver retrocedió media docena de pasos, inspeccionando el muro vegetal. Era verdad. Había helechos innumerables; había pinos; había árboles de hoja caduca, pero no había, en la extensión de cien metros que podía observar con claridad, no había dos árboles que se asemejaran. No había dos árboles lo bastante parecidos para atribuirlos a una misma especie, quizá ni siquiera a un mismo género.

Se quedó helado en una atónita estupefacción. ¿Qué significaba aquello? ¿Cuál era el origen de aquella abundancia antinatural de especies y géneros? ¿Cómo podía cualquiera de aquellas innumerables formas reproducirse a menos que hubiera otras de su tipo que la fertilizaran? Cierto que flores del mismo árbol podían fertilizarse entre sí, pero, entonces, ¿dónde estaban los brotes? Es un aspecto fundamental de la naturaleza que de las bellotas salgan robles y que de las semillas del kauri broten pinos kauri.

Con la más profunda perplejidad, siguió caminando por la playa, apartándose de la acometida de las olas en las que casi había llegado a internarse. La sólida pared del bosque permanecía inmóvil excepto cuando la brisa mecía sus hojas, pero todo lo que veía Carver era la increíble variedad de aquellas hojas. En ningún sitio, absolutamente en ninguno, había un solo árbol que se pareciese a cualquiera de los que él había visto antes.

Había hojas compuestas, digitadas, acorazonadas, orviculares, aciculares, pinatífidas, paripinadas. Había muestras de todas las variedades que él era capaz de nombrar y, aun siendo zoólogo y sin contar con la ayuda de un botánico como Halburton, podía nombrar un gran número. Pero no había ningún ejemplar al que pudiese relacionarse, ni remotamente, con ninguno de los otros. Era como si en la isla Austin las paredes divisorias entre los géneros se hubiesen disuelto y sólo permanecieran las grandes divisiones.

Carver había recorrido más de kilómetro y medio a lo largo de la playa antes de que la molestia del hambre le recordase cuál había sido su proyecto original. Tenía que encontrar comida de alguna clase, animal o vegetal. Con un sentimiento de claro alivio, vio pájaros marinos peleando roncamente aquí y allá en la arena; por lo menos ellos eran representantes perfectamente normales del género larus. En el mejor de los casos, sin embargo, constituían una comida correosa y grasienta, y su mirada volvió de nuevo a los misteriosos bosques.

Descubrió una senda, tal vez un simple debilitamiento de la vegetación a lo largo de un suelo de roca, que se internaba en las verdes sombras, oblicuando hacia la boscosa colina que se alzaba en el extremo occidental de la isla. Era el primer paso accesible que encontraba y sin dudarlo un instante se sumergió en el umbrío pasillo mirando ansiosamente en busca de fruta o pájaros.

Frutas las vio en cantidad. De muchos de los árboles pendían masas globulosas u ovoidales de distintos tamaños, pero la dificultad, por lo que se refería a Carver, era que no reconocía ninguna especie comestible. No se atrevía a arriesgarse a morder alguna variedad venenosa; sólo Dios sabía los alcaloides violentos y deletéreos que podía producir esta extraña isla.

Los pájaros revoloteaban y piaban en las ramas, pero por el momento no descubrió ninguno lo bastante grande como

para merecer un balazo. Además, otro hecho había llamado su atención: cuanto más se alejaba del mar, tanto más extravagantes se tornaban las infinitas formas vegetales del bosque. A lo largo de la playa había podido al menos atribuir una familia, si no su género, a cada una de las plantas, pero aquí incluso esas distinciones empezaban a desvanecerse.

Comprendió el porqué.

—La vegetación costera está cruzada con aportaciones de otras islas —masculló—. Pero aquí se han vuelto locas. Toda la isla se ha vuelto loca.

El movimiento de una masa obscura recortándose contra el cielo salpicado de hojas le llamó la atención. ¿Un ave? Si así fuese, era mucho mayor que los insignificantes pájaros que revoloteaban por encima de él. Apuntó el revólver cuidadosamente y disparó.

El sombrío bosque multiplicó el eco del disparo. Un cuerpo grande como el de un pato cayó con un grito largo y extraño, se agitó brevemente entre las hierbas y se inmovilizó. Carver se precipitó hacia su víctima y se quedó mirando con perplejidad.

No era un pájaro. Era una criatura trepadora de no sabía qué especie, armada con garras cruelmente afiladas y con malignos, blancos y aguzados dientes que sobresalían de una triangular boquita roja. Se parecía mucho a un perrillo, si era

posible imaginarse a un perro trepando a un árbol. Pero la criatura no era ningún perro. Aun sin tener en cuenta su caída desde la copa del árbol, Carver se daba cuenta. Las garras retráctiles, cinco en las patas delanteras, cuatro en las traseras, eran prueba suficiente, pero más fuerte aún era la prueba de aquellos dientes como agujas. Era un félido. Descubrió una prueba más en los amarillos y rasgados ojos que lo miraban llameantes con el odio de un moribundo antes de apagar su fuego con la muerte. No, no era un perro, sino un gato.

Su recuerdo voló hacia aquella otra aparición de la orilla del arroyuelo. También aquel ser ofrecía un innegable aspecto felino. ¿Qué significaba todo aquello? Gatos que parecían monos; gatos que parecían perros.

Ya no tenía hambre. Tras unos momentos de indecisión agarró el peludo cuerpo y lo llevó a la playa. El zoólogo había superado al hombre; ya no estaba ante una pieza cazada, sino ante un organismo capturado para el estudio, un ejemplar raro. Tenía que ir a la playa y hacer todo lo posible por conservarlo. Indudablemente le pondrían un nombre que se refiriera a él: Felis Carveri, por ejemplo.

Un ruido a sus espaldas le hizo detenerse bruscamente. Miró atrás con cuidado a lo largo del túnel techado de ramas. Lo seguían. Algo, bestial o humano, lo acechaba entre las sombras del bosque. Lo vio, o los vio, confusamente, como

informes sombras obscuras en el brillante despliegue de las hojas agitadas por el viento.

Por primera vez, los sucesivos misterios empezaron a causarle una sensación de amenaza. Apretó el paso. Las sombras se deslizaron y agitaron detrás de él y, a menos que atribuyese el fenómeno a una fantasía, un ahogado grito de alguna especie, un reprimido aullido se alzó de la obscuridad del bosque a su izquierda y fue contestado a su derecha.

No se atrevía a correr, pues no ignoraba que la manifestación de miedo provoca muy a menudo un ataque tanto por parte de bestias como de humanos primitivos. Se movió tan rápidamente como pudo sin dar la sensación de estar huyendo del peligro y por fin vio la playa. Allí, en terreno despejado, podría distinguir por lo menos a sus perseguidores si éstos decidían atacar.

Pero no lo hicieron. Se retiró del muro de vegetación, pero ninguna forma corrió tras él. Sin embargo, allí estaban. Durante todo el camino de vuelta a la caja y a los restos de su hoguera, percibía que tras el resguardo de las hojas acechaban formas salvajes.

La situación empezó a preocuparle. Le era imposible permanecer en la playa indefinidamente, aguardando un ataque. Más tarde o más temprano tendría que dormir, y entonces… Mejor era provocar un ataque inmediato, ver con qué clase de criaturas tenía que enfrentarse y tratar de

espantarlas o exterminarlas. Después de todo, tenía abundancia de municiones.

Alzó el revólver, apuntó a las cambiantes sombras y disparó. Hubo un aullido que era indudablemente bestial; antes de que se hubiese sumido en el silencio, contestaron otros. Luego Carver empezó a retroceder violentamente cuando los arbustos se abrieron para dejar paso a sus perseguidores y pudo ver la clase de seres que habían estado al acecho.

Una docena de formas en línea saltó desde el borde de la maleza a la arena, Por espacio de unos segundos permanecieron inmóviles y Carver pensó ser víctima de una pesadilla de zoólogo, no había otra explicación posible.

La manada era vagamente perruna, principalmente por su método de ataque, los ahogados gañidos de sus componentes y la disposición de los dientes de éstos, al menos en lo que Carver alcanzaba a distinguir. Pero en modo alguno ninguno de ellos se parecía a los perros cazadores indígenas de Nueva Zelanda ni a los dingos de Australia. Más aún, no se parecían a ningún perro que Carver conociera.

El hecho que le convenció de que no se trataba de un sueño fue la asombrosa repetición de todas las observaciones que había hecho en la isla Austin: no había un solo animal que se pareciera a otro. En realidad, pensó Carver con la devastadora fuerza de un golpe, en esta isla

loca no había visto hasta entonces dos criaturas animales o vegetales, que parecieran emparentadas.

La indescriptible manada avanzaba centímetro a centímetro. Vio los extremos más salvajes entre aquellas criaturas: seres con largas patas traseras y cortos miembros delanteros; una criatura de piel desnuda, surcada de espinas y con el rostro semihumano de un hombre lobo; una cosa diminuta del tamaño de una rata que gañía con voz aguda; y una poderosa criatura con el pecho en forma de barril cuyo cuerpo parecía casi creado para la postura erguida y que avanzaba sobre sus patas traseras tocando a intervalos el suelo con las delanteras como un orangután. Aquel ser en particular era una monstruosidad horrible color de fango amarillento y Carver lo eligió para su primer balazo.

El animal se desplomó sin un grito; el proyectil le había destrozado el cráneo. Cuando el eco del disparo se multiplicó entre las colinas, la manada respondió con un coro amenazador de ladridos, aullidos, gruñidos y gritos. Retrocedieron, apartándose momentáneamente del cadáver de su compañero, para luego volver a avanzar amenazadores.

Una vez más Carver disparó. Una criatura de ojos sanguinolentos y que había avanzado a saltitos lanzó un gañido y se derrumbó. La fila se detuvo nerviosamente, dividida ahora por dos formas muertas. Sus gritos no eran ya

más que un amortiguado gruñir mientras lo miraban con ojos rojizos y amarillentos.

Se sobresaltó al oír un sonido diferente, un grito cuya naturaleza no podía determinar, aunque parecía proceder de un punto donde la orilla boscosa se alzaba bruscamente en un pequeño acantilado. Era como si algún vigía azuzara la indescriptible manada, porque de nuevo cobraron valor para avanzar. Y fue en este momento cuando una piedra lanzada certeramente dio a Carver en el hombro produciéndole un agudo dolor.

Se tambaleó y examinó luego la línea de maleza. Un proyectil significaba inteligencia. La isla loca contenía algo más que bestias aberrantes.

Sonó un segundo grito y otra piedra silbó junto a su oreja. Pero esta vez Carver había captado el movimiento en lo alto del peñasco y disparó instantáneamente.

Se oyó un grito. Una figura humana surgió de la cubierta de follaje, se bamboleó y cayó de cabeza entre los matorrales, tres metros por debajo. La manada se dispersó aullando como si su valor hubiese desaparecido ante esta prueba de poder. Huyeron como sombras al interior del bosque.

Algo en la figura que había caído del acantilado le pareció a Carver más que extraño. Frunció el ceño, esperando un momento para asegurarse de que la indescriptible manada

había huido y de que ninguna otra amenaza acechaba en la maleza y luego avanzó hacia el sitio donde había caído su atacante.

La figura era humana sin duda. ¿O no lo era? Aquí, en esta isla loca, donde las especies parecían adoptar cualquier forma, Carver vacilaba incluso en formular esa conjetura. Se inclinó sobre su caído enemigo, que yacía boca abajo, y volvió el cuerpo hacia arriba.

Era una muchacha. Su rostro, con la serenidad del Buda de Nikk era joven y delicioso como una figurita veneciana de bronce, con delicados rasgos que incluso en la inconsciencia tenían un aspecto salvaje. Los ojos, aunque estaban cerrados, dejaban observar una ligera oblicuidad de dríada.

La muchacha era blanca, aunque su piel estaba tostada por el sol, Carver estaba sin embargo seguro de su color porque en los bordes de su única prenda, una piel no curtida como de leopardo, ya reseca y crujiente, la carne se mostraba más blanca.

¿La había matado? Con una curiosa turbación, buscó la herida y la encontró, por fin, en un rasguño que apenas sangraba encima de la rodilla derecha. El disparo solamente le había hecho perder el equilibrio; lo que había producido el daño era la caída desde el acantilado; la prueba visible era una rojiza contusión en la sien izquierda. Pero estaba viva. La alzó apresuradamente en sus brazos y la transportó al otro

lado de la playa, lejos de la maleza en la que la abigarrada manada de la joven sin duda acechaba aún.

Tras depositarla en el suelo, sacudió su cantimplora casi vacía y le alzó la cabeza para humedecerle los labios. La muchacha parpadeó y, al retornar a la conciencia, intentó zafarse violentamente del contacto del hombre. Trató dos veces de ponerse en pie y dos veces volvió a caer de espaldas cuando sus piernas se negaron a sostenerla. Por último se quedó completamente pasiva, clavando una mirada de fascinación en el rostro del hombre.

Y entonces Carver recibió otra sorpresa. Cuando los párpados de la muchacha se alzaron, se quedó sorprendido al ver sus ojos. Eran unos ojos inesperados a pesar de lo que hacía concebir la débil oblicuidad. Eran ambarinos, casi dorados, y tan salvajes como los ojos de un secuaz de Pan. La muchacha miró al zoólogo con la intensidad de un pájaro cautivo. Pero no tenía su timidez porque sin vacilar buscó con la mano el cuchillo de madera que pendía de la liana que ceñía su cintura.

Carver agitó la cantimplora y ella se apartó de aquella mano extendida. Él insistió, agitando el recipiente y, al oír el líquido borboteante, la muchacha lo aferró ávidamente, lo sostuvo un momento en la mano y luego, para asombro de Carver, olfateó el contenido, agitando las ventanillas de la nariz tan intensamente como se lo permitía la pequeñez de la misma. Al cabo de un momento vertió un poco de agua en

el hueco de la mano y bebió. Por lo visto, no atinó a hacerlo directamente de la cantimplora.

La mente de la desconocida se despejó. Vio los dos cuerpos inmóviles de las criaturas muertas y profirió un ahogado gemido. Cuando se movió para levantarse, la enrojecida rodilla le dolió, y la muchacha volvió sus extraños ojos hacia Carver con una renovada expresión de miedo. Señaló la raya roja de la herida.

—¿C'm on? —dijo con una inflexión interrogativa.

Carver comprendió que el sonido se parecía a palabras inglesas por casualidad.

—¿Adónde? —preguntó él con una sonrisa burlona. La muchacha sacudió la cabeza con perplejidad.

—Burrum —respondió ella—. Siii.

Carver la comprendió. Era el intento de la muchacha por imitar el sonido de su disparo y el zumbar de la bala. Dio unas palmaditas en el revólver.

—Mágico —dijo, advirtiéndola—. Medicina mala. Mejor que seas buena muchacha, ¿comprendes? —Era evidente que ella no le entendía—. ¿Thumbi? —probó él—. ¿Maorí tú?

Ningún resultado, sino una larga mirada de los oblicuos y dorados ojos.

—Bueno —gruñó él—. ¿Sprechen sie Deutsch, entonces? ¿O kanaka? O… ¡Qué demonios! Eso es todo lo que sé. ¿Latinum intelligisne?

—¿C'm on? —repitió ella débilmente, sin apartar los ojos del revólver.

Se frotó el arañazo de la pierna y la contusión en la sien, por lo visto atribuyendo los dos al arma.

—Está bien —accedió Carver de mala gana. Pensó que no estaría de más impresionar a la muchacha con su poderío—. ¡Mira esto!

Apuntó su arma contra el primer blanco que vio: una rama muerta que se alzaba de un leño traído por la corriente hasta el extremo del arrecife de coral. Era tan gruesa como su brazo, pero debía de estar totalmente podrida, porque en lugar de arrancarle un pedazo de corteza como él había esperado, el disparo abatió toda la rama.

—¡Oh! —jadeó la muchacha, llevándose las manos a los oídos. Sus ojos parpadearon al mirarlo; luego se esforzó frenéticamente por ponerse en pie. Estaba poseída por el pánico.

—No, no te vas a ir —ordenó él. La agarró por un brazo—. Vas a quedarte aquí.

Por un momento se quedó asombrado al comprobar la flexible fuerza de la muchacha. El brazo libre de ésta se alzó con la daga de madera, y él pudo apresar también aquella muñeca. Los músculos de la joven eran como bien templados cables de acero. Se retorcía furiosamente; luego, con una repentina sumisión, se quedó quieta en la presa del hombre, como si pensara: «¿De qué sirve luchar con un dios?».

Él la soltó.

—¡Siéntate! —gruñó Carver.

Ella obedeció su ademán más bien que su voz. Se quedó sentada en la arena delante de él, alzando la mirada con una expresión no de miedo, sino más bien de cautela en sus ojos color de miel.

—¿Dónde está tu gente? —preguntó él con dureza, señalándola y luego ondeando el brazo en un ademán que incluía a todo el bosque. Ella se quedó mirándolo sin comprender y él cambió de mímica.

—¿Dónde vives? —e hizo la pantomima del acto de dormir. El resultado fue el mismo, simplemente una mirada de turbación en aquellos ojos gloriosos.

—¡Qué diablos! —masculló él—. Tendrás un nombre, ¿no? ¡Un nombre! ¡Mira! —Se golpeó el pecho—. Alan. ¿Comprendes? Alan, Alan. Eso lo entendió inmediatamente.

—Alan —repitió con docilidad.

Pero cuando él intentó saber el nombre de ella, fracasó rotundamente. El único resultado de sus esfuerzos fue un aumento de perplejidad en los rasgos de la muchacha. Por fin reanudó sus esfuerzos por sacarle de alguna manera dónde estaban su hogar y su gente, variando los ademanes en todas las formas que podía ocurrírsele. Y por último ella pareció comprender.

Se puso vacilantemente en pie y profirió un grito extraño, bajo y doliente. Al instante fue contestado desde la espesura, y Carver se envaró al ver aparecer la misma manada multicolor de seres indescriptibles. Debían de haber estado vigilando, acechando sin ser vistos. Una vez más, al avanzar, dieron un rodeo a los dos compañeros muertos.

Carver sacó su revólver. Su movimiento fue seguido por un grito de angustia de la muchacha, que se lanzó ante él con los brazos extendidos como para escudar a la manada de la amenaza del arma. Se quedó mirándolo temerosa, pero desafiante, y había en su rostro una expresión de desconcierto. Era como si acusase al hombre de haberle ordenado llamar a sus compañeros sólo para amenazarlos con la muerte. Él se quedó mirándola con fijeza.

—Está bien —dijo por fin—. ¿Qué más da un monstruo más o menos en esta isla que los tiene a docenas? Diles que se vayan.

Ella obedeció aquel ademán imperativo. La siniestra manada se retiró silenciosamente y la muchacha se volvió vacilante como para seguir a las criaturas, pero se detuvo de pronto al escuchar la orden de Carver. Era la suya una actitud curiosa, en parte de miedo, en parte fascinada, como si ella no comprendiese del todo la naturaleza del zoólogo.

Éste era un sentimiento que él compartía hasta cierto punto, pues desde luego había algo misterioso en el hecho de encontrarse con una muchacha blanca en esta extravagante isla Austin. Era como si en la diminuta isla hubiese un ejemplar y sólo uno de todas las especies vivientes del mundo y ella fuese la representante de la humanidad. Siguió mirando perplejo aquellos salvajes ojos ambarinos.

De nuevo pensó que en aquella parte de Austin que había atravesado no había visto dos criaturas iguales. ¿Era esta muchacha también una mutante, una variante de alguna especie distinta a la humana y que por pura casualidad había adoptado una forma perfectamente humana? ¿Representaba ella a la forma humana en la isla, Eva antes de Adán en el Edén? Había habido una mujer antes que Adán, reflexionó.

—Te llamaremos Lilith —dijo pensativamente. El nombre era muy adecuado a aquellos rasgos salvajes y perfectos y a aquellos ojos llameantes. Litith, el ser misterioso al que Adán encontró en el paraíso antes que Eva fuese creada—. Lilith —repitió él—. Alan, Lilith. ¿Comprendes?

Ella imitó los sonidos y el gesto. Sin protesta, aceptó el nombre que él le había dado, y se hizo evidente que entendía aquel sonido como el nombre que le había sido puesto. Porque cuando él lo profirió pocos minutos más tarde, los ambarinos ojos de la muchacha se quedaron mirándolo con aire interrogativo.

Carver se echó a reír y prosiguió con sus desconcertados pensamientos. Reflexivamente, sacó su pipa y la cargó, luego frotó una cerilla y la encendió. Lilith profirió un grito de sorpresa y extendió la mano. Carver no comprendió lo que ella estaba buscando, hasta que los dedos de la muchacha se cerraron alrededor de la cerilla. Había querido apoderarse de la llama como quien se apodera de un trapito que lleva el viento.

Gritó dolorida y asustada. Inmediatamente la manada apareció al borde del bosque, lanzando aullidos de cólera, y Carver se dispuso de nuevo a hacerles frente. Pero otra vez Lilith, recobrándose de la sorpresa de la quemadura, detuvo a sus amigos y les ordenó con un grito que volvieran a refugiarse entre las sombras. Se chupó los quemados dedos y miró a Carver con ojos agrandados por el asombro. Éste

concluyó con un sentimiento de incredulidad que la muchacha no comprendía lo que era el fuego.

Había una botella de alcohol en la caja del equipo; la sacó, agarró la mano de Lilith y vendó los dedos quemados con un pañuelo impregnado en alcohol, aunque sabía muy bien que no era el mejor remedio para las quemaduras. Aplicó el desinfectante a la rozadura de bala en la rodilla. La muchacha gimió débilmente por el escozor, luego sonrió al aplacársele mientras sus extraños ojos ambarinos seguían con fijeza las bocanadas de humo de la pipa de Carver y las ventanillas de la nariz aleteaban husmeando el penetrante olor a tabaco.

—Y ahora —preguntó Carver, fumando reflexivamente—, ¿qué voy a hacer contigo?

Por lo visto, Lilith no tenía ninguna sugerencia que hacer. Simplemente siguió mirando con sus grandes ojos.

—Por lo menos —continuó él—, deberías saber qué comida se puede encontrar en esta isla loca. Porque tú comes, ¿no?

Hizo la mímica de la acción.

La muchacha comprendió inmediatamente. Se puso en pie, se dirigió al sitio donde estaba el cuerpo del gato con aspecto de perro y, por un instante, pareció olfatear su olor. Luego sacó del cinto su cuchillo de madera, apretó aquel cuerpo con un pie descalzo y cortó y arrancó una tira de carne.

Alargó a Carver la sangrienta piltrafa y evidentemente se quedó sorprendida ante el gesto con que se negaba a aceptarla.

Al cabo de unos momentos apartó la oferta, miró de nuevo a la cara del hombre y clavó sus blancos dientecillos en la carne. Carver notó con interés lo delicadamente que sabía realizar una maniobra tan difícil, pues sus blandos labios no se mancharon con la menor gota de sangre.

Pero el caso era que él seguía hambriento. Frunció el ceño al pensar cómo dárselo a entender, pero por último encontró el medio.

—¡Lilith! —dijo enérgicamente. Los ojos de la muchacha relampaguearon en seguida hacia él, Carver indicó la carne que ella enarbolaba, luego señaló a la misteriosa línea de árboles—. Fruta —dijo él—. Comida de árbol. ¿Comprendes?

Imitó los movimientos de quien come.

Una vez más la muchacha comprendió inmediatamente. Era raro, pensó él, la rapidez con que ella entendía algunas cosas, en tanto que otras parecían estar totalmente fuera de su alcance. Raro como todo lo que había en la isla Austin. ¿Es que, después de todo, Lilith sería enteramente humana? La siguió hasta la línea de árboles, lanzando a hurtadillas alguna que otra mirada a aquellos ojos salvajes color de llama, y a

sus rasgos, hermosos, pero sin pulimento, como los de una dríada o de un elfo.

Ella subió por la empinada orilla y pareció desaparecer mágicamente en las sombras. Por un momento, Carver sintió un sobresalto de alarma mientras trepaba desesperadamente tras ella; la muchacha podía esquivarlo aquí tan fácilmente como si en realidad ella misma fuese una sombra. Cierto que él no tenía ningún derecho moral a retenerla, sino el muy discutible que le proporcionaba el ataque del que ella le había hecho víctima; pero no quería perderla, no todavía. O quizá nunca.

—¡Lilith! —gritó cuando coronó la cresta.

Ella apareció casi a su costado. Por encima de ambos se retorcía una curiosa liana de la que colgaban frutas de un verde blancuzco con el tamaño y la forma de un huevo de gallina. Lilith agarró una, la partió con ágiles dedos y se llevó una porción a la nariz. Olfateó cuidadosa y delicadamente y luego arrojó lejos la fruta.

—Pah bo —dijo, arrugando la nariz con expresión de desagrado.

Encontró otra clase de fruta de extraño aspecto, compuesta por un disco fibroso del que salían cinco protuberancias en forma de dedos; el conjunto tenía la apariencia de una mano grande y mal formada. La olfateó

tan cuidadosamente como había hecho con la otra y luego le sonrió.

—Bo —dijo, alargándosela.

Carver vaciló. Después de todo, no había pasado mucho más de una hora desde que la muchacha había tratado de matarlo. ¿No era posible que estuviera ahora persiguiendo el mismo fin al ofrecerle la fruta venenosa?

La muchacha sacudió el objeto desagradablemente bulboso.

—Bo —repitió, y luego, exactamente como si comprendiera la vacilación de su compañero, arrancó uno de los dedos, se lo metió en la boca y le sonrió.

—Está bien, Lilith —sonrió él a su vez, tomando el resto de la fruta.

Ésta era mucho más agradable al paladar que a los ojos. La pulpa tenía una dulzura ácida que le resultaba vagamente conocida, pero que no pudo identificar del todo. Sin embargo, animado por el ejemplo de Lilith, comió hasta aplacar el hambre.

El encuentro con Lilith y con su salvaje manada había borrado los recuerdos de su misión. Al volver hacia la playa frunció el ceño recordando que él estaba aquí como Alan Carver, zoólogo, y no con otro papel. Pero ¿dónde podía

empezar? Estaba aquí para clasificar y tomar muestras, pero ¿qué iba a hacer en una isla loca donde cada criatura era de una variedad desconocida? Aquí no había posibilidad ninguna de clasificación, porque no había clases. Había sólo un ejemplar de cada especie o por lo menos así parecía.

Más que dedicarse a una tarea que parecía inútil antes de empezarla, Carver gobernó sus pensamientos en otra dirección. Aquí, en algún sitio de Austin, estaba el secreto de este revolucionario desorden, y parecía mejor buscar la clave definitiva que perder el tiempo en la tarea interminable de clasificar. Exploraría la isla. Algún extraño gas volcánico, pensó vagamente, o algún raro depósito radiactivo, análogo a los experimentos de Morgan con rayos X sobre plasma de gérmenes. O alguna otra cosa. Tenía que haber alguna respuesta.

—Vamos, Lilith —ordenó, y se encaminó hacia el oeste, donde la colina parecía ser más alta que la eminencia opuesta que había en el extremo oriental de la isla.

La muchacha lo siguió con su acostumbrada obediencia, con sus ojos color de miel clavados en Carver con aquella mezcla curiosa de miedo, admiración y, quizás, un asomo de adoración.

El zoólogo no estaba tan preocupado con la acumulación de misterios como para no poder mirar de vez en cuando la salvaje belleza de aquel rostro, y una vez se sorprendió a sí

mismo tratando de figurársela con atuendos civilizados: su cabello color caoba recogido bajo uno de los sombreritos corrientes en la época, su esbelto cuerpo envuelto en telas más finas que la reseca y crujiente piel que llevaba, sus pies metidos en delicados zapatitos y sus piernas en finas medias. Se encogió de hombros y rechazó aquella imagen, pero no habría podido decir si era porque le parecía demasiado anómala o demasiado atractiva.

Empezó a subir la cuesta. Austin era una isla muy boscosa, como las Aucklands, pero el avance resultaba fácil, porque, aunque loco, el bosque estaba relativamente desprovisto de maleza.

Un par de aves emprendieron el vuelo a su paso. La primera era sólo una paloma moñuda, irguiendo su gloriosa cresta de plumas y la segunda sólo un loro gris. Las aves en Austin eran normales comunes al resto de especies de los mares del sur. ¿Por qué? Porque eran móviles; viajaban o eran empujadas por las tormentas de isla en isla.

Era media tarde cuando alcanzaron la cima, donde una solemne columna de basalto rojo se alzaba sin vegetación como la torre de observación de un guarda forestal. Trepó por uno de los costados y sin que Lilith se separase de él, miró más allá del valle central de la isla hacia la colina que había en el extremo oriental.

Entre ambas colinas se extendía el bosque salvaje cuyas profundas sombras verdiazules centelleaban aquí y allá como la superficie de un lago en calma. Algunas especies de aves revoloteaban abajo y lejos, en el centro mismo del valle, se divisaba el brillo del agua. Calculó que aquello debía de ser el arroyuelo que ya conocía. Pero en ninguna parte, en ninguna parte en absoluto, había señal alguna de ocupación humana que explicase la presencia de Lilith: ninguna humareda, ningún claro, nada.

La muchacha le tocó un brazo tímidamente e hizo un ademán hacia la colina opuesta.

—Pah bo —dijo, temblorosa. Debía de comprender que él no entendía, porque repitió la frase y añadió—: Rrrr —moldeando sus perfectos labios en la imitación de un gruñido—: Pah bo, lay shot.

Apuntó de nuevo hacia el este.

¿Estaba tratando de decirle que vivían en aquella región algunos animales feroces? Carver no podía interpretar aquella mímica de otra manera, y la frase que ella había usado era la misma que aplicó a la fruta venenosa.

Entornó los ojos y miró intensamente hacia la eminencia del este, luego se sobresaltó. Había allí algo, no en la colina opuesta, sino cerca del hilillo de agua que corría por en medio.

Tomó los prismáticos que llevaba colgados del hombro y los enfocó hacia allí. Lo que vio, aunque no con claridad bastante como para tener la certeza, era una especie de estructura irregular que podía ser las paredes sin tejado de una casita en ruinas.

El Sol se ponía ya. Era demasiado tarde ya para una exploración, pero la haría al día siguiente. Marcó en su memoria el lugar de aquellas ruinas y luego empezó a bajar.

A medida que se acercaba la obscuridad, Lilith empezó a mostrar una curiosa reluctancia a avanzar hacia el este, quedándose atrás, a veces tirándole con timidez de un brazo. En dos ocasiones dijo: «¡No, no!», y Carver se preguntaba si la palabra formaba parte del vocabulario de la muchacha o si la había aprendido de él. Cierto era, reflexionó divertido, que él había utilizado la palabra con suficiente frecuencia como para que incluso un niño pudiese aprenderla.

Otra vez tenía hambre a pesar de las frutas que de vez en cuando Lilith elegía para él. En la playa mató de un disparo a un magnífico cisne negro australiano y lo transportó, cogido por las patas, mientras Lilith, aterrorizada por el disparo, lo seguía ahora sin objetar.

Caminó por la playa hasta su caja; no es que aquel lugar fuese preferible a otro, pero si Kolu y Malloa regresaban o traían una expedición de rescate desde el «Fortuna», aquel era el sitio donde buscarían primero.

Juntó leña seca y, en el mismo momento en que descendía la obscuridad, encendió un fuego.

Sonrió ante el sobresalto de pánico de Lilith y sus ahogadas exclamaciones de terror cuando la llama de la cerilla prendió y se extendió. Indudablemente ella se acordaba de sus dedos quemados y, titubeando, dio vueltas alrededor de las llamas para acurrucarse junto a Carver, que se ocupaba en desplumar y limpiar su trofeo.

Era obvio que Lilith no comprendía nada cuando él atravesó el ave con un espetón y empezó a asarlo, pero Carver sonrió al ver la forma en que fruncía su sensitiva naricilla ante el olor combinado de la leña ardiendo y de la carne asándose.

Cuando terminó la operación, él cortó un trozo de la carne, sabrosa y rica en grasa como la de un pato, y Carver sonrió de nuevo ante su desconcierto. Ella la comió, pero con mucho cuidado, sorprendida a la vez por el calor y el sabor nuevo de la carne; sin duda la habría preferido cruda y sangrante. Cuando hubo acabado, se limpió los dedos muy delicadamente con arena húmeda que recogió de un charco dejado por la marea alta.

De nuevo Carver se preguntaba qué hacer con la muchacha. No quería perderla, pero difícilmente podía permanecer despierto toda la noche para vigilarla. Podía atarla con las cuerdas que habían asegurado su caja de

vituallas, pero por la razón que fuese la idea no le agradaba en absoluto. La muchacha era demasiado ingenua, demasiado confiada y estaba llena de terror y de adoración. Y además, salvaje o no, era una muchacha blanca sobre la cual él no tenía ninguna autoridad legítima.

Por último se encogió de hombros y sonrió por encima del fuego a Litith, quien había perdido algo de su miedo a las brincantes llamas.

—Haz lo que quieras —comentó él amistosamente—. Me gustaría que te quedases por aquí cerca, pero no insistiré.

Ella le devolvió su sonrisa pero no dijo nada. Carver se tendió en la arena; estaba lo bastante fría para amortiguar las actividades de las molestas pulgas de playa, y al cabo de un rato se quedó dormido.

Su descanso fue intermitente. El salvaje coro nocturno volvió a turbarlo con su extrañeza y despertó varias veces. En la primera de ellas vio a Lilith sentada, mirando fijamente las brasas moribundas. Más tarde, cuando despertó de nuevo, el fuego estaba completamente apagado, y Lilith se hallaba en pie. Mientras él la miraba en silencio, la muchacha se volvió hacia el bosque. A Carver le dio un vuelco el corazón; Lilith le abandonaba.

Pero Lilith se detuvo. Se inclinó sobre algo obscuro, el cuerpo de una de las criaturas que él había matado, la más

grande. Vio cómo la muchacha se esforzaba en levantarla y, hallando el peso demasiado grande, lo arrastraba trabajosamente hacia el espolón de coral y lo arrojaba al mar.

Regresó lentamente; tomó en brazos el cuerpo más pequeño y repitió la acción, quedándose luego largos minutos inmóvil contemplando el agua obscura. Cuando regresó al lado de las cenizas, se quedó mirando unos momentos la Luna, y él vio cómo en sus ojos brillaban unas lágrimas. Comprendió que había presenciado un enterramiento. La contemplaba en silencio. La muchacha se dejó caer en la arena cerca del negro montón de cenizas, pero daba la impresión de que no necesitaba dormir. Miraba tan fija y temerosamente hacia el este, que Carver experimentó una especie de presentimiento. Estaba a punto de incorporarse cuando Lilith, como si llegase a una decisión después de haberlo pensado mucho, se levantó y caminó por la arena hacia los árboles.

Sorprendido, él se quedó mirando hacia las sombras y de ellas se alzó aquella misma extraña llamada que había oído en otras ocasiones. Aguzó los oídos y se convenció de que percibía un débil gañir entre los árboles. Ella había llamado a su manada. Carver sacó en silencio su revólver de la funda.

Lilith reapareció. Tras ella, sombras más obscuras se recortaban sobre la imprecisa maleza, formas extravagantes. La mano de Carver se crispó alrededor de la empuñadura del revólver.

Pero no hubo ningún ataque. La muchacha profirió una orden ahogada, las acechantes sombras desaparecieron y ella regresó sola a su sitio en la arena.

El zoólogo pudo verle la cara, pálida a la plateada luz de la Luna. Lilith le contemplaba y, convencida de que Carver dormía profundamente, se decidió a imitarle, el temor había desaparecido de sus rasgos; estaba más tranquila, más confiada. De pronto Carver comprendió por qué; había ordenado a su manada que montasen guardia contra cualquier peligro que pudiera amenazar desde el este.

Lo despertó el alba. Lilith estaba todavía durmiendo, ovillada como un niño sobre la arena, y durante algún tiempo él se quedó mirándola. Era muy bella, y ahora, con sus dorados ojos cerrados, parecía mucho menos misteriosa; no parecía una ninfa o dríada de la isla, sino simplemente una muchacha deliciosa, salvaje y primitiva. Pero él sabía, o estaba empezando a sospechar, la loca verdad sobre la isla Austin. Si la verdad era la que él temía, entonces lo mismo podía él enamorarse de una esfinge, de una sirena o de un centauro femenino, como de Lilith.

Procuró hacerse fuerte.

—¡Lilith! —llamó con un gruñido.

Ella despertó con un sobresalto de terror. Por un momento miró a su alrededor con pánico total en los ojos; luego

recordó, jadeó y sonrió trémulamente. Su sonrisa hizo reflexionar a Carver. Se pregunto cómo había podido desconfiar de ella, temer una traición de su parte. Su aspecto era hermoso y conmovedoramente humano, excepto sus salvajes ojos color de llama. Y también pensó que esto último no era más que fruto de su imaginación.

Lo siguió hacia los árboles. No había ninguna señal de sus bestiales guardianes, aunque Carver sospechó que estaban cerca. Se desayunó de nuevo con frutas elegidas por Lilith, seleccionadas sin error posible, entre la variedad casi infinita, por aquella delicada naricilla. Carver pensó interesado que el olor parecía ser el único medio de identificar a los géneros en aquella isla demencial.

El olor es químico por naturaleza. Las diferencias químicas significan diferencias glandulares, y las diferencias glandulares, a fin de cuentas, probablemente son las causantes de las diferencias raciales. Es muy posible que la diferencia entre un gato y un perro fuese, en definitiva, una diferencia glandular. Se estremeció ante el pensamiento y miró con mayor fijeza a Lilith, pero, por torpe que él fuera, ella no parecía ser ni más ni menos que una pequeña salvaje insólitamente bonita, excepto aquella rareza de sus ojos.

Él siguió moviéndose hacia la parte este de la isla con la intención de seguir el arroyuelo hasta encontrar la cabaña en ruinas, si era una cabaña en ruinas. Una vez más notó el nerviosismo de la muchacha cuando se acercaban al arroyo

que casi dividía por el centro esta parte del valle. Desde luego, a menos que aquellos temores fuesen mera superstición, había algo peligroso allí. Examinó de nuevo su revólver y siguió andando.

A la orilla del arroyuelo, Lilith empezó a presentar dificultades. Lo agarraba de un brazo y tiraba de él atrás gimiendo «¡No, no, no!», en asustada repetición.

Cuando él la miraba con impaciente aire interrogativo, ella sólo sabía repetir, ansiosa y temerosa, la frase del día anterior:

—Lay shot, lay shot.

—¡Vamos! —gruñó él—. Aquí no hay nada.

Se volvió para seguir el curso del agua hacia el bosque.

Lilith se quedó atrás. No podía decidirse a seguirlo. Por un instante él se detuvo y volvió la cabeza hacia aquella figurita encantadora, pero luego continuó andando. Mejor que ella se quedase donde estaba. Mejor no volver a verla nunca, porque era demasiado bella para tenerla cerca. Sin embargo Dios sabía, pensó, que parecía bastante humana.

Pero Lilith se rebeló. Una vez que tuvo la certeza de que él estaba resuelto a seguir adelante, lanzó un grito asustado.

—¡Alan! —llamó—. ¡Alan!

Él se volvió, atónito por el hecho de que ella recordase su nombre, y la encontró andando a su lado. Estaba pálida, horriblemente asustada, pero no quería dejar que se fuese solo.

Sin embargo, no había nada que indicase que esta región de la isla era más peligrosa que el resto. Había la misma loca profusión de variedades vegetales, las mismas inclasificables hojas, frutas y flores. Sólo, o él se lo imaginó, que había menos pájaros.

Una cosa detuvo su avance. A veces la orilla oriental del riachuelo parecía más despejada que aquella por la que iban caminando, pero Lilith se negaba resueltamente a permitirle cruzar. Cuando él lo intentó, se aferró a él tan desesperada y violentamente, que no tuvo más remedio que ceder y prosiguió su camino a través de la maleza. Era como si el curso de agua fuese una línea divisoria, una frontera o, frunció el ceño, un límite.

A mediodía alcanzaron su objetivo. Al doblar un recodo, semioculta por la tupida vegetación, Carver la vio.

Era una cabaña o, mejor, sus restos. Las paredes de troncos aún estaban en pie, pero el tejado, indudablemente de bálago, se había desintegrado hacía mucho tiempo. Pero lo primero que impresionó a Carver fue la certeza, evidente por el trazado, por las aberturas de las ventanas y de la puerta,

que aquella no era una choza nativa. Había sido la cabaña de un hombre blanco.

Se alzaba en la orilla oriental, pero allí el arroyo se estrechaba hasta convertirse en un mero hilo, borboteando desde un gran charco en diminutos rápidos. Él cruzó de un salto sin prestar atención al grito de angustia de Lilith. Pero cuando la miró a la cara se detuvo. Sus magníficos ojos color de miel estaban agrandados por el miedo y sus labios se crispaban en una tensa línea de la más resuelta determinación. Tenía el aspecto de una mártir de la antigüedad que caminase al encuentro de los leones. Era como si dijese: «Si estás resuelto a morir, moriré contigo».

Pero dentro de las ruinosas paredes no había nada que inspirase temor. No había vida animal en absoluto, excepto un pequeño ser parecido a una rata que se escapó entre los troncos cuando ellos se acercaron. Carver lanzó una mirada por el herboso interior, donde crecían helechos, y vio los restos de muebles que se desmoronaban y caídos despojos. Hacía años desde que aquel lugar había conocido ocupantes humanos, un decenio por lo menos.

Tropezó con algo. Bajó la mirada y vio entre las hierbas un cráneo y un fémur humanos. Y luego otros huesos, aunque ninguno de ellos estaba en una posición natural. Su antiguo propietario debía de haber muerto allí donde se hundía el ruinoso camastro, y había sido arrastrado hasta aquí por algún animal.

Miró de soslayo a Lilith, pero ella estaba simplemente mirando con fijeza y pánico hacia el este. No había visto los huesos o quizá no significaban nada para ella, Carver los removió con cuidado buscando alguna pista sobre la identidad de los restos, pero no había nada excepto una corroída hebilla de cinturón. Aquello, desde luego, era poco; había sido un hombre y muy probablemente un hombre blanco.

La mayor parte de los escombros estaban hundidos varias pulgadas en la acumulación de tierra fangosa. Dio unas patadas entre los fragmentos de lo que alguna vez debió de haber sido un armario, y de nuevo su pie tropezó con algo duro y redondo; ningún cráneo esta vez, sino un jarro ordinario.

Lo recogió. Estaba sellado y tenía algo dentro. El tapón estaba soldado por la corrosión de los años; Carver partió el cristal contra un tronco. Lo que sacó de entre los fragmentos era un librito de notas de borde amarillento y quebradizo. Soltó unas palabrotas cuando una docena de hojas se desintegraron en sus manos, pero lo que quedaba parecía ser más fuerte. Se sentó en un tronco y examinó la tinta casi borrada.

Había una fecha y un nombre. El nombre era Ambrose Callan y la fecha el 25 de octubre de 1921. Frunció el ceño. Reflexionó. En 1921 él estaba en un instituto de segunda enseñanza. Pero el nombre de Ambrose Callan le era familiar.

Leyó más de las descoloridas líneas, luego se quedó mirando pensativamente al espacio. Aquel era el hombre, entonces. Recordaba la expedición Callan porque, cuando joven, se interesaba por lugares lejanos, exploraciones y aventuras, como cualquier adolescente. El profesor Ambrose Callan de una famosa universidad. Empezó a recordar que Morgan había basado parte de su trabajo con especies artificiales, evolución sintética, en las observaciones de Callan.

Pero Morgan sólo había logrado crear unas pocas especies nuevas de la mosca del vinagre, de la drosophila, exponiendo plasma germinal a rayos X. Nada comparable a este manicomio de la isla Austin. Lanzó una mirada a la tensa y temerosa Lilith y se estremeció, porque ella parecía tan linda y tan humana. Volvió los ojos a las quebradizas páginas y siguió leyendo, porque aquí, por fin, estaba cerca del secreto.

Se sobresaltó por el repentino gemido de terror de Lilith.

—¡Lay shot! —gritaba ella—. ¡Alan, lay shot!

Él siguió el ademán de la muchacha, pero no vio nada. Indudablemente los ojos de ella eran más penetrantes que los suyos, aunque… ¡Allí! En las profundas sombras del atardecer, en el bosque, algo se movía. Por un instante lo vio claramente: un malévolo pigmeo como el horror con ojos de gato al que había atisbado bebiendo en el arroyo. ¿Igual? No,

el mismo; tenía que ser el mismo, porque aquí, en Austin, ninguna criatura se parecía a otra, ni podría parecerse nunca, excepto por el más prodigioso de los azares.

La criatura desapareció antes de que él pudiese sacar su arma. Entre las sombras, acechaban otras figuras, otros ojos que parecían encendidos con una inteligencia no humana. Disparó y le respondió un curioso grito ululante. Las formas retrocedían un rato, pero volvieron de nuevo y él vio, ya sin sorpresa, la fantástica horda que se aproximaba.

Guardó el libro de notas en un bolsillo y agarró una muñeca de Lilith, porque ésta se hallaba como paralizada por el horror. Abandonaron la cabaña, dirigiéndose al estrecho arroyuelo. La muchacha parecía hallarse en un estado de estupor, medio hipnotizada por la presencia de sus perseguidores. Tenía los ojos agrandados por el miedo y avanzaba a trompicones como si anduviese a ciegas. Él envió otro disparo hacia las sombras. Aquello pareció despertar a Lilith.

—¡Lay shot! —gimió, luego recuperó el dominio de sí misma. Profirió su curiosa llamada y la respuesta no se hizo esperar. La manada de Lilith estaba aprestándose a defenderla, y Carver sintió una oleada de temor en cuanto a su propia situación. ¿No sería apresado entre dos enemigos?

Nunca olvidó aquella retirada a lo largo del curso de la pequeña corriente. Sólo el delirio podría igualar las salvajes

batallas que presenció, los gritos antinaturales, los mortales zarpazos de criaturas inconcebibles, cosas que luchaban con el loco frenesí de monstruos y fieras. Él y Lilith habrían sido muertos inmediatamente a no ser por la intervención de la manada de la muchacha; de entre las sombras avanzaban con bajos y bestiales gruñidos, cercando a Carver precavidamente, pero sin mostrar cautela alguna contra… las otras cosas.

De nuevo observó que, a pesar de sus formas, cualesquiera que pudiesen ser sus apariencias, los miembros de la manada de Lilith tenían algo de perros. No en el aspecto, desde luego; era algo mucho más profundo que aquello. En naturaleza, en carácter; eso era.

Y sus enemigos, por muy horrendas criaturas de pesadilla que pudiesen ser, tenían algo de felino. No porque su apariencia fuese muy distinta de los otros, sino por su carácter y sus acciones. Su método de lucha, por ejemplo: silenciosos, con garras mortíferas y aguzados dientes, nada de los quiebros de la naturaleza canina, sino el salto y el zarpazo de los felinos. Pero su aspecto, su aire gatuno, estaba borrado por su apariencia exterior, porque se agrupaban desde la forma semihumana del pequeño demonio del arroyuelo hasta cosas de cabeza ofidiana, tan pesadas y esbeltas como una pantera. Y luchaban con una ferocidad y una inteligencia que eran anormales por sí mismas.

El revólver de Carver ayudaba. El zoólogo disparaba cada vez que se le ofrecía un blanco visible, lo que no ocurría demasiado a menudo; pero sus espaciados disparos parecían imponer respeto entre los adversarios.

Lilith, inerme como iba, excepto piedras y su cuchillo de madera, se pegaba al lado de su compañero mientras retrocedían lentamente hacia la orilla. Avanzaban con una enloquecedora lentitud, y Carver empezó a notar aprensivamente que las sombras se extendían hacia el este como para dar la bienvenida a la noche. Y la noche significaba la perdición.

Si pudieran llegar a la playa y encender un fuego mientras la manada de Lilith mantenía a raya a los atacantes, podrían sobrevivir, pero las criaturas que se hallaban aliadas con Lilith estaban siendo rebasadas. Eran desesperadamente inferiores en número. Cada pérdida aumentaba la vulnerabilidad del grupo, lo mismo que el hielo se funde con más rapidez cuando disminuye su tamaño.

Carver retrocedió tambaleándose hacia la anaranjada luz solar. ¡La playa! El Sol rozaba ya el espigón de coral y la obscuridad era cuestión de minutos, de breves minutos.

De la maleza salieron los restos de la manada de Lilith, una media docena de seres indescriptibles, gimientes, ensangrentados, jadeantes y exhaustos. Por el momento estaban libres de sus enemigos, ya que éstos prefirieron

acechar entre las sombras. Carver retrocedió aún más, con un sentimiento de condenación cuando su propia sombra se alargó en el breve instante de crepúsculo que separaba al día de la noche en aquellas latitudes. Y luego una rápida obscuridad descendió mientras él arrastraba a Lilith al borde del espigón de coral.

Comprendió que la carga enemiga iba a producirse de un momento a otro. Siniestras sombras se destacaban de la profunda obscuridad del bosque. Uno de los seres indescriptibles maullaba suavemente. Al otro lado de la arena, clara por un instante contra el blanco fondo de coral de la playa, la figura del pequeño diablo de postura semihumana se hacía visible y dejaba oír un malévolo y silbante gañido. Era exactamente como si la criatura hubiese avanzado igual que un caudillo para exhortar a sus tropas.

Carver eligió aquella figura como blanco. Su arma flameó; el maullido se convirtió en un grito de agonía y la carga sobrevino.

La manada de Lilith se agazapó, pero Carver comprendió que aquello era el final. Disparó. Las movientes sombras avanzaban. Se le vació el tambor; no había tiempo de recargar. Así pues, invirtió el arma, la aferró como una maza. Percibió que Lilith se ponía tensa a su lado.

Y entonces la carga se detuvo. Al unísono, como si escuchasen una voz de mando, las sombras se quedaron

inmóviles, silenciosas excepto el bajo gañido de la criatura que agonizaba en la arena. Cuando se movieron de nuevo fue para volver grupas hacia los árboles.

Carver tragó saliva. Una débil luz parpadeante en el bosque atrajo sus miradas. ¡Era verdad! Playa abajo, allí donde había dejado su caja de vituallas, ardía un fuego, y, rígidas contra la luz, afrontándolos desde la obscuridad, había figuras humanas. El desconocido peligro del fuego había detenido el ataque.

Se quedó mirando. Allí en el mar, obscuro contra el débil resplandor de poniente, había un perfil conocido. ¡El «Fortuna»! Los hombres que estaban allí eran sus compañeros; habían oído sus disparos y encendido el fuego para que le sirviese de guía.

—¡Lilith! —dijo con voz ronca—. Mira allí. ¡Vamos!

Pero la muchacha se quedó atrás. El resto de su manada acechaba tras el resguardo del montículo de coral, lejos del fuego tan temido. No era ya el fuego lo que asustaba a Lilith, sino las negras figuras que había en torno, y Alan Carver se encontró de pronto frente a la decisión más difícil de su vida.

Podía dejar a la muchacha aquí. Sabía que ella no querría seguirle, lo sabía por la trágica luz que había en sus ojos color de miel. Y sin duda alguna aquella era la mejor solución, porque él no podía casarse con ella. Nadie podría nunca

casarse con ella, y era demasiado deliciosa para llevarla entre hombres que la podrían amar… como la amaba Carver. ¡Hijos! ¿Qué clase de hijos podría engendrar Lilith? Ningún hombre se atrevería a desafiar la posibilidad de que también Lilith estuviese afectada por la maldición de la isla Austin.

Entristecido, empezó a avanzar, un paso, dos pasos, hacia el fuego. Luego se volvió.

—Ven, Lilith —dijo gentilmente, y añadió melancólico—: Otras personas se han casado, vivido y muerto sin hijos. Supongo que también nosotros podremos hacerlo.

El «Fortuna» se deslizaba sobre las verdes olas, rumbo norte, hacia Nueva Zelanda, Carver sonrió al repantigarse en un sillón de cubierta. Halburton estaba todavía mirando de mala gana la línea de azul que era la isla Austin.

—Animo, Vanee —cloqueó Carver—. No podrías clasificar esa flora en cien años y, aunque pudieras, ¿de qué serviría? No hay más que un ejemplar de cada clase.

—Daría dos dedos de un pie y uno de una mano por probar —dijo Halburton—. Tú has estado ahí casi tres días y, si no hubieses asustado a Malloa, podrían haber sido más. Desde luego se habrían dirigido a las Chathams si tu disparo no le hubiese alcanzado en un brazo. Esa es la única razón de que se dirigieran a Macquarie.

—Menos mal que tuve esa suerte. Vuestra hoguera asustó a los gatos.

—Los gatos, ¿eh? ¿Te importaría volver a contarme toda la historia, Alan? Es tan fantástica, que todavía no la comprendo bien.

—Desde luego. Presta atención y lo comprenderás todo. —Sonrió burlonamente—. Con franqueza, al principio no se me ocurrió la menor explicación. Toda la isla parecía algo demencial. No había dos seres vivientes que fuesen iguales. Solo uno de cada género y además todos ellos desconocidos. No conseguí una sola pista hasta que me encontré con Lilith. Entonces noté que ella apreciaba las diferencias por el olor. Por el olor distinguía las frutas venenosas de las frutas buenas, e incluso identificó así aquella primera cosa gatuna que maté. La comió porque era un enemigo, pero no quiso tocar las cosas perrunas que maté de su manada.

—¿Y qué? —preguntó Halburton, frunciendo el ceño.

—Bueno, el olor es una función química. Es mucho más fundamental que la forma exterior, porque el funcionamiento químico de un organismo depende de sus glándulas. Entonces empecé a sospechar que la naturaleza fundamental de todas las cosas de la isla Austin era exactamente igual que en cualquier otro sitio. No era la naturaleza la que había cambiado, sino la forma. ¿Comprendes?

—Ni jota.

—Ahora comprenderás. Desde luego, tú sabes lo que son cromosomas. Son los portadores de la herencia, o más bien, según Weissman, llevan los genes que portan los determinantes que llevan la herencia. Un ser humano tiene cuarenta y ocho cromosomas, de los cuales obtiene veinticuatro del padre y veinticuatro de la madre.

—Lo mismo le pasa a un tomate —dijo Halburton.

—Sí, pero los cuarenta y ocho cromosomas de un tomate llevan una herencia diferente, de otro modo, uno podría cruzar un ser humano con un tomate. Pero, volviendo al tema, todas las variaciones en los individuos proceden del modo como el azar baraja estos cuarenta y ocho cromosomas con su carga de determinantes. Eso pone un límite bastante definido a las posibles variaciones.

»Por ejemplo, el color de los ojos se ha localizado en uno de los genes situado en la tercera pareja de cromosomas. Suponiendo que este gene contenga dos veces más de determinantes de ojos castaños que de ojos azules, las probabilidades serán de dos a uno en el sentido de que el hijo de cualquier hombre o mujer que posea este cromosoma particular será de ojos castaños… si su pareja no tiene ninguna marcada predisposición en un sentido o en otro. ¿Comprendes?

—Comprendo todo eso. Volvamos a Ambrose Callan y a su libro de notas.

—A eso voy. Ahora, recuerda que estos determinantes comportan toda la herencia y que eso significa forma, tamaño, inteligencia, carácter, colorido, todo. El hombre, las plantas y animales, son susceptibles de variar en el inmenso número de modos en que es posible combinar cuarenta y ocho cromosomas con su carga de genes y determinantes. Pero ese número no es infinito. Hay límites, límites en cuanto al tamaño, al colorido y a la inteligencia. Nunca vio nadie hasta ahora una raza humana con cabello azul, por ejemplo.

—Ni falta que hace —gruñó Halburton.

—Y —prosiguió Carver— eso es porque no hay determinantes de cabello azul en cromosomas humanos. Pero, y aquí viene la idea de Callan, supongamos que podemos aumentar el número de cromosomas en un óvulo dado. ¿Qué pasa entonces? En los seres humanos o en los tomates, si, en lugar de cuarenta y ocho, hubiera cuatrocientos ochenta, la posible cantidad de variantes sería diez veces mayor de lo que es ahora.

»El tamaño, por ejemplo, en lugar de la actual variante posible de unos noventa centímetros, podrían variar hasta ocho metros. Y en cuanto a la forma, un hombre podría parecerse a cualquier cosa. Eso por lo que se refiere a las

posibilidades en el orden de los mamíferos. Y, en cuanto a la inteligencia…

Pensativamente, hizo una pausa.

—Pero —interrumpió Halburton— ¿cómo se proponía Callan realizar la hazaña de insertar cromosomas extras? Los cromosomas mismos son microscópicos; los genes son apenas visibles con el mayor aumento, y nadie vio nunca un determinante.

—No sé cómo —dijo Carver gravemente—. Parte de sus notas se redujeron a polvo, y la descripción de su método debe de haber desaparecido con esas páginas. Morgan utilizó radiaciones, pero su objeto y sus resultados son diferentes. Él no cambia el número de cromosomas.

Vaciló.

—Creo que Callan utilizaba una combinación de radiaciones e inyecciones —continuó—. No lo sé. Todo lo que sé es que permaneció en Austin cuatro o cinco años y que fue allí solamente con su esposa. Esta parte de sus notas está bastante clara. Empezó a tratar a la vegetación que tenía cerca de su cabaña y a algunos gatos y perros que había traído consigo. Luego descubrió que la cosa se iba extendiendo como una enfermedad.

—¿Extendiendo? —repitió Halburton.

—Desde luego. Cada árbol al que trataba extendía polen multicromosado al viento, y en cuanto a los gatos… De cualquier modo, el polen aberrante fertilizaba semillas normales, y el resultado era otra monstruosidad, una semilla con el número normal de cromosomas de un padre y diez veces más del otro. Las variantes fueron infinitas. Tú sabes la rapidez con que crecen los kauris y los helechos y es muy posible que adquiriesen una velocidad diez veces mayor.

»Las monstruosidades de la isla, ahogando los crecimientos normales. Y las radiaciones de Callan y quizá sus inyecciones afectaron también a la vida indígena de la isla de Austin: a las ratas, a los murciélagos. Empezaron a producir mutantes. Él llegó en mil novecientos dieciocho, y cuando se dio cuenta de su propia tragedia, Austin era una isla de monstruosidades donde ningún hijo se parecía a sus padres excepto por el más remoto azar.

—¿Su propia tragedia? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, Callan era un biólogo, no un experto en radiaciones. No sé exactamente lo que ocurrió. La exposición a los rayos equis durante largos períodos produce quemaduras, úlceras, enfermedades malignas. Quizá Callan no adoptó las adecuadas precauciones o tal vez estuvo usando una radiación de índole especialmente irritante. Como quiera que fuese, su esposa fue la primera en enfermar: una úlcera que degeneró en cáncer.

»Él tenía una radio y pidió que viniese su chalupa desde las Chathams. Ésta se hundió a la altura del espigón de coral y Callan, desesperado, empezó a hurgar en su aparato y se lo cargó. No era experto en electricidad.

»Aquellos eran días confusos, después de la terminación de la guerra. Hundida la chalupa de Callan, nadie sabía exactamente lo que había sido de él y al cabo de algún tiempo lo olvidaron. Cuando murió su esposa, la enterró, pero cuando murió él no había nadie que lo enterrase. Los descendientes de los que habían sido sus gatos se encargaron de despacharlo y eso fue todo.

—Sí, Pero ¿qué me dices de Lilith?

—A eso voy —respondió Carver gravemente—. Cuando empecé a vislumbrar el secreto de la isla Austin, aquello me preocupaba. ¿Era Lilith completamente humana? ¿Estaba infectada también por el estigma de la variación de forma que sus hijos podrían variar tan extensamente como las crías de los gatos? Ella no hablaba ni una sola palabra de ningún lenguaje que yo conociera o por lo menos eso es lo que me pareció entonces. No sabía dónde encajarla. Pero el diario y las notas de Callan me dieron la explicación.

—¿Cómo?

—Lilith es la hija del capitán de la chalupa de Callan que éste rescató cuando el barco naufragó en la punta de coral.

Ella tenía entonces cinco años, lo que significa que ahora ha de tener unos veinte. En cuanto a su lenguaje, bueno, quizá debería de haber reconocido las pocas palabras que ella recordaba. C'm on, por ejemplo, era comment, esto es, cómo; y pah bo era simplemente pas bon, no bueno. Eso es lo que ella decía de las frutas venenosas. Y lay shot era les chais, por algo que ella recordaba o sentía de que las criaturas del extremo oriental eran gatos.

»Alrededor de ella, durante quince años, se agruparon las criaturas perrunas, que, a pesar de su forma, eran, después de todo, perros por naturaleza y leales a su ama. Y entre los dos grupos hubo eterna guerra.

—Pero ¿estás seguro de que Lilith escapó a la maldición?

—Se llama Lucienne —respondió Carver pensativamente—, pero creo que prefiere el nombre de Lilith. —Sonrió, mirando a la esbelta figura vestida con unos pantalones de Jameson y una camisa de él mismo, erguida en la popa con la mirada vuelta hacia Austin—. Sí, estoy seguro. Cuando fue lanzada a la isla, Callan había destruido ya el artilugio que había matado a su esposa y que estaba a punto de matarlo a él. Destruyó el resto de sus aparatos, comprendiendo que con el transcurso del tiempo los monstruos que había creado estaban condenados.

—¿Condenados?

—Sí. Los impulsos normales, endurecidos por la evolución, son más fuertes. Están ya apareciendo en los bordes de la isla, y algún día Austin no mostrará más peculiaridades que ninguna otra islita remota. La naturaleza siempre reclama lo suyo.

EL LÍMITE DE INFINITO

Uno apenas elegiría la vida de profesor ayudante de matemáticas en una Universidad Oriental, por insegura. En general, la gente piensa que los profesores son personas que dormitan en una existencia de sabihondos sosegada, y a un instructor de matemáticas se le considera como el más seco y menos bullicioso de los hombres, puesto que su tema de enseñanza es sumamente aburrido. No obstante, hasta la aburrida ciencia de las cifras tiene sus soñadores: Clerk Maxwell, Lobachewski, Einstein y los demás. El último, el genial Albert Einstein, que está forjando la única cadena que haya unido nunca el sueño de un filósofo y la ciencia experimental, está remachando sus eslabones de tenues símbolos matemáticos, oscuros de pensamiento, pero inquebrantables.

No olvidemos que Alicia en el País de las Maravillas la escribió un soñador que al mismo tiempo era matemático. Yo no me clasifico entre éstos, pues soy demasiado práctico para albergar en mí cualquier fantasía. Mi profesión es la enseñanza.

Al menos es mi profesión principal. También efectúo algún trabajo estadístico para corporaciones industriales cuando se presenta la ocasión; en efecto, mi nombre figura en la sección de clasificados: Abner Aarons, perito en estadística y consultor de matemáticas. Así aumento mi salario profesional y a veces tropiezo con algo interesante. Naturalmente, esta labor consiste principalmente en tabular las tendencias de consumo para fabricantes, o el incremento de población para las empresas de servicios públicos. Ocasionalmente, una emprendedora agencia anunciante me consulta acerca de cuántas latas de sardinas harían falta para llenar el Canal de Panamá o qué material se necesita para conseguir anuncios con gancho. No es un trabajo realmente excitante, pero ayuda financieramente.

Por eso no me sorprendió recibir una llamada aquella mañana de julio. La universidad estaría cerrada unas semanas, y la temporada de verano estaba a punto de empezar sin, no obstante, el beneficio de mi presencia. Pensaba, pues, tomarme unas vacaciones de dos o tres días en un poblado de Vermonth, donde al arroyo repleto de truchas no le importa que sea un boxeador, un presidente o un profesor el que sostiene el sedal de pesca. Y estaría solo;

tres cuartas partes del año frente a un aula llena de unos sapos llamados estudiantes universitarios me habían dejado sin el más mínimo deseo de una compañía humana; mis instintos sociales se hallaban temporalmente ausentes de mí.

De todos modos, no estoy tan boyante corno para despreciar la oportunidad de ganar unos honrados peniques, y aquella llamada fue, por tanto, muy bien recibida. Hasta las modestas vacaciones que planeaba pueden morder profundamente en el bolsillo de un profesor ayudante. Y el trabajo parecía ser bastante lucrativo y sencillo.

—Aquí Court Strawn —anunció el teléfono—. Soy químico experimental y he terminado una larga serie de experimentos. Quiero tabularlos y analizar los resultados. ¿Se dedica usted a esta clase de trabajo?

Así era, con buenos conocimientos sobre el particular.

—Será necesario que venga a verme para los datos —continuó la voz, extrañamente untuosa—.Yo no puedo moverme.

Siguió una dirección de la calle Setenta Oeste.

Bien, ya había ido otras veces en busca de datos. Generalmente, me los enviaban por mensajero o correo, pero esta petición no era extraordinaria, por lo que accedí a

ella y añadí que no tardaría en llegar. Si podía impedirlo, no retrasaría mis cortas vacaciones.

Tomé el metro. Los taxis son un lujo innecesario para un simple profesor y un coche de propiedad era momentáneamente algo fuera de mis ambiciones. No tardé en penetrar en uno de esos indescriptibles inmuebles amarronados que todavía sobreviven al oeste de la Avenida. Strawn abrió la puerta y al momento percibí la razón de su petición. Era un hombre horriblemente lisiado; todo el costado izquierdo estaba encorvado como un roble torcido, y le resultaba difícil andar renqueando por el piso. Por lo demás: cabello negro y ojillos muy intensos.

Me recibió con agrado y entré en una pequeña biblioteca, mientras mi anfitrión renqueaba hacia una mesa-escritorio atestada, sentándose frente a mí. Los hundidos ojillos me estudiaron lentamente, y al final lanzó una risita.

—¿Es usted un buen matemático, doctor Aarons? —quiso saber. Había una insinuación de burla en su voz.

—Mi trabajo siempre ha sido satisfactorio —respondí, un poco picado—. Llevo varios años haciendo tareas estadísticas.

Agitó la tullida mano izquierda.

—Claro, claro... No pongo en duda su habilidad práctica. Sin embargo ¿está versado en las ramas más abstractas de

las matemáticas, como la teoría de los números, por ejemplo, o las matemáticas hiperespaciales?

Me sentí un poco irritado. Había algo en aquel hombre que...

—No creo que nada de esto sea necesario para el análisis estadístico de unos resultados experimentales —repliqué—. Si me da los datos, empezaré al momento...

Volvió a reírse entre dientes, muy divertido al parecer.

—En realidad, doctor Aarons —manifestó con sonrisa afectada—, el experimento todavía no está completo. A decir verdad, ahora está empezando.

—¡Cómo! —ya estaba colérico—. Si esta es su idea de una broma...

Empecé a levantarme, con ánimo levantisco.

—Un momento —me detuvo Strawn fríamente. Me estaba apuntando con una automática de cañón azulíneo. Volví a sentarme boquiabierto; confieso que experimenté una horrible sensación de pánico a la vista de los intensos ojillos de aquel tullido observándome a lo largo de la ominosa arma.

—La más mínima cortesía dicta que al menos me escuche, doctor Aarons —no me gustó la untuosa suavidad de su voz,

pero ¿qué podía hacer yo?—. Como decía, el experimento está justo empezando. En realidad, usted es el experimento.

— ¿Eh? —exclamé, volviendo a preguntarme si todo aquello no sería una broma de mal gusto.

—Usted es un matemático ¿verdad? —Prosiguió Strawn—. Bien, eso significa una caza limpia para mí. Un matemático, mi querido amigo, no es sino algo que es preciso cazar. ¡Y eso estoy haciendo!

¡Aquel hombre estaba loco! Esta verdad se grabó en mi cerebro mientras trataba de conservar la calma. Pensé que lo mejor sería razonar con él.

— ¿Pero por qué? —pregunté—. Los matemáticos somos gente inofensiva...

Sus ojos centellearon furiosamente

— ¡Inofensiva, hum... inofensiva! Bueno, fue uno de sus colegas el que hizo esto —indicó su pierna tullida con su brazo mutilado—. ¡Hizo esto con sus engañosos cálculos! —se inclinó hacia mí confidencialmente—. Escuche, doctor Aarons. Yo soy químico, o lo fui. Solía trabajar con explosivos, y en esto era muy bueno. Luego, uno de sus malditos calculistas ideó una fórmula para mí... Un punto decimal mal colocado... ¡bah! ¡Sí, usted no es caza vedada para mí! —hizo una pausa y la sonrisa burlona volvió a sus labios—. Simple justicia ¿no?

Cabe imaginar lo horrorizado que estaba, sentado frente a un maníaco homicida con una pistola cargada en su mano. ¡Seguirle la corriente! Creí que sería el mejor tratamiento. Usar la persuasión, la razón.

—Señor Strawn —empecé—, ciertamente tiene derecho a la justicia. ¡Sí, ciertamente lo tiene! Pero, señor Strawn, en realidad no está sirviendo a los fines de la justicia cargando sobre mí toda su cólera. No, esto no es justicia.

Se echó a reír y continuó:

—Un argumento muy engañoso, doctor Aarons. Sencillamente, usted tuvo la mala suerte de que su nombre fuese el primero en la sección de clasificados de la guía. De haberme dado su colega una oportunidad... una leve oportunidad de salvar mi cuerpo de esto que ve, podría perdonar. ¡Pero confié en los cálculos de un imbecil! —torció el gesto hasta convertirlo en una amarga mueca—. En realidad, le concedo a usted una oportunidad que yo no tuve. Si es usted, como afirma, tan buen matemático, tendrá una oportunidad de escapar. Yo no tengo nada en contra de los auténticos estudiosos de los números, sino sólo —su mueca burlona se transformó en un gesto siniestro—... sino contra los falsarios, los ignorantes y los mentirosos. ¡Sí, usted tendrá su oportunidad!

La sonrisa volvió a sus labios pero sus ojillos detrás de la automática azul no parpadearon.

No vi más alternativa que seguir la espantosa farsa. Ciertamente, la oposición a cualquiera de sus sugerencias sólo hubiese servido para inducir al maníaco a la violencia, por lo que me limité a preguntarle: — ¿Cuál es su proposición, señor Strawn?

El gesto siniestro volvió a convertirse en una mueca burlona.

—Es muy justa. Sí señor, es una proposición muy justa.

Se rió entre dientes.

—Me gustaría escucharla —le pedí, esperando que se produjese alguna clase de interrupción.

—La oirá ahora mismo. Se trata de lo siguiente: usted es matemático y, según dice, muy bueno. Perfecto. Vamos a poner su afirmación a prueba. Estoy pensando en una cantidad matemática, una expresión numérica, si lo prefiere. Usted dispondrá de diez preguntas. Si lo consigue quedará libre en lo que a mí concierne. Pero si fracasa...—reapareció el gesto siniestro—, bueno, si fracasa pensaré que pertenece a la tribu de los mentirosos a lo que yo combato... ¡y el resultado no será agradable para usted!

Tardé varios segundos en recobrar la voz, y luego empecé a balbucir una serie de protestas.

— ¡Pero, señor Strawn! ¡Esto es totalmente imposible! La escala de números es infinita y ¿cómo puede identificarse uno con diez preguntas? ¡La prueba debe ser justa! ¡Esta no ofrece ni una posibilidad entre un millón! ¡Entre un billón!

Me hizo callar blandiendo el cañón de la pistola automática.

—Recuerde, doctor Aarons, que no dije que fuese un número, dije una expresión numérica, lo cual abarca un campo mucho más amplio. Le doy esta pista sin deducir una pregunta, lo cual habla muy alto en favor de mi magnanimidad —rió de nuevo—. Las reglas de nuestro juego son como siguen: usted puede formular preguntas excepto la directa: «¿Cuál es la expresión?». Yo responderé con claridad, y según todos mis conocimientos, salvo a la pregunta directa. Podrá formularme tantas preguntas como quiera, desde una hasta el límite de diez. De todos modos, yo sólo contestaré a dos cada día. Esto le dará tiempo suficiente para meditar —otra vez la horrible risa— y además, también mi tiempo es limitado.

—Pero, señor Strawn —argüí—, esto podrá tenerme ocupado cinco días. ¿Ignora que mi esposa habrá llamado ya a la policía para que me busquen?

Una llamarada de cólera brilló en sus ojos demenciales.

— ¡No juega usted limpio, doctor Aarons! ¡Sé que no está casado! Hice algunas averiguaciones sobre usted antes de que viniera. Sé que nadie le echará en falta. No intente engañarme, y será mejor que sirva a los fines de la justicia. Usted debe demostrar sus ansias de vivir como uno de los auténticos matemáticos —se puso repentinamente en pie. Y ahora, caballero, sígame escaleras arriba.

¡No tenía más remedio que obedecer! La gruesa pistola que empuñaba era un argumento muy convincente, al menos para un alma inofensiva como la mía. Me levanté y salí de la habitación tras él, escaleras arriba, cruzando luego una puerta que él me indicó, más allá de la cual vi una celda sin ventanas, aireada por un tragaluz que a la primera ojeada reveló que estaba enrejado. Un mueble de los llamados sofá cama, una silla de alto respaldo, un sillón tapizado y una mesa-escritorio constituían todo el mobiliario.

—Esta —dijo mi anfitrión— es su celda de estudiante. Sobre la mesa hay una garrafa con agua y, como ve, un diccionario integral. Ésta es la única referencia permitida en nuestro juego —consultó su reloj—. Son las cuatro menos diez. Mañana a las cuatro debe formularme dos preguntas, debidamente meditadas. Los diez minutos sobrantes son un regalo de mi parte, para que usted no dude de mi generosidad —se dirigió a la puerta—. Veré que sus comidas lleguen a su hora —añadió—: Mis saludos, doctor Aarons. Se cerró la puerta y al momento empecé a registrar la habitación. El tragaluz estaba fuera de toda esperanza y la

puerta todavía más; me hallaba desdichada y desvalidamente prisionero en aquella celda. Invertí una media hora en esta inspección minuciosa e infructuosa, pero la habitación había sido muy bien diseñada o adaptada a su propósito; la maciza puerta estaba atrancada por fuera, el tragaluz guardado por un enrejado de hierro y las paredes no ofrecían ni la más ligera esperanza. ¡Abner Aarons estaba ciertamente preso en aquella celda!

Reflexioné sobre el demencial juego de Strawn. Tal vez lograría resolver su maldito misterio; al menos, podría mantenerle lejos de toda violencia por espacio de cinco días, y mientras tanto algo podía suceder. Hallé unos cigarros en la mesa y, forzándome a conservar la calma, encendí uno y me senté a meditar.

Ciertamente, de nada serviría estudiar su lunático concepto desde un ángulo cuantitativo, pues de esta manera malgastaría muy pronto las diez preguntas, preguntándole, por ejemplo: ¿Es mayor o menor de un millón? ¿Es mayor o menor de un millar? ¿Es mayor o menor de un centenar? Imposible obtener la solución por medio de esta clase de eliminación cuando podía tratarse de un número negativo, de una fracción o de un decimal, incluso de un número imaginario como la raíz cuadrada de menos uno... o, en realidad, de cualquier posible combinación semejante. Y esta reflexión me impulsó a la primera pregunta; cuando el cigarrillo era ya una arrugada colilla, yo ya había formulado

mi pregunta inicial. No tuve que esperar mucho tiempo, puesto que pasadas las seis se abrió la puerta.

—Aléjese de la puerta, doctor Aarons —me ordenó la voz de mi anfitrión.

Obedecí a la fuerza; entró el loco, empujando ante sí una mesita rodante que contenía una cena más que respetable, desde un consomé a una botella de vino. Empujaba la mesita con su tullida mano izquierda, mientras con la derecha blandía el engendro automático.

—Confío en que habrá aprovechado bien el tiempo —se mofó.

—Al menos ya tengo mi primera pregunta —repliqué.

— ¡Bravo, doctor Aarons! ¡Muy bien! Oigámosla...

—Bien —proseguí—, entre los números, expresiones de cantidades, los matemáticos reconocen dos grandes diferencias, dos campos en los que pueden clasificarse todas las posibles expresiones numéricas. Estas dos clasificaciones se conocen como números reales por una parte, incluyendo los números positivos y negativos, todas las fracciones, los decimales y los múltiplos de tales números, y por la otra, la clase de números imaginarios que incluyen todos los

productos de las operaciones sobre la cantidad denominada «e», expresada como la raíz cuadrada de menos uno.

—Naturalmente, doctor Aarons. ¡Esto es elemental!

—Pues bien ¿esa cantidad es real o imaginaria?

Sonrió con siniestra satisfacción.

—Una buena pregunta, doctor. ¡Muy buena! Y la respuesta, si esto le ayuda... ¡es que es cualquiera de ambas cosas!

¡En mi cerebro pareció estallar un incendio! Todos los estudiosos de los números sabemos que solamente una cifra es real e imaginaria a la vez, la que indica el punto de intersección entre la numerografía real y la imaginaria. « ¡Lo he captado!», pensé. La frase fue rondando por mi cabeza como un incesante tamborileo. Me esforcé por mantener mi expresión en calma.

—Señor Strawn, ¿acaso es cero la cantidad que tiene en la mente?

Se echó a reír con una risa desagradable y superior que irritó mis oídos.

— ¡Oh, no, doctor Aarons! Sé igual que usted que el cero es un número real e imaginario a la vez. Permita que llame su atención sobre mi respuesta: yo no dije que mi concepto

fuese a la vez real e imaginario; dije «cualquiera de ambas cosas» —retrocedió hacia la puerta—. Le recordaré que le quedan ocho preguntas, puesto que me veo obligado a considerar este prematuro tiro en la oscuridad como una oportunidad. ¡Buenas noches!

Se había ido. Oí cómo corría el pestillo con un seco chasquido. Me sentí al borde de la desesperación, por lo que apenas eché un vistazo a la suntuosa cena que me había servido, sino que me dejé caer en el sillón.

Me pareció que pasaban varias horas antes de recobrar la coherencia de mis ideas; en realidad, nunca supe cuál era el intervalo transcurrido, puesto que no miré mi reloj. Sin embargo, antes o después me recuperé lo suficiente como para tomar un poco de vino y comer un poco de cordero asado; el consomé estaba ya completamente frío. Y entonces me dispuse a considerar mi tercera pregunta.

Según las pistas dadas por Strawn en el enunciado de sus términos y por las respuestas dadas a mi primera y mi segunda preguntas, tabulé la información que pude reunir. El había designado específicamente una expresión numérica, lo cual eliminaba el uso de las «x» y las «y» algebraicas. La cantidad o era real o era imaginaria, y no era cero; bien, el cuadrado de cualquier cantidad imaginaria es un número real. Si la cantidad contenía más de una cifra, o si empleaba un exponente, estaba seguro de que la expresión era meramente el cuadrado de una cantidad imaginaria;

claro que se podía considerar tal cantidad como real o como imaginaria. Se me ocurrió entonces un medio para determinarlo por medio de una sola pregunta. Garabateé unos cuantos símbolos en una cuartilla de papel y, después, experimentando un cansancio súbito y total, me tumbé en el sofá cama y me dormí. Soñé que Strawn me estaba empujando hacia un mar de pesadilla lleno de sonrientes monstruos matemáticos.

Me despertó el rechinamiento de la puerta. Los rayos del sol se filtraban por el tragaluz; había dormido toda la noche. Apareció Strawn llevando una bandeja que se balanceaba en su mano izquierda, empuñando la omnipresente arma con su mano libre. Colocó media docena de platos tapados en la mesita rodante, y quitó los restos de la cena de la noche anterior.

—Muy poco apetito, doctor Aarons —comentó—. No debe permitir que su ansiedad por servir a los fines de la justicia le trastorne tanto —se rió de su propio sarcasmo—. ¿No hay más preguntas todavía? No importa; para las dos siguientes tiene tiempo hasta las cuatro de mañana.

—Tengo una pregunta —le interrumpí, totalmente despierto. Me levanté y extendí la cuartilla de papel sobre el escritorio.

—Una cantidad numérica, señor Strawn, puede expresarse como una operación de números. Así, en vez de escribir el

número «4» puede preferirse expresarlo como un producto de multiplicar «2 x 2», o como una suma de «3 + 1»; o como un cociente, como «8 ÷ 2 u 8/2», o como un resto, como «5 – 1». O de otras maneras, como un cuadrado, 22, o como una raíz, por ejemplo √16 o 3√64. Son estos los diferentes métodos para expresar la cantidad «4». Bien, aquí he escrito varios símbolos matemáticos para operaciones; mi pregunta es: ¿cuál de estos símbolos se usan en la expresión imaginada por usted?

—Muy bien expuesto, doctor Aarons. Usted ha conseguido combinar varias preguntas en una sola —tomó la cuartilla de entre mis manos y volvió a extenderla sobre la mesa—. Este es el símbolo usado. Indicó el primero de mi lista: el signo de la sustracción, un simple guión.

Y mis esperanzas, al tener que usar la trivialidad de una broma, también se fueron al garete. Porque aquel signo eliminaba mi tan bien planeada teoría del producto o del cuadrado de números imaginarios para formar uno real. No es posible cambiar lo imaginario a lo real sumando o restando; hace falta una multiplicación, un exponente o una división para ejecutar esta magia matemática. Una vez más me sentí ahogado en el mar de pesadilla, y durante largo tiempo fui incapaz de coordinar nuevamente mis ideas.

Las horas se fueron convirtiendo en días con la desesperante y lenta rapidez que atormenta al condenado en el corredor de la muerte. A cada nueva idea quedaba en

jaque mate; las preguntas más curiosamente paradójicas derrotaban a todas mis preguntas.

Mi cuarta pregunta: «¿Hay números imaginarios en su cantidad?» produjo un frío y definitivo «No». Mi quinta pregunta: «¿Cuántos dígitos usa en su expresión?», también tuvo por respuesta un igualmente definitivo «Dos».

¡Al fin...! ¿Cuáles son los dos dígitos conectados por un signo menos cuyo resto sea real o imaginario? «Una imposibilidad —me dije—. Este maníaco me está' simplemente torturando.» Y no obstante, algo en la locura de Strawn me parecía demasiado ingenioso, demasiado hábil, para que esta fuese la respuesta. Era sincero en su pervertida búsqueda de la justicia. Lo habría jurado.

¡En mi sexta pregunta tuve una inspiración! Según los términos de nuestro juego, Strawn tenía que contestar a cualquier pregunta menos a la directa «¿Cuál es la expresión?». ¡Intuí una salida! Cuando volvió a presentarse, le recibí con febril excitación, sin apenas aguardar a que entrara para formularle mi pregunta. —Señor Strawn. Esta es una pregunta que, de acuerdo con sus propias reglas, deberá contestar. Supongamos que coloco el signo de igual detrás de su cantidad: ¿qué número o números completan la ecuación: ¿Cuál es la cantidad igual a...?

¿Por qué se estaba riendo mi enemigo? ¿Acaso podría eludir la respuesta?

—Muy hábil, doctor Aarons, una pregunta muy hábil. Y la respuesta es... ¡cualquiera!

— ¡Cualquiera! ¡Cualquiera! —creo que grité—. Entonces, usted es un fraude y su juego no es más que un condenado engaño. ¡No existe tal expresión!

—Pues sí existe, doctor. ¡Un buen matemático la descubriría!

Y se marchó, sin dejar de reír.

Pasé toda la noche sin dormir. Hora tras hora permanecí sentado a la odiosa mesa, revisando mis restos de información, meditando, tratando de recordar fragmentos de todas las teorías casi olvidadas. ¡Y encontré soluciones! No una sino varias. ¡Dios, cómo me afané sobre ellas! Con cuatro preguntas —dos días— que me quedaban, la solución del problema parecía estar ya cerca. Las cosas se redujeron en mi cerebro; mi razón me aconsejó proceder lentamente y comprobar mi progreso con otra pregunta, pero mi naturaleza se revelaba contra el incesante estrés. «Lo has de apostar todo en estas cuatro últimas preguntas. Formúlaselas todas de una vez, y pon fin a tu agonía de una u otra manera.»

Creí percibir la respuesta. ¡Oh, la monstruosa y demencial habilidad de aquel hombre! Había señalado el signo menos de mi lista, desorientándome deliberadamente, pues

constantemente el símbolo había significado la barra de una fracción. ¿Lo ves? Los dos símbolos son idénticos, un simple guión, pero uno utiliza la sustracción y el otro la división. «1-1» significa cero, pero «1/1» significa uno. Y el problema podía solucionarse por división. Porque hay una cantidad que literalmente significa algo, número real o imaginario, y esta cantidad es «0/0». Sí, cero dividido por cero. Cabría pensar que la respuesta es cero, o quizás uno, pero no lo es, no necesariamente. Considerémoslo de esta forma: tomemos la ecuación «2 x 3 = 6». ¿Lo ves? Es otra manera de decir que dos se repite tres veces para dar seis. Tomemos ahora «0 x 6 = 0». Perfectamente correcto ¿verdad? Bien, en esta ecuación ¡cero se repite seis veces para dar cero!

O «0/0 = 6». Y así sucesivamente para cualquier número real o imaginario: ¡cero dividido por cero es igual a nada!

Y esto era lo que yo imaginé que había hecho aquel monstruo. ¡Había indicado el signo menos cuando en realidad se refería a la barra de una fracción o división!

Al amanecer apareció sonriendo.

— ¿Están listas sus preguntas, doctor Aarons? Creo que aún le quedan cuatro.

Le miré fijamente.

—Señor Strawn ¿su concepto es cero dividido por cero?

Sonrió más ampliamente.

— ¡No, señor, no lo es!

No me descorazoné. Quedaba sólo otro símbolo que contestaba correctamente a la pregunta: una sola posibilidad. Formulé mi octava pregunta.

—Entonces, será el infinito dividido por infinito.

La sonrisa se ensanchó más.

—Oh, no, doctor Aarons.

¡Experimenté un verdadero pánico! ¡El final parecía ya muy próximo! Claro que había un medio para descubrir si el juego era o no fraudulento. Utilicé mi novena pregunta.

—Señor Strawn, cuando usted designó el guión como el símbolo matemático usado en su expresión, ¿se refería a la barra de una fracción o al signo de la sustracción? —Al signo de la sustracción, señor Aarons. Le queda una sola pregunta. ¿Esperará a mañana para formularla?

El monstruo sonreía de puro gozo. Se hallaba totalmente confiado en las complejidades de su juego demencial. Vacilé en una atormentadora y frenética indecisión. La terrible perspectiva de otra noche apabullante llena de dudas me decidió.

—La formularé ahora, señor Strawn.

¡Tenía que ser la correcta! No existía otra posibilidad. ¡Estaba agotado por tantas horas de conjeturas desdichadas!

—Su expresión... la que tiene usted en su mente... ¿es infinito menos infinito?

¡Lo era! ¡Lo supe por la asombrada mirada de desencanto del loco maníaco!

— ¡Debe de habérselo dicho el diablo! —chilló.

Había espuma en sus labios. Bajó la pistola al tiempo que yo me dirigía a la puerta; no intentó detenerme, sino que se quedó inmóvil en medio de una especie de desolado silencio, hasta que llegué a lo alto de la escalera. Entonces...

— ¡Aguarde un momento! —gritó—. ¡Usted se lo contará a todos! ¡Aguarde sólo un minuto, doctor Aarons!

Bajé la escalera en dos saltos, abriendo ya la puerta de la calle. Strawn me siguió, apuntándome con la pistola. Oí el crujido al abrirse la puerta y me escurrí a la estupenda luz del día.

Sí, le denuncié. La policía lo detuvo cuando trataba de huir, y lo llevaron a un manicomio. Estaba loco, pero su historia era auténtica. Se había quedado tullido por una explosión ocurrida en un laboratorio experimental.

¿Y el problema? ¿No lo ven? Infinito es la máxima expresión numérica posible, un número mayor que cualquier cifra concebible. Imagínenselo así: El símbolo matemático de infinito es un ocho horizontal: ∞.

Bien, tomemos la cuestión, ∞ + 6 = ∞. Esto es correcto porque no es posible sumar nada a infinito que lo haga mayor de lo que es. ¿Lo entienden? Es el mayor número posible. Entonces, por transposición, ∞ – ∞ = 6.Y así sucesivamente; este mismo sistema se aplica a todo número concebible, real o imaginario.

¡Y ya está! Infinito menos infinito puede ser igual a cualquier cantidad, absolutamente a cualquier número real o imaginario, desde cero a infinito. No, no existía ningún error en las matemáticas de Court Strawn.

FIN

STANLEY G. WEINBAUM, UN RECUERDO PERSONAL

Robert Bloch

Conocí a Stanley Grauman Weinbaum en abril de 1935.

El responsable fue el comentario publicado en un periódico. El 5 de abril, cuando cumplía dieciocho años, el «Milwaukee Journal» publicaba un artículo titulado: La juventud de Milwaukee escribe cuentos de horror, léanlos. Pocos días después, la juventud de Milwaukee, yo, era invitado a asistir a una reunión de los Fictioneers, escritores de ciencia-ficción.

Los Fictioneers era una organización informal de escritores profesionales, una especie de sociedad literaria de ayuda

mutua, que se reunía quincenalmente en casa de uno u otro de sus miembros. Las reglas para la reunión eran simples: nada de oradores invitados, nada de mujeres, nada de alcohol, nada de lectura de manuscritos.

Pero los miembros discutían abiertamente sus cuentos y los problemas que éstos les planteaban buscando críticas, observaciones y ayudas en sus colegas. La cosa funcionó entonces y, abandonada desde hace mucho tiempo la primitiva actitud machista, todavía sigue. Los Fictioneers continúa funcionando hoy como un grupo de escritores.

Naturalmente aquella invitación me entusiasmó. En aquellos tiempos se nos lavaba el cerebro hasta hacernos creer que los adultos eran en cierto modo más maduros y sofisticados que los que teníamos menos de veinte años. Y aunque yo había estado vendiendo cuentos a «Weird Tales» durante nueve meses y había sostenido correspondencia con H. P. Lovecraft, Clark Ashton Smith y August Derleth durante los dos últimos años, nunca había conocido a un autor en persona. Una vez, en Chicago, había conocido a medias a un escritor: Otto Binder, quien colaboraba con su hermano Earl bajo el pseudónimo de Eando (E&O) Binder. ¿Pero toda una sala llena de autores de carne y hueso? Sólo de pensarlo me mareaba.

Y cuando efectivamente me encontré con los Fictioneers me sentí abrumado al descubrir dentro de sus filas a varios escritores conocidos: Raymond A. Palmer, posteriormente

director de «Amazing» y «Fantastic Adventures»; Roger Sherman Hoar, que escribía con el pseudónimo de Ralph Milne Farley; Arthur Tofte, que todavía sigue escribiendo. Y Stanley Weinbaum.

Yo estaba tan ocupado examinando a los Fictioneers, que no atiné a pensar que ellos pudieran estar examinándome a mí. Dios sabe lo que verían, pero la cosa cuajó en una invitación para convertirme en un miembro asiduo y mezclarme así como un igual con hombres que frisaban los treinta o incluso los cuarenta años.

Stanley Weinbaum tenía por aquel entonces treinta y dos. De cabello obscuro y aspecto agradable, con una sonrisa abierta y un suave ceceo de Louisville, encajaba a la perfección con mi idea de lo que debía ser un escritor profesional.

Weinbaum se había doctorado en ingeniería química en la universidad de Wisconsin. Años más tarde trabé amistad con Jack Lippert, antiguo condiscípulo suyo, que recordaba con cariño la compañía de Stan durante los días estudiantiles. Pero aparte del fondo científico que ello le proporcionaba, Weinbaum hizo poco uso de su educación superior. Creo que durante algunos años después de su casamiento dirigió empresas cinematográficas. Al parecer se sintió atraído, como había sido mi caso, por las películas. El hecho de ver relatos desfilando por la pantalla estimuló su deseo de crear relatos propios.

Otro estímulo, para Weinbaum, para mí mismo, para el resto de los Fictioneers y aproximadamente para otros veinte millones de escritores y aspirantes a escritores de la época fue la Depresión. Durante este período proliferaron las revistas sensacionalistas, usualmente a costa de sus colaboradores. Con pocas y notables excepciones, las tarifas eran, para el escritor medio, de un centavo por palabra. Algunas publicaciones pagaban dos y hasta tres centavos, pero estaban más que equilibradas por otras que lo hacían a medio o incluso a un cuarto de centavo, y eso pagando sólo al publicarse el trabajo o después de mucho insistir. Escribir para vivir era, pues, un asunto bastante difícil y en estas condiciones Stanley Weinbaum y el resto de los Fictioneers se reunían de noche y hacían proyectos sobre cómo subsistir.

Weinbaum había escrito y vendido varias novelitas de amor que fueron publicadas por entregas por un sindicato periodístico. Luego se dedicó a la ciencia ficción por estimarla un campo más compatible con su talento. En menos de un año su obra se había ganado el reconocimiento de los círculos de ciencia ficción, que por aquel entonces tenían un diámetro pequeñísimo. Sin embargo, la capacidad de Weinbaum sobrepasó con mucho las limitaciones del campo.

Y lo mismo que yo, llegó a llamar la atención de los Fictioneers.

Como un miembro ya de pleno derecho, me integré rápidamente en el grupo. Así tuve el privilegio de estar presente cuando Weinbaum esbozaba ideas de relatos y pude comentarlos, criticarlos o sugerir cambios para los mismos. Sería una fácil vanagloria jactarme o afirmar que algo de lo que dije en aquellas sesiones contribuyó a dar la forma final a La isla de Proteo, La Luna loca o Mares cambiantes. Pero por aquel entonces yo era muy joven y la verdad es que me limitaba a escuchar. A escuchar y a aprender.

Yo no actuaba como un reportero; no intentaba registrar en la memoria nada de lo que se decía. El por qué se decía era más importante que el cómo. El resultado es que en lo que sigue no habrá citas literales.

Pero sé que Stanley Weinbaum narraba sus cuentos tan bien de viva voz como por escrito. Tenía auténtica presencia de narrador, capacidad dramática de exposición y parecía disfrutar con las reacciones de su auditorio. En realidad, sus argumentos estaban bien construidos. Desde el principio; todo lo que podían necesitar era algún refinamiento o embellecimiento en los detalles. Aparte de Ralph Milne Farley, nadie en el grupo era competente para discutir el contenido científico de su trabajo. Por eso las consultas de Weinbaum se referían por lo general a caracterizaciones: modos de infundir credibilidad en sus seres tanto humanos como no humanos. Sus fantásticos animales estaban deliciosamente descriptos; una vez que él daba con un

motivo consistente para las actividades de los mismos, cobraban vida al momento.

Weinbaum, por lo que recuerdo, parecía mucho más aficionado a sus seres extraterrestres que a los terrestres, y hacía bien. Sólo en sus obras de más extensión intentó retratos a gran escala de caracteres humanos novelescos; en sus cuentos breves no hay seguramente ningún héroe o heroína tan memorables como sus alienígenas, y presenciar cómo se desenvolvían sus creaciones fantásticas resultaba una espléndida lección en el arte de infundir un sentimiento de simpatía.

Esta fue, por supuesto, la mayor contribución de Stanley Weinbaum a la ciencia ficción. Introdujo la simpatía en aquel dominio. En una era de creciente discordia racial, religiosa y nacionalista que pronto iba a culminar en una guerra total, Weinbaum halló en cierto modo el valor y la creatividad necesarios para presentar, sin súplicas ni sermones, un alegato a favor de la fraternidad. Y no sólo a favor de la fraternidad del hombre, sino entre todos los seres vivientes. No había nada premeditado en ello y desde luego nada sensiblero; si acaso, Weinbaum defendía su tesis humorísticamente. Pero una vez que lo consiguió y fue comprendido, la ciencia ficción ya nunca volvió a ser la misma. En la simpatía había encontrado el arma para destruir de una vez para siempre al monstruo de los ojos de insecto.

Yo lo admiraba por eso y por mucho más.

Como quiera que fuese, a pesar del inmenso abismo de catorce años que nos separaba, Stan y yo inmediatamente entablamos una amistad que se extendió más allá de la fraternidad de las reuniones quincenales.

Por lo pronto, descubrimos intereses mutuos. Los dos éramos apasionados de James Branch Cabell. Éste, principalmente conocido por su novelita Jurgen, que había producido un cierto escándalo a causa de su supuesto contenido lascivo, allá por 1920, había caído desde entonces en desgracia. Pero era un autor de gran imaginación y Stan y yo habíamos leído todas sus obras. Aprovechamos la oportunidad de comparar notas y reacciones y pronto empezamos a reunirnos semanalmente para discusiones de tipo general.

Stan y su esposa Marge vivían a menos de cuatro kilómetros de mi casa, en un agradable pisito de la avenida Oakland, por lo que no constituía ningún problema reunirnos. Y en el curso de aquellas visitas me enteré de que él acariciaba una ambición secreta: quería escribir para «Weird Tales».

Hasta entonces no había sabido dar con la fórmula para encajar en aquella revista, y solicitó mis sugerencias. Cuando hube asimilado el efecto de un ruego tan halagador, le recomendé que ensayase algo nuevo. En los trabajos de

ciencia ficción de Stan, brillantemente originales, resaltaban las pinceladas humorísticas. ¿Por qué no inyectar algo semejante en una historia fantástica a lo Cabell? Había habido muy poco humor en «Weird Tales» durante los primeros doce o trece años de su existencia, pero el director, Farnsworth Wright, tenía un ingenio rabelesiano y quizás había llegado el momento de imprimir un poco de ligereza.

Stan se mostró de acuerdo, pero primero había que superar determinados obstáculos. Él acababa de iniciar un proyecto en colaboración con Ralph Milne Farley. Los dos se reunían semanalmente para preparar conferencias sobre obras de ciencia ficción. En varias ocasiones estuve en aquellas reuniones, pero no hubo ninguna oportunidad de abordar otros proyectos. Además, Stan tenía que continuar trabajando con su propio nombre y con un nuevo pseudónimo, John Jessel.

Para mayor complicación, estaba resbalando hacia la prensa del corazón, como se llamaban entonces las numerosas revistas de orientación femenina y familiar. Estas publicaciones pagaban tarifas astronómicas. «Collier's» por ejemplo, doblaba con creces lo que ofrecían las revistas de ciencia-ficción.

Por ello, escribir para «Weird Tales» tenía más de simpatía por la revista y de satisfacción personal que de ambición económica. Pero Stan me aseguró que estaba decidido pasara lo que pasara.

Lo que sobrevino fue una irritación de garganta, una consulta al médico, una amigdalotomía y un período de recuperación alternado por intermitentes ronqueras y toses. Cuando lo vi por primera vez durante esta época no fumaba ya incansablemente, y en lugar de ir caminando por la habitación mientras esbozaba el argumento de una obra, se contentaba con quedarse sentado y hablar sobre proyectos futuros.

Todavía me acuerdo de aquella voz ronca, vibrante de excitación, que desgranaba las tramas de varias novelitas. Stan había empezado a darse cuenta de que las obras de ciencia ficción de 1935 tenían severas limitaciones: él había roto con tabúes respecto al estilo y al concepto, pero al parecer había poca oportunidad para cambiar el contenido. Stan era un amante de la fantasía y un romántico nato y ahora se dedicó a combinar lo fantástico con el amor.

El amor iba a ser el principal ingrediente de Tres que bailaron, la historia de tres muchachas menores de veinte años que están esperando al profesor de su instituto en una cruda noche de invierno en una pequeña ciudad del oeste. Por esta época, Eduardo, príncipe de Gales, era quizás el más afamado soltero y el que disfrutaba de mayor publicidad, el príncipe de ensueño de todas las mujeres románticas. La idea de Stan era que el príncipe, que viajaba por el país en una visita de buena voluntad, se encuentra apresado por una tormenta de nieve en aquella pequeña ciudad donde se celebra la fiesta de las jóvenes estudiantes. A falta de otra

diversión, el alcalde de la localidad le convence para que asista a la fiesta. Allí baila sucesivamente con las tres muchachas alterando así de modo irrevocable la vida de cada una.

Baila con la bella de la fiesta, recién nombrada reina, y eso envanece tanto a la muchacha, que ésta decide escapar y hacer carrera en Hollywood. Su grandiosa desilusión la lleva a la inevitable tragedia.

La segunda muchacha, una jovencita insignificante, el patito feo, elegida como pareja por el príncipe en un momento de clarividente piedad, conquista las simpatías generales y la confianza en sí misma. Como resultado de aquellos minutos en brazos del príncipe, se hace una mujer dueña de sí misma y animada por el éxito.

La tercera pareja del príncipe, prometida a un muchacho de la localidad y con perspectivas de un feliz casamiento, se enamora locamente de Eduardo. Su encaprichamiento de colegiala la impulsa a romper su noviazgo y a seguir al príncipe, pensando que este corresponde a su amor. Cuando se entera de lo contrario, se queda completamente hundida y piensa en el suicidio, pero él resuelve con serenidad el problema y la devuelve al puesto para el cual había venido a la vida.

La segunda novelita, que pudo o no haberse llamado Faustina, seguramente tenía como heroína a alguien de este

nombre. La inspiró un poema, ¿de Swinburne?, en el que Dios y el Diablo se juegan a los dados un alma humana.

La historia de Stan se abriría con una situación análoga a la del prólogo de Fausto. Los dos antagonistas, el Poder de la Luz y el Poder de las Tinieblas, están enzarzados en su eterna discusión sobre quién tiene el dominio del género humano… Argumenta el Diablo que él controla los destinos de quienes están sobre la tierra (el cielo puede esperar) y, con sólo que se le diese una oportunidad, se ganaría para siempre la sumisión de todos los seres humanos.

Para poner fin a la disputa acuerdan hacer una apuesta. Eligen al azar un alma en el instante de su nacimiento y se comprometen a ganarla cada uno de ellos para sí empleando todos los medios.

El alma elegida es la de Faustina, una niña nacida en el seno de una familia de la clase media. Tanto Dios como el Diablo la adornan con todo cuanto pueden concebir para influirla en el futuro, tratando de sobrepasarse mutuamente.

Si Dios le concede la belleza, el Diablo la embellece con atractivo. Dios la dota de inteligencia; el Diablo le confiere astucia. Dios le da valor; el Diablo la hace temeraria.

Durante la niñez y la adolescencia la lucha continúa, tratando ambos poderes de influir en las acciones y aspecto de Faustina, poniéndola en aprietos y sacándola de ellos,

disponiendo trampas y lazos y tentaciones y oportunidades de redención.

Llega el momento en que Faustina está apta para el matrimonio. Dios y el Diablo envían sendos pretendientes, comprendiendo que la elección de ella determinará por fin la salvación o condenación del alma en juego. El Diablo elige a un guapo clérigo… La elección de Dios es, por supuesto, la de un científico ateo.

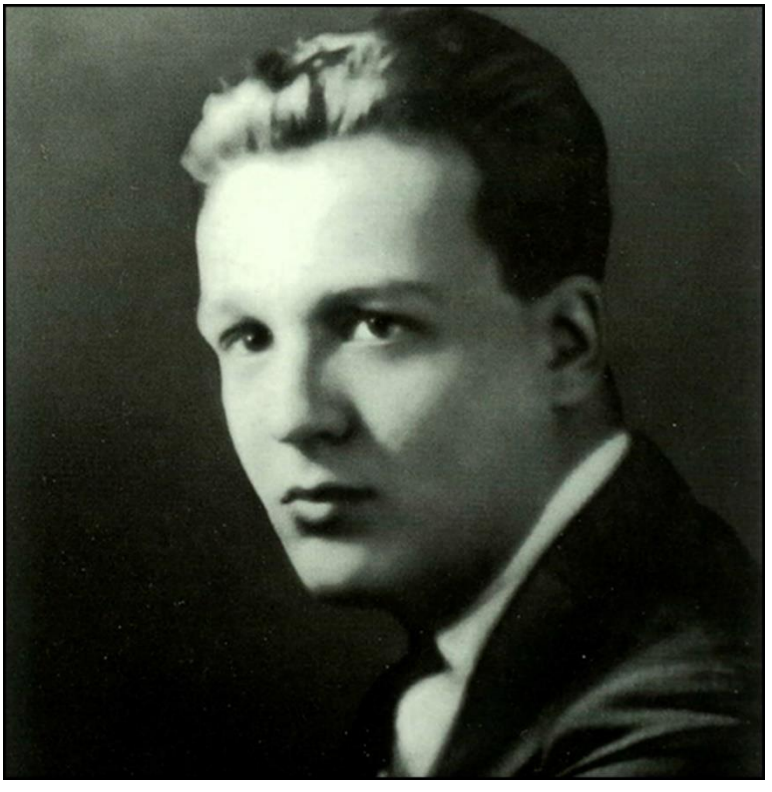
Y entonces…

Y entonces, la salud de Stanley Weinbaum declinó. Hubo consultas y tratamientos, forzados períodos de descanso. Ya no asistía a las reuniones de los Fictioneers; lo vi con menos frecuencia en su casa, luego nada en absoluto.

Poco antes de finales del año murió de cáncer de garganta a la edad de treinta y tres años.

Nunca escribió sus novelas largas, nunca tuvo la oportunidad de escribir un cuento para «Weird Tales». Sólo cabe especular sobre lo que habría podido ser de haber continuado escribiendo. Tal como han sido las cosas, tenemos que contentarnos con su perdurable legado al campo de la ciencia-ficción, donde en el espacio cruelmente corto de año y medio de sus innovaciones de una imaginación desbordante ayudaron a rehacer la forma y la dirección del género.

A los que tuvieron el privilegio de conocerlo, Stanley Weinbaum dejó otro legado: el persistente recuerdo de un amigo encantador, ingenioso, gentil y afable.



ACERCA DEL AUTOR

STANLEY GRAUMAN WEINBAUM (Louisville, KY, EE. UU., 1902 - 1935) Creció en Milwaukee y asistió a la escuela pública de la misma ciudad. Años después estudió ingeniería química en la universidad de Wisconsin pero, contrario a lo que se piensa, nunca se graduó de dicha universidad debido a que fue expulsado en 1923 al presentar el examen de un amigo suyo. Fue compañero de clase del también ingeniero y aviador Charles Lindbergh.

Destinado a ser escritor, Stanley escribía relatos en sus tiempos libres. Para 1934, hundido en la Gran Depresión que devastaba al mundo, Weinbaum publicó relatos convencionales bajo seudónimo mucho antes de vender su primer cuento de ciencia-ficción, *Una odisea marciana*, a una revista del género llamada *Wonder Stories*, en julio de 1934.

Wonder Stories no era la revista más destacada de ciencia-ficción, cuando imperaban otras más populares: *Astounding Stories*, dirigída por F. Orlin Tremaine y *Amazing Stories* de T. O´Conor Sloane. Pero *Wonder Stories*, dirigida por Charles D. Horning, tiene su mérito al dar acogida al cuento de Weinbaum. Este relato tuvo un éxito sensacional, incitando al autor a seguir escribiendo ciencia-ficción.

La importancia de esta historia residía en dos aspectos novedosos: el intento de presentar la posible vida en otro mundo como parte de un sistema extraño y complejo, en lugar de aglomerar criaturas extrañas con psicologías adaptadas a la forma de vida terrestre; y en segundo lugar el humor, que quitaba dramatismo al relato, en claro contraste con E. E. Smith y Robert A. Heinlein, con quienes se le compara frecuentemente. De hecho, Tweel, el avestruz marciano de *Una odisea marciana*, es tal vez la primera criatura en la ciencia-ficción que respondió a la exigencia que años más tarde haría el mítico editor John W. Campbell a sus colaboradores: Escribidme sobre una criatura que piense tan bien como un hombre, o mejor que un hombre, pero no

como un hombre. En 1970, los escritores de ciencia-ficción de los Estados Unidos eligieron por votación los mejores cuentos del género de todas las épocas. Entre los favoritos destacó *Una odisea marciana*, el único cuento publicado en revista capaz de resistir, una generación más tarde, el juicio de los profesionales del género.

Siguiendo este esquema, Weinbaum siguió elaborando un conjunto de relatos extraños y divertidos que aparecieron durante 1935 como *Lotófagos*, donde hace su aparición la planta inteligente llamada Oscar, todavía más sorprendente que Tweel. Le siguieron *La luna loca, Vuelo a Titán* y *El planeta de los parásitos.* También aparecieron ese año las historias dedicadas al científico loco Haskel Van Manderpootz y sus delirantes máquinas: *Los mundos «Si», El ideal* y *The point of view.*

Además, debemos destacar sus intentos de incorporar la novela romántica a la ciencia-ficción, si bien éstos no fueron muy exitosos, como *Dawn of flame* y su secuela *The black flame*, publicados después de su muerte.

En apenas año y medio escribió prolíficamente, destacándose *La isla de Proteo*, el primer relato de ingeniería genética. No fue sino hasta 1953 cuando Watson y Crick descubrieron la doble hélice del ADN, por lo que representa para Weinbaum un logro haberlo escrito con casi 20 años de anticipación.

También encontramos *Máxima adaptabilidad,* publicado con el seudónimo de John Jessel, una curiosa historia sobre una mutante malvada, que viene a representar al superhombre, tan de boga en los años treinta, con la peculiaridad de que esta vez es una supermujer que utiliza todo su ingenio y belleza alcanzada para lograr sus objetivos. Una versión fílmica de esta historia fue hecha en 1957 bajo el título de *She-devil*, protagonizada por Mari Blanchard, Jack Kelly y Albert Dekker.

Y *El valle de los sueños*, feliz continuación de *Una odisea marciana*, en dónde Weinbaum saca a relucir una historia que va más allá de una exploración en Marte, hasta situarnos en la época de los mismísimos faraones y postula una sociedad anarquista.

Todas las historias interplanetarias de Weinbaum (escribió nueve y comenzó con otras diez, completadas por su hermana Helen Weinbaum después de su muerte) fueron ambientadas en un Sistema Solar científicamente posible al conocimiento de la década de los 30. Los avestruces marcianos de *Una odisea marciana* y *El valle de los sueños*, por ejemplo, fueron mencionados en *Rescate de un secreto*, y las venusinas plantas de *El planeta de los parásitos* y *Lotófagos* son mencionadas en *La luna loca*. En el Sistema Solar de Weinbaum, las emanaciones de gas contienen el calor suficiente para mantener la temperatura similar a la Tierra en los satélites Io, Europa, Titán, e incluso Urano. Por su parte, Marte y Venus presentaban atmósferas y

temperaturas adecuadas para vivir ahí, un dato claramente erróneo, pero que se acepta sin dimisiones.

Se puede decir que la ciencia-ficción de Weinbaum no es únicamente la lectura ligera de aventuras que uno espera encontrar en una obra de esta época. Encontramos ya en ella tópicos que van a ser frecuentados por el propio Heinlein, A. E. van Vogt, Poul Anderson, Arthur C. Clarke y muchos otros escritores, hasta el extremo de que incluso hoy su influencia aún es rastreable en algunos relatos de John Varley (*En el salón de los reyes marcianos* tiene mucho de homenaje a Weinbaum) Isaac Asimov reconoce que, cuando diseñó a sus para-hombres en *Los propios dioses*, tenía en mente en todo momento el modo en que Weinbaum creaba a sus alienígenas: distintos de la humanidad y al mismo tiempo con su propia lógica interna. John R. Pierce, estudioso de la ciencia-ficción y claro admirador de Weinbaum publicó un cuento (*El mundo superior*) en homenaje a Weinbaum, otro relato de la saga del genio de las ciencias Haskel Van Manderpootz.

Algunos críticos señalan, no obstante, como su mejor obra a *El nuevo Adán* (1939) una novela en primera persona que relata la historia de un superhombre mutante en la sociedad contemporánea, una de las descripciones más cuidadosas y analíticas publicadas por un autor de ciencia-ficción en la preguerra. En los años cuarenta y cincuenta, A. E. van Vogt (*Slan*) Theodore Sturgeon (*Más que humano*) y Clifford D. Simak (*Ciudad*) invocarían este arquetipo, presentando a los

mutantes como resultado de la evolución o de una guerra atómica.

La historia comienza con Edmond Hall, un hombre diferente con una extraña formación en los dedos de sus manos. Mientras crece, sin embargo, su inteligencia comienza a aumentar (qué tan inteligente, nadie lo sabe, únicamente él) además de que lleva una vida solitaria sin amigos. Hereda parte del dinero de su padre (un tranquilo abogado quien está perturbado por la extraña forma de ser de Edmond) y construye un pequeño laboratorio. Es en este lugar donde concibe un gran proyecto: el destructor de átomos. Vende solamente una parte de este invento (no todo, debido a que él es consciente del peligro) a una compañía de luz. Después conoce a una mujer llamada Vanny que, como él, es parte de la nueva y avanzada raza de seres humanos. A partir de este momento, Edmond conocerá las implicaciones sociales (y evolutivas) de su descubrimiento.

Así, el 14 de diciembre de 1935, a los treinta y tres años de edad, Weinbaum murió de cáncer de garganta. Al morir había publicado doce cuentos, apareciendo once más a título póstumo.

En 1973, Stanley G. Weinbaum (junto con H. G. Wells y John W. Campbell) fue honrado al nombrarse un cráter en Marte con su nombre.

En 1993, Margaret H. Kay, la viuda de Stanley G. Weinbaum, donó sus textos a la biblioteca de la universidad de Temple en Filadelfia. La donación incluía, además de cuentos románticos y variados manuscritos sin publicar, la novela *Three who danced*, con ciertas similitudes al *Fausto* de Goethe. La presentación fue terminada en 1994 con un suplemento de diez mil dólares para asegurar la preservación de los artículos.

Ciencia-ficción incomparable.

E. E. Doc Smith.

Su tratamiento original de extraterrestres, su énfasis en la psicología, su filosofía, su madurez en la dirección de las relaciones hombres-mujeres, su flexibilidad y su artesanía se han convertido en el ingrediente fundamental en la ciencia-ficción moderna.

Sam Moskowitz.

Imaginación para considerar enteramente las situaciones, psicologías y entidades de seres extraterrestres (...) con un tacto ligero y suspenso genuino...

H. P. Lovecraft.

Si viviera hoy (...) seguramente ocuparía el primer lugar en la lista de los escritores de ciencia-ficción de todos los tiempos.

Isaac Asimov.

Mauricio Castillo Barraza

https://www.ciencia-ficcion.com/autores/weinbaumsg.htm